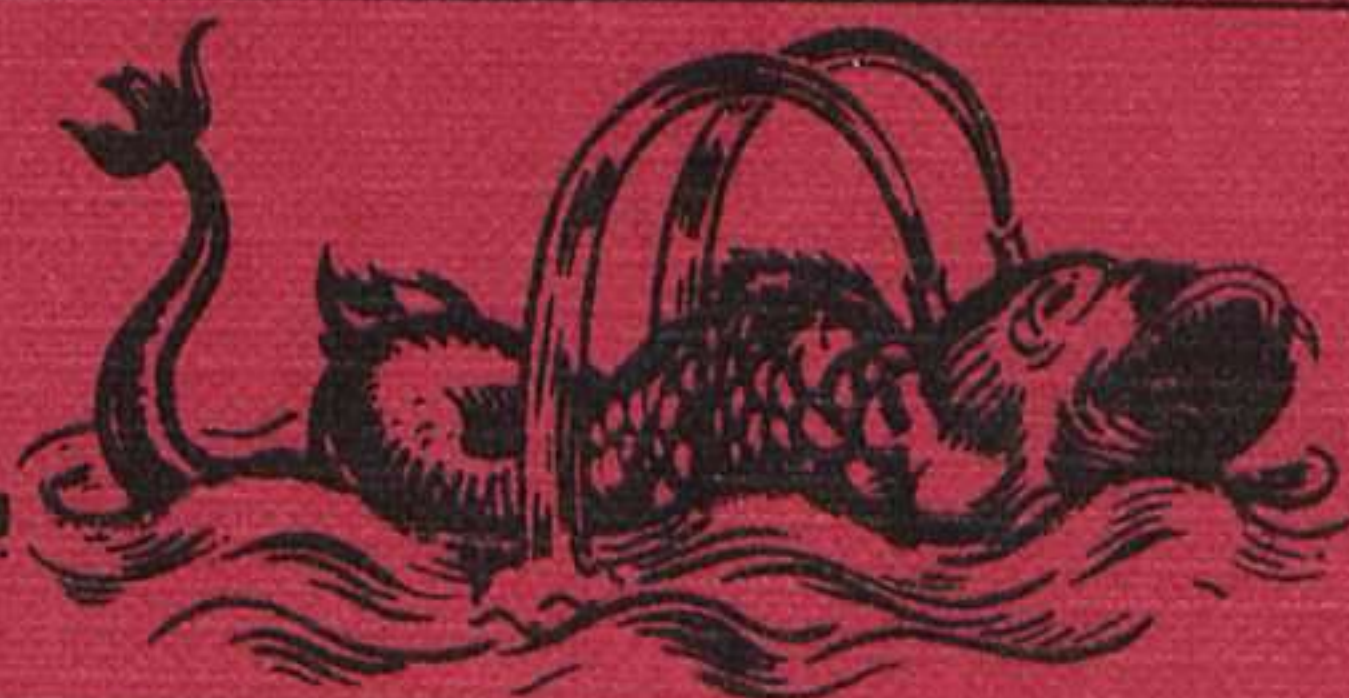


# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



Z 466

OTOÑO 1984

II EPOCA

N.º 17

## LA POLÍTICA DE SEGURIDAD ESPAÑOLA Bru, Bueno, Panés, Santesmases, Viñas.

DOS AÑOS DE GOBIERNO  
S. Juliá, L. Paramio,  
M. Satrústegui

UN PARTIDO PARA  
EL CAMBIO  
Didac Fábregas

PERPLEJIDAD Y RESPONSABILIDAD  
DEL INTELLECTUAL  
Fernando Savater

CONTINUIDAD Y RUPTURA  
EN EL SOCIALISMO  
Santos Juliá

RECONVERSIÓN IDEOLÓGICA  
DE LA IZQUIERDA  
Enrique Gomáriz

1984 Y LA IZQUIERDA  
LATINOAMERICANA  
Roger Bartra

**1984, SEÑAS  
DE LEVIATÁN**  
Carlos Moya

**GABRIEL  
JACKSON**  
Entrevista







# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

---

---









# INDICE

Presentación .....	5
<b>ACTUALIDAD</b>	
ANGEL VIÑAS: <i>Coordenadas de la política de seguridad española.</i>	7
JOSÉ MIGUEL BUENO: <i>Política de seguridad española</i>	35
ENRIQUE PANES: <i>OTAN: de entrada no, no</i>	47
ANTONIO SANTESMASES: <i>PSOE y OTAN</i>	59
CARLOS BRU: <i>España entre dos tratados</i>	69
S. JULIA, L. PARAMIO y M. SATRÚSTEGUI: <i>Dos años de gobierno del PSOE</i>	81
DIDAC FÁBREGAS: <i>Un partido para construir y dirigir el cambio.</i>	97
<b>ENTREVISTA</b>	
GABRIEL JACKSON .....	113
<b>ANALISIS Y DEBATE</b>	
SANTOS JULIA: <i>Continuidad y ruptura en el socialismo</i>	121
FERNANDO SAVATER: <i>Perplejidad y responsabilidad del intelectual</i>	131
CARLOS MOYA: <i>1984, señas de Leviatán</i>	137
ROGER BARTRA: <i>El 1984 de la izquierda latinoamericana</i>	143
ENRIQUE GOMÁRIZ: <i>La reconversión ideológica de la izquierda.</i>	153
<b>LIBROS</b>	
MERCEDES CABRERA, ENRIQUE GOMÁRIZ, FERNANDO VALERO, MIGUEL PORTA y A. BODEGUERO SÁNCHEZ .....	167



# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

---

**Fundada en 1934 por Luis Araquistain**

**Director:**

Salvador Clotas

**Comité de Dirección:**

Antonio G. Santesmases  
Ludolfo Paramio  
M. Reyes Mate

Julio R. Aramberri  
Santiago Roldán  
Miguel Satrústegui

**Comité Asesor:**

Pedro Altares  
Joaquín Arango  
Carlos Barral  
Carlota Bustelo  
J. María Castellet  
Fernando Claudín  
Eliás Díaz  
M. A. Fernández Ordóñez

F. Fernández Santos  
Salvador Giner  
Enrique Gomáriz  
J. A. González Casanovas  
E. Haro Tecglen  
Francisco Laporta  
Marta Mata  
J. M. Reverte

X. Rubert de Ventós

**Coordinador:**

Manuel Ortuño Armas

**Secretaria de Redacción:**

Ana Inés López Accotto

**Editada por la Fundación Pablo Iglesias.**

---

**Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.**

---

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.  
28010-Madrid. Tel. 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A. / Bruc 49. 08009-Barcelona.

Imprime: MARIARSA, Impresores - Tomás Bretón, 51 - 28045-Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



## PRESENTACION



Son estos temas especialmente polémicos en nuestro país, en buena medida a consecuencia del clima de guerra fría que se generalizó en el mundo durante la primera presidencia de Reagan, y resulta por ello especialmente oportuna la publicación del bloque de artículos que abre este número de *Leviatán*: Angel Viñas, José Miguel Bueno, Enrique Panés, Antonio G. Santesmases y Carlos M. Bru reflexionan sobre la política española de seguridad y sobre nuestras posibles relaciones con la OTAN. Completan la sección de *Actualidad* un balance moderadamente optimista de la gestión realizada en estos dos años por el gobierno socialista, elaborado por Santos Juliá, Ludolfo Paramio y Miguel Satrústegui, y un artículo de Didac Fábregas sobre los rasgos y retos de un partido capaz de construir y dirigir el cambio.

Durante casi dos años, la postura que finalmente adoptaría el gobierno socialista sobre la relación de España con la OTAN ha sido motivo de especulación y polémica. Este número de *Leviatán* aparece en una muy especial coyuntura: inmediatamente antes del XXX Congreso del PSOE y poco después de que Felipe González propusiera en las Cortes, durante el debate parlamentario sobre el estado de la nación, la búsqueda de un consenso nacional en las materias de defensa y política exterior, consenso que debería articularse en torno a diez puntos, entre los que se incluye el mantenimiento de la actual relación de España con la OTAN. Es decir, se propone que nuestro país no abandone la organización política del tratado de Washington, que en su momento firmara el presidente Calvo-Sotelo, pero que se mantenga fuera de la organización militar.

Abre la sección de *Análisis y Debate* un ensayo en el que, desde su perspectiva de historiador, Santos Juliá estudia las diferencias que separan, dentro de la continuidad histórica, al socialismo español actual del que existiera hasta la guerra civil. Fernando Savater analiza las tareas del intelectual desde una doble perspectiva de altas exigencias éticas y realista reconocimiento de sus límites. Una de sus conclusiones es que los intelectuales deben enfrentarse al miedo, como máximo peligro de la sociedad en que vivimos. En ello coincide con Carlos Moya, que cierra con una cita de Canetti en tal sentido un ensayo irónico y barroco sobre 1984, año en que habría culminado la *domesticación* europea de los españoles. Roger Bartra, tomando también como pretexto a Orwell, reflexiona sobre la dificultad de la izquierda para asumir plenamente una estrategia y una ideología democráticas. El texto de Bartra, como era previsible, ha originado una gran polémica en el momento de su aparición en México. Cierra



---

## PRESENTACION

por último esta sección un artículo de Enrique Gomáriz sobre la necesidad de un componente utópico en la reforma ideológica de la izquierda.

La entrevista de este número está dedicada al historiador Gabriel Jackson, sobradamente conocido entre nosotros por

su obra sobre la República y la guerra civil. Jackson mantiene además una intensa actividad en la vida cultural española en la que se mueve, evidentemente, a sus anchas.

Cierra el número, por último, la habitual sección de crítica de libros.



---

# COORDENADAS DE LA POLÍTICA DE SEGURIDAD ESPAÑOLA

## Angel Viñas

---



Este trabajo aspira a ser una síntesis, ciertamente embrionaria, referida al aquí y ahora de los elementos definidores que entiendo inciden con mayor presión sobre nuestra política de seguridad. Se me permitirá que utilice esta última denominación para aludir a lo que todavía suele designarse entre nosotros como temas de defensa.

Ello no se hace por el deseo de introducir un neologismo, que ha hecho fortuna por cierto allende nuestras fronteras, sino por la convicción de que el contenido tradicional de la política de defensa ha de ser rebasado.

La defensa es un campo singularizado

de la política pública en el que se conjuntan las acciones del Estado encaminadas a asegurar la protección del territorio, de los ciudadanos y de sus valores materiales e inmateriales contra eventuales amenazas externas o contra la posibilidad del uso de la violencia por parte de otros Estados. Esta es una caracterización referida al ti-



po de contexto social, político y geoestratégico común a los países europeos occidentales de nuestros días y, por ende, a España.

---

**En el caso español la polémica sobre la política de seguridad se ha centrado, casi exclusivamente, sobre el tema «OTAN sí, OTAN no».**

---

sobre los Estados y a los cuales resulta necesario dar una respuesta.

De ello se encarga la política de seguridad en sus diversas manifestaciones que

Pues bien, con el advenimiento de la era nuclear el contenido de dicha política no hace justicia al abanico de amenazas que gravita sobre nuestras sociedades.

A éste hace frente la política de seguridad, no sólo como adaptación de la de defensa a tales circunstancias sino como traducción de un enfoque más dinámico y acorde con las necesidades de los países industrializados que no escapan a la dinámica del conflicto Este-Oeste.

La política de seguridad incorpora a la de defensa una búsqueda incesante de las estrategias y de las actuaciones más adecuadas para resolver los conflictos interestatales sin aplicación, en modo alguno, de medios militares. Es, también, una búsqueda de las posibilidades de neutralizar o compensar las vulnerabilidades externas de un país sin recurso a la violencia en una época en que la independencia y la soberanía clásicas han sido ampliamente redefinidas.

Dicha redefinición se observa no sólo en los planos militar y político sino también en el económico: la paralización del intenso crecimiento de los años cincuenta y sesenta ha permitido que florezca, de nuevo, la angustia del desempleo. En la lucha contra la crisis la interdependencia entre las economías ha limitado la capacidad de los Estados por determinar autónomamente las estructuras nacionales de producción y consumo. La apertura económica al exterior ha potenciado inseguridades. La politización del intercambio y la rápida propagación de los ciclos se han traducido en nuevos problemas.

En definitiva, se ha abierto hasta extremos insospechados años atrás el abanico de factores de incertidumbre que penden

pueden hacer mayor o menor hincapié en las dimensiones estrictamente políticas, militares, económicas, sociales o psicológicas para proteger, en último término, un elemento central a la misma: el aparato militar y económico en que se basa la disuasión.

Dicha política se ve configurada por factores permanentes (ubicación geoestratégica, objetivos primarios perseguidos por la colectividad organizada en Estado, etcétera), está lastrada por un pasado, se desenvuelve en un contexto internacional determinado, se modifica en el proceso político interno y trata de asegurar la consecución de los objetivos intermedios e instrumentales en los que se descompone y materializa la traducción diaria de los esfuerzos por alcanzar aquellos de mayor rango.

En el caso español la polémica sobre la política de seguridad se ha centrado, casi exclusivamente, sobre el tema «OTAN, sí; OTAN, no» y en ello se ha obstruido, en mi entender, una perspectiva más amplia que es necesario conceptualizar y desarrollar. Ya se han hecho algunos intentos valiosos en tal sentido y el propósito de este ensayo apunta, dentro de su modestia, en el mismo camino. En el mejor de los casos sólo puede entenderse, pues, como aportación mínima y personal a una tarea colectiva que ha de ser empujada por los partidos políticos en estrecho diálogo con los ciudadanos. De lo contrario, la política de seguridad se alienará de éstos, a los que sirve, y no contará con el respaldo popular que imprescindiblemente requiere.

La experiencia del régimen franquista ha sido, en tal perspectiva, muy negativa. Durante el mismo no existió la posibilidad



real de articular ni mucho menos organizar libremente políticas alternativas a las seguidas desde el Poder. Hubo, en su plasmación, una ausencia total de aquellos contrapesos que van ligados al funcionamiento de los mecanismos pluralistas y abiertos típicos de los sistemas democráticos y la óptica de la seguridad interior distorsionó objetivos, medios y relaciones.

En mi entender es la historia, más que nuestra situación geoestratégica y geopolítica, la que ha condicionado de forma radical percepciones, reflejos, interpretaciones y voluntades en el debate sobre la defensa que desde hace algunos años está abierto en España.

### *Seis enseñanzas del debate OTAN*

Durante la transformación política e institucional que ha consolidado el régimen democrático la naturaleza de nuestra vinculación al sistema defensivo de la mayor parte de los países occidentales fue creciendo en importancia. Llegó a convertirse en una cuestión que dividió crudamente a los ciudadanos, a los partidos políticos y a los expertos. Es uno de los ámbitos focales en el que con mayor intensidad se han centrado —injustamente— las críticas al actual gobierno socialista.

La divergencia de posturas no ha reducido demasiado su virulencia. Con todo, en el curso de los pasados años se han producido dos fenómenos de gran importancia:

a) En contra de la voluntad mayoritaria de la población el último gobierno de UCD adhirió a España al Tratado de Washington.

b) A los dos años y medio de esta adhesión el gobierno socialista no la ha denunciado.

¿Sirve para algo la experiencia adquirida? En mi opinión, de ella cabe extraer, al menos, seis enseñanzas: tres que acentúan los aspectos nacionales de la discusión y otras tres los internacionales.

1. El debate alcanzó gran intensidad cuando el PSOE se lanzó a la campaña contra la adhesión española al Tratado del Atlántico Norte bajo el conocido *slogan* «OTAN, de entrada no».

Dicha campaña —apoyada por otras formaciones políticas de la izquierda parlamentaria y extraparlamentaria— era perfectamente legítima e inevitable.

Era legítima en atención de las repercusiones múltiples que generaría la entrada de España en la Alianza: modificaba de manera radical para nosotros el entorno en el que nos movemos y reducía, si no eliminaba, otras opciones de definición estratégica en la relación con el mismo. Ninguna fuerza política podía sentirse despreocupada ante tal cuestión. Ninguna se sintió.

Y era inevitable porque traducía percepciones fuertemente enraizadas en el PSOE sobre la naturaleza y funcionamiento del sistema internacional, a la vez que recogía una ideología de carácter pacifista, antimilitarista, contraria a la dinámica de bloques y comprometida con las grandes causas de avance de la Humanidad, ensombrecidas por el aumento de tensión Este-Oeste.

Ambos rasgos definieron una reacción lógica contra la profundización en la relación con un sistema defensivo dominado por los Estados Unidos respecto a los cuales la izquierda española tiene —con razón— una visión que difiere considerablemente de la mayoritaria en el resto de la de Europa.

Dicha reacción conectaba, además, fácilmente con la gran masa de la opinión

**La campaña del PSOE  
contra la adhesión  
al Tratado de Washington era  
perfectamente legítima  
e inevitable**



pública como demostraron incontables encuestas. Esto era previsible y debió preverse desde el gobierno.

Con el inicio de la transición hacia la democracia desde la responsabilidad gubernamental se abrían tres estrategias:

a) Impulsar nuestra incorporación a las redes de cooperación de los países europeos occidentales de las que España había estado excluida, sin prejuzgar por ello la relación con la Alianza Atlántica.

b) Vincular todos los procesos de incorporación, jugando hábilmente sobre sus interrelaciones.

c) Hipertrofiar el componente OTAN en la redefinición de nuestras relaciones con el exterior.

La segunda estrategia sólo podría haberse adoptado inmediatamente después de las elecciones generales del 15 de junio de 1977. La escena política en ellas configurada no permitió seguirla y el segundo gobierno Suárez se inclinó hacia la primera, que era la que podía contar con mayor respaldo de los, a la luz de la legalidad, entonces nacientes partidos políticos.

Esta estrategia consiguió ciertos éxitos pero no logró avanzar decisivamente en el proceso más crucial: el de la incorporación de España a la CEE, sobre el cual se registraba un elevado grado de consenso político interno.

Con la perspectiva histórica es hoy claro, para mí, que dicha estrategia debiera haber sido continuada, aunque difícilmente hubiera podido alcanzar tal objetivo prioritario dada la intensa crisis comunitaria. De haberse seguido, el gobierno no hubiera jugado la más importante ba-

za estratégica de España en el terreno de la relación con el exterior: la concreción de los contactos con el sistema defensivo occidental, al que ya se encontraba vincu-

lada indirectamente desde 1953 por mor de la conexión con los Estados Unidos.

El gobierno Calvo-Sotelo adoptó la tercera estrategia a pesar de una debilidad evidente: por meras razones de tiempo su previsible gestión sería demasiado corta para modelar la participación española en la Alianza.

Así, a la inevitable ruptura del consenso político interno tampoco pudo oponer una afirmación clara de la forma en que aquella baza estratégica única sería juzgada —o no— para impulsar otros grandes intereses nacionales.

La decisión se revistió de confusos argumentos ideológicos sobre la *occidentalidad* o *uropeidad* de España pero no hizo avanzar dichos intereses y no empujó el ya desesperantemente lento proceso de adhesión a la CEE. Desvinculada de una manera global de concebir la interacción con el exterior en planos más importantes para la colectividad española, el último gobierno de UCD malgastó una oportunidad única.

La primera enseñanza que se extrae de esta pequeña vuelta hacia atrás es que *en la decisión gubernamental debieron predominar valoraciones esencialmente ideológicas*, aunque se justificase también con argumentos de otra naturaleza que, a veces, revelaban una profunda ignorancia de la gestión de los problemas europeos —y occidentales— de seguridad.

Así, por ejemplo, no cabría equiparar razonablemente la decisión de adhesión al Tratado del Atlántico Norte con la alternativa de la relación bilateral con los Estados Unidos. Esta hubiera podido ser mantenida sin demasiada mengua del va-

**Es sólo una manipulación interesada confrontar como alternativas reales la adhesión al Tratado o el paso a una situación de neutralidad.**

lor militar de la aportación española a la defensa común en tanto que aquella implicaba una dinámica política y psicológica profundamente diferente.



Es sólo una manipulación interesada confrontar como alternativas reales la adhesión al Tratado o el paso a una situación de neutralidad. De hecho, la más reciente defensa de la decisión del gobierno Calvo-Sotelo, al momento de escribir estas líneas, hecha por uno de los artífices de la misma no depara otra impresión que la de un predominio abusivo de preconcepciones ideológicas, el cual se tradujo no en una adhesión «eficaz» y «digna», sino en todo lo contrario<sup>1</sup>.

2. Muchos de los argumentos aducidos conectaban con los restantes procesos de apertura a la Europa Occidental y en particular con el eventual ingreso en la CEE. Así ocurría, por ejemplo, con los que preconizaban, a través de la Alianza, el fortalecimiento de la posición exterior española o el estrechamiento de vínculos con otros países democráticos.

Es cierto que la adhesión al Tratado del Atlántico Norte pudo servir para mejorar los términos de la negociación con los Estados Unidos que desembocó en el acuerdo de 2 de julio de 1982. Es esta una hipótesis que contrastarán en el futuro los historiadores a la vista de la documentación interna de ambas partes. En cualquier caso, siempre podría aducirse que la mejora en dicha relación —una constante de la política exterior española desde finales de los años cincuenta— no merecía jugar la única gran baza estratégica española.

De hecho, en la estela del 23-F se manejaron subliminalmente otras razones mucho más importantes ligadas a la creación de nuevos horizontes para las fuerzas armadas a las que la Alianza podría, quizá, sustraer de su anterior obsesión por la seguridad interna. Naturalmente ésta es una argumentación falaz: en un país del grado de desarrollo económico y social de España son la fortaleza y legitimidad del Estado democrático y de sus instituciones, a cabeza de todas la Constitución y la Coro-

**La incorporación al Tratado del Atlántico Norte creó una nueva situación ante la cual los sectores de las FAS opuestos a la misma no tuvieron más remedio que inclinarse.**

na, las que cuentan a la hora de parar cualesquiera tentativas de involución. Por lo demás, este argumento no resultó convincente fuera.

Así, un informe al Congreso de los Estados Unidos echaba un jarro de agua fría a quienes divisaban una relación de causa a efecto entre la incorporación a la Alianza y la ansiada reorientación de las fuerzas armadas españolas:

«La ausencia de un gobierno democrático en España —se afirmaba— no eliminaría las ventajas estratégicas que ofrece dicho país. Ya ha habido regímenes no democráticos en la Alianza. Turquía, Grecia y Portugal han pertenecido a tal categoría en un momento o en otro y Portugal, por ejemplo, era una dictadura cuando se convirtió en miembro fundador de la OTAN. Aunque los demás miembros de ésta prefieran que España continúe teniendo un régimen democrático parece improbable que tomasen medidas para expulsarla de la Alianza si adoptara un régimen militar o autoritario una vez que entrase en ella (...). La pertenencia de España a la OTAN no conduce de por sí a un sistema democrático robustecido...»<sup>2</sup>.

Y, ciertamente, lo que robusteció al régimen democrático fueron la evolución política interna, la decidida actitud del Rey, la presencia masiva del pueblo español en las urnas y la expresión de la voluntad popular a favor de un ejecutivo fuerte y respaldado por millones y millones de votos.

La valoración contenida en el informe al Congreso de los Estados Unidos pone, sin embargo, el dedo en una llaga: la ansiedad que despertaba la neutralización política de las fuerzas armadas, neutralización que ha sido uno de los ejes centrales que han estructurado la transición tal y como se ha producido históricamente.

Datos desperdigados permiten pensar que en el seno de las fuerzas armadas la



integración en la OTAN no siempre debió verse de forma positiva. Algunos sectores pudieron pensar, por ejemplo, que la incorporación se utilizaría como coartada para realizar profundas reformas orgánicas e institucionales que turbasen la tranquilidad que proporcionaban sistemas de promoción y cooptación como los acuñados durante el franquismo. Y, naturalmente, la visión del adversario «exterior» no era fácil de integrar en un colectivo —sobre todo el del Ejército de Tierra— que divisaba en gran medida su razón de ser en coadyuvar a mantener controlado al «enemigo interior», y en defender una legalidad que para la extrema derecha militar no podía consistir en la subversión total de la generada en y por el anterior régimen.

Un militar norteamericano se haría eco de más temores. La oposición, por ejemplo, de ciertos generales y jefes del Ejérci-

to de Tierra podría tener algo que ver con la erosión de su influencia política en España. A otros les molestaría la necesidad de exponer ante el exterior la inadecuación de los niveles de enseñanza y entrenamiento o el lamentable estado de las dotaciones en equipamiento y material <sup>3</sup>.

Finalmente, debe haber habido sectores a los que les hubiese gustado que la adhesión a la Alianza se viera acompañada de contraprestaciones interesantes para los intereses nacionales <sup>4</sup>.

La incorporación al Tratado del Atlántico Norte, decidida apresurada e irreflexivamente por un gobierno de centro-derecha, creó una nueva situación ante la cual los sectores de las fuerzas armadas opuestos a la misma no tuvieron más remedio que inclinarse, como se inclinaron ante el juicio y sentencias derivados de los acontecimientos del 23-F, en un contexto de dramática revelación de tanta inanidad moral entre los conspiradores. Y aunque es cierto que todavía subsistieron ciertos

brotos golpistas (recuérdese la desarticulación de una presunta nueva intentona de tal carácter prevista para poco antes de las elecciones del 28-O) la adhesión misma y, sobre todo, el resultado de estas últimas debieron terminar modificando profundamente las percepciones militares.

Para los segmentos más derechistas de las fuerzas armadas, el que un partido de izquierdas como era el que llegaba por primera vez al poder gubernamental en diciembre de 1982 pudiera retirar a España de la Alianza debía resultar una afrenta.

En primer lugar, no tardó en hacerse evidente la inminencia de que el nuevo gobierno iba a introducir reformas orgánicas y modernizadoras, *apoyadas por una gran parte de la Institución*, lejos de los títubeos que habían caracterizado la gestión terminal de UCD. Si dichas reformas

**Para los segmentos más derechistas de las FAS, el que un partido de izquierdas pudiera retirar a España de la Alianza debía resultar una afrenta.**

se llevaban a cabo, la influencia que en ello pudiera tener la pertenencia a la Alianza desaparecía y por consiguiente no tenía razón de ser oponerse a la misma.

En una palabra, si eran factores internos los que impulsaban el cambio militar el papel de coartada posiblemente asignado a la Alianza desaparecía. De aquí que aquellos sectores que previamente hubiesen contemplado con desconfianza la adhesión retirasen ésta.

En segundo lugar, para los segmentos proclives a la permanencia en la Alianza la no adopción de medidas traumáticas que cortaran tal relación debía tener, a su vez, efectos tranquilizadores. Tales sectores habrían de divisar en ello posibilidades de modernización, puesta al día de conceptos orgánicos y doctrinales y una renovada justificación del papel de la Institución, ligado esta vez a la protección contra amenazas exteriores de alto nivel.

¡Y qué otra amenaza exterior más permanente e intensa que la procedente del Este!



En tercer lugar, quienes pensaran que la Alianza necesitaba más de España que ésta de aquélla, aprovecharían el compás de espera que introducía la política del nuevo gobierno para informarse detalladamente de las posibilidades de cooperación mutua.

Y, en último término, la identificación del adversario de la Alianza habría de encajar perfectamente en un colectivo como el militar, educado en la mitología franquista de la amenaza comunista contra Occidente que se quebró durante la guerra civil en tierras españolas.

En la medida en que este elemento ideológico se autonomizase de los anteriores, la resistencia íntima a salir del Tratado del Atlántico Norte habría de hacerse mayor.

Si esta interpretación es correcta, cabrá extraer una segunda enseñanza. *Es bastante verosímil que en las fuerzas armadas se haya producido a partir del 28-O un cambio de percepción fundamental: si durante el franquismo los escenarios de seguridad más importantes para ellas eran el interior y el situado en el Norte de África, la concentración en el conflicto Este-Oeste —vía Alianza— permite conectar con un adversario infinitamente más potente para hacer frente al cual se requiere disponer de recursos cuantiosos.* Con independencia de otras consideraciones, esto no puede ser desagradable para el aparato burocrático-militar español, como no lo es para el de otros países.

La evolución política española, que ha robustecido considerablemente el régimen democrático, ha coadyuvado a tal proceso e introducido un factor fundamental: conviene al gobierno socialista mantener el nivel más bajo de fricción posible con las fuerzas armadas mientras se introducen las reformas que han de ponerlas, definitivamente, en el sendero de la modernidad.

**La campaña del PSOE contra la adhesión a la Alianza fue un éxito en la medida en que contribuyó a configurar las percepciones de la opinión pública.**

3. La campaña del PSOE —y de otras formaciones políticas de la izquierda— contra la adhesión a la Alianza fue un éxito en la medida en que contribuyó, decisivamente, a configurar las percepciones de la opinión pública. Según las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas, los poco o nada partidarios del ingreso suponían en octubre de 1978 un 15 por 100. En julio de 1979 habían aumentado al 26 por 100. Dos años más tarde llegaban ya el 35 por 100, cota que se superó en septiembre de 1981 con el 43 por 100. Incluso después de las elecciones del 28-O, en las que el «tema OTAN» jugó un papel importante, el número de oponentes creció en marzo de 1983 hasta un 57 por 100. Esta evolución discurrió en paralelo a una disminución del número de partidarios desde el 27 por 100 en la primera fecha al 13 por 100 en la última, y a una reducción de los «no sabe, no contesta» desde el 58 por 100 al 30 por 100 respectivamente.

Es improbable que tales cambios en las preferencias de los ciudadanos no tuvieran nada que ver con el calentamiento del tema por los diferentes partidos políticos que sobre el mismo se pronunciaron, bien fuese a favor o en contra.

Esta campaña no fue un error, como ha sido insinuado en repetidas ocasiones por la oposición política al PSOE y a la izquierda en general. De no haberla llevado a cabo, ésta —y el PSOE— hubiese renunciado a la activación de ciertas señales de identidad esenciales para su autocomprensión. Y no cabe olvidar que la campaña pudo haber sido también una manifestación del desagrado ante la ruptura del consenso fáctico que parecía existir en los grandes temas (política económica y autonómica) entre el PSOE y el partido entonces

en el gobierno al cual, en la emoción del inmediato 23-F, se le había ofrecido formar, incluso, una coalición que apuntalase el sistema democrático.



Es difícil saber si la transformación de percepciones está ligada férreamente a la postura de los partidos políticos y, en el caso de los contrarios a la OTAN, a la del

**La variable crítica más importante hoy es la fortaleza de las tendencias autonomizadoras del sentimiento hacia la Alianza con respecto a la postura del PSOE.**

bre la OTAN estuvo influido de manera radical por constreñimientos endógenos relativamente independientes de las repercusiones externas.

PSOE. La experiencia europea ofrece una pluralidad de posibilidades interpretativas:

a) Podría ocurrir, por ejemplo, que la opinión pública española siguiese mayoritariamente las sugerencias del partido gubernamental, el más votado en las últimas elecciones generales. Esto ha tenido lugar en el caso británico.

b) Es inverosímil que en el conjunto de preferencias de los ciudadanos los temas de política de seguridad, al fin y al cabo abstractos y con escasa incidencia directa en la vida diaria (aunque nadie escapa a sus efectos), sean desplazados por otras preocupaciones más inmediatas de política económica y social. Es lo que ha ocurrido en el caso alemán.

c) No cabe destacar que el «tema OTAN» se autonomice en las percepciones colectivas en el sentido de que una parte muy importante de la ciudadanía se mantenga en sus preferencias y no se vea influida decisivamente por la actitud del gobierno. Esto se ha producido, con el caso de los «euromisiles», en Holanda.

Por consiguiente, una tercera enseñanza que cabe extraer del debate es que *la variable crítica más importante hoy es la fortaleza de las tendencias autonomizadoras del sentimiento hacia la Alianza con respecto a la postura del partido socialista*, que fue una de las formaciones que en mayor medida contribuyó a generar el vuelco en las percepciones de la opinión pública.

Estas tres enseñanzas (junto a otras menos importantes y en las que no nos detendremos) están ligadas a las dimensiones internas de la cuestión. Son esenciales en cuanto que, en mi entender, el debate so-

Es imperdonable que ello ocurriera en el caso de UCD, habida cuenta de la trascendencia de la decisión. Y que ha llevado a los profesores Preston y Smyth a referirse a la «prisa indecente con la que el gobierno presionó para entrar en la OTAN». *La evolución registrada desde diciembre de 1982 hace pensar que el gobierno socialista no quiere repetir tal tipo de errores.*

4. La adhesión al Tratado del Atlántico Norte determinó, en efecto, un cambio en profundidad para España en el entorno en que se mueve nuestra acción exterior. La ampliación de la Alianza no carecía para sus miembros de ventajas políticas importantes en años en que crecían las tensiones internacionales y que encrespados segmentos de la opinión pública criticaban, en casi todos los países europeos occidentales pertenecientes a la OTAN, su ortodoxia de seguridad.

A tales ventajas se añadían las estratégicas. Aunque las fuerzas armadas españolas fuesen numerosas pero no modernas, podía pensarse que una vez que se las equipara y entrenara hasta llegar a los niveles de la Alianza podrían constituir un refuerzo importante de la defensa convencional.

Por otro lado no cabía olvidar la aportación geográfica. La pertenencia española a la Alianza da a ésta una presencia muy firme en el Mediterráneo occidental y sobre los accesos al Estrecho de Gibraltar. Las Islas Canarias robustecen la vigilancia y el control de las vitales líneas de comunicación marítima con el Atlántico Norte. Una integración militar llevada a sus últimas consecuencias haría ganar en profundidad al sistema defensivo europeo y permitiría un mayor despliegue logísti-



co: el clima y extensión de España favorecen su papel como base de entrenamiento y dispersión de ciertas unidades (aviación) vulnerables. Y siempre se ha subrayado la función de reducto estratégico para concentrar fuerzas y lanzar eventuales ataques de retaguardia contra un agresor. Pero éste no es el lugar para cantar las excelencias geoestratégicas de España: demos por supuesto que, vistas desde la perspectiva de los planificadores de la OTAN, no son desdeñables.

Si en la óptica de la Alianza la incorporación española conllevaba ventajas políticas y estratégicas, parece inconcebible que el gobierno de Madrid pudiera realizarla por razones esencialmente ideológicas, de necesidad interna o no convincentes cuando arrastraba repercusiones internacionales de largo alcance para un país como España, que salía de un largo período en el que sólo había desarrollado una política exterior y una política de defensa

que, en el mejor de los casos, sólo cabe caracterizar como de repliegue. Porque pensar que se forzó la adhesión para conseguir un reblandecimiento de la obstruyente postura francesa frente a la ampliación de la CEE, como sugieren los profesores Preston y Smyth, equivale a postular una ignorancia profunda del gobierno de UCD en estos temas.

*El programa con que el PSOE concurrió a las elecciones generales del 28-O era muy consciente de aquellas repercusiones. De aquí la naturaleza limitada de sus compromisos en la materia.*

Tras el triunfo electoral había dos estrategias posibles:

a) El nuevo gobierno socialista asumía el tenor de sus declaraciones previas y convocaba inmediatamente un referéndum para que los ciudadanos decidieran acerca de la pertenencia a la Alianza.

b) El nuevo gobierno socialista, sin renunciar a los compromisos adquiridos

ante el electorado, adoptaba una posición cautelosa e imbricaba el «tema OTAN» dentro de sus objetivos de política exterior y de defensa, iniciando un despliegue atemperado y coordinado de las mismas.

Para entonces no cabía duda, desde luego, de que varios miembros importantes de la Alianza tenían sumo interés en que España no denunciase el Tratado. El nuevo gobierno había de plantear el tema, pues, no tanto en términos de posibilidad o imposibilidad de hacerlo cuanto en términos del coste que arrastrara una medida que no dejaría de tener importantes efectos internacionales.

Como es notorio el gobierno socialista desechó la primera estrategia. Esto tuvo como consecuencia que otros objetivos esenciales de política exterior no sufrieran las consecuencias de una acción que hubiera supuesto una nueva modificación del entorno en que había de desenvolverse la acción española.

**El mantenimiento de la relación bilateral hispano-norteamericana conllevaba el reconocimiento de que prestaba servicios importantes a la seguridad común.**

En la medida en que el objetivo central de ésta estriba en defender el interés nacional, definido en el proceso político interno, y que el interés nacional se identifica con la consecución de ciertas metas prioritarias que podrían verse afectadas negativamente, el gobierno socialista se situó en las antípodas de su predecesor: lo que para ésta había sido, esencialmente, una opción ideológica o promovida por inconfesables urgencias internas que se adoptaba sin pensar en utilizarla como elemento negociador («*bargaining chip*»), no podía serlo para un partido atento a la defensa de los intereses nacionales genuinos. Si éstos fueran a sufrir algún retroceso, no se acometerían por parte española acciones irreflexivas que lo indujeran.

Ello no hacía menos innovadora la política a seguir: Régis Debray ha argumentado convincentemente que una *Realpolitik* de izquierda puede y debe hacerse sobre la noción del interés nacional<sup>5</sup>. Esta



es la que se desplegó, en este punto, en el caso español.

En efecto, la segunda estrategia implicaba: a) la paralización de las conversaciones tendentes a determinar el *status* español en la Alianza, incluido el mando militar integrado; b) una cooperación legal y firme en el seno de la misma; c) el mantenimiento del compromiso del referéndum, y d) la preservación de los lazos bilaterales de seguridad con los Estados Unidos, una vez que el acuerdo negociado en 1982 se viera adicionado de un protocolo que lo desvinculaba de una forma determinada de permanencia en la Alianza.

*Desde el punto de vista español, esta estrategia era congruente con los intereses militares de los países miembros de la Alianza y no era contradictoria con la declaración programática de que el PSOE tenía un filosofía contraria a la política de bloques militares. Estos, ciertamente, no iban a desaparecer porque el nuevo gobierno español adoptase posturas meramente demostrativas. Tampoco se divisaba posibilidad alguna de que en un plazo inmediato pudiera producirse un tipo de conflicto para prevenir el cual había surgido el Tratado de Washington.*

De hecho, analistas estratégicos norteamericanos prevén hoy que de aquí al año 2000 «una guerra general entre los Estados Unidos (y sus aliados) y la Unión Soviética (y los suyos) seguirá siendo una probabilidad que resulta extremadamente inverosímil que aumente debido a la amenaza de la escalada nuclear. Lo mismo cabe decir de la probabilidad de que se produzca una guerra convencional o limitada entre la OTAN y el Pacto de Varsovia»<sup>6</sup>.

Por consiguiente, el mantenimiento de la relación bilateral hispano-norteamericana conllevaba el reconocimiento de que prestaba servicios importantes a la seguridad común y de que su alteración hubiese empeorado ésta. No se modificaba el *sta-*

*tu quo* militar (aunque los riesgos de que fuese cuestionado desde el Este fueran mínimos) y se ganaba tiempo para proceder al despliegue de una política exterior más ambiciosa que tendía a aumentar la capacidad de proyección de influencia española en ciertos temas, a apuntalar los esfuerzos de consecución de varios objetivos prioritarios y, sobre todo, a crear un espacio o margen de autonomía del que se había carecido hasta el momento. «En la escena internacional —dice Debray— cada país se mueve de pies y manos en la masa para volver a encontrar por la mañana el lugar que ocupaba la víspera, ese pequeño espacio de soberanía que tiene que arrancar a la asfixia de alrededor. Salvaguardar un día y otro ese margen de autonomía contra adversarios, aliados, terceros y los propios ciudadanos es el trabajo de Penélope de una diplomacia global, que juega sobre todos los dispositivos, públicos y privados, adecuados para contrarrestar el flujo incesante de agresiones, anexiones y subordinaciones de todo tipo»<sup>7</sup>. Hacia este fin, en efecto, era hacia el que iba a empezarse a trabajar.

La subsistencia de la relación bilateral —esencial en una perspectiva militar— implicaba, desde luego, el rechazo de cualquier veleidad neutralista en términos del conflicto Este-Oeste.

Esto figuraba ya en el programa electoral del PSOE en el apartado de los proyectos fundamentales de política exterior. En él se abogaba por mantener «una relación con los Estados Unidos en el marco de las relaciones con el mundo occidental en su conjunto». Una de sus vertientes se refería a la militar, «en condiciones medidas, igualitarias, de equilibrio y fijadas en el tiempo, tal como exigen los presupuestos de la nueva situación de democracia de

nuestro país y fundada en el no desequilibrio de la situación defensiva del mundo occidental».

Ello significaba que en el seno del

**El gobierno socialista sitúa la política exterior a la vanguardia de la política de defensa, para desarrollar una estrategia que haga innecesaria la activación de esta última.**



PSOE se había registrado ya, de cara a las elecciones de 1982, una evolución cierta frente a las posturas anteriores favorecedoras de la neutralidad que habían aflorado

en numerosas declaraciones antes de la adhesión al Tratado del Atlántico Norte, y que en el programa electoral de 1979 habían culminado en la afirmación de que la base institucional, en el aspecto exterior, de la política de defensa consistiría en «la no integración en los bloques militares».

De todo ello cabe extraer una primera enseñanza ligada a las dimensiones internacionales del «tema OTAN»: *tras la adhesión y antes de las elecciones del 28-O, el PSOE había experimentado una transformación considerable en sus planteamientos como consecuencia de las repercusiones derivadas de la modificación para España del entorno en que había de moverse su acción internacional, y del deseo de hacer de esta última un mecanismo de impulsión de ciertos objetivos nacionales prioritarios.*

5. En mi entender, la política desplegada por el gobierno socialista parece haberse basado en los siguientes supuestos esenciales:

a) España no es insensible a las tensiones del contexto internacional ni a las que se produzcan en su entorno más próximo.

b) Este incorpora hoy, desde 1982, la situación de seguridad de los países europeos miembros de la OTAN.

c) Ni en términos del conflicto Este-Oeste ni en nuestra zona de seguridad hay, por el momento, amenazas militares inmediatas.

d) La política exterior se sitúa a la vanguardia de la política de defensa para

**La no convocatoria del referéndum desprestigaría al PSOE y, por extensión, a los partidos políticos de vocación gubernamental.**

desarrollar una estrategia que haga necesaria la activación de esta última.

e) La participación española en la Alianza, y la permanencia en la misma, están configuradas esencialmente por consideraciones políticas, no militares.

En este despliegue, el mantenimiento del compromiso de convocar al pueblo español para que se pronunciara en referéndum acerca del «tema OTAN» cumpliría funciones objetivas, tanto hacia adentro como hacia afuera.

Hacia adentro porque traducía la voluntad del gobierno de no abdicar de las responsabilidades que había contraído con su electorado. La renuncia a ejercerlas, como ha sido sugerido desde diversos medios de la oposición al amparo de presuntas exigencias de la defensa nacional, es difícilmente aceptable. En cualquier caso, la contribución de España a la seguridad militar de los países industrializados occidentales miembros de la Alianza depende también de la relación bilateral española con los Estados Unidos.

En segundo lugar, la no convocatoria del referéndum desprestigaría al PSOE y, por extensión, a los partidos políticos de vocación gubernamental, ya que en un país que ha accedido sólo recientemente a la democracia parlamentaria es posible que erosionase de forma considerable la credibilidad de la incipiente clase política democrática.

En tercer lugar, el desprestigio del PSOE no tendría únicamente alcance partidista sino nacional, al asumir el partido socialista una parte sustancial de la modernización institucional de España.

Por último no cabe desconocer un cuarto argumento, quizá el más importante: si la política de seguridad no tiene respaldo popular, difícilmente será firme. Si el pueblo español, orientado conveniente-



mente por el gobierno, se situara detrás de éste, ello permitiría asentar sobre una base mucho más sólida nuestra interacción con los países europeos occidentales.

En contra del mantenimiento del compromiso electoral también hay argumentos de peso:

En primer lugar, el gobierno podría no arrastrar a una gran masa de la opinión.

En segundo lugar, tal posibilidad disminuiría si la oposición de derechas, paradójicamente, votara en contra o se abstuviera.

En tercer lugar, la campaña del referéndum agitaría considerablemente a la sociedad española en el supuesto que, de alguna manera, los partidos mayoritarios no restablecieran un consenso mínimo en relación con esta materialización del respaldo para la política de seguridad.

Entre las funciones hacia afuera del compromiso figuran las siguientes:

a) Ha permitido ganar tiempo para apuntalar el despliegue de una política exterior que se pretende novedosa y cuyo espíritu discrepa del que prevaleció en la que se desarrolló anteriormente.

b) Ha incorporado el peso de la opinión pública española a la determinación de las grandes opciones en materia de relación con el exterior.

c) Ha reducido la posibilidad que desde el entorno hubieran podido hacerse presiones sobre el gobierno.

d) Ha vinculado de nuevo, aunque en circunstancias muy cambiadas, los procesos no cerrados en la incorporación de España a las redes de cooperación europea. No hay que ser un analista demasiado sofisticado para pensar que difícilmente

podría el gobierno aconsejar a los ciudadanos que votasen en favor de la permanencia española en la Alianza si, en otro ámbito jurídicamente distinto, los países miembros de la misma no apoyasen el ingreso español en la CEE.

En tal sentido el compromiso ha servido para apuntalar el cambio de estrategia con respecto a la seguida por el último gobierno centrista.

*En resumen, una segunda enseñanza de índole externa que cabe extraer del pasado es que la permanencia española en la Alianza es indisociable del avance en otros objetivos que siente como prioritarios el gobierno español.*

6. En la medida en que España no forme parte del mando militar integrado de la OTAN, la contribución específica que a la seguridad militar occidental presta nuestro país conecta con la relación bilateral con los Estados Unidos, que podría ser objeto de remodelación (sin detrimento de los intereses comunes) una vez que se aclarase definitivamente la participación española en la Alianza.

En consecuencia, descartada la neutralidad (*que ya no fue propugnada de cara a las elecciones del 28-O*), las grandes opciones estratégicas de España estriban en:

a) La salida de la Alianza conservando (a un coste) la relación, modificada o no, con los Estados Unidos.

b) Permanecer en la Alianza con un *status* a determinar por valoraciones esencialmente políticas, no militares.

Una eventual denuncia del Tratado del Atlántico Norte, ahora que de nuevo el

**La permanencia española en la Alianza es indisociable del avance en otros objetivos que siente como prioritarios el gobierno español.**

conflicto Este-Oeste vuelve a estructurar la política internacional, tendría, en mi opinión, efectos negativos sobre el diálogo con varios países europeos occidentales.



as que no se sustraen en modo alguno a las consecuencias y pondría en peligro la consecución de objetivos prioritarios nacionales como son el ingreso en la CEE que ha de ser precedido por la ratificación parlamentaria en los diez países miembros del tratado de adhesión), la intensificación de la cooperación internacional en la lucha antiterrorista y avances en el contencioso de Gibraltar.

Desde la perspectiva de países tales como la República Federal de Alemania, en la que las divergencias en torno a la política de seguridad han causado considerables problemas internos, es fácilmente comprensible la vinculación OTAN-CEE, a la que ha aludido públicamente el ministro Hans-Dietrich Genscher en más de una ocasión. Pero países como Bélgica, también con tensiones no desdeñables, podrían enfocar la cuestión desde una óptica similar, aunque su contribución económica al amortiguamiento de los efectos de la ampliación de la CEE sea inferior a la alemana. En cualquier caso Francia, Bélgica e Italia colaboran eficazmente con el gobierno socialista en la lucha contra el terrorismo y no cabe olvidar que todos ellos han hecho esfuerzos sostenidos de cara a refrendar la solidaridad intraaliada.

Así, pues, una remodificación sustancial de nuestra proyección europea podría generar costes de importancia que se incrementarían considerablemente en el supuesto (hoy desechado oficialmente) de que España optase por un sistema de seguridad autónomo, ya que ello sí afectaría de manera muy notable a las dimensiones de la seguridad europea occidental en cuanto que implica:

- a) La desaparición de la conexión con los Estados Unidos.
- b) El debilitamiento de la presencia occidental en el espacio geoestratégico español.

c) La eliminación *a priori* de las ventajas que para la Alianza pudieran derivarse de la evolución futura de la relación de España con la misma.

Por consiguiente, una tercera enseñanza de índole externa que cabe extraer de la experiencia de los últimos años es que el *gobierno socialista, como cualquier gobierno atento a la defensa de los intereses nacionales, es consciente de la interacción que se establece entre éstos y el entorno exterior y valora dicha interacción desde una óptica que tiene en cuenta el interés de los demás en la medida en que se interrelaciona con el propio.*

La permanencia española en la Alianza puede configurarse:

1) Conservando la situación como hasta ahora.

2) Incorporando a España al mando militar integrado.

La distinción abre un margen de maniobra obvio al no haber urgencia en definir modalidades de participación militar cuando *no existen riesgos de conflicto de este tipo en Europa*: la amenaza de la escalada nuclear es lo suficientemente disuasora y no dejará de serlo en los próximos años.

En mi opinión es necesario tomarse un tiempo para aprovechar dicho margen de maniobra por, entre otras, las siguientes razones:

a) Si la escena interior cambiara y el PSOE fuese derrotado políticamente, los partidos de derechas, hoy en la oposición, no han dejado lugar a dudas en que incorporarían a España a la «organización militar». Sin embargo, mantener el *status* actual permitiría:

b) Conservar ciertas bazas estratégicas en la bocamanga, cuyo juego prudente

**El gobierno socialista es consciente de la interacción que se establece entre los intereses nacionales y el entorno exterior.**



te tal vez coadyuvase a movimientos en algunos objetivos nacionales prioritarios: Gibraltar, la eventual relación de Ceuta y Melilla con los esquemas aliancistas, etc.

**No existe urgencia en definir modalidades de participación militar cuando no existen riesgos de conflictos de este tipo en Europa.**

Sin embargo, la ampliación de la CEE hace incurrir a ésta en medidas de ajuste que implican costes económicos y políticos. La República Federal de Alemania,

país expuesto, si los hay, en el conflicto Este-Oeste, ha contribuido a sentar las bases para la superación de la crisis interna comunitaria y asumiendo una parte importante de la financiación subsiguiente a la entrada de España en la CEE. ¿Acaso no lo hace en defensa de otros intereses propios, más relevantes? Bajo la presidencia de François Mitterrand, Francia ha terminado por reconocer —en un ejercicio también claro de contabilidad de intereses nacionales— que las ventajas de la entrada de España en la CEE superan a los inconvenientes. Sin embargo, un gobierno controlado por la actual oposición podría tener una valoración muy diferente, en función de otros intereses económicos o de perspectivas temporales mucho más recortadas.

Lo que sería absurdo es pensar que en el diálogo hispano-francés no tienen incidencia alguna las dimensiones de seguridad. Precisamente la Francia de Mitterrand ha insistido una y otra vez en su lealtad a los aliados, ha subrayado que su política no es neutralista, ha adoptado una línea firme ante la Unión Soviética y ha tratado de contrarrestar cualesquiera sentimientos de inseguridad que pudiera tener la República Federal de Alemania, con la que ha reencendido la antigua *partnership* conservadora. El que los socialistas franceses hayan reavivado la fórmula de que «la agresión contra Francia no empieza sólo cuando el adversario entra en el territorio nacional» muestra que París acepta claras responsabilidades frente al resto de la Europa Occidental.

Las acepta también con España, como ha demostrado la espectacular mejoría en la cooperación policial antiterrorista, una vez que el diálogo hispano-francés saliese de los mínimos a los que la había condenado el último gobierno centrista.

c) Es congruente con la ortodoxia y la retórica de la OTAN, en donde los países miembros tratan de preservar ciertos intereses nacionales definiendo modalidades no paralelas ni iguales de participación en la Alianza.

d) Responde a la necesidad de exponer lentamente a los ciudadanos y a los forjadores de opinión a los problemas de seguridad internacional, en los cuales la postura de varios países miembros de la Alianza no resulta hoy absolutamente convincente ni demasiado favorable a los intereses colectivos.

En definitiva, la adopción de un cambio estratégico fundamental como el verificado en 1982 impone constreñimientos y limitaciones. Pero abre también oportunidades. En los dos primeros años de gestión del gobierno socialista estas oportunidades han sido aprovechadas en una doble dirección: se ha avanzado considerablemente en la negociación con la Comunidad, a pesar de la crisis interna que la paralizó desde la cumbre de Atenas a la de Fontainebleau, y se han hecho progresos muy importantes en la intensificación de la cooperación contra el terrorismo etarra.

No hay, por supuesto, ligamen jurídico entre las tres dimensiones. España no podría renunciar a su derecho legítimo a ingresar en la CEE dado que cumple todos y cada uno de los requisitos legales y políticos que establecen el Tratado de Roma, la política comunitaria al respecto y la *praxis* de las anteriores ampliaciones.

Y la lucha contra el terrorismo es una conveniencia de todos los países que se sienten afectados por el mismo.



El contencioso de Gibraltar es complejo y está lastrado por lo que a muchos españoles se nos antoja intransigente postura británica. Es evidente —la historia así lo demuestra— que las posibles esperanzas que tuviera el último gobierno de UCD de impulsarlo hacia adelante no se materializaron a pesar del ingreso español en la Alianza.

De hecho ha correspondido al gabinete socialista adoptar medidas que redujeran el cerco al que el franquismo había sometido al Peñón y rechazar las inferencias, aceptadas por el gobierno precedente, que Londres extrajo de la Declaración de Lisboa.

Pero es obvio que, desde el punto de vista británico, podría argumentarse fácilmente que una denuncia española del Tratado del Atlántico Norte crea las condiciones para congelar el tema gibraltareño, y ello no sólo por motivaciones políticas sino por elementales exigencias de seguridad, tanto inglesa como de la Alianza.

En efecto, ¿cómo podría una España fuera del Tratado garantizar a la OTAN un grado de vigilancia y de control del Estrecho semejante al que se ejerce desde la base británica?

### *Vulnerabilidades españolas*

La política de seguridad española no está hipercondicionada por el «tema OTAN», pero es evidente que la solución que el mismo reciba tendrá incidencias profundas sobre cómo se la enfoque.

En una perspectiva más amplia se requiere, sin embargo:

- a) Determinar las vulnerabilidades externas generales de España.
- b) Identificar y seguir las tensiones que afecten a tales vulnerabilidades en los

escenarios geopolíticos, estratégicos y económicos a los que previsiblemente nos enfrentaremos.

- c) Valorar correctamente las amenazas específicas que emanen de nuestro entorno y procurar neutralizarlas o compensarlas sin recurrir al empleo de medios de fuerza.

En todo momento parece imprescindible contrarrestar la tendencia a querer reducir el haz de incertidumbres que pende sobre nuestra seguridad (en un sentido lato: económica, política, social, psicológica) a las dimensiones estrictamente militares.

Y, como ha señalado no hace mucho Debray, *la seguridad es una condición, no un valor, «que estriba en la capacidad de sobrevivir, como sujeto propio de decisio-*

**Una acción política va en el sentido del interés nacional cuando tiende a minimizar el efecto de los medios que tengan otros Estados para actuar sobre nosotros.**

*nes, a las tentativas de los demás sujetos para adaptarnos a las suyas».* En tal sentido, una acción política va en el sentido del interés nacional cuando tiende a minimizar

el efecto de los medios que tengan otros Estados para actuar sobre nosotros<sup>8</sup>.

Las coordenadas que en tal sentido definen la política de seguridad española pueden y deben articularse en tres categorías esenciales:

- 1) Vinculadas no a un escenario de conflicto específico sino a la posible activación de factores generales de vulnerabilidad.
- 2) Ligadas a los escenarios de seguridad más próximos a nosotros: atlánticos y mediterráneos.
- 3) Relacionadas con el conflicto Este-Oeste.

En todas ellas habría que determinar niveles o escalones de peligrosidad y ries-



go, lo que no suele hacerse en la discusión pública, teniendo en cuenta que el ordenamiento jurídico de nuestra política de seguridad:

- i) es arcaico,
- ii) adolece de numerosas carencias sustantivas y orgánicas,
- iii) está descoordinado,
- iv) no se encuentra suficientemente conceptualizado,
- v) sufre de una orientación, condicionada por la historia, hacia el plano interior.

España tiene vulnerabilidades propias y otras que comparte con los países de su entorno europeo. En ello se generan momentos de riesgo que la política de seguridad debe tratar de desactivar.

1. Por ejemplo: la prolongada crisis económica por la que atraviesa España recorta la capacidad de proyectar influencia fuera de nuestras fronteras. Hoy no cabe desplegar una política exterior activa, no cabe entrar en relaciones significativas con el entorno, si ello no se ve apoyado por la asignación de los volúmenes adecuados de medios materiales, organizativos y humanos.

Es falso, como ha recordado Debray, que un país no pueda tener otra política exterior que la que le permiten sus recursos, pero no deja de ser cierto que hay una relación obvia entre éstos y el despliegue de aquélla y que el recorte de numerosos programas impuesto por la lucha contra la crisis ha afectado también a las asignaciones que recibe la interacción con el exterior.

A pesar de nuestra importante potencialidad de proyección, las limitaciones de medios han impedido, por ejemplo, que España acompañe su tradicional postura pro-iberoamericana con apoyos activos en una escala mucho mayor que durante

la dictadura franquista e incluso durante la transición.

La desorganización, la lucha de competencias y la proliferación de reinos de taifas han generado un despilfarro institucional que el gobierno socialista está decidido a erradicar.

Pero esta actividad necesaria, imprescindible, no debe llevar a olvidar que los presupuestos para la acción exterior son escasos y que esto introduce un constreñimiento objetivo a nuestras posibilidades de acción cultural, política y económica.

2. Por ejemplo: la dependencia tecnológica y productiva de la economía española con respecto a los países industrializados occidentales es extraordinariamente elevada. No es un fenómeno reciente y cristalizó en los años del «milagro económico español» en estructuras de difícil superación, siguiendo por lo demás una estrategia de avance económico razonable en la época. Ahora bien, parece obvio que ello da paso a situaciones de vulnerabilidad que pueden ser explotadas en contra de los intereses españoles y nos expone a los efectos, eventualmente intensos, de ciertas presiones externas.

Naturalmente no cabe desconocer que las experiencias realizadas hasta ahora en materia de retorsión económica no han solido ser muy positivas.

Con todo, es evidente que una España totalmente integrada en la CEE seguiría el destino de ésta. Fuera de ella, el potencial de vulnerabilidad parece más elevado.

3. Por ejemplo: la dependencia de aprovisionamientos exteriores particularmente notable en el ámbito energético y con respecto a ciertos productos agropecuarios. Como es notorio, también afecta a materias primas y suministros muy varios, absolutamente indispensables para el

**La dependencia tecnológica y productiva de la economía española con respecto a los países industrializados occidentales es extraordinariamente elevada.**



mantenimiento de un nivel normal de actividad.

Ahora bien, en una economía como la española que, en la comparación interna-

cional, es de tamaño medio y que, a diferencia de lo proclamado en las intoxicadoras exaltaciones del primer franquismo, cuenta con una dotación de recursos naturales relativamente escasa, sólo un elevado grado de conexión con el exterior permite promover una asignación económicamente adecuada de los factores productivos.

Numerosos economistas españoles se han cansado, en consecuencia, de repetir que es imprescindible, a medio plazo, lograr un mayor equilibrio de la balanza agrícola, lo que supone aumentar la exportación de productos en los que la economía española goce de ventajas comparativas. Igualmente es fundamental reducir la dependencia energética, diversificar las fuentes de producción y aprovisionamiento y conseguir un mejor aprovechamiento de los *inputs* productivos. Por último resulta indispensable empezar a cerrar el «*gap*» tecnológico, aunque ésta sea una actuación que no podrá tener efectos sino a largo plazo.

Pero, además, España sufre una considerable dependencia con respecto a las comunicaciones marítimas, superior a la de muchos otros países europeos occidentales. Un altísimo porcentaje de nuestro comercio exterior se hace por mar y una gran parte del mismo tiene lugar bajo pabellón extranjero.

Estas son vulnerabilidades generales de naturaleza económica. Hay otras geográficas que también tienen incidencia en la seguridad. Por ejemplo: el territorio nacional es de carácter discontinuo y obliga a mantener abiertas las comunicaciones entre todos sus componentes. Esto plantea problemas a veces dramáticos. Durante la Segunda Guerra Mundial los

**El hecho de que España ocupe un puesto muy elevado en el «*ranking*» de endeudamiento externo introduce constreñimientos objetivos sobre diversas actuaciones posibles.**

aliados se interfirieron gravemente con los tráficos de soberanía hacia las Islas Canarias e introdujeron así una presión adicional para hacer ver al régimen fran-

quista la conveniencia de mantenerse al margen del conflicto. Es evidente que el margen de decisión español quedó recortado.

España es, por otro lado, el único país europeo que tiene parte del territorio nacional en suelo africano (Ceuta y Melilla) o en zonas muy próximas al mismo.

La activación de estas vulnerabilidades generales —que en algunos casos no son típicas ni exclusivas de España— puede afectar a la capacidad de decisión. Por ejemplo: la prolongación de la crisis económica no dejará de surtir efectos sobre las posibilidades de resguardarnos de las alteraciones del entorno. Estas posibilidades serían menores si el ingreso en la CEE no se materializase. En cualquier caso parece evidente que, a partir de un cierto grado de contracción económica, aumenta la vulnerabilidad no sólo a presiones económicas sino también políticas. El caso de los países sudamericanos está alejado pero no es desdeñable. El hecho de que, en la actualidad, España ocupe un puesto muy elevado en el *ranking* de endeudamiento externo introduce constreñimientos objetivos sobre diversas actuaciones posibles.

El ingreso español en la CEE, que conllevará ajustes en profundidad de nuestra economía, aumentará probablemente el nivel de seguridad frente al resto del mundo. Pero si, por ejemplo, la adhesión se demorara o sufriera contratiempos cabría pensar en la posibilidad de que ciertos países utilizaran tales retrasos para conseguir concesiones que pudieran tener efectos negativos sobre los intereses españoles.

En este sentido, es obvio que el Gobierno de Madrid ha de negar el que pueda



existir —porque no existe— una vinculación de principio entre el proceso de ingreso en la CEE y la permanencia en la Alianza. Si tal vinculación se hubiera establecido oficialmente, no es improbable que en base a ella se hubiese ejercido presión para que, por ejemplo, las autoridades españolas resolvieran la segunda como paso previo para avanzar significativamente en el primero. Afortunadamente, el gobierno socialista no cayó en esta trampa, a pesar de las reconvenciones de inocentes comentaristas.

Muchas de estas repercusiones no afectan a las dimensiones militares de la seguridad pero sí a aspectos políticos, económicos y sociales de la misma, tanto más importantes si cabe porque configuran directamente las percepciones que de la eficacia y capacidad del gobierno tienen los ciudadanos.

Además de ciertas vulnerabilidades generales, España está expuesta a los efectos de las tensiones que surgen de las características geoestratégicas y geopolíticas de sus entornos inmediatos, atlántico y mediterráneo, ambos muy diferentes entre sí.

El Atlántico Norte, por ejemplo, es una zona estable, en la que apenas si existen focos de fricción. Se trata de un área absolutamente prioritaria en el conflicto Este-Oeste.

Más hacia el Sur se encuentran las Islas Canarias que, objetivamente, constituyen una de las avanzadas europeas en la zona, junto con los archipiélagos portugueses. Como es obvio, dichas islas ocupan una posición de flanqueo sobre rutas marítimas esenciales y forman una especie de base que permite reacciones sobre el continente africano, geográficamente muy cercano. No son, pues, insensibles a los fenómenos de desestabilización que pudieran producirse en o desde los países vecinos.

Más complicado es el escenario mediterráneo, ya que en él o próximos a él radican algunos de los focos de conflicto más importantes de la actualidad: ahí están, por ejemplo, la crisis del Oriente Medio, el problema de la irradiación del fundamentalismo islámico y el enfrentamiento entre regímenes árabes más o menos radicales y conservadores. Es un escenario en el que destacan crudamente las disparidades Norte-Sur y que interconecta países de vario grado de desarrollo en Europa, Africa y Asia.

La comisión política de la Asamblea del Atlántico Norte tiene creada una subcomisión especial que se ocupa de los problemas de la región. En su último informe señala que ésta reviste una importancia primordial para la OTAN desde el punto de vista de la disuasión, de la defensa y de la distensión, ya que la mayor parte del aprovisionamiento petrolero de Europa discurre por el Mediterráneo, al igual que lo hacen las corrientes de materias primas

**España está expuesta a los efectos de las tensiones que surgen de las características geoestratégicas y geopolíticas de sus entornos inmediatos, atlántico y mediterráneo.**

y otros productos absolutamente vitales para las economías, incluso en Europa Central. El Mediterráneo es, por lo demás, camino obligado de todo refuerzo destinado a aquélla en casos de crisis. Por otra parte, cada uno de los miembros de la Alianza ubicados en la región ofrece una contribución importante a la seguridad común, aunque con características muy diferentes.

En los últimos años parece haberse operado una cierta metamorfosis en la zona, que llevó a uno de los mandos militares de la OTAN (almirante Crowe) a subrayar que el punto estratégico de Europa se había desplazado hacia el Sur y que el Mediterráneo no era ya un simple flanco sino un frente principal y, a tal efecto, uno de los centros neurálgicos para la estrategia europea.

Igualmente se ha indicado que si bien es verdad que la OTAN se ha preocupado



hasta ahora sobre todo del frente centro-europeo, es tiempo ya que consagre más atención y más medios a la región sur. El almirante Crowe estimaba, por ejemplo, que el nivel actual de la defensa en la misma equivale al que existía en aquél a mitad de los años cincuenta <sup>9</sup>.

A decir verdad, el escenario mediterráneo está dividido en una serie de «zonas de tensión» muy diferentes entre sí, por lo que resulta poco realista considerarlo como una entidad única a la cual quepa aplicar parámetros comunes de análisis. Las tensiones, en efecto, se derivan de problemas muy diversos que hunden sus raíces en divergencias históricas y étnicas, intereses políticos y económicos contrapuestos y necesidades de seguridad muy diferentes <sup>10</sup>.

Las más importantes de entre tales zonas de tensión no están ubicadas en la divisoria de las grandes alianzas militares y las crisis latentes más significativas no pueden atribuirse, por lo general, al conflicto Este-Oeste. Existen fuera de los límites geográficos de la OTAN y del Pacto de Varsovia o se producen dentro de ambos (rivalidad greco-turca, caso especial de Rumania, etc.).

Las tendencias hoy aparentes en la región apuntan hacia la intensificación futura de ciertos tipos de tensiones como consecuencia de, entre otros factores, la eventual introducción de zonas marítimas exclusivas de 6 a 12 millas y los progresos en la tecnología minera, que harán posible la explotación de los recursos en el suelo marino.

La región mediterránea se ha empequeñecido a lo largo de los últimos años en términos geoestratégicos debido, esencialmente, a dos fenómenos:

a) La configuración física y el carácter de mar cerrado del Mediterráneo permiten intensificar las posibilidades de ac-

**El escenario mediterráneo está dividido en una serie de «zonas de tensión» muy diferentes entre sí, por lo que resulta poco realista considerarlo como una entidad única.**

ción de la tierra sobre el espacio marítimo. Los avances en la moderna tecnología militar (aviación, misiles, tierra-mar, etcétera) las han potenciado.

b) El continuado proceso de militarización por el que atraviesan, en general, los países de la zona, particularmente en lo que se refiere a la acumulación de modernos arsenales aéreos y navales, que han dado preferencia a características ofensivas tales como mayor radio de acción, velocidad, gran precisión y enorme potencial de destrucción.

De aquí que Cremasco haya afirmado que «la concentración de capacidades militares en la cuenca del Mediterráneo es, ciertamente, impresionante. La imagen se hace mucho más compleja y alarmante si también consideramos la presencia de las fuerzas aéreas y navales soviéticas y norteamericanas y la obvia tendencia a una mayor militarización, que se desprende del examen de los planes de los países de la zona por acrecentar sus arsenales, de los programas de ayuda militar estadounidenses y de los nuevos compromisos soviéticos de suministro de armas».

En este contexto, los problemas generales de seguridad para muchos países de la región están ligados a la aparición de focos de fricción como consecuencia del deterioro de relaciones entre algunos Estados de la zona, de su creciente militarización y de la intensificación de disputas de origen económico o político.

En términos del conflicto Este-Oeste, se ha subrayado siempre no sólo el acrecentamiento de la presencia militar soviética en el Mediterráneo mismo sino también la

posibilidad de que ciertos países ribereños (en el norte de África y en el Oriente Medio) otorguen facilidades al Kremlin para usar sus fuerzas navales y aéreas.



España tiene un interés eminente en la estabilidad de la región, sobre todo de su parte occidental, y es particularmente sensible a las tensiones norteafricanas no sólo por razón de proximidad geográfica sino también por la presencia española en Ceuta, Melilla e islas y peñones adyacentes. Dichas tensiones tienen su origen en causas muy diversas: delimitación de fronteras, procesos varios de consolidación nacional, diferencias ideológicas, patrones de comportamiento histórico, aspiraciones hegemónicas locales, etc. y se exacerban a veces por la proyección en el área del conflicto entre las superpotencias.

Por último, no cabe olvidar que una base marítima bajo control extranjero en territorio español (Gibraltar) introduce un factor exógeno a la zona y contribuye a socavar nuestra posición.

En situaciones normales nuestro entorno inmediato no deja de generar ciertos factores de vulnerabilidad que inciden sobre nuestra seguridad. Así, por ejemplo, en las ciudades españolas del Norte de Africa se da un proceso de «marroquización» bien conocido y existen focos de fricción potencial derivados de la no delimitación de aguas territoriales de Ceuta, Melilla y peñones <sup>11</sup>.

La necesidad de faenar en los caladeros saharianos que siente una parte de nuestra flota pesquera ha permitido el desarrollo de presiones marroquíes que perjudican a los intereses españoles y que parecen haber entrado en una nueva y mejor fase a raíz del acuerdo bilateral de 1983.

En cualquier caso, los países del Norte de Africa no son inmunes a conmociones internas (recuérdense las recientes algardas en Marruecos y Túnez) ni a la posibilidad de extensión del fundamentalismo islámico. En estado latente existen focos de inestabilidad que, en un momento determinado, pueden emerger y desbordarse afectando a intereses españoles.

---

**Una base marítima bajo control extranjero en territorio español —Gibraltar— introduce un factor exógeno a la zona y contribuye a socavar nuestra posición.**

---

Tales inestabilidades darían origen en algunos casos a acciones conscientes y orientadas por el deseo de alcanzar ciertas metas en el plano internacional. En otros podrían plasmarse en un exacerbamiento nacionalista proyectado hacia el exterior que buscara encontrar factores de cohesión interna en la oposición a España.

Desde la óptica del conflicto Este-Oeste a ésta se le abren también ciertas vulnerabilidades. En la situación normal no son muy importantes. Particular interés pueden tener las dificultades por las que atravesasen los suministros de ciertos productos ante la aparición de conflictos fuera de Europa. En segundo lugar, está la eventual toma de influencia soviética en algunos países de la ribera sur.

Ambas vulnerabilidades las comparte España con otros vecinos tales como Italia, Francia y Portugal.

En lo que se refiere al primer problema, los trabajos del profesor Maull constituyen los esfuerzos más detallados que conozco para precisar las vulnerabilidades europeas a los trastornos que pudieran producirse en el aprovisionamiento de materias primas minerales no energéticas. Sus conclusiones fundamentales son que con frecuencia se distorsionan y exageran los temores de suministro y que parece difícil que éste pueda verse obstaculizado de manera significativa sin dejar amplios márgenes de reacción a los países afectados. Una modesta política de *stocks* de seguridad sería suficiente para contrarrestar los escasos riesgos existentes <sup>12</sup>.

Tampoco las perspectivas de penetración soviética en el Norte de Africa son prometedoras. Los casos más peligrosos suelen ubicarse en Libia, Túnez, Argelia y Marruecos, pero las posibilidades son limitadas, como ha señalado Zartmann.

En consecuencia, hay que subrayar que *las vulnerabilidades españolas más impor-*



*tantes desde el punto de vista de la tensión normal en el conflicto Este-Oeste son escasas.*

Esta percepción —de la que, naturalmente, cabe disentir— debiera ser objeto de mayor concreción porque, de ser correcta, de ella se desprenderían consecuencias muy importantes para la política de seguridad española.

Lo dicho no significa, claro está, que España no sea sensible a una elevación de las tensiones Este-Oeste. La determinación de su origen o etiología parece fundamental para poder definir líneas de acción eficientes.

Podría ocurrir, por ejemplo, que: 1.º) en algunas crisis latentes radicadas en Europa se produjera un calentamiento; 2.º) emergiesen ciertas crisis extraeuropeas. También cabe pensar en que, por otras causas cualesquiera, 3.º) la relación entre las superpotencias se deteriorasen de manera alarmante.

Con respecto a las dos primeras posibilidades surgen varios supuestos tales como:

a) Erupción de un conflicto abierto entre Grecia y Turquía.

b) Desestabilización de Yugoslavia.

En conexión con las segundas las potencialidades más graves son:

c) Desbordamiento de la crisis del Oriente Medio.

d) Desestabilización de los regímenes de la Península Arábiga.

La probabilidad de ocurrencia de las dos primeras parece, hoy por hoy, reducida. En las dos últimas preocuparía a España que la libertad de paso por el Golfo quedara constreñida, que se cerrara la sa-

lida al Océano Indico o que Israel y los campos petrolíferos se vieran seriamente amenazados.

Un deterioro de la relación entre las superpotencias podría producirse a tenor de una amplia gama de causas. En el horizonte cabría dibujarse, por ejemplo, una radicalización de la crisis centroamericana que indujera reacciones estadounidenses y soviéticas que hubieran de ser compensadas por la otra parte.

Las consecuencias de estas eventualidades no incidirían únicamente sobre España. En ocasiones tampoco lo harían de manera directa. En ningún caso el conjunto central de nuestros intereses defensivos (protección del aparato de disuasión) necesita verse afectado. Por consiguiente, cabe argumentar que nuestras vulnerabilidades —aunque existen— se insertan en una dinámica más general y

que, dada la naturaleza de los previsibles efectos, elevar nuestro nivel de seguridad exigiría, prioritariamente, que España ingresase en la CEE.

---

**Las vulnerabilidades españolas más importantes desde el punto de vista de la tensión normal en el conflicto Este-Oeste son escasas.**

---

*En tal sentido, la decisión de adhesión al Tratado del Atlántico Norte no creo que pudiera justificarse por imperiosas necesidades de seguridad españolas en el período 1979-1982, sobre todo si no arrastraba automáticamente —como nunca lo afirmó el último gobierno de UCD— la entrada en la Comunidad.*

Los militares norteamericanos han realizado complejos ejercicios de prospectiva acerca de la evolución previsible en Europa (y en otras regiones) hasta el año 2000. Recientemente se ha dado a conocer algunos de sus resultados, centrados en un ejercicio de anticipación *standard* y en otros dos con resultados más positivos y negativos, respectivamente, para los intereses de los Estados Unidos.

El trabajo (titulado *Army 2000 Project*) no prevé ningún conflicto abierto entre el Este y el Oeste aunque sí crecientes disen-



siones intra-europeas y entre las dos orillas del Atlántico.

Según la síntesis de este proyecto realizado por Freney y Cole, de aquellas disensiones forman parte las relacionadas con: una mayor diferenciación entre la Europa del Norte y la del Sur, la difusión en el viejo continente de sentimientos introspectivos o nacionalistas y, en general, una erosión de la cohesión mantenida hasta la fecha de cara al Este.

En el caso de la región Sur destacarán tres fenómenos:

a) El mayor predominio de los problemas internos, pasando a un segundo término las preocupaciones tradicionales de seguridad.

b) Una menor influencia de las potencias ajenas a la zona sobre las actitudes y políticas de los países de la misma.

c) Una fragmentación y diversificación aceleradas.

En una palabra, se prevé un aumento de la fluidez política y social del Mediterráneo y, por consiguiente, de su inestabilidad. Esto no puede dejar a España indiferentes.

Tiene interés subrayar, sin embargo, que en dicha anticipación no se considera que la Unión Soviética pueda acrecentar su capacidad de influencia en la región Sur y ciertamente no en la zona más volátil de todas: el Oriente Medio.

Ello se vería acompañado de una reducción de las percepciones de la amenaza militar soviética y afectará, por consiguiente, a la OTAN.

Si bien hay que tener en cuenta que todo ejercicio de prospectiva a largo plazo es arriesgado, y que muy verosímelmente ni siquiera el *Army 2000 Project* sea capaz

**No hay datos que puedan justificar nuestra permanencia en la OTAN por consideraciones esencialmente militares.**

de predecir con exactitud el futuro, habría que otorgarle, por lo menos, tanta credibilidad —si no más— como a las intuiciones de 1981 y 1982 de los estrategas en el último gobierno de UCD que promovieron la decisión de adherir a España al Tratado de Washington y arrastraron en ello a sus compañeros de gabinete.

Con base en el *Army 2000 Project* y en sus variantes, debe subrayarse, pues, que desde el punto de vista de los intereses de seguridad españoles nada hace pensar que vaya a estallar un conflicto abierto Este-Oeste en los próximos quince años, por lo que la permanencia en la OTAN no podría justificarse por consideraciones esencialmente militares. Otra cosa es que razones políticas así lo aconsejen y, de hecho, el *Army 2000 Project* prevé que el PSOE, cuya fuerza y legitimación no dejarán de crecer —según él— en la política española, continuará teniendo reservas con respecto a la Alianza, si bien esto no será más que una tapadera retórica ya que terminará dándose cuenta de las ventajas internas y externas que la OTAN proporciona.

Desmitifiquemos, pues, las necesidades de la defensa en la perspectiva Este-Oeste evitando una hipertrofia de las mismas y, sobre todo, la militarización de nuestra política de seguridad. Una cosa es prestar una aportación a la defensa común —como el Estado español viene haciendo desde 1953— y otra muy diferente divisar en aquella perspectiva el alfa y el omega inmediatos de nuestra contribución a la disuasión, exaltando su componente militar.

*La principal coordenada que gravita sobre nuestra política de seguridad parece ser, en efecto, la que gira en torno a la situación en el Mediterráneo occidental y, en particular, sobre el Norte de Africa.*

Si esta interpretación es correcta se plantean dos grandes supuestos:

1.º) Nuestro aparato político, diplomático, económico,



cultural y militar se adapta a la conveniencia de desactivar o neutralizar los eventuales focos de conflicto «autónomos» que puedan surgir en dicha zona y se «negocia» en y con la Alianza Atlántica la correspondiente división del trabajo.

**La principal coordenada que gravita sobre nuestra política de seguridad parece ser la que gira en torno a la situación en el Mediterráneo occidental.**

2.º) Por el contrario, se da más importancia a la influencia del conflicto Este-Oeste en la región Sur y el dispositivo de seguridad —en este caso el militar— se adecúa a ello.

El primer supuesto requerirá, normalmente, la acumulación de fuerzas en presencia que permitan plantear una adecuada política de disuasión. Tendrá, normalmente, techos finitos tras los cuales no será razonable seguir desplegando unidades o recursos. *A la vez habrá que potenciar la capacidad no militar que pueda proyectar influencia en el área:* la capacidad política, económica, cultural y, por supuesto, una diplomacia ágil y bien dotada, pueden conseguir objetivos que no se desprenderían del mero amontonamiento de medios estrictamente militares.

En este campo la unión libio-marroquí de agosto de 1984 ha introducido un factor adicional a considerar. El tratado de Uxda contiene, en efecto, implicaciones militares, ya que en él se prevé que una agresión contra uno de los Estados constituirá un caso de agresión contra el otro. Esto, en principio, apunta hacia la conveniencia de ir desarrollando paulatinamente dispositivos de defensa comunes, posibilidad que no ha dejado de suscitar preocupación en otros países de la zona e incluso de fuera de ella, dado el peculiar papel desempeñado por Libia en los últimos años. No cabe duda de que las dimensiones militares de la unión han de ser valoradas también por París e incluso por Washington, cuyas duras fricciones con Trípoli son harto conocidas.

Las sorpresivas visitas del presidente de la República Francesa a Marruecos, cuan-

do los regímenes norteafricanos aprobaban la unión, muestra que no sólo es España el único país que piensa en las consecuencias de la misma sobre la estabilidad

de la región.

De ahí a derivar lecturas simplistas para la seguridad española hay mucho trecho, que algunos medios de comunicación social se precipitaron a realizar. Pero es evidente que la inopinada acción libio-marroquí, que al parecer no figuraba en los más reputados análisis de prospectiva sobre la zona, no ha empezado a producir toda su dinámica.

En un improbable caso de conflicto hispano-marroquí, ¿hasta qué punto la aplicación del «Plan ballesta» tradicional, que prevé acciones ofensivas contra Marruecos, no provocaría la intervención libia según se haya desarrollado el tratado de Uxda? La mera enunciación de esta posibilidad muestra que, como siempre ha ocurrido, nuestro entorno inmediato de seguridad es el que más atención requiere en el planteamiento estratégico español.

En el segundo supuesto, España tendría que potenciar en mucho mayor medida su dispositivo bélico y, dada la tendencia a pensar en términos de «*worst-case*» de los planificadores militares, ello conducirá quizá a la asignación de recursos en cantidades muy importantes. Incluso una zona tan concreta como el Mediterráneo occidental podría convertirse en un pozo sin fondo.

Si se optara por dicha alternativa (que no excluye a la primera pero que es más amplia) y, por ejemplo, se divisara el objetivo de nuestra política de seguridad en la zona en garantizar el control del Estrecho de Gibraltar y sus accesos para un enfrentamiento Este-Oeste, habrá que recordar que en ella se sitúa todavía hoy una base bajo control extranjero.



Por consiguiente, si nuestra política de seguridad se centra en la proyección del conflicto Este-Oeste sobre el Mediterráneo occidental, ello no debería hacerse nunca sin que se indujera un cambio en el *status* de Gibraltar.

Los profesores Preston y Smyth han señalado, muy juiciosamente, que «a decir verdad, en vista de los servicios estratégicos que pudiera prestar España a la defensa de Occidente, la restauración de su soberanía podría ser un precio modesto que satisfacer para amarrar sus compromisos con el bloque occidental»<sup>13</sup>.

En el caso de que tal cambio no se impulsara, España —en mi opinión— debería ralentizar las medidas ligadas a este segundo supuesto, concentrarse en el primero y, mientras tanto, no modificar su relación con la Alianza, *lo que implica no entrar en el mando militar integrado*.

En resumen, tras el *fiasco* que para ciertos intereses nacionales españoles significó el jugar como se jugó la gran baza estratégica de España al adherirse al Tratado del Atlántico Norte, *la redefinición socialista parece haber aspirado a maximizar las ventajas derivadas de la permanencia en la Alianza y a minimizar los costes de ésta*, en particular los internos. No cabe olvidar, en efecto, que si el gobierno hubiera decidido reclamar apoyo explícito para tal política, ello no hubiera podido lograrse sin activar de alguna manera el compromiso del referéndum. Ahora bien, si en el futuro la opinión pública se pronunciara, además, en favor de la congelación de la situación actual, el gabinete tendría un arma poderosa en sus manos para hacer frente a eventuales presiones del exterior y proteger así un margen de autonomía.

En definitiva, la estrategia aquí sugerida (que defiende los intereses propios pero trata de ser respetuosa de los ajenos) habría de profundizarse en función de las

posibilidades de consecución de ciertos objetivos, entre los cuales la adhesión a la CEE, movimientos en el *status* de Gibraltar y la mejora del entorno de seguridad de Ceuta y Melilla parecen absolutamente prioritarias.

Esta constelación es tan simple que analistas extranjeros no han tenido dificultad en perfilar algunos de sus elementos. Puede ser, sin embargo, interesante traer a colación la valoración final de los profesores Preston y Smyth:

«Por muy distante que sea la posibilidad de llegar a un acuerdo anglo-español sobre Gibraltar, podría resultar mucho más remota aún si España se retirase de la OTAN. Ya se ha indicado, además, que el gobierno socialista ha tratado de hacer ver a sus aliados en la OTAN que un arreglo rápido y satisfactorio de los temas pendientes entre España y la CEE podría tener

---

**Un retraso en la adhesión a la CEE podría conllevar a otro paralelo en relación con la Alianza Atlántica.**

---

una relación directa sobre la permanencia en la Alianza. Y un gobierno español cuya ambición de entrar en aquélla se hubiera materializado podría determinar tanto el momento oportuno para celebrar el referéndum prometido como una redacción feliz de la cuestión a plantear a los ciudadanos con el fin de prejuzgar el resultado en favor de quedarse en la OTAN.»

Así, pues, el lento y, en mi opinión, frío juego del gobierno de Madrid se ha hecho transparente. Ahora bien, no carece de bazas: un retraso en la adhesión a la CEE podría conllevar otro paralelo en relación con la Alianza, y un rechazo del ingreso en el Mercado Común —políticamente poco viable— quizá indujera en ciertos sectores a un replanteamiento completo.

El referéndum es el mecanismo que, políticamente, liga ambos temas.

Supuesta la permanencia en la Alianza, a más largo plazo el *leit-motiv* de la actuación española debería ser, en mi entender, cooperar con ella en la medida en que lo



exijan nuestros intereses nacionales en la región Sur, y *no dar un paso hacia adelante que no mueva la cuestión de Gibraltar y no repercuta favorablemente sobre el mantenimiento y mejora del statu quo de Ceuta y Melilla.*

Una estrategia de este tenor podría constituir una ilustración convincente de la operatividad de una nueva política de seguridad española que no se identifique automáticamente (como en el pasado) con intereses que son ajenos a los nuestros y que a veces se contraponen a éstos.

Naturalmente, será el futuro el que juzgue al gobierno y al partido socialista por su actuación en este terreno. Quizá pueda hacerse aplicando las mismas variables y parámetros que han caracterizado hasta ahora, afortunadamente, la estrategia y la acción seguidas por ambos, no sin dificultades o críticas.

Para los próximos años habría que hacer también otras cosas: estimular el desarrollo de un pensamiento propio en materia de política de seguridad que no esté enfeudado al extranjero o a las percepciones, siempre sesgadas, de las burocracias; familiarizar a segmentos múltiples de los forjadores de opinión, de la Universidad y de los partidos políticos con los problemas de seguridad europeos; y, ante todo y sobre todo, no reducir la compleja panorámica internacional que nos afecta a sus meras dimensiones militares. Si ello se logra, todavía será posible defender los intereses nacionales y pugnar por hacer que avance la causa de la paz.

Para terminar: dentro de un marco de incompreensión generalizada y de escasa voluntad de análisis como es aquél en el que se ha desarrollado la crítica a la ges-

ción del gobierno socialista en relación con la política de seguridad, abusivamente centrada en el «tema OTAN», la experiencia muestra que se ha progresado en la

**En la actualidad  
el sector de la defensa  
es el único sector privilegiado  
de la economía  
española.**

defensa de ciertos intereses nacionales prioritarios. Posiblemente esto no hubiera sido factible caso de no haber congelado la incorporación al mando militar integrado de la Alianza y de no haber esgrimido la promesa de llevar a cabo un referéndum para que el pueblo español se pronuncie sobre la pertenencia a la misma.

En ello no se ha hecho correr riesgos a los países europeos occidentales ni se ha reducido tampoco el nivel de nuestra seguridad ante el exterior.

Los problemas que se nos avecinan no son simples. Desde el punto de vista del fortalecimiento de esta última el futuro no se agota en la necesidad de continuar la modernización de las fuerzas armadas (sólo uno de los pilares, pero no el único, de nuestra disuasión) con equipo extranjero de gran sofisticación que robustezca nuestra postura en términos del conflicto Este-Oeste. Hay que plantear también la incidencia que en ello pueda producir la mejora de la situación económica. No puede tenerse todo a la vez. *En la actualidad el sector de la defensa es el único sector privilegiado de la economía española.* Al amparo de las disposiciones establecidas en la Ley 44/1982 del 7 de julio sobre dotaciones presupuestarias para inversiones y sostenimiento de las fuerzas armadas, éstas crecerán hasta 1990 a un promedio, en términos reales, del 4,432 por 100, con independencia de cómo vaya la economía.

El gasto de defensa se sitúa, de hecho, al margen de la coyuntura. Este fenómeno no ocurre con otras partidas del gasto público.

Ello implica una gran responsabilidad

en lo que se refiere el correcto empleo de los medios destinados a las fuerzas armadas y, sobre todo, un compromiso político explícito en evitar toda hipertrofia



que supere lo que demandan nuestras necesidades de seguridad.

Una mayor transparencia en lo que se refiere a los efectos económicos de los gastos de la defensa serviría para robustecer el adecuado apoyo político del que no pueden prescindir un gobierno y un partido socialista que, sin embargo, no tienen por qué renunciar a una vigorosa tradición antimilitarista.

La definición de un nivel adecuado de disuasión regional no es, en último término, un problema técnico sino político. Conseguirlo sin caer en las simplificaciones ideológicas abusivas de que se han hecho gala en la conexión con la Alianza Atlántica es uno de los retos que mayor trascendencia histórica puede tener para el actual gabinete.

En el interín la relación con la Alianza ha de ser cuidadosamente meditada y planificada, ligándola a una diplomacia astuta que procure introducir en ella la percepción de nuestras necesidades de seguridad y del diferencial de conflictos que pueden afectarnos sin caer por ello en la simplificación extremada de querer ligar todos a la confrontación Este-Oeste.

Si la Alianza Atlántica atendiera a *todas* nuestras necesidades de seguridad (como ocurre, por ejemplo, con muchos de los países europeos occidentales miembros de la misma), no cabe duda de que la valoración específicamente española podría ir modificándose.

Mientras ello no ocurra las afirmaciones de julio de 1984 del vicepresidente del Gobierno, muy criticadas en ciertos sectores de la oposición, son materia de reflexión y no deberían desdeñarse ni ser tratadas a la ligera.

En ellas Alfonso Guerra reconocía que una cosa era entrar y otra muy distinta salir de la Alianza, consideraba «terriblemente chocante» que en España hubiese

**Si la Alianza atendiera a todas nuestras necesidades de seguridad, no cabe duda de que la valoración específicamente española podría ir modificándose.**

gente convencida de que era convincente mantenerse en ella pero que no lo decían, cuestionaba las aportaciones positivas de la OTAN para nuestra defensa y subrayaba que España no se había visto dañada por el hecho de ser parte del Tratado de Washington. El vicepresidente abogaba en favor del referéndum y señalaba que el panorama de la completa integración militar en la OTAN no era contemplada, en el PSOE, por nadie. En su opinión —y en la de quien estas líneas escribe— el debate había de dilucidar entre permanecer en la Alianza o en denunciar el Tratado<sup>14</sup>.

Posteriormente, ya iniciada la «*rentrée*» política, grandes descalificaciones personales se lanzaron contra el Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, por haber defendido tal postura y plantear públicamente el tema de la conexión española con la organización militar.

En el debate sobre el estado de la nación de octubre de 1984, el Presidente del Gobierno marcó las grandes líneas de la política de seguridad española del futuro: su exposición ante el Parlamento constituye un punto de partida altamente constructivo para abordar la relación con el resto de los países europeos. Se enfatiza, en efecto, la necesidad de promover el desarme y de acrecentar los contactos inter-sistémicos y, a la par, se combinan en dosis cuidadosamente medidas un compromiso ético inexcusable para la izquierda con una valoración fría de las posibilidades españolas con respecto al conflicto Este-Oeste. La no integración en la organización militar de la Alianza y la conveniencia de pensar en una reducción de la presencia norteamericana en España se contraponen, prudentemente, con el deseo de permanecer en aquella y de restablecer un consenso necesario para el desarrollo de una acción atenta a la defensa cerrada del interés nacional que permita intensificar la eficacia de los esfuerzos ya realizados. En el interín, España manten-



drá su postura desnuclearizada y se considerará una eventual ligazón con el Tratado de No Proliferación Nuclear. Hay aquí un suficiente número de elementos para montar, por primera vez en la historia

contemporánea de España, una política de seguridad imaginativa. La ciudadanía española tendrá ocasión en referéndum de pronunciarse sobre uno de los nudos centrales de la misma.

---

Las opiniones aquí expresadas son estrictamente personales y no pueden atribuirse a las instituciones con las que el autor está conectado.

<sup>1</sup> José Pedro Pérez-Llorca, «Por qué entramos en la Alianza», *Historia de la transición, Diario 16*, cap. 45, pp. 671-672.

<sup>2</sup> Congressional Research Service, Informe 82-12 F, 18 de enero de 1982. Allan S. Nanes, *Spanish Entry Into NATO: Status and Implications*, JX 1428 For. Spain, Washington, D. C., pp. 13 y 15.

<sup>3</sup> Coronel F. R. Stevens, Jr., «Spain and NATO. Problems and Prospects», *Air University Review*, marzo-abril de 1980.

<sup>4</sup> Paul Preston y Denis Smyth, *Spain, the EEC, and NATO*, Chatham House Papers n.º 22, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1984, p. 53.

<sup>5</sup> Régis Debray, *La puissance et les rêves*, Gallimard, París, 1984.

<sup>6</sup> Michael A. Freney y Paul M. Cole, «Europe», en Robert H. Kupperman y William J. Taylor Jr. (eds.), *Strategic Requirements for the Army to the Year 2000*, Lexington Books, Lexington, 1984, p. 332.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, p. 134.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, pp. 128 y 132.

<sup>9</sup> Asamblea del Atlántico Norte, *Rapport Intérimaire de la Souscommission sur la Région Sud*, Bruselas, noviembre de 1983, p. 30.

<sup>10</sup> Maurizio Cremasco, «The Military Presence of the Riparian Countries», en Giacomo Luciani (ed.), *The Mediterranean Region*, Croom Helm, Beckenham, 1984.

<sup>11</sup> I. William Zartmann, «Maghrebi Politics and Mediterranean Implications», en Giacomo Luciani (ed.), *The Mediterranean Region*, Croom Helm, Beckenham, 1984, p. 168.

<sup>12</sup> Hanns W. Maull, «Western Europe's Non-fuel Mineral Vulnerability: How Serious, How Manageable», ponencia presentada en el simposio organizado por el Hudson Institute y el Atlantic Institute for International Affairs, sobre *The West: Resource Issues and the Soviet Union is the Third World*, OCDE, París, 21-22 de junio de 1984. Un libro de dicho autor sobre el tema de su ponencia se publicará en Londres a finales de 1984.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, pp. 83-84.

<sup>14</sup> *El País*, 27 de julio de 1984.



Z O  
N A

Las clases en  
la Antigüedad

G.E.M. de Ste. Croix  
Domingo Plácido

El concepto de clase  
en Thompson

E. M. Wood

Sobre Rawls

G. Giorello  
M. Mondadori  
C. Thiebaut

32

**Información: Apartado 3.070. Madrid.**

Zona Abierta 32 - Julio-septiembre 1984



---

---

# POLÍTICA DE SEGURIDAD ESPAÑOLA: LA ORIENTACIÓN EUROPEÍSTA

José Miguel Bueno

---

---



---

---

**Este trabajo se va a componer de dos partes conceptuales muy diferenciadas, aunque mezcladas entre sí y a veces en pugna intelectual: la que va a describir el pensamiento y la que va a contemplar la realidad. Utopía y pragmatismo van a tener cabida aquí. Voy a intentar compaginarlas, no sin grandes esfuerzos pero sí con una pretendida responsabilidad.**

Por lo que respecta a la expositiva, partiendo de lo que resumidamente se entiende por seguridad exterior, se pasará a intentar hacer una aproximación de la actual situación de España en el mundo que nos es más próximo, para después, tras estudiar qué proporciona seguridad a España, tratar de enunciar unas coordenadas definitorias de una política española de

seguridad. Por último, el texto termina analizando la relación Partido-Gobierno en esta importante cuestión.

### *Prolegómenos*

La llamada «cuestión OTAN» es, hasta cierto punto, relativa. La poca importan-



cia que algunos le otorgan a niveles populares no se corresponde con el alcance que realmente tiene, tanto desde el punto de vista ideológico como desde la práctica de la política exterior española y de la incidencia por «encadenamiento sutil» con muchos de nuestros problemas internos. No obstante, en política existe la regla de la «adaptación a las circunstancias» y, a este respecto, con cualquier marco de orientación estratégica caben las correspondientes maniobras tácticas. Lo que ocurre es que, hoy por hoy, no puede adoptarse cualquier directriz estratégica. En un mundo tan interdependiente como el actual es necesario analizar no sólo todos los costes y beneficios que genera una determinada decisión trascendental, sino fundamentalmente todos los efectos multiplicadores y de escala derivados de la misma. Se puede objetar que quien así habla lo hace con grandes dosis de pragmatismo alejándose de la siempre acariciado-

ra utopía. Pienso que no es cierto. Los caminos hacia la utopía son múltiples y en ocasiones la realidad exige posiciones contrautópicas para no perder el norte de

la utopía. Parece difícil de comprender pero es así. Las decisiones de especial trascendencia se encuentran ligadas a causas, razones e incluso «sin razones» muy variadas, complejas y que comportan unos efectos prácticos y reales que son los que con más minuciosidad deben auscultarse. Esto no impide que también se evalúen los costes y los beneficios, pero en el caso que nos ocupa, en la denominada con simpleza «cuestión OTAN», los efectos son más importantes y dependen sobremanera del signo que adopte la decisión. La cuestión correcta es buscar un camino por el que se obtengan unos efectos globalmente positivos para los españoles y la España que estamos construyendo no sin esfuerzo. Ese camino puede que no se corresponda totalmente y de forma coyuntural con nuestras ideas, pero de lo que no hay duda es que, si queremos, puede servirnos para reencontrarnos con ellas.

### *Buscar un acuerdo en materia de seguridad*

Entremos ya en el análisis. Es sabido que entre muchos socialistas ha existido desde atrás la inquietud por buscar una política de seguridad adecuada y moderna para España. Algunos de ellos hemos escrito y expuesto en charlas y conferencias que nuestro país aún no la tiene en consonancia con la nueva andadura democrática. Entendemos que diseñarla es una tarea urgente que debemos afrontar. A nadie le cabe la duda que tal política debe ser construida en base a un acuerdo o consenso en el seno de nuestra sociedad, que garantice de forma permanente el mayor grado de seguridad contra todo tipo de amenazas y riesgos que se ciernen sobre nosotros, las instituciones que libremente hemos elegido y la pervivencia de la comunidad pacífica que formamos. Cuando se argumenta que en esa materia, que no

**Una política de seguridad debe ser construida en base a un acuerdo o consenso en el seno de nuestra sociedad, desideologizando el debate y los acuerdos.**

es la única pero sí de las más importantes, debe practicarse una política de Estado, se está pensando en ese consenso que permita que España, a través de su Gobier-

no, tenga una sola voz y una sola opinión en el exterior.

Para ello es necesario que los grupos políticos y sociales adopten una pautas mínimas de comportamiento. Nuestra democracia, aunque joven, va adoptando unos signos claros de consolidación. Esto indica madurez y responsabilidad en los políticos que colaboramos a su enraizamiento definitivo. Hacer política es, en parte, saber negociar para alcanzar acuerdos, y negociar con éxito es para las partes conseguir puntos intermedios en función del respaldo de cada negociador. En lo que respecta a la política de seguridad exterior, la responsabilidad y la madurez política exigen que el equilibrio se alcance no ideologizando ni el debate ni los acuerdos. Pero cuando se habla de desideologizar la cuestión estamos pensando en todas las partes, no sólo en la izquierda, que es



quien únicamente hasta ahora ha cedido en el terreno de las ideas. Cuando el gobierno de Calvo-Sotelo optó por rubricar el Tratado del Atlántico Norte (TAN)

**La seguridad de un país se establece en función de lo que se quiere guardar, preservar o cubrir ante posibles agresiones provenientes del exterior.**

en la forma que lo hizo, cargó de ideología la decisión y el procedimiento rompiendo con la forma de actuar que tuvieron los gobiernos de Suárez, que comportaba un aceptable grado de acuerdo en política exterior. Procede, pues, restablecer una ética de comportamiento más amplia, homogénea y practicable. Le toca sobre todo a la derecha española actuar con un grado mucho menor de carga ideológica. También en la izquierda debemos ajustar el enfoque del problema que rebasa muchos de nuestros sentimientos ideológicos y posibilidades de maniobra. Creo que los socialistas estamos dando ejemplo de seriedad al revisar nuestros pasados planteamientos sobre los asuntos de seguridad, a la luz de la realidad y los condicionamientos internacionales.

### *Qué es la política de seguridad*

Es conveniente introducir cualquier tema con las definiciones oportunas que luego van a ser el eje del mismo. En este caso procede decir qué se entiende por política de seguridad, para después estudiar la realidad y los condicionamientos internacionales que influyen en concreto sobre el «estado de la cuestión española». La seguridad de un país se establece en función de lo que se quiere guardar, preservar o cubrir ante posibles agresiones o desestabilizaciones provenientes del exterior. Son instrumentos esenciales en el mantenimiento de la seguridad y, por lo tanto, coadyuvantes con ella, la «política exterior practicada», la diplomacia que se despliega en función de ésta, y la «capacidad de disuasión disponible». En esta última cabe incluir varios elementos. Uno de ellos es el «aparato militar defensivo» oportuno y acorde con una visión realista de las amenazas. Podemos decir que este

elemento constituye el factor disuasor «fuerza». Otro es el aparato productivo y económico que configura el factor que pudiéramos llamar «cobertura de poten-

cia». Otro la información, o factor «inteligencia», que proporciona el conocimiento de la realidad circundante y su influencia en la propia. Existen aún algunos instrumentos más, aunque los citados son los más importantes. Por otro lado, la seguridad de un Estado depende también de su estabilidad interna. Un Estado es tanto más seguro cuando más unido, cohesionado y solidario es. La estabilidad interna proyecta seguridad hacia dentro y hacia fuera. La sociedad de un país estable se siente más segura frente al exterior que la de un país inestable. Y las sociedades circundantes «temen» y respetan más al Estado estable que al inestable. Indudablemente hay factores exteriores, tensiones internacionales y «procedimientos sutiles de agresión» que influyen en la estabilidad interior, pero por lo general la estabilidad interior es un elemento y una meta a conseguir con el esfuerzo propio de las comunidades, ciudadanos e instituciones del país en cuestión, existan o no ayudas o trabas exteriores añadidas.

### *La realidad y los condicionamientos exteriores*

Entremos ya en la realidad y veamos qué condicionamientos exteriores tiene España, para después encarar «qué» tipo de seguridad tenemos que adoptar. Mucho se ha hablado del contexto exterior en el que nuestro país está inmerso. Quizá convenga esbozarlo brevemente añadiendo nuevas variables que por lo general no son ampliamente manejadas. España se encuentra al sur de Europa, en la costa atlántica africana (Canarias), en el norte occidental de Africa (Ceuta y Melilla), y en una importante proyección hacia el Mediterráneo (Baleares). Esta es nuestra geografía en la que desgraciadamente hay



que incluir la singularidad de que aún exista una colonia británica (Gibraltar) que constituye, además, una importante base aeronaval del Reino Unido.

Por el sur hay una realidad política un tanto atípica. Me refiero al Magreb. Existe un pacto de un país de corte casi feudal (Marruecos) que mantiene lazos con EE.UU. y la URSS simultáneamente, y otro de un peculiar y personalista corte socialista árabe (Libia) que mantiene lazos estrechos con la URSS. En medio se sitúa Argelia, con un socialismo más medido y evolucionado, que apoya decididamente a la República Árabe Saharaí en su guerra de recuperación del antiguo Sahara occidental español. La situación no puede ser más controvertida e inestable y las posibles amenazas sobre nuestro territorio de soberanía tan claras y directas. Ceuta, Melilla y Canarias se encuentran

en plena zona de ebullición y donde se hacen notar los efectos de un nacionalismo combinado con un expansionismo claro y demostrado, practicados por los dos Esta-

dos que en la actualidad han puesto en movimiento un proyecto común de unión. Este escenario es de los que en términos estratégicos se denominan «regionales» y sobre el que la influencia y (o) la desestabilización exteriores pueden variar en función de los grandes intereses mundiales.

Al norte de España está el resto de Europa. Una Europa que se rediseñó tras acabar la Segunda Guerra Mundial y que parece haberse estabilizado tal cual. Ya han pasado casi cuarenta años desde aquella convulsión. Si hacemos una diferenciación por los sistemas político-económicos imperantes, cabe distinguir en Europa dos partes: el Este y el Oeste. La parte del Este se encuentra fuertemente ligada a la URSS por analogía de modelos de Estado, por un pacto defensivo (el de Varsovia) y por un mercado propio y específico (el CAME). En la del Oeste se encuentran los países neutrales, los no ali-

neados y los ligados defensivamente a EE.UU. y Canadá a través de la Alianza Atlántica. En el plano económico, la visión del Oeste adopta matices diferenciadores. Aunque todos los miembros de la CEE, salvo Irlanda, pertenecen a la Alianza Atlántica, no todos los miembros adheridos a ésta están en la CEE, como es el caso de Noruega, España, Portugal e Islandia. Hay, sin embargo, una característica geográfica que destaca en la CEE, es la de su ubicación entre los países del centro-sur del continente. En paralelo con la CEE existe la EFTA, que abarca a la mayoría de los países que no están en aquélla, con algunos casos de doble pertenencia, y cuyo centro de influencia se desplaza más hacia el centro-norte de Europa. Sin embargo, aunque pudiera parecer que existe competencia entre las dos organizaciones de libre mercado, la verdad es que entre la CEE y la EFTA existen importan-

tes acuerdos de cooperación, favor e intercambio.

El Mediterráneo es otra zona de condicionamientos para la seguridad española.

Aparte de la inestable región nor-occidental de Africa, contamos con otra no menos explosiva, el Próximo Oriente, muy relacionada con el Medio Oriente y la zona del golfo Pérsico. El Mediterráneo es uno de los caminos naturales para el abastecimiento de crudos a España y a Europa. Es, por lo tanto, una región de especial sensibilidad para nuestra seguridad. Cuenta con dos llaves que a nuestro país no le interesa que se cierren: Suez y Gibraltar. Por lo que respecta a la segunda, ejercer su control desde España es prioritario.

Otro factor con influencia sobre nuestra política de seguridad es la tensión Este-Oeste, cuyos protagonistas principales son las dos grandes potencias. Los «focos de tensión en conflicto» más preocupantes que pueden agravar la situación global se sitúan en Centroamérica, Medio Oriente y Próximo Oriente. Los puntos de

---

**Hoy ya es tarde  
para iniciar el camino hacia  
una neutralidad deseada  
por una gran mayoría  
de españoles.**

---



acumulación de «tensión contenida» son Centroeuropa, la zona Balcanes-Anatolia, y las zonas norte del Atlántico y del Pacífico. Naturalmente, la tensión Este-Oeste se complementa con la existencia en alerta permanente de los dos sistemas nucleares estratégicos de largo y medio alcance de EE.UU. y la URSS, y los menores de Francia, Reino Unido y China, cuya puesta en acción pudiera llevar a la destrucción de la humanidad. Cierran el cuadro de la tensión Este-Oeste las tensiones regionales avivadas, cuando no creadas, por las grandes potencias en función de sus intereses globales y estratégicos.

Es también un condicionamiento exterior el actual balance de fuerzas, fundamentalmente político, existente en Europa. En cada momento histórico los pueblos deben moverse y actuar de acuerdo con el margen de maniobra de que disponen inducido por la situación coyuntural. La dictadura del general Franco nos llevó a la órbita atlántica de la mano de EE.UU. mediante los vergonzosos acuerdos del 53. La torpe e ideologizada maniobra del gobierno conservador de Calvo-Sotelo nos echó de bruces en la Alianza Atlántica de la forma más entreguista y satelizante con la firma de la adhesión en el 81 y la puesta en marcha de aceleradas negociaciones para la integración total. Hoy ya es tarde para iniciar el camino hacia una neutralidad deseada por una gran mayoría de españoles. Ahora, además de tarde, nos traería serios problemas. Sin embargo, no hay que desechar la idea de la neutralidad a largo plazo, pero en este caso ya no para España sino para una Europa fuertemente unida e independiente respecto a las dos grandes potencias. Esta es la gran diferencia entre «ser atlantista» (de «toda la vida» o «converso») y «aceptar estar» y defender otra configuración del mapa defensivo en el hemisferio norte que puede proporcionar al mundo mayor estabilidad y paz. Naturalmente, «aceptar estar» se deberá, en todo ca-

so, a los condicionamientos, la realidad circundante y los efectos inducidos, no al convencimiento ideológico.

Hay un elemento nuevo de aparición relativamente reciente que, a mi juicio, incide con fuerza en la decisión sobre la política de seguridad a adoptar. Se trata de las relaciones Europa-EE.UU. Poco se habla de este importante aspecto. Es conocido que tras el «golpe de los coroneles» en Grecia tales relaciones empezaron a resentirse. Y es notorio que, tras el triunfo de Reagan en el 80, se han visto continuamente cuestionadas. El dirigismo desde Washington como centro de poder mundial, el proteccionismo, el rígido monetarismo, la insolidaridad económica y la acción exterior norteamericana, en muchos casos agresiva (invasión de Granada y la actual presión militar desmesurada sobre Nicaragua, por ejemplo) y casi siempre de ruptura de diálogo con Moscú, han sido causas que han abierto una zanja entre los dos continentes atlánticos que abre interrogantes de futuro. Hay más factores de interés a tener en cuenta en la prospectiva de las relaciones entre Europa y Norteamérica. Son tales, por ejemplo, la posición de EE.UU. en el diálogo Norte-Sur, su modo de actuar frente a los países llamados de «economía emergente» y su progresivo acercamiento político y económico a Japón. Un análisis exhaustivo de las divergencias atlánticas nos llevaría muchas páginas y no es el objeto principal de este trabajo, pero sí es preciso destacar aquí que un progresivo enfriamiento de las relaciones interatlánticas provocará en Europa una aceleración de su proceso de unidad. Al «viejo continente» no le queda otro recurso, salvo la satelización del previsible eje EE.UU.-Japón. El Presidente de la República Popular China brindó, durante su reciente visita a

**«Aceptar estar» se deberá, en todo caso, a los condicionamientos, la realidad circundante y los efectos inducidos, no al convencimiento ideológico.**

España, por una Europa unida, fuerte y solidaria. No lo hizo en vano. Los chinos tienen fama de entender el futuro. De ahí que sea lógico que a los europeos con vi-



sión de futuro les interese que España participe con la mayor intensidad posible en la actual Comunidad Europea de naciones tal como está en la actualidad organizada y relacionada con el exterior. Y también es lógico que ante un movimiento de aglutinación en Europa, España no pueda quedar fuera. De ahí que las relaciones intercontinentales se transforman en un condicionante de gran importancia e interés con relación a nuestra política de seguridad y, en general, a nuestra política exterior global.

#### *Qué proporciona seguridad a España*

Visto lo que es la política de seguridad y analizados los condicionamientos y la realidad exterior circundante que influyen sobre nuestro país, procede enumerar los factores activos y (o) pasivos que pueden proporcionar seguridad a España.

A mi juicio, uno de los principales factores de seguridad para España es la consumación de su integración total en Europa. El proceso culminará cuando se firme el tratado de adhesión a las Comunidades Europeas. Fuera de la CEE, España hipotecaría su futuro histórico, acrecentaría las amenazas que sobre ella se ciernen y no disminuiría los riesgos. Por el contrario, puede asegurarse que la CEE proporcionará seguridad a nuestro país, tanto de hecho como de derecho. Seguridad económica, comercial y financiera. Seguridad psicológica frente a terceros. Y seguridad política, porque será dentro, y sólo dentro, el lugar desde donde España podrá participar con fuerza en la anhelada construcción europea, caminando en común con el resto de los países hermanos del continente.

Ahora bien, ¿entrar en la CEE supone que debemos permanecer en la Alianza Atlántica? La pregunta es muy compleja

**Una vocación europeísta al cien por cien, y en esto no cabe una vocación tímida o parcial, nos va a exigir corresponsabilizarnos con la seguridad europea.**

y creo que se debe responder por etapas. En principio pienso que en derecho entrar en la CEE no implica que haya que cumplir con las otras dos exigencias. Sin em-

bargo, una vocación europeísta al cien por cien, y en esto no cabe una vocación tímida o parcial, nos va a exigir corresponsabilizarnos con la seguridad europea. Y, hoy por hoy, la seguridad europea pasa por la Alianza Atlántica, todavía no existe una defensa europea autónoma. Podrá citarse el ejemplo de Irlanda, pero también es innegable que su «peso» es inferior al de España. Es muy lógico que los países comunitarios, fundamentalmente Alemania Federal, Francia, Bélgica e Italia, no deseen que España abandone la Alianza Atlántica. Para estos países el fortalecimiento de la CEE debe ir parejo al fortalecimiento del «eurogrupo» dentro de la Alianza. De varios aspectos mencionados anteriormente puede deducirse este interés. Lo que ciertamente es poco presentable ante una Europa cada vez más independiente es que frente a la exigencia de que aceptemos una cuota en su política de seguridad, nosotros ofrezcamos la derivada del acuerdo bilateral con EE.UU. Cabe esa pretensión, pero difícilmente tendrá eco en las cancillerías de los miembros de la CEE.

Otro factor de seguridad para España es el uso de una activa diplomacia de buena vecindad y diálogo constante con nuestros vecinos en el norte de África. En este cometido no podemos sustraernos de lo que piense y haga Europa, fundamentalmente Francia, por lo que nuestros pasos serán seguros si los acompañamos de una meditada y cauta sincronización con el continente y sus miembros interesados en la zona. Algo similar hemos de hacer respecto al Próximo y Medio Oriente, obviamente sin dejar de utilizar nuestros propios ingredientes. También la actividad exterior en Iberoamérica y, en especial en Centroamérica, corroborará, mediante el respaldo a las posiciones de paz, de respe-



to a la independencia de los pueblos y del rechazo a la explotación, a que desde una seguridad más global se incida sobre nuestra propia seguridad. La lucha por la paz, el desarme y la cooperación entre los pueblos desde los foros abiertos al efecto es tan importante que por sí sola dispensa seguridad y abre unas perspectivas inmensas de diálogo, comprensión y coexistencia entre los pueblos. España no puede abandonar esta vía ya que, en la medida que su contribución sea más activa, así aumentará su nivel de seguridad.

Un elemento importante de seguridad lo constituye la disuasión militar. Pero, disuasión para disuadir qué. Es evidente que para neutralizar las amenazas potenciales existentes en España. De todo lo dicho hasta ahora se desprenden dos tipos de amenazas: la propiamente regional y la amenaza global derivada de la tensión

Este-Oeste. La regional puede darse aislada, activada por la tensión Este-Oeste sin que ésta se dispare globalmente, o incluida en un estallido total y generalizado. La

amenaza que supone la tensión Este-Oeste puede escalonarse en la práctica en grados de intensidad destructiva y empleo de medios, y en términos de extensión y utilización de la geografía, o bien en ambas cosas a la vez.

Una potencia media como España sólo puede aspirar a neutralizar mediante la disuasión militar propia las amenazas regionales directas y, simultáneamente, con el mismo aparato militar y defensivo y dentro de nuestro espacio estratégico, colaborar en la disuasión del resto de las amenazas descritas, pero en el marco de una política de firmeza en la paz alejada de cualquier ribete agresivo. España no puede ni debe hacer más, ya que la seguridad también se apoya en la capacidad de maniobra para impedir riesgos añadidos y reducir riesgos innecesarios. Dos son en la actualidad las potencias que por sus medios y su pugna pueden desencadenar una cri-

sis armada generalizada. Para el Oeste la URSS, si procediese a invadir Europa o atacase a Norteamérica en virtud de su «vocación expansionista». Para el Este es EE.UU., si tratase de minar o destruir el sistema comunista del Pacto de Varsovia haciendo uso de su «imperialismo». Para el resto del mundo son ambas potencias las que, conducidas por su pugna ideológica o su competición por el poder político y económico terrestre, podrían generar una guerra total partiendo de conflagraciones regionales en las zonas de mayor tensión en conflicto. En modo alguno serían los países europeos, tanto del Este como del Oeste, los que comenzasen una III Guerra Mundial. En estas condiciones, ¿nuestra corresponsalia en el club atlántico puede ir más allá de lo que nuestros escenarios propios puedan exigirnos o de lo que nuestra solidaridad como europeos en la paz pueda solicitarnos? En

mi opinión creo que no.

**Una potencia media como España sólo puede aspirar a neutralizar mediante la disuasión militar propia las amenazas regionales directas.**

Alejar o reducir los riesgos directos inducidos por el grado de importancia en calidad y (o) cantidad del objetivo militar

que España constituya referidos a la tensión Este-Oeste, es también seguridad. En este sentido, tal como en la actualidad se conciben en el seno de los bloques las doctrinas militares (defensivas u ofensivas), son objetivos importantes las instalaciones de apoyo, depósitos o sistemas de armas nucleares estratégicas, de medio alcance, y en último extremo tácticas, así como importantes bases militares o núcleos logísticos capaces de contribuir en primeros escalones a una eventual conflagración entre el Este y el Oeste, originada en los actuales puntos de máxima y contenida tensión. En España figuran como puntos de importante riesgo la base aeronaval británica de Gibraltar y las bases españolas en las que se estaciona la fuerza norteamericana o se apoya a la misma. Lograr otro «status» que consiguiera reducir la importancia en tiempo de paz de ambos sistemas defensivos



constituirían una reducción del actual riesgo que comportan.

En cuanto a la neutralización de riesgos menores derivados de un ataque convencional regional, la seguridad debe orientarse hacia la protección y defensa civil. Importantes áreas de nuestro territorio tienen niveles de riesgo elevado como consecuencia de la llamada «amenaza del sur». Una catalogación de los mismos, así como un análisis de posibles objetivos y una previsión de la debida protección para la población civil con posibilidades de ser afectada y para cierto tipo de recursos, constituiría un factor de seguridad añadido a los que ya hemos mencionado.

#### *Cuál podría ser nuestra política de seguridad*

Como colofón de todo lo que se ha pretendido exponer sin carga ideológica ni sujeciones dependientes o satelizadoras, cabe ya enunciar una serie de conveniencias en las que podría descansar una adecuada política de seguridad para España. Con evidencia clara, esta proyección responde simplemente a plasmar unas deducciones fruto de la realidad, de los condicionamientos y de los momentos por los que actualmente atraviesa el mundo y las regiones que más directamente nos afectan. El factor Europa ha sido, como habrá podido deducirse, el punto de referencia de más trascendencia y coincidencia, tanto política como intelectual.

En cuanto a los «efectos» de una elección u otra, a lo largo del texto ha ido aflorando muchos en paralelo con el examen de los condicionamientos y la situación real del contexto, tanto interior como exterior. No soy de los que cree que un determinado direccionamiento contrario a la pertenencia a la Alianza Atlántica afecte a la estabilidad de nuestra democracia; sin embargo, cada vez estoy más convencido de que sí afectaría a nuestra integración

en las instituciones europeas y, como consecuencia de ello, se alargaría el proceso de consolidación firme de aquellas. Sobre los efectos internos quizá sea éste el más importante a destacar.

Consecuentemente, la política de seguridad exterior española debiera descansar en los siguientes puntos:

1) España debe acceder con plenos derechos y deberes a la CEE.

2) España debe contribuir activamente a la unidad política y al fortalecimiento de Europa.

3) España debe mantener su firma en el Tratado de la Alianza Atlántica pero no formar parte de la organización militar integrada de la OTAN. En ningún caso daría este segundo paso, y menor aún si no existe una clara solución al problema de la soberanía de Gibraltar, no se ofrece por parte de la OTAN cobertura a Ceuta y Melilla, y no abandonan nuestro territorio todas las tropas y sistemas de armas extranjeras acantonadas en él.

4) España debe revisar los acuerdos con EE.UU. en el sentido de que paulatinamente vayan abandonando nuestro territorio las fuerzas armadas norteamericanas acantonadas en él y sean cada vez menores las ayudas militares que bilateralmente nuestro país presta a Norteamérica.

5) España debe hacer todo lo posible para aminorar la tensión Este-Oeste colaborando estrechamente con Europa para conseguir la desaparición de la bipolaridad en el mundo.

6) España debe organizar su defensa militar de cara a la amenaza regional y sólo

lo desde este planteamiento colaborar con Europa en la defensa de la misma y de sus intereses.

7) En consecuencia, España debe colaborar activamente

**La posición del Gobierno en la política de seguridad que ha ofrecido como base de partida para el acuerdo nacional es marcadamente europeísta.**



en materia defensiva con los países europeos mediante acuerdos bilaterales situados dentro de la órbita de la política de seguridad global de Europa.

**El Partido ha de defender y apoyar al Gobierno y a su política, pero hemos de acostumbrarnos a no contemplarlos como la misma cosa.**

8) España debe mantener desnuclearizado militarmente su territorio y debe hacer esfuerzos porque el mismo «status» se extienda a toda la Península Ibérica, incluido Gibraltar.

9) España debe abogar con energía, responsabilidad y realismo por la paz, el desarme y la cooperación entre los pueblos.

10) España debe practicar en la sociedad internacional una política exterior de diálogo abierto y sincero en coordinación con los países europeos más directamente implicados en cada área o región.

11) España debe dar mayor importancia a la seguridad pasiva tendente a la reducción de riesgos y a la defensa y protección civil.

Estos once puntos están referidos al encañamiento que encabezan el primero y segundo de la serie. Si ambos no pueden cumplirse, la perspectiva cambia y la política de seguridad exterior española tendría que modificarse sustancialmente. Quiere esto decir que, sin Europa nos rechaza, tendríamos que revisar todos los esquemas que han sido construidos en función de una política de solidaridad con los países comunitarios. Sin embargo, no es previsible este rechazo.

La política de seguridad descrita coincide en lo fundamental con las líneas maestras propuestas por el Presidente Felipe González en el Congreso de los Diputados durante su discurso sobre el «estado de la Nación». El Gobierno y su Presidente han procedido con una rigurosa asepsia y una sistemática digna de encomio. En una situación todavía no clarificada, la sucesión de variables exteriores y las discrepancias

interiores hacen difícil la toma de decisiones para el Gobierno, que lo es de todos los españoles. De ahí que el Presidente trate de encontrar un consenso que sea el

reflejo, no sólo de la mayoría socialista gobernante, sino de la mayoría del pueblo español. Es preciso destacar por su importancia que la posición del Gobierno en la política de seguridad que ha ofrecido como base de partida para el acuerdo nacional es marcadamente europeísta. Este elemento condiciona a todos los demás.

### *Programa de gobierno*

El programa de gobierno exige la celebración de un referéndum para que el pueblo «decida sobre nuestra pertenencia a la OTAN», según palabras textuales. Los programas electorales son compromisos que hay que cumplir. Su contradicción o incumplimientos comportan situaciones que los electores han de evaluar desde nuevos comicios. Por lo tanto, el Gobierno actual debe cumplir su promesa de convocar la consulta. Y lo va a hacer, tal como anunció en la Cámara el Presidente, antes de que acabe el mes de febrero del 86. Además es bueno que lo haga, y no sólo por cumplir el programa. También porque el pueblo español debe pronunciarse en torno a tal cuestión, que es de especial trascendencia para él y para España. Será la primera vez que los españoles darán su opinión sobre un asunto relacionado con la seguridad y la defensa de nuestro país, que es una importante parcela hasta ahora vedada a unas pocas minorías y élites de poder. Cuando desde ciertos círculos se habla de que la seguridad es una cuestión de Estado, se están refiriendo a un concepto de Estado tradicional y restringido. Hoy aspiramos a que el Estado sea participativo y controlado por el pueblo, de ahí que pensemos que las cuestiones de Estado como la que nos ocupa precisen de un amplio consenso y del parecer u opinión di-



recta de los ciudadanos que, aunque no sea vinculante, supone un elemento fundamental de juicio que ningún Gobierno puede echar en saco roto.

Por otro lado, la pregunta debe ser clara, ya que así lo es el programa electoral. El pueblo debe decidir sobre nuestra pertenencia a la OTAN. Esto quiere decir que ha de responder si desea o no que España denuncie el TAN. En consecuencia, no caben ambigüedades, y así pienso que el Gobierno presentará el asunto a los ciudadanos. Lo que después haga el Gobierno con los resultados sólo a éste le compete. Yo soy de los que creo que será consecuente con el signo del mismo. En cuanto a lo que el Gobierno propugne en la campaña previa a la consulta, es evidente que está en su derecho para defender una postura coherente con el consenso o acuerdo conseguido o, en su defecto, con la línea expuesta por el Presidente en el Parlamento. Nada de ello se aparta del programa electoral.

### *El peso del partido*

Qué peso puede tener el Partido en todo este proceso. En mi opinión creo que muy grande y, por ende, fundamental ya que al Partido le corresponde explicar y defender el modelo de seguridad que el XXX Congreso apruebe, que no debe ser diferente al que propugne el Gobierno. Además, el Partido ha de defender y apoyar al Gobierno y a su política. Sin embargo, hemos de acostumbrarnos a no contemplar al Partido y al Gobierno como a la misma cosa. Pueden haber perfectamente discrepancias entre uno y otro pero, eso sí, deben confluir en una política de acción común desarrollada de acuerdo con el cometido que cada uno tiene en la sociedad. Sería preocupante que desde el gobierno, que tiene una forma más global de ver las cosas, ya que gobierna para todos los ciudadanos, se tratara de cambiar o condicionar al partido. Lo sería porque, dure lo que dure

nuestro éxito electoral, el partido y nuestro proyecto socialista han de seguir existiendo con vigor y sin desnaturalizaciones. Otra cuestión es que en el caso del propio partido surjan los necesarios ajustes motivados por la experiencia activa de gobierno, por los efectos cambiantes de la realidad, e incluso por la madurez política progresiva de dirigentes y cuadros. En este sentido son beneficiosas las enseñanzas que el Gobierno puede aportar al partido.

Sería también contraproducente que se diera el supuesto contrario, es decir, que fuera el partido el que impusiera rigidamente al Gobierno. Y lo sería porque el propio modelo pluralista en el que nos movemos interactúa cada día sobre el Gobierno a través de los múltiples centros de poder e influencia que existen. Bien entendido que unas veces para bien y otras para mal. Por lo tanto, el Gobierno tiene que tener las manos libres para encarar si-

---

### **Las tres posturas que se presentan en el XXX Congreso coinciden en su profundo europeísmo y en la necesidad de llevar a cabo el referéndum.**

---

tuciones nuevas no previstas, incluso de gran relevancia política, y poder así cumplir el programa electoral que es su principal objetivo. En mi opinión, Partido y Gobierno deben caminar coordinados por una senda común, pero desechando la unicidad instrumental. No pueden ser calco uno del otro. En todo caso, si hay discrepancias en cuestiones importantes, el Partido tiene órganos en los que pueda darse la confluencia Partido-Gobierno o Gobierno-Partido.

Con esto, qué se pretende decir en relación con el problema de la seguridad aquí tratado. Sencillamente que partido y Gobierno pueden discrepar en cuestiones concretas sin que por ello pase absolutamente nada. En el XXX Congreso se presentan tres posturas sobre política de seguridad exterior. Una proclama seguir el camino hacia la neutralidad con la salida de la OTAN y la cancelación de los acuerdos con EE.UU. Otra mantiene la negativa a la permanencia en la Alianza Atlántica, acepta los acuerdos con los norteamer-



ricanos aunque desea aminorarlos en cuanto a la presencia de éstos en nuestro territorio. Y una tercera casi coincide con las tesis actuales del Gobierno. Las tres coinciden en dos cuestiones importantes: un profundo europeísmo y la necesidad de llevar a cabo el referéndum. Las dos primeras coinciden en que la pregunta ha de ser clara y concisa y en que el partido debe hacer campaña por la salida de la OTAN. En cuanto a la relación de fuerzas en el Congreso, todo parece indicar que una buena mayoría de los delegados aceptará una salida coherente con el realismo, pero sin desechar parte de las posiciones mantenidas hasta ahora por el partido. En cuanto a los textos, que reflejan mejor el sentir de las bases, puede decirse que se inclinan hacia las tesis que piden referéndum con pregunta clara y salida de la Alianza.

Cuál puede ser la salida. Sin prejuzgar lo que el XXX Congreso decida soberanamente, creo que el partido saldrá airoso del lance, ya que en todas las posturas hay aspectos muy importantes que son coincidentes y que pueden originar una línea que, aunque sea ligeramente discrepante con la del Gobierno, no va a obstaculizar, ni los planes de éste, ni el papel y objetivos del partido en la sociedad.

En primer lugar, todos somos partidarios de que haya referéndum en esta Legislatura. Es un importante punto de partida. En segundo lugar, nada impide que el Congreso exija que la pregunta sea clara, ya que el programa electoral así lo proclama. En tercer lugar, nadie es partidario de que España se integre en la organización militar integrada de la OTAN, y menos estando ya canalizada nuestra vinculación a la defensa occidental a través de los acuerdos con EE.UU., y no habiéndose solucionado el problema de la soberanía de la Roca y el de la cobertura de Ceuta y Melilla. En cuarto lugar, todos somos contrarios a la nuclearización mili-

tar de España. En sexto lugar, todos deseamos que España abogue permanentemente por la paz, el desarme y la cooperación entre los pueblos. En séptimo lugar, nadie es partidario de que España tenga un aparato militar disuasorio que supere nuestras posibilidades y que desborde su empleo en neutralizar otras amenazas que no sea la regional. Y, por último en octavo lugar, todos somos contrarios a la existencia de los bloques defensivos que en la actualidad bipolarizan al mundo.

¿Cuáles son los puntos de discrepancia? Yo creo que fundamentalmente dos, ya que lo que haga el partido en la campaña del referéndum deberá ser coherente con la política de seguridad que adopta en el XXX Congreso. Un punto de discrepancia será la posibilidad de que España pueda ser o no neutral. El otro, la forma de articular con Europa la cuota que le corresponda a España en la seguridad del continente, partiendo de la base de que España se integre en Europa. En cuando al primer punto de discrepancia, si nuestro país firma el tratado de adhesión con la CEE, el debate sobre la posible neutralidad de España pierde oportunidad y esa meta se transforma en irrealizable e inoperante. Otra cosa sería si la CEE nos rechaza, extremo que, como ya se ha dicho, no parece probable. Sin embargo, el debate sobre la neutralidad puede que no sea tan irrealizable si el objetivo de la misma se traslada con plazo largo a Europa respecto de las dos grandes potencias.

El otro punto de discrepancia si se presta más al debate y a la crítica. Este puede ser, sin duda, el punto crucial de la discusión. Si España entra a formar parte del futuro político y económico de Europa, cómo se articulará con su sistema defensivo: a través de los acuerdos con EE.UU., a través de la pertenencia (con el «status» actual) a la Alianza Atlántica, o a través de ambos instrumentos a la vez; éste es el dilema. A mi juicio

**A los socialistas  
no debe faltarnos nunca la habilidad  
imaginativa necesaria para  
adecuar los nuevos escenarios a la  
aplicación de las mismas ideas básicas.**



sería de desear que el XXX Congreso descartará la última opción, ya que la pérdida jurídica de soberanía e independencia (y por lo tanto de movimiento en el exterior) es doble, además de no disminuir los riesgos y duplicar los canales de conexión con la defensa occidental. Respecto a las dos primeras, parece que es más lógico que la vinculación con la defensa europea pueda realizarse mejor a través de la Alianza Atlántica que a través de los acuerdos bilaterales con EE.UU. No obstante, el XXX Congreso debería analizar minuciosamente cuál de las dos puede beneficiar más a España desde su dimensión europea, y cuál de ellas comportará los mejores efectos sobre nosotros. En todo caso, el Congreso debería entrar en dos cuestiones importantes: la posibilidad de que no se consiga el deseado consenso en la sociedad y la eventualidad, más remota, de que España no logre ingresar en el Mercado Común y demás Comunidades Europeas, o no lo haga en los plazos previstos. Para estas salvedades, sería bueno que el Congreso dejase la puerta abierta a alternativas flexibles.

### *Colofón*

Los párrafos anteriores describen un proyecto revisado respecto al que los socialistas hemos defendido y mantenido durante casi diez años. Rectificar, a veces cuesta trabajo, fundamentalmente cuando afecta a las convicciones que tenemos sobre la concepción del mundo y las relaciones entre los hombres. Pero significa, en muchas ocasiones, posibilitar mejor el avance. En las cuestiones de seguridad es importante maniobrar para evitar que las ideas se debiliten al no poderlas llevar a la práctica desde posiciones de partida que nos parecen coherentes, pero que son inviables. En el terreno de la defensa la realidad aplasta y hace agudizar el sentido político. En consecuencia, el mensaje final podría ser éste: a los socialistas, y en general a la izquierda consecuente, no debe faltarnos nunca la habilidad imaginativa necesaria para adecuar los nuevos escenarios a la aplicación de las mismas ideas básicas.



---

# OTAN: DE ENTRADA, NO, NO.

## Enrique Panés

---



# 3

**Un día, tal vez no muy lejano, también en España se alcanzará la libertad intelectual necesaria para examinar las cuestiones relacionadas con la defensa y la seguridad sin partir de esquematismos que evidentemente condicionan el debate y las conclusiones; para ello se habrá tenido que recorrer un arduo camino sin atajos, asfaltado con grandes dosis de información y de seria reflexión sobre tales temas, aunque impracticable para quienes prefieren otras vías construidas sobre eslogans tan vistosos como esterilizantes.**

Para los socialistas no tendrá por qué ser ese el momento de la renuncia al compromiso con los grandes ideales de justicia social, ni al empeño en que este mundo supere una lógica basada en el enfrentamiento de los más fuertes y en la sumi-

sión de los demás, en el irracional amontonamiento de mecanismos de destrucción y de empobrecimiento moral.

Son cada vez menos los que siguen poniendo el grito en el cielo cuando un so-



cialista afirma que la nacionalización de grandes sectores de la economía no constituye indefectiblemente un paso adelante en el camino del progreso de una nación.

**La solución «individual» no ha evitado una relación bilateral y desigual con un aliado que ha limitado a su conveniencia el alcance de tal concepto.**

O cuando defiende la reconversión industrial como proceso necesario para el saneamiento económico, sin olvidar la defensa del empleo sobre bases más sólidas. Son planteamientos a los que, afortunadamente, la propia experiencia, y los ejemplos ajenos, han dado una credibilidad que impide descartarlos con una simple sentencia de traición ideológica.

Las cuestiones relacionadas con la defensa y la seguridad no han llegado aún, en nuestro país, a ese estadio de objetividad. Siguen perteneciendo al mundo de los apriorismos. Supongo que para muchos socialistas españoles leer una frase como la siguiente es causa de una instintiva reacción de hostilidad, que empieza teniendo como destinatario a su autor antes aún que a la idea que encierra: «Desde un punto de vista estratégico, debemos confirmar que (nuestra) seguridad se apoya hoy sobre la credibilidad de la disuasión nuclear de la Alianza, basada esencialmente en el “deterrente” americano en Europa y global». Y, sin embargo, quien opina así es también un socialista; como Subsecretario de Defensa de Italia puede presumirse que habla del tema con conocimiento de causa y lo hace, por otra parte, en una publicación dirigida en primer lugar a los propios militantes de su partido<sup>1</sup>: la cita, naturalmente, se refiere a un país concreto y no resume todo el planteamiento de tan compleja cuestión, pero forma parte de él de forma no marginal. Son afirmaciones que en el resto de Europa la izquierda puede hacer sin verse etiquetada (o autocensurada) de entreguista o de instrumento de políticas imperialistas. Juicios como el citado los emiten socialistas no dispuestos a renunciar a la defensa de los propios intereses nacionales, ni a la búsqueda por parte de Europa de su propio espacio político en el debate

sobre cuestiones de seguridad internacional; todos ellos, por supuesto, enfrentándose con la trágica realidad de unos arsenales nucleares que condicionan absolutamente cualquier planteamiento defensivo.

Otros se sentirán menos agredidos en sus convicciones ante eslogans como el de «mejor rojos que muertos». Son libres de preparar cuanto antes su equipaje para tal viaje, si realmente están convencidos de que esa es la única alternativa que les prepara el futuro. Que nadie ponga hoy en peligro nuestra independencia o amenace nuestra seguridad no se debe *exclusivamente* a nuestra falta de ambiciones expansionistas o a nuestra renuncia a la guerra como instrumento de política exterior; tampoco a las odas de los desarmistas unilaterales, para quienes defensa y seguridad son sinónimos únicamente de cañones y misiles. Contribuye a confundir las cosas la conocida falacia que identifica destrucción y violencia *sólo* con los instrumentos que las ocasionan; no son las armas las que provocan la agresión, sino quienes las accionan; antes y detrás de una política agresiva, imperialista o entreguista hay un pueblo que opta por alguna de ellas, y quienes se las ven imponer han fracasado en el primer cometido: la búsqueda de una política de seguridad coherente con sus propias posibilidades y con la defensa de sus verdaderos intereses. Política de seguridad, por otra parte, que no puede planificarse, en abstracto, sin tener en cuenta elementos tales como la propia situación interior o los objetivos de índole internacional del país de que se trate. Desde su posición de debilidad militar, de escasa cohesión interior o de falta de consenso racional, resulta imposible, por ejemplo, encontrar aliados para la defensa de la propia integridad territorial (y puede incluso llegarse a operaciones tipo Malvinas, concebidas ante todo como válvula de escape de excesivas presiones interiores) o normalizar las relaciones con Estados contruidos sobre bases ideológicas



radicalmente distintas a las propias (el régimen franquista, por ejemplo, fue incapaz de normalizar sus relaciones con la *soi-disante* Europa Socialista, al no poder hacer del tema una cuestión de Estado, sino de régimen político, lo que imponía, inevitablemente, actitudes de autodefensa que se sobreponían a la hipócrita aversión manifestada por la otra parte hacia «uno de los últimos reductos del fascismo en Europa»).

Desde estas premisas, abordar el tema de la participación española en un sistema de seguridad colectiva supone, lógicamente, enfrentarse directamente con el verdadero significado y alcance de la pertenencia a una Alianza y a su Organización, como operación complementaria a nuestros propios esquemas y necesidades en materia de seguridad. Cabe, ciertamente, descartar *a priori* tal alternativa (pocos son los que se declaran contrarios a la defensa a secas y quienes lo hacen no suelen llegar a esa solución, sino partir de ella). Los que rechazan la conveniencia, o la necesidad, de la defensa colectiva indudablemente no ignoran que:

a) Para un país de las características del nuestro, la solución «individual» no ha evitado (al menos en el último casi medio siglo) una relación bilateral y desigual con un aliado que ha limitado a su conveniencia el alcance de tal concepto y que, por su propio peso y por la trascendencia de su ayuda para cubrir nuestras propias necesidades, siempre ha podido negociar desde su posición de fuerza. Ciertas exigencias pueden no atenderse, pero si el *do ut des* deja de interesar a la parte más fuerte, el perjuicio de la ruptura suele ser mayor para la otra. Debe tenerse en cuenta, además, que no se da nunca el caso de una relación bilateral exclusivamente sobre cuestiones de defensa, con lo que no faltan las posibilidades y métodos para imponer los propios puntos de vista sobre temas en los que los planteamientos pue-

den ser incluso opuestos. Cuando hay de por medio cuestiones tales como el suministro de armamentos o el apoyo técnico-logístico, aunque todos los Estados son soberanos, algunos lo son más que otros, por no perder la ocasión de citar también aquí a Orwell.

b) La no pertenencia a un bloque (no debe ofender el uso del término, sino la complacencia con el concepto que encierra) no exime del hecho de estar en su ámbito. Creo que no vale la pena desarrollar una idea que viene confirmada en nuestro caso con la simple consulta de un mapa, si no se quiere recurrir a la historia, a la economía o a la propia realidad geopolítica. Esa no pertenencia «formal» no exime de ciertas ventajas e inconvenientes; entre las primeras, escapar a determinadas obligaciones que se deciden compatir o repartir; entre los segundos, dar excesivo alcance a

**La no integración en un sistema colectivo de seguridad no anula la necesidad o conveniencia de participar en proyectos conjuntos de producción de armamentos.**

ciertas declaraciones: autoconstituirse en zona desnuclearizada, por ejemplo, es positivo como método para no favorecer el fenómeno contrario (de la proliferación o generalización nuclear), moralmente coherente con determinadas convicciones, incluso tal vez favorable desde consideraciones político-militares, pero no excluye la «nuclearización pasiva», la que puede sufrirse en caso de un conflicto generalizado, o que se quiera no generalizar por el método de localizar su ámbito. En Europa suele tenerse conciencia de que (según comentario, tan difundido como cínico e infortunado, del Sr. Kissinger) sí cabe aceptar la posibilidad de un conflicto sólo europeo, incluso con recurso al arma nuclear, antes de que las dos superpotencias opten por su destrucción mutua. Pero tal argumento rebasa nuestro actual contexto, volveremos sobre él.

c) La no integración en un sistema colectivo de seguridad (o de defensa), si se prefiere un término más reductivo) no anula la necesidad, o la conveniencia, de participar en proyectos conjuntos de pro-



ducción de armamentos. Nadie pretende, desde estas páginas, estimular o justificar una carrera armamentista que, por otra parte, sólo logrará detenerse en un contexto de distensión política internacional, en el que sea posible abordar sinceramente un proceso de negociaciones sobre el desarme que alcanzará resultados únicamente si logra ser progresivo, equilibrado y verificable (¿quién tiene interés en cumplir un acuerdo de este tipo si no ve en él ningún beneficio?).

La modernización de las fuerzas armadas es, en casos como el español, una necesidad unánimemente reconocida por quienes aceptan el principio de que, sin medios adecuados, la elaboración de un Plan de Defensa no supera el ámbito de los ejercicios intelectuales. Se trata de un aspecto fundamental del proceso de verdadera profesionalización de un estamento que debe estar en condiciones de cumplir con el cometido que le asigne el Parlamento.

La alternativa a la coproducción (presupuesto de la estandarización) es la política —económicamente ruinosa— de meras compras a terceros o de pago de derechos sobre el uso de patentes ajenas, que tampoco elimina el peligro de verse imponer determinadas decisiones en base a intereses de terceros. Actualmente, por supuesto, los contratos de adquisición de armamento incluyen cláusulas sobre las contrapartidas, pero ninguna ventaja logrará superar a la participación en proyectos de coproducción que permiten crear economías de escala y contribuyen más eficazmente al desarrollo de tecnologías con usos en muchos casos no exclusivamente militares <sup>2</sup>.

Coproducción, participación en proyectos multilaterales. Por este camino llegamos a la OTAN... No inmediatamente, puesto que dicha organización internacional, no supranacional, no fabrica armas,

**Coproducción, participación en proyectos multilaterales: por este camino llegamos a la OTAN.**

aunque desde sus orígenes se haya ocupado de racionalizar su producción y de fomentar la elaboración de proyectos conjuntos (con poco éxito, por otra parte, puesto que hasta muy recientemente el predominio industrial, y comercial, de Estados Unidos ha sido casi absoluto y sus aliados europeos sólo excepcionalmente han superado el estadio de clientes habituales). Pero si es cierto que tal camino viene de la OTAN lo demuestra el hecho de que para España se ha abierto únicamente tras la adhesión, en mayo de 1982, al Pacto Atlántico; no se trata de una opinión o de una deducción más o menos lógica, sino simplemente de un dato, como lo es el de nuestra incorporación a las actividades del Grupo Europeo Independiente de Programas <sup>3</sup> con posterioridad a aquella fecha.

Evidentemente, resulta tan simplista apoyar la «opción OTAN» sólo en base a consideraciones o argumentos de este tipo, como descartarla partiendo de la lapidaria sentencia de ser instrumento de esquemas hegemónicos e imperialistas de su mayor miembro; tal vez un muy fugaz repaso de las circunstancias en las que se gestó el actual mapa político europeo obligue a matizar las cosas. Ejercicio que puede ayudarnos a abordar el núcleo de la cuestión con mayor frialdad.

El lento proceso de formación en EE.UU. de la idea según la cual sus intereses como potencia mundial exigían una presencia activa en zonas distantes del propio territorio, coexiste durante muchos años con la tesis de que todos los problemas que planteará la postguerra deberán ser examinados y resueltos en una organización internacional que sustituya a la desaparecida Sociedad de Naciones; la voz de Washington en Ginebra, se sospecha, hubiese obstaculizado los planes agresivos de Hitler.

Roosevelt, con su convicción de que tarde o temprano la URSS iniciará un



proceso de democratización, contribuye a que la opinión pública norteamericana no sienta una amenaza soviética y acepte de buen grado compartir con aquel país las responsabilidades que trae consigo la cruzada de la libertad en una Europa amenazada por el creciente expansionismo del Reich.

En Europa, sin embargo, no se aceptan tales concepciones universalistas y con la URSS el diálogo se plantea ante todo como método para definir las nuevas fronteras, una vez se alcance la victoria aliada. En diciembre de 1941, Stalin y Molotov reciben al Ministro de Asuntos Exteriores británico, Eden, y condicionan la firma de una alianza militar entre ambos países al acuerdo sobre las respectivas zonas de influencia, según el tradicional método colonial; la clara oposición americana interrumpe tales proyectos, aún cuando Washington reconozca tanto la legitimidad de las exigencias defensivas de la URSS (sobre todo tras la agresión nazi) como la preocupación británica por la convivencia futura con aquel país. La seguridad de que no podría contarse con un compromiso diplomático, ni militar, de Estados Unidos en Europa, impulsa a Gran Bretaña, entre el verano de 1943 y la Conferencia de Yalta (febrero de 1945), a buscar acuerdos bipolares con la URSS o a procurar controlar su eventual expansión territorial en el continente <sup>4</sup>.

Desde la Conferencia de Teherán (diciembre de 1943), entre Churchill, Roosevelt y Stalin, los problemas territoriales de la postguerra ceden su tradicional preeminencia en toda negociación, ante las profundas divergencias respecto a un problema nuevo y trascendental: la estructura política interna de los Estados próximos al territorio de la URSS y que habrán de contribuir a su seguridad frente a la eterna amenaza alemana. Moscú perfila su teoría de los gobiernos «amigos», que Londres acepta, aunque entendiendo que

**En EE.UU. se fue formando la idea según la cual sus intereses como potencia mundial exigían una presencia activa en zonas distantes del propio territorio.**

la influencia soviética no habría de excluir el derecho al autogobierno ni, por tanto, a escoger sus propias formas de organización política interior. La radical diversidad de puntos de vista se agudizará en las Conferencias de Yalta y Potsdam.

La actitud de Francia (julio-agosto 1945) ciertamente no contribuye a que el final de las hostilidades permita el inicio de una fase de mayor unidad europea. Aún cuando Gran Bretaña, reconocido el nuevo gobierno provisional francés (octubre de 1944), pensase en una acción conjunta de ambos países, De Gaulle viaja a Moscú en diciembre para hablar de una Europa «desde el Atlántico hasta los Urales» («desde Gibraltar hasta los Urales», según otra versión del comentario), basada en la entente franco-soviética, excluyendo a Gran Bretaña del «condominio de Europa».

Estados Unidos y Gran Bretaña llegan a Yalta con preocupaciones diversas respecto a la ya próxima postguerra: el Ministro de Asuntos Exteriores británico comenta que Washington «atribuye demasiada importancia a la organización mundial y demasiado poca al futuro de Polonia» (y los hechos demostraron la validez del comentario: incluso antes de Potsdam, la URSS cede a Polonia los territorios alemanes hasta la línea Oder-Neisse). En Yalta Eden intenta inútilmente abordar el examen de la situación interior en Yugoslavia, Bulgaria y Hungría, encaminadas a seguir el «modelo polaco»; Estados Unidos insiste en permanecer el margen de toda política de reparto de Europa en zonas de influencia y parece no oír el comentario de Churchill sobre la necesidad de una Francia fuerte (aunque esté ausente de Yalta), «indispensable no sólo para Europa, sino también para Gran Bretaña».

Tras la rendición incondicional de Alemania se convoca la Conferencia triparti-



ta de Potsdam, a la que Estados Unidos envía a un presidente recién elegido, mientras que las elecciones en Gran Bretaña provocan, durante la Conferencia, la sustitución de Churchill por Atlee. Tanto Truman como Churchill son conscientes de las violaciones soviéticas de los Acuerdos de Yalta, aunque sus protestas resultan perfectamente ineficaces y, en el caso de Estados Unidos, influenciadas por la preocupación de perder el apoyo de la URSS en la ofensiva final contra Japón. Los puntos de vista del gobierno americano respecto al futuro de Italia deben imponerse al empeño británico en que prevalezcan sus propias ideas respecto al que había sido su enemigo número uno en el Mediterráneo. Empieza a hablarse de los «acuerdos secretos» soviético-americanos de Yalta, y finalmente el mito llega a Europa traído por De Gaulle, empeñado en que su involuntaria ausencia convertía la Conferencia en inexistente. La impotencia de Europa para hacer oír su voz se quiere esconder detrás del espectro de unos supuestos pactos firmados a sus espaldas.

Con Truman, EE.UU. supera definitivamente su política de aislamiento y plantea su propia seguridad sobre bases ideológicas y políticas. Ya en 1947 el nuevo presidente expone su convicción de que la política soviética excluye arreglos negociados, si con anterioridad «los aliados occidentales no han desarrollado una fuerza propia» (nada nuevo bajo el sol, como puede observarse). Aparece la tesis de la «contención» de la influencia soviética y se dispone el «Plan Marshall» como política superadora de anteriores intervenciones esporádicas y localizadas; el nuevo clima político tiene reflejos inmediatos en Europa: tanto en Francia como en Italia los partidos comunistas son expulsados de las coaliciones de gobierno, pagando así el precio de su plena dependencia de Moscú.

El 4 de abril de 1949 se firma el Pacto Atlántico, en la fase álgida de una guerra

fría que actúa como sustitutivo a la falta de un acuerdo post-bélico en el que se hubiese resuelto el «problema alemán» y que constituye «el proceso de gestación de la sociedad política internacional bipolar».

La postguerra se inicia, por tanto, en un clima político que impone a los países de Europa Occidental la necesidad de dotarse de nuevas armas que comportan gastos incompatibles con sus programas de reconstrucción económica. Se avanza lentamente en el proceso de normalización de relaciones entre Estados enfrentados hasta la víspera en el gran conflicto bélico (que, algunos años más tarde, no serán capaces de aprobar unánimemente un sistema europeo de defensa colectiva) y se opta, en ese contexto histórico, por la solución más económica para poder disponer de un mecanismo de disuasión proporcionado a la amenaza que supone una

---

**Europa en ningún caso aceptará que la Alianza como tal cubra obligaciones estadounidenses que no se siente obligada a compartir directamente.**

---

Unión Soviética empeñada en la exportación de su propia ideología y no sólo en Europa. En 1950, con el consenso de Francia, Gran Bretaña, Dinamarca, No-

ruega, Bélgica, Holanda, Luxemburgo e Italia, primeros miembros europeos —junto con Islandia— de la Alianza Atlántica (Grecia y Turquía se incorporarán en 1952 y la nueva República Federal de Alemania en 1955, tras el rechazo por la Asamblea Nacional Francesa del proyecto de Comunidad Europea de Defensa y la firma de los Acuerdos de París<sup>5</sup>), se decide la creación de una fuerza europea integrada, bajo mando de un General norteamericano.

Se procede al rearme con participación decisiva (no sólo en términos económicos) de Estados Unidos. Hasta septiembre de 1949, cinco meses después, de la firma del Pacto Atlántico, el monopolio del arma atómica permite basar la disuasión en una amenaza de «respuesta masiva», que posteriormente se convertirá en demencial garantía de destrucción mutua y que despierta a Europa Occidental de su letargo



en estas cuestiones, con los primeros temores de que Estados Unidos podría no provocar su autodestrucción lanzando un ataque nuclear contra territorio soviético (y desencadenando así una respuesta equivalente) para defender a sus aliados europeos, incapaces de defenderse por medios convencionales.

La aparición de las armas nucleares tácticas, de menor potencial y alcance, y el paso a la estrategia de la «respuesta flexible», agudiza tales sospechas, al convertirse nuestro continente en teórico campo de batalla nuclear limitada, controlable antes del holocausto total, pero después de nuestra propia destrucción.

¿Nuestra?... Aquí hay un error, pensará el lector, recordando que España no ha participado nunca en tan tenebrosas disquisiciones, ocupada como está en negociar, durante años, la conversión de las bases norteamericanas establecidas en su territorio en instalaciones de «utilización conjunta», recuperando, finalmente, la plena soberanía sobre el espacio físico que ocupan y, cuestión más compleja, obteniendo adecuadas garantías de que EE.UU. no se servirá de ellas de forma no expresamente aceptada por nuestras autoridades. Por otra parte, la Alianza Atlántica está constituida por Estados democráticos (con la excepción bien conocida) a la que se accede por invitación de todos sus miembros, en cuya ausencia resulta innecesario plantearse una molesta alternativa. España no tiene enemigos, y si los de los demás llegasen a acercarse demasiado no se encontraría teniéndoles que hacer frente sola: los acuerdos bilaterales de defensa con EE.UU. de 1953 se han convertido, en 1976, en «Tratado de Amistad y Cooperación» (en julio de 1982 será firmado un nuevo Acuerdo de Amistad, Defensa y Cooperación, con un Protocolo aclaratorio que desvincula la relación bilateral de eventuales cambios en la posición de España en la Alianza). La OTAN, entre

tanto, ha organizado eficaces mecanismos defensivos que cubren las zonas más próximas a nuestro territorio: en Nápoles está el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas del Sur de Europa, en las Azores se ha instalado un mando aliado dependiente del Comandante en Jefe del Área del Atlántico Occidental, y en Lisboa tiene su Cuartel General el Comandante Aliado del Área Atlántica Ibérica. Contribuye a alejar posibles dudas el hecho de que la OTAN es también un organismo de concertación política sobre cuestiones de seguridad, en el que los norteamericanos y sus aliados europeos discuten temas que evidentemente *no tienen interés para nosotros...*

Discuten, por ejemplo, al finalizar la pasada década, la creciente preocupación de la RFA ante la rápida sustitución de los viejos misiles soviéticos SS-4 por los nuevos SS-20, móviles con tres cabezas nucleares independientes y 4.500 kilómetros de alcance que, por su alta precisión, parecen destinados a ser lanzados contra instalaciones militares, con lo que aumenta el riesgo de que Estados Unidos, que no dispone de armas equivalentes en Europa, no quiera reaccionar ante una agresión con un ataque masivo lanzado desde su territorio. Se inicia así la puesta en práctica de un programa de modernización vinculado a la evolución de las negociaciones sobre el futuro de las nuevas armas, iniciadas en noviembre de 1981 en Ginebra, y cuya posterior interrupción lleva al despliegue gradual de los nuevos euromisiles en varios países de la Alianza. Europa, con la excepción de España, naturalmente, ve, una vez más, significativamente elevado el potencial de destrucción acumulado en todo su territorio, mientras que en su parte occidental se sigue considerando insustituible el compro-

miso de defensa de Estados Unidos, lo que explica el rechazo por parte del Gobierno de la RFA tanto el de Schmidt como el de Kohl) del sistema de la doble lla-

---

**La Comunidad Europea no es una unidad política supranacional, pero ha dado a sus miembros mayor conciencia de su propio peso.**

---



ve para las nuevas armas, subrayando así la tesis de que *todo* el territorio de la Alianza debe seguir siendo objeto de una única defensa, que empeñe *todos* los medios disponibles.

¿Una defensa única para una Europa unida? El panorama no es el de los años cincuenta: los seis países que, tras la firma del Tratado de Roma, ponen en marcha la Comunidad Económica Europea, se han convertido en los Diez miembros de la Comunidad Europea (sin adjetivos), y aunque a duras penas han logrado aprobar un Acta <sup>6</sup> que pretende acelerar el lento y titubeante proceso de unión política y dar entrada en los debates a cuestiones de seguridad, hablan con una sola voz sobre algunos de los grandes temas de política internacional y lamentan la brusca interrupción de un proceso de distensión que permitió mejorar en muchos aspectos las relaciones con los países del Este; obser-

van en sus propias casas que —afortunadamente— la carrera armamentista no logra ser aceptada por vastas capas de población y, aunque en muchos casos oyen

con recelo las repetidas exhortaciones del General William Rogers a incrementar los gastos de defensa convencional (la seguridad no puede fortalecerse sólo con mayores inversiones) como único recurso para «atrasar» el empleo del arma atómica, reconocen que para recuperar la autonomía política necesaria para hacer oír con eficacia sus propios puntos de vista no basta haber casi doblado (en términos reales) el PIB en los últimos veinte años.

Tampoco la posición relativa de Estados Unidos ha permanecido inmutable con el paso de los años; desde la humillación de Vietnam su opinión pública no está dispuesta a aceptar antiguos métodos de imposición de hegemonía; el bipolarismo, incluso tras el frenazo al proceso de distensión, sufre importantes excepciones en diversas regiones del planeta y las nue-

vas obligaciones en Oriente Medio y en el Indico, y sus propias dificultades económicas obligan a Washington a reclamar de sus aliados europeos una mayor contribución a la defensa de sus territorios; en Bruselas, los debates en el seno del Consejo Atlántico reflejan las dificultades que tal exigencia plantea a unos gobiernos que deben hacer las cuentas con una opinión pública más preocupada por el endurecimiento traído por la *enérgica* presidencia Reagan y por la interrupción de prácticamente todas las negociaciones sobre el desarme. Si en algún momento las autoridades militares de Estados Unidos llegan a insinuar la conveniencia de extender el área OTAN, la respuesta es tajantemente negativa: Europa se responsabilizará más de su defensa, pero en ningún caso aceptará que la Alianza *como tal* cubra obligaciones estadounidenses que no se sienta obligada a compartir directamente.

**La disuasión se ha entendido desde sus orígenes como reflejo ante todo de una voluntad de defender las bases de la propia organización político-social.**

La Comunidad Europea —finalmente dispuesta a aceptar a los dos Estados ya democráticos de la Península Ibérica— no es una unidad política supranacional pero

ha dado a sus miembros mayor conciencia de su propio peso. ¿No habrá llegado el momento de discutir *a solas* de la propia seguridad y de la forma de poner nuevamente en marcha un proceso de desarme <sup>7</sup> que aparece como única alternativa válida a la desenfrenada carrera armamentista? Por encima de supuestas dificultades formales está el hecho de que no todos sus miembros son parte del Tratado de Washington (Irlanda), ni todos los firmantes de éste lo son del Tratado de Roma (Noruega, Turquía, Islandia), además de la posición especial de Francia en la OTAN.

La solución parece encontrarse en la *reconversión* de la Unión Europea Occidental. Creada en 1954, por modificación de un primer acuerdo de cooperación europea, extendida a cuestiones de defensa <sup>8</sup> y tras el fracaso de la Comunidad Europea



de Defensa, la UEO contribuyó a la acceso de la RFA a la OTAN mediante un sistema de controles sobre el futuro rearme. Transferidos sus aspectos estrictamente militares (asignaciones de fuerzas, estrategia, etc.) a la Alianza, la Unión pasa inmediatamente a un estado de vida latente en el que su Consejo de Ministros sólo esporádicamente se reúne a nivel de titulares, y la Asamblea<sup>9</sup> se limita a recibir los informes de los restantes órganos y a preparar estudios sobre cuestiones europeas, incluida la seguridad, mientras que la Agencia de Control de Armamentos cumple, con mayor o menor rigor, su función de vigilancia, y el Comité Permanente de Armamentos intenta aumentar la cooperación entre sus miembros, más activa en otras sedes.

Tal falta de dinamismo no impide a Francia y a Alemania (con el claro apoyo de Italia) pensar en la posibilidad de que la UEO pueda llegar a ser un instrumento útil para que Europa concierte sus propios puntos de vista sobre seguridad y desarme. El XXX aniversario de la Unión es ocasión para una reunión extraordinaria en Roma (26, 27 y 29 del pasado mes de octubre), en la que los Ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa de los siete países aprueban una Declaración que concreta los principales objetivos, a partir del convencimiento de «la persistente necesidad de reforzar la seguridad occidental y las dimensiones geográficas, políticas, psicológicas y militares específicas de Europa Occidental». Las exhortaciones a la «continuación de los esfuerzos para preservar la paz, reforzar la disuasión y la defensa, consolidando así la estabilidad, a través del diálogo y la cooperación» se vinculan al propósito de aumentar la cooperación y estimular el consenso de los países miembros respecto a tales objetivos.

Expresamente concluida su actividad de control sobre la RFA, la UEO, por tanto, se propone sustituir la actual inca-

---

**La UEO se propone sustituir la actual incapacidad de la Comunidad Europea para ocuparse de manera eficaz de cuestiones de seguridad.**

---

pacidad de la Comunidad Europea para ocuparse de manera eficaz de cuestiones de seguridad, partiendo del reconocimiento de la persistente necesidad de la OTAN y expresando interés en una eventual ampliación a todos los miembros europeos de la Alianza<sup>10</sup>. Se inicia así un proceso evidentemente complejo y largo, pero que no es sino reflejo de los crecientes deseos de asumir cada día mayor protagonismo y responsabilidades respecto a las «condiciones específicas de la seguridad en Europa», entre las cuales se atribuye especial importancia tanto a la defensa como al control de armamentos y al desarme.

Si se ha cumplido el objetivo que ha justificado estas páginas, a estas alturas resultará posible extraer las siguientes conclusiones:

1. La OTAN, creada a partir de una Alianza formada en los inicios de la guerra fría, ha cumplido con su misión de reforzar la defensa de sus miembros y ha afrontado la cuestión de su seguridad mediante un proceso de concertación política y de adopción de una amplia serie de decisiones de carácter no exclusivamente militar. La disuasión se ha entendido desde sus orígenes como reflejo, ante todo, de una voluntad de defender las bases de la propia organización político-social, por lo que, por encima de la situación de predominio de Estados Unidos, la Alianza ha protegido unos valores comunes ante una amenaza unánimemente identificada.

2. La debilidad política relativa de sus componentes europeos, aunque progresivamente atenuada, ha facilitado que durante decenios haya prevalecido con demasiada frecuencia una óptica americana en el análisis de la situación internacional y del método de gestión de las relaciones

Este-Oeste. EE.UU., por ejemplo, no quiso escuchar, en su momento, los argumentos de sus aliados en relación a los beneficios para la estabilidad europea del



proceso de distensión, ofuscada por la aparición de otras zonas de tensión y la manifestación de conductas hegemónicas. La insistencia en la *indivisibilidad* de la

**En cualquier Estado democrático el consenso de la mayoría de su población es presupuesto fundamental de toda decisión importante del Gobierno.**

distensión hizo que acontecimientos tales como la ocupación de Afganistán repercutiesen directamente en un diálogo intraeuropeo que EE.UU. siempre ha contemplado con recelo, en primer lugar por la convicción de que sus aliados no disponen del peso necesario para desarrollarlo en condiciones de verdadera igualdad.

3. El predominio en sus planteamientos estratégicos del componente nuclear (estadounidense) de la disuasión ha contribuido a colocar a los miembros europeos de la OTAN en una posición subordinada, cuando las dos superpotencias han coincidido en el interés por iniciar negociaciones sobre el desarme, y ha prácticamente anulado estímulos (europeos) al diálogo cuando nuevas circunstancias han hecho desaparecer tal interés.

4. Con todo, el proceso de integración económica y de concertación política ha permitido a los miembros de la Comunidad Europea, que lo son también de la OTAN, expresar sus puntos de vista con mayor eficacia. Cuestiones tales como la creciente vitalidad de los movimientos pacifistas en diversos países miembros (todavía de menor trascendencia en Norteamérica) y un mayor protagonismo directo de Europa en zonas de crisis (Oriente Medio, incluso Centroamérica) han tenido claro reflejo en los debates del Consejo de la Alianza. Todo el proceso puesto en marcha desde la firma del Acta Final de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (Helsinki, 1975) han contribuido a «pluralizar» el diálogo.

5. El propio interés de EE.UU. en que Europa asuma mayores responsabilidades y participación en su propia defensa ha puesto en marcha un proceso de búsqueda de ámbitos adecuados a un diálogo esen-

cialmente europeo. A la integración económica se desea unir un mayor grado de integración en temas de seguridad que habrá de partir de, y a su vez facilitar, una más sólida integración política. Tales proyectos coinciden, por otra parte, con la necesidad que sienten los Gobiernos europeos de obtener cada día un mayor grado de consenso a sus políticas y parecen decididas a alcanzar mayor audiencia en una negociación sobre el desarme a la que hasta hoy han contribuido muy escasa e indirectamente.

La opinión pública española debe comprender que, aunque *formalmente* independientes, nuestra adhesión al Pacto Atlántico y al Tratado de Roma son contempladas en el resto de Europa como dos decisiones lógicamente conexas y que incorporarán a nuestro país al gran debate en curso sobre el futuro de nuestro continente. Puede asegurarse que en ninguna capital europea se piensa que podemos tener interés en participar en un árduo y difícil proceso de integración político-económica, sin desear *simultáneamente* hacer oír nuestra voz en relación a las cuestiones de la seguridad y el desarme (que ningún político español osará declarar que no nos interesan, o que por nuestra parte pueden ser decididas por otros).

Somos, en estos momentos, miembros de pleno derecho de la Alianza Atlántica, participamos en sus debates y nos beneficiamos del intercambio de informaciones y de experiencias que se realiza entre sus miembros. Nadie nos impondrá la obligación de asignar determinados contingentes para, en caso de conflicto armado, ser incorporados a unidades bajo mando aliado; si no lo consideramos conveniente, nuestros militares no serán destinados a los Cuarteles Generales de la Organización ni a la Fuerza Naval Permanente en el Atlántico, ni formarán parte de ciertas unidades de defensa aérea conjunta. Si no lo deseamos, nadie nos pondrá ante la



mesa de negociaciones para definir la compleja delimitación de una zona de mando española en el Atlántico ni en el Mediterráneo. Si las decisiones comunes no concuerdan con nuestros intereses nacionales, nos disociaremos de ellas o matizaremos su alcance en lo que nos afecten. Pero sea cual sea nuestra postura, deberá ser claramente expuesta y motivada y, mucho antes de todo ello, adoptada teniendo en cuenta *nuestro* verdadero interés, coherentemente con una política exterior bien articulada y que sepa prescindir de la coyuntura como componente esencial.

En cualquier Estado democrático el consenso de la mayoría de su población es

presupuesto fundamental de toda decisión importante del Gobierno. En España, respecto a estas grandes cuestiones, el consenso no existe porque, sencillamente, no ha tenido ocasión de crearse. El país fue incorporado a la Organización del Atlántico Norte sin apenas darse cuenta de ello y, por supuesto, sin recibir una información adecuada sobre el alcance de tal decisión, ni sobre su verdadero significado. En mayo de 1982 al Gobierno le bastaron los votos favorables en el Parlamento, aunque tal vez fuesen votos tan ignorantes como los de la oposición. Seguimos necesitando, todos, información amplia y objetiva. No más eslogans, por favor.

<sup>1</sup> Silvano Signori: «Decidere per la pace e la sicurezza. Le idee di un socialista alla Difesa». Cuadernos de *Nuovo Riformismo*, pág. 14. Roma, 1984.

<sup>2</sup> La reciente decisión de fabricar conjuntamente con Francia, Alemania Federal, Italia e Inglaterra el «avión de combate europeo de los años noventa» y el proyecto de coproducir el nuevo carro de combate «Lince» son ejemplos recientes de que finalmente España ha optado por esta solución, indudablemente más acorde con nuestros propios intereses.

<sup>3</sup> Los Secretarios de Estado responsables de industrias de armamento de los países europeos de la OTAN estudian y deciden en el GEIP (que no es un órgano de la OTAN), la proyección, realización y homologación de sistemas de armas cuyo coste o exigencias tecnológicas los habían inviados para un solo país. España participa en las actividades del grupo desde 1983.

<sup>4</sup> Véanse, para los acontecimientos aquí resumidos, los artículos de B. Cialdea, A. Sterpellore y R. Mosca, en *Origine Diplomatiche del Patto Atlantico*. Roma, 1974.

<sup>5</sup> El 24 de agosto de 1954 la Asamblea Nacional francesa no quiso ratificar el Tratado que hubiese establecido la CED (Francia, RFA, Bélgica, Holanda, Luxemburgo e Italia), Gran Bretaña no quiso adherirse, aunque dio «garantías autónomas externas» a la nueva organización.

El 23 de octubre del mismo año se firmaron los Acuerdos de París, por lo que Francia, Gran Breta-

ña y EE.UU. concluían su ocupación de la RFA, reconociéndola como Estado Soberano, inmediatamente incorporado a la Unión Europea Occidental y posteriormente a la OTAN (5 de mayo de 1955); EE.UU. y Gran Bretaña se comprometían a mantener permanentemente fuerzas armadas en el continente.

El 14 de mayo de 1955 se firmó el Pacto de Varsovia, que la URSS presentó como respuesta a los Acuerdos de París.

<sup>6</sup> El «Acta Genscher-Colombo» fue aprobada, como *Declaración Solemne sobre la Unión Europea*, en la Cumbre comunitaria de Stuttgart (17-19 de junio de 1983), aunque con importantes modificaciones que en parte desvirtúan el alcance del texto original, elaborado en 1981.

<sup>7</sup> Estados Unidos informa al resto de sus aliados de la marcha de las negociaciones sobre los euromisiles a través del llamado Grupo Consultivo Especial.

<sup>8</sup> El Tratado de Bruselas de 1948, firmado por Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Posteriormente se adherirán (*vid.* nota 5) Italia y la RFA.

<sup>9</sup> Compuesta por 89 miembros de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, que lo son también de sus respectivos Parlamentos nacionales.

<sup>10</sup> Portugal, tal vez antes de lo deseado por la propia UEO —ocupada en su propia reforma—, ha solicitado formalmente su incorporación, pocos días antes de la reunión de Roma.



**Por una cultura**

**viva y plural**

---

---

# **Los Cuadernos del Norte**

Literatura · Arte · Cine · Poesía  
Pensamiento  
Diálogo · Asturias · Inéditos · Música  
Teatro · Actualidad...

---

**Director: Juan Cueto Alas**

---

**Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias**



Redacción, Suscripciones y Administración:  
Plaza de La Escandalaria, 2 · Oviedo-3 · España  
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.



---

# PSOE Y OTAN

## Antonio Santesmases

---



# 4

---

**La polémica en la que estamos implicados los socialistas en el tema de la OTAN adolece de una falta considerable de perspectiva. Estamos todos obsesionados con replicar el «último» argumento descubierto, olvidando las reflexiones habidas, en estos últimos años, sobre el tema. El objetivo de este artículo es intentar recapitular las posiciones internacionales de 1976 hasta la actualidad, para captar en su debida proporción el giro realizado por el PSOE.**

### *El 27 Congreso (1976)*

El PSOE, en 1976, era defensor de la neutralidad activa para España. La neutralidad en relación a los bloques militares y la necesidad de desmantelar las bases militares norteamericanas de nuestro te-

ritorio eran los dos objetivos del 27 Congreso. En las resoluciones de política internacional y de política de defensa se encuentran una serie de puntos de enorme interés, releídos a la altura de 1984. Tras denunciar la actual bipolarización del mundo por la política de los grandes blo-



ques militares, se critica el intervencionismo imperialista de los Estados Unidos en América Latina y se rechaza cualquier renovación de los acuerdos con los Estados

---

**Estamos obsesionados con replicar el «último» argumento, olvidando las reflexiones socialistas de estos últimos años.**

---

Unidos por entender que estos acuerdos hipotecan el territorio español<sup>1</sup>. El PSOE luchará, se afirma, por recuperar la soberanía, la independencia y la integridad territorial española, proponiendo la liquidación de todas las bases extranjeras de nuestro suelo. España debe ser independiente de los bloques militares y debe adoptar una política de neutralidad activa como contribución a la causa del socialismo.

Puntos importantes de aquellas resoluciones son igualmente: la participación en la construcción europea, el impulso a la Europa de los trabajadores, la solidaridad con los pueblos oprimidos por los intereses imperialistas y la contribución a la lucha por la paz y el desarme. La política de neutralidad activa y de rechazo a los bloques militares vuelve a aparecer en la ponencia de defensa; en ella se afirma: «Nuestra integración en el llamado bloque occidental no es, en realidad, más que la mera dependencia funcional del ejército de los Estados Unidos. Somos una especie de gran base logística que no cuenta más que para prestar servicios auxiliares a unas fuerzas armadas extranjeras. Los riesgos bélicos, que tan trascendental decisión significa para nuestro pueblo, no han sido nunca consultados con él ni se ha permitido explicar en voz alta al pueblo las razones de los que pudieran estar en contra de tal opción militar»<sup>2</sup>. El 27 Congreso rechaza este papel de acompañante del poderío militar de Estados Unidos, esta beligerancia de comparsa a favor de uno de los grandes bloques militares.

### *1980. Comienzo del debate internacional*

De 1977 a 1979 el tema internacional aparece difuminado en el conjunto de los

grandes debates políticos. Las prioridades del momento eran otras: salir de la crisis económica, elaborar una constitución democrática, articular el sistema de parti-

dos... Los partidos políticos parecían buscar fundamentalmente su homologación exterior; los socialistas, a través del apoyo de la Internacional al congreso de diciembre de 1976; los eurocomunistas, mediante la cumbre de marzo del 77 en Madrid y los democristianos, en las elecciones de 1977, con el apoyo de líderes europeos importantes.

Es a partir de 1980 cuando el tema internacional comienza a ser discutido. En el ámbito socialista, que es el que nos corresponde aquí analizar, la aportación más importante es el libro de Fernando Morán, *Una política exterior para España*<sup>3</sup>.

Morán comienza apuntando un dato importante: este es un país sin un conocimiento suficientemente claro de lo que puede y de lo que no puede hacer, desconocedor de las posibilidades limitadas pero reales de su acción exterior. Los objetivos básicos que Morán defiende son no romper los equilibrios globales e ir logrando un área de autonomía que evite la satelización de la política exterior española.

De 1974 a 1976 el posicionamiento socialista se realizaba sustentado casi exclusivamente en las posiciones de principio; Morán intenta, por el contrario, realizar un difícil equilibrio entre principios y realidades. Hay que evitar que los errores exteriores puedan motivar intentos de desestabilización; la desestabilización planificada ocurriría si la política española rompiese decisivamente los equilibrios en perjuicio de una de las superpotencias<sup>4</sup>.

Frente al anti-imperialismo de la izquierda antifranquista, Morán propone un objetivo menos ambicioso pero difícil también de alcanzar. Hay que lograr una vinculación mensurable con una superpo-



tencia. El tema decisivo de la política exterior española es evitar los riesgos de satelización sin caer en el vacío y sin romper equilibrios. Por satelización entiende Morán «quien, ante una situación concreta, responde automática e indefectiblemente conforme a los intereses del protector de hecho»<sup>5</sup>.

A lo largo de toda la obra el intento de Morán es precisar al máximo los conceptos. No es neutral quien simplemente lo desea, sino aquél a quien los demás se lo permiten. «En el caso de España, no parece que concurren datos suficientes que permitieran a las grandes potencias admitir nuestra neutralidad»<sup>6</sup>.

Afirma Morán, en este sentido: «Una definición española de no alineamiento partiendo de nuestra actual relación defensiva con los Estados Unidos significa un quebranto serio para el sistema occidental, rompiendo un equilibrio general: lo que no es positivo ni podemos permitirnos»<sup>7</sup>.

El 27 Congreso del 76 aparece, para Morán, como un congreso en el que la definición neutralista era un reflejo ideológico de la clandestinidad. La definición que se da sobre el tema de la OTAN y sobre las cuestiones de defensa es «elemental» por ideológica, concretándose en el repudio de la política de bloques. Conforme va avanzando lo que denomina el proceso de «maduración» los socialistas matizan su postura, haciéndose más receptivos a los temas de defensa y proponiendo renegociar los acuerdos con los Estados Unidos; oponiéndose, no obstante, a la integración en la OTAN. Las razones a esta oposición Morán las sintetiza de la siguiente manera:

1) La integración en la OTAN no disminuye, sino que completa, la dependencia derivada de una relación bilateral; 2) la solidaridad establecida en el Tratado excluye los escenarios de defensa preocu-

pantes para España (derivados de su problemática en el norte de África e inclusive en Canarias); 3) la democratización de las fuerzas armadas, como la del resto de la sociedad, está enmarcada en un proceso interior de convivencia libre y estable, nada tiene que ver con ello la OTAN; 4) la entrada en la OTAN implicará un aumento decisivo en nuestro gasto militar en una situación de crisis económica; 5) hay que diferenciar la conexión establecida por la derecha entre la entrada en la Comunidad Económica Europea y la integración en la OTAN. Son dos procesos distintos; 6) la entrada en la OTAN significa la potenciación política y psicológica de un bloque y, en este sentido, consagra la política de bloques, lo que es contrario a la política de distensión esencial para Europa; 7) una vez en la OTAN habría pocas posibilidades de que no se instalasen en nuestro territorio cohetes Pershing II. El riesgo de destrucción nuclear aumentaría; 8) con el atlantismo sin reservas España no contaría más internacionalmente, sino que su margen de maniobra se reduciría<sup>8</sup>.

---

**De 1977 a 1979  
la cuestión internacional  
aparece difuminada  
en el conjunto  
de los grandes debates políticos.**

---

Por todas estas razones que expone Morán, y que no he hecho sino resumir, la opción que el autor de la obra considera conveniente y viable para España debe responder tanto a los ideales de la izquierda como a la situación heredada. En síntesis, la opción es la que anteriormente enunciábamos: no romper equilibrios generales ni aumentar las tensiones. España debe intentar ganar áreas de autonomía evitando los riesgos de satelización y contribuyendo a la paz y la distensión. Para Morán está claro, y así lo expresa varias veces en el libro, que España no puede romper el actual equilibrio; de hacerlo lo pagaría muy caro: «Si subjetivamente una superpotencia puede abstenerse de toda acción con respecto a quien rompe equilibrios, la lógica del sistema le lleva a actuar para hacer retroceder la situación a su etapa anterior»<sup>9</sup>. España sólo puede permitirse, por tanto, una mínima auto-



nomía, que le autorice a perseguir algunos fines políticos propios, revalorizando su papel internacional, esperando del adversario algún tipo de matización. Todo ello, piensa Morán, siempre será preferible a la adscripción sin reservas al sistema de país hegemónico.

El planteamiento del libro de Morán de 1980 es el que preside los dos documentos más importantes de 1981. Nos referimos a la resolución de política exterior del 29 Congreso del PSOE y al folleto *50 preguntas sobre la OTAN*. En la resolución se afirma que la prioridad de las prioridades es la lucha por la paz y el apoyo a las iniciativas de distensión. España debe, sin romper equilibrios, mantener un considerable margen de autonomía que evite la creciente satelización. Al referirse a la OTAN, la resolución recoge las críticas de Morán a nuestra integración: la OTAN no garantiza nuestra integridad territorial, no cubre nuestras necesidades de seguridad y defensa, aumenta el riesgo de destrucción nuclear para España y, al fortalecer la política de bloques, hace que aumente el riesgo de destrucción y guerra para Europa. Es imprescindible, se afirma igualmente, que sea el pueblo español el que decida en referéndum su pertenencia o no a la OTAN <sup>10</sup>.

La resolución del congreso del 81 mantiene el objetivo de una total desaparición de las bases extranjeras de nuestro territorio nacional, pero matiza que, por el momento, es inevitable no romper equilibrios, contribuyendo a la defensa occidental.

En el folleto de *50 preguntas sobre la OTAN* también vuelven a aparecer los argumentos de Morán. En la pregunta 7, frente a los que sostenían que la OTAN era la garantía contra el golpismo, se afirma: «...en la OTAN se encuentra Turquía, que en la actualidad está regida por una dictadura militar. Ocurrió lo mismo con la Grecia de los coroneles. Ninguno de los dos países fue expulsado de la OTAN como consecuencia de sus regíme-

nes dictatoriales. Portugal, miembro fundador de la OTAN, se mantuvo durante veintiséis años con un régimen dictatorial y totalitario dentro de la Alianza Atlántica» <sup>11</sup>. La pregunta 8 es igualmente significativa: «la OTAN es una organización fundamentalmente militar. El Mercado Común es básicamente comercial y económico... El Gobierno español condicionó en su día la entrada de España en la OTAN al ingreso en el Mercado Común. Relacionar ambas cosas es ya un error de principio y utilizar públicamente el trueque y el cambio sobre decisiones tan fundamentales constituye un singular tropiezo político, diplomático y un engaño al pueblo» <sup>12</sup>.

En el punto 12 se afirma que la entrada en la OTAN incrementaría sustancialmente la partida presupuestaria defensiva y haría aumentar el esfuerzo de cada español en gastos militares. En el punto 16 se plantea el tema de si es necesaria una consulta al pueblo español sobre el tema: «El artículo 92 de la Constitución prevé, en su apartado 1, que “las decisiones políticas de especial trascendencia podrán ser sometidas a referéndum consultivo de todos los ciudadanos”. ¿Existe a la vista alguna decisión de mayor trascendencia política que el ingreso en la OTAN? ¿Tiene lógica que si asuntos de indiscutible importancia como la configuración de una autonomía por el artículo 151 reclama el referéndum, otro de incluso mayor entidad pueda adoptarse por una mayoría mecánica? Téngase en cuenta que ni en la elección de 1977 ni en la de 1979 el pueblo se definió respecto a la OTAN, puesto que la propuesta de entrada no se explicitó al electorado» <sup>13</sup>.

La pregunta 18 hace ver que nuestra integración en la OTAN se haría sin que ésta cubriera todo nuestro territorio: «El artículo 6.º del Tratado del Atlántico Norte excluye el norte de África, sus aguas adyacentes... Ceuta y Melilla no están cu-

**El planteamiento  
de Fernando Morán es el que  
preside los dos documentos  
más importantes  
de 1981.**



biertas ni por el Tratado ni por la Organización... Canarias podría ser incluida en el área de la OTAN, pero esto aumentaría el riesgo político de Canarias <sup>14</sup>.

---

**La resolución de 1981  
mantiene el objetivo  
de la total desaparición  
de las bases extranjeras  
de nuestro territorio.**

---

puesta socialista no encontró ni el interlocutor ni el contexto adecuado. Calvo-Sotelo se lanzó a una imparable carrera hacia Bruselas, y los argumentos por me-

En la pregunta 19 se trata el tema de la nuclearización: «...si entrásemos en la OTAN... quedaríamos sujetos a las decisiones de los órganos de la Organización, a las directrices de sus mandos. La OTAN, a diferencia de un tratado bilateral, crea sus propias normas y obligaciones. Es algo dinámico con vida propia. De manera que la posición de un Estado medio para negarse a una decisión de este tipo es, en realidad, muy débil. Por otra parte, si continúa —lo que es probable— la tendencia a la nuclearización de la OTAN, en Europa sería casi imposible que España, si entrase en ella, fuese, a medio plazo, una excepción» <sup>15</sup>.

El folleto insiste igualmente en los puntos expuestos anteriormente. La entrada en la OTAN es un paso de gigante en un camino hacia la dependencia automática de situaciones externas. La entrada en la OTAN refuerza a uno de los bloques militares, a la par que aumenta decisivamente el gasto de defensa.

Es muy interesante leer el folleto tres años después. Es muy posible que de todo el folleto los ciudadanos recibiesen tres ideas básicas: 1) el asunto era lo suficientemente serio como para no dejarlo en manos de los especialistas. Todo el pueblo debía tener derecho a opinar en un referéndum; 2) bastantes quebraderos nos estaba dando la crisis económica como para embarcarnos en una política de aumentos de los gastos de defensa, y 3) el riesgo para España aumentaba considerablemente.

Tanto la obra de Morán como los documentos mencionados implicaban una renuncia a las posiciones socialistas anteriores, sin llegar a caer en la entrega incondicional ucedista. El hecho es que la pro-

norizados de un libro denso y difícil tuvieron que traducirse a una terminología mucho más directa y combativa. Mientras Morán pretendía una autonomía que evitara la satelización, la derecha española no utilizaba sino el argumento de la congruencia: si España quiere integrarse en Europa, esta integración debe revestir el grado máximo en todos los campos (económico, político, militar). Frente a este argumento Morán contestaba: «Más que la pereza mental, motiva esta pretendida congruencia el deseo de anclar política y socialmente a España, firme e indisolublemente, en el complejo liberal-capitalista, haciendo más difícil el camino hacia el socialismo, y en todo caso encarrilando al Partido Socialista, como eventual alternativa de gobierno, en la posición atlántica» <sup>16</sup>.

Pocas palabras han resultado más proféticas que estas afirmaciones del libro de Morán. De febrero del 81 a junio del 82 el gobierno desfalleciente de Calvo-Sotelo, a pesar de las protestas populares, a pesar de la petición de un referéndum, no parecía tener otro objetivo que introducirnos en el pacto atlántico.

En este contexto, el intento de Morán de hacer asumible, por la gran mayoría, su proyecto no podía triunfar. Es curioso resaltar, sin embargo, el cambio de perspectiva en la opinión pública. Cuando Morán escribe su libro —1980— los temas de la política exterior española comienzan a salir del letargo. Cuando escribimos este artículo —1984— el triángulo política exterior-política de defensa-política económica es, probablemente, el más decisivo al juzgar la gestión del gobierno socialista.

Morán había descrito, acertadamente, la situación —en aquel entonces— de la



opinión pública: «Sobre la opinión pública española planea un sentimiento como de resignación general que cavila: está bien ese planteamiento sobre la necesidad de lograr una autonomía mínima que evite la satelización. De acuerdo en que, para poder llevar a cabo un modelo socialista por vía exclusivamente parlamentaria, es indispensable un mínimo de independencia; pero, ¿los vínculos, las situaciones de dependencia respecto a las potencias occidentales, en especial los Estados Unidos, no hacen imposible o aventurado todo intento de matización? ¿Las conexiones de las multinacionales con los sectores punta de nuestra economía no van a la postre a determinar nuestro futuro al cien por cien? ¿Qué sentido tiene reactualizar la batalla de David contra Goliat?»<sup>17</sup>.

### *La llegada al Gobierno del PSOE*

Hoy podemos contestar a esa pregunta. El informe-ficción publicado por Angel Viñas en el diario *El País*<sup>18</sup> permite situar con claridad el tema. En pocos artículos se logra sintetizar los hechos de una manera tan precisa. La historia es como sigue. La decisión de UCD de introducir a España en la OTAN crea una fisura entre las fuerzas políticas. El tema OTAN adquiere un valor simbólico de diferenciación entre UCD y el PSOE, que a la sazón mantenían un consenso fáctico en los temas autonómico y económico.

De febrero de 1981 a octubre de 1982 se produce la adhesión de España al Tratado del Atlántico Norte. En la decisión del gobierno Calvo-Sotelo no sólo pesan motivaciones ideológicas sino la intención de neutralizar políticamente a las fuerzas armadas con la adhesión a la Alianza. La entrada se realiza renunciando a jugar la única gran baza estratégica de que disponía España para apoyar otros intereses nacionales.

Según el análisis de Viñas, el PSOE cons-

tató que sus argumentos en contra de la adhesión penetraban en la opinión pública, contribuyendo a reforzar sus posibilidades electorales. Sus argumentos en contra penetraron en la opinión pública, pero los dirigentes del PSOE se *abstuvieron* de poner en juego su influencia para que otros partidos socialistas europeos se manifestaran, en sus respectivos parlamentos, en contra de la ratificación parlamentaria de la incorporación española<sup>19</sup>.

Por eso decía más arriba que hoy ya podemos contestar a la pregunta y afirmar que, efectivamente, David no quiso dar la batalla contra Goliat. El informe-ficción de Viñas nos sitúa ante nuestro propio espejo: ni antes de la adhesión se luchó por el veto de otros partidos socialistas a nuestro ingreso, ni, lo que es más importante, una vez en el gobierno se consideró que el objetivo prioritario era convocar el referéndum y salir de la OTAN.

Viñas resume admirablemente las tres estrategias posibles en política exterior: a) lograr una integración en Europa, simultánea y coordinada; b) lograr la integración en Europa sin insertarnos en la OTAN; c) plantear que la cuestión de la OTAN es la prioritaria en nuestra política exterior. Calvo-Sotelo optó claramente por la tercera estrategia (OTAN sin contrapartidas), mientras que el gobierno socialista ha centrado sus objetivos en lograr una integración en Europa simultánea y coordinada. La estrategia elegida es la que permite, según Viñas, maximizar las ventajas de la permanencia en la OTAN y minimizar los costes, o dicho de otra manera, conseguir ciertos objetivos prioritarios para España, como es su adhesión a la Comunidad Económica Europea, sin aumentar nuestros niveles de riesgo. Se renunció a convocar inmediata-

---

**La entrada en la OTAN  
es un paso de gigante  
hacia la dependencia automática  
de situaciones  
externas.**

---

mente el referéndum, denunciar el Tratado y propiciar la salida de la OTAN. Esta denuncia no era deseada por todos aquellos miembros de la Alianza que tenían y tie-



nen un interés eminente en que España no denuncie el Tratado del Atlántico Norte. Las relaciones Este/Oeste pasan por un fase crítica, la contestación es más fuerte que nunca al despliegue de los sistemas nucleares y, por tanto, el coste político, para los países miembros, si se hubiese producido una denuncia del Tratado, hubiese sido grande.

El gobierno socialista opta, entonces (al comienzo de la legislatura), por la estrategia cautelosa de imbricar el tema OTAN con otros objetivos de nuestra política exterior. Gracias al informe de Viñas la estrategia aparece transparente: si los países miembros no desean sufrir el coste político que supondría la denuncia del Tratado por España, que recompensen a España por el coste evitado: «Un desaire a la aspiración española de ingreso en la CEE tendría consecuencias devastadoras sobre las actitudes, ya de por sí negativas, con res-

pecto a la Alianza Atlántica<sup>20</sup>. En el juego internacional de los costes y los beneficios, de las renunciaciones y las compensaciones, España renuncia a cualquier volun-

tad «pacifista» y recibe como contrapartida la inserción en el mundo económico occidental. Europa y los Estados Unidos se evitan la denuncia del Tratado, pero deben aflojar sus caudales y no mercadear en lo pequeño cuando está en juego lo grande (la «seguridad internacional del bloque occidental»).

El informe-ficción de Viñas se convierte en realidad el día en que el Presidente del Gobierno, asegurada la adhesión a la Comunidad Económica Europea, propone en el Parlamento un consenso a las fuerzas políticas, en el cual el punto primero e inexcusable es la permanencia de España en la OTAN.

### *Función histórica del PSOE*

En el planteamiento de Viñas, y en la propia estrategia seguida por el gobierno, aparecen sobredimensionados los aciertos

y minusvalorados peligrosamente los costes de esta política. Quizá convenga, por ello, iniciar estas reflexiones finales con unas palabras del profesor Víctor Pérez Díaz: «...el PSOE puede estar cumpliendo hoy la función histórica de asegurar el apoyo de la clase trabajadora a una política de consolidación de lo esencial de la economía de mercado, en medio de una crisis económica muy grave, y de asegurar el apoyo de una opinión de izquierda, tentada por el pacifismo y el neutralismo, a una política de integración en la Alianza Atlántica. Estas dos operaciones históricas, a muy largo plazo, deben ser objeto de reconocimiento en la medida en que se cumplan. Quienes piensan que el sitio de España está en la OTAN, porque no hay libertad si no hay disposición a asumir el riesgo de defenderla, pueden alegrarse de que el PSOE haya aclarado así su posición...»<sup>21</sup>.

**España renuncia  
a cualquier voluntad «pacifista»  
y recibe como contrapartida  
la inserción en el mundo  
económico occidental.**

Para cumplir la función histórica que describe Pérez Díaz, para asegurar el apoyo de los colectivos sociales a esta política de permanencia en la Alianza Atlántica,

hay que desechar los argumentos de antaño y asumir las posiciones de la derecha en este tema. Así hemos podido escuchar, de labios socialistas, que ser neutralista es estar sencillamente del otro lado o haberse educado en el franquismo<sup>22</sup>. Luis Solana lo ha dicho con meridiana claridad: «...¿está usted dispuesto a defender con las armas el mundo por el que usted ha optado? ¿Quiere usted defender a tiros la libertad?»<sup>23</sup>.

El giro no puede ser más espectacular: Pasamos de afirmar que la neutralidad activa es un apoyo esencial a la causa de la paz y al avance del socialismo, en el año 1976, a optar por uno de los bloques y descubrir que la OTAN es la garantía de la paz y de la libertad en el mundo, hasta el punto que merece la pena dejarse el pellejo por ella, en 1984.

En este momento, apoyar a la OTAN no es ya consagrar la política de bloques



sino consolidar y reforzar el mundo occidental. Permanecer en la OTAN es la condición *sine qua non* para poder ingresar en el Mercado Común, luego no cabe separar en Europa lo político, lo económico y lo militar. Hay que estar a las duras y a las maduras. Hay que ser congruentes y no pretender esquivar los riesgos y recibir únicamente los beneficios.

¿Estar en la OTAN es tan grave? Gracias a la transformación ideológica producida, parece que no. Si antes decíamos que dentro de la OTAN se reduciría enormemente nuestro margen de maniobra, hoy hemos podido escuchar, de labios socialistas, que dentro de la OTAN podremos seguir luchando por la neutralidad (¿?). Igualmente, antes pensábamos que era preferible el acuerdo bilateral (para no romper equilibrios) que la adscripción sin reservas al sistema del país hegemónico; hoy se afirma que en el fondo es igual tener bases que ingresar en la OTAN, y que puestos a elegir quizá es preferible la alianza multilateral a un acuerdo bilateral.

Es tal el grado de transformación ideológica que, si no se tiene una mínima perspectiva temporal, es fácil perderse. Por ello me parece imprescindible volver al inicio de nuestra historia y recordar los principios de 1976. La neutralidad activa no es sinónimo del franquismo, sino que es imprescindible recordar que la peor herencia del franquismo la constituye la presencia de bases norteamericanas en nuestro territorio. El franquismo logró su referendo internacional con el apoyo del Vaticano y con la firma de los acuerdos hispano-americanos, por los cuales, con graves cesiones de nuestra soberanía, Franco pasaba a convertirse en «centinela de Occidente».

En segundo lugar, hay que volver a insistir en que se apoye más la causa de la libertad y de la democracia siendo neutrales que contribuyendo a la política de blo-

**Los dos momentos en que se podían haber dado pasos hacia la neutralidad se han desaprovechado.**

ques. El peligro mayor hoy para las democracias se cifra en la dinámica suicidaria provocada por la carrera de armamentos, por la tensión entre los bloques y por la militarización del pensamiento y de la práctica política. Contribuir a lograr una España neutral es la mejor manera de apoyar una Europa desnuclearizada que no sea un rehén de las superpotencias.

Esta vuelta a los principios ideológicos socialistas es imprescindible en estos momentos por el grado de deformación y obnubilación al que hemos llegado. Pueden existir, no obstante, lectores que piensen que esos principios son deseables pero imposibles de realizar. A esos lectores quisiera contestarles que nunca lo sabremos. Los dos momentos en que se podían haber dado pasos hacia la neutralidad se han desaprovechado: ni se luchó por el veto de otros partidos socialistas, ni se convocó el referéndum para salir de la OTAN al comienzo de la legislatura. ¿Qué hubiera ocurrido tras la denuncia del Tratado? Es posible que esa decisión no se hubiera podido tomar sin tener asegurada la subordinación del poder militar al poder civil, sin haber iniciado una solución al problema de Ceuta y Melilla que llevase algún día a su descolonización, y, renunciando, por el momento, a nuestro ingreso en el Mercado Común, producido a cambio de nuestra permanencia en la OTAN. Todo ello hubiera habido que realizarlo en un clima de fuerte polarización ideológica, con unos medios de comunicación social básicamente atlantistas.

El proceso era difícil, pero merecía la pena luchar por él si se hubiese creído que la lucha por la paz era, como decía la resolución del 29 Congreso del PSOE, la prioridad de las prioridades (y si se hubiese pensado que se contribuye más a la

causa de la paz debilitando y no reforzando los bloques militares). El hecho es que David primero aceptó las bases norteamericanas para no romper los equilibrios



globales, y hoy resignadamente asume, como dato inexcusable, nuestra permanencia en la OTAN. ¿A dónde nos conduce este proceso?

---

**Puesto que nos tenemos que quedar en la OTAN, ahora «descubrimos» que es un instrumento para la paz.**

---

En primer lugar, a ver como deseable lo que se ha definido anteriormente como el único camino posible. Puesto que nos tenemos que quedar en la OTAN, ahora «descubrimos» que es un instrumento para la paz, que no podemos perder otras bazas de nuestra política exterior por un utópico e inviable «pacifismo», que dentro seguiremos luchando por el desarme y la distensión.

En segundo lugar, este proceso nos conduce, desgraciadamente, a la satelización. La posibilidad de permanecer en la OTAN sin integrarnos en su aparato militar es enormemente frágil por las siguientes razones: en el supuesto en que se produjera una victoria de la derecha o un gobierno de coalición tras las próximas elecciones, las fuerzas conservadoras apostarían por una integración plena en la OTAN<sup>24</sup>. En segundo lugar, porque de la misma manera que es hoy un acto de gran trascendencia política denunciar el Tratado, mañana lo será el permanecer eternamente (¿?) en la Alianza recibiendo información sobre planes estratégicos, nucleares y militares, sin asumir ninguna responsabilidad.

Todos sabemos que existen países europeos, miembros de la Alianza, que sufren

un enorme rechazo y hostilidad en sectores de su opinión pública por asumir determinados compromisos nucleares. ¿Es previsible que sigan asumiendo en común

ese descrédito popular mientras nos permiten a nosotros permanecer en solitario limpios de polvo y paja?

Quisiera terminar anotando una última razón para percibir la fragilidad de la propuesta de permanecer en la OTAN sin integrarnos militarmente. Para realizar esa política se requiere una gran voluntad y una considerable capacidad de resistencia; esa voluntad es una condición necesaria, aunque no suficiente. Un gesto que permitiría vislumbrar esa voluntad sería, sin duda alguna, el abandono del comité militar de la OTAN. Cuando esta medida ha sido propuesta por quien sabe lo que dice sobre el tema, su propuesta ha sido tildada de «ridícula» ya que, según los «expertos atlantistas», la distinción entre el aparato civil y el militar de la OTAN es simplemente bizantina. El acoso de los medios de comunicación social a Fernando Morán ni siquiera ha encontrado una respuesta en los órganos ejecutivos del PSOE, que hemos descubierto, no sin sorpresa, que están poblados de atlantistas de toda la vida.

En esta situación, no pudiendo constatar siquiera esa voluntad política, hay que decir que el futuro que nos espera no puede ser más negro.

<sup>1</sup> *XXVII Congreso del PSOE*. Editorial Avance. Barcelona, 1977. Pág. 320.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, pág. 293.

<sup>3</sup> Fernando Morán, *Una política exterior para España*, Editorial Planeta, Barcelona, 1980.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, pág. 23.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pág. 25.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, pág. 80.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, pág. 83.

<sup>8</sup> El resumen lo efectúo a partir de los argumentos expuestos en págs. 95 a 110 de: Fernando Morán, *op. cit.*

<sup>9</sup> *Op. cit.*, pág. 120.

<sup>10</sup> *Resoluciones del 29 Congreso*, pág. 34.

<sup>11</sup> *50 preguntas sobre la OTAN*, págs. 5 y 6.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, pág. 6.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, pág. 14.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, pág. 15.



15 *Op. cit.*, pág. 16.

16 Fernando Morán, *op. cit.*, pág. 76.

17 *Op. cit.*, pág. 17.

18 Angel Viñas: «España-OTAN: un informe ficción». *El País*, 21, 22 y 24 de septiembre de 1984.

19 Viñas afirma: «...los dirigentes del PSOE se abstuvieron de poner en juego su influencia para que otros partidos socialistas europeos se manifestaran, en sus respectivos países, en contra de la ratificación parlamentaria de la incorporación española que, como es sabido, debería aceptarse por unanimidad de

los 15 miembros de la Alianza». *El País*. 21 de septiembre de 1984.

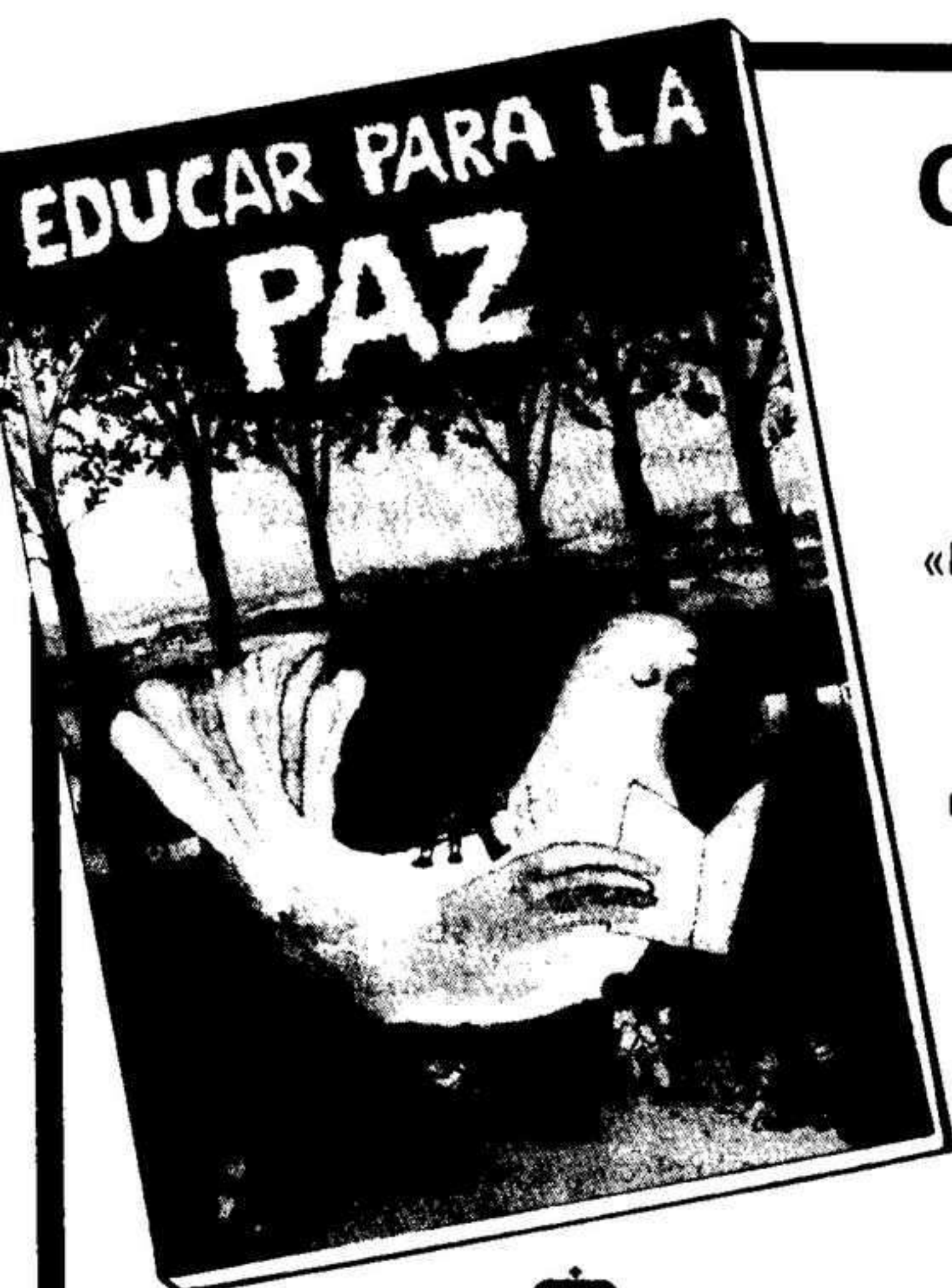
20 Angel Viñas. *El País*, 22 de septiembre de 1984.

21 Víctor Pérez Díaz. «Dos años después». *Diario 16*, 28 octubre de 1984.

22 Luis Solana. «Neutralidad sí, ¿no será usted franquista». *Cambio 16*, 8 de octubre de 1984.

23 Luis Solana. *Op. cit.*

24 Ver debate sobre la OTAN en *Tiempo de paz*, n.º 3, y la posición del representante de Alianza Popular.



## Cuentos colectivos para la Paz

El mundo de la palabra infantil ha creado estos cuentos colectivos respondiendo al certamen «Educar para la Paz», convocado por la Dirección General de Educación de la Comunidad de Madrid.

Miles de niños de todas las edades han reflexionado sobre la Paz, han dado alternativas, han trabajado en equipo, han jugado a crear sus cuentos y a inventar sus personajes, han ido línea tras línea, letra tras letra, construyendo un mundo, partiendo de la imaginación y de la realidad.

P.V.P.: 400 ptas.

VENTA: Zurbano, 56, 1.º A y B.

Tel.: 419 30 35 - 28010-MADRID.



COMUNIDAD DE MADRID  
CONSEJERIA DE EDUCACION Y JUVENTUD  
DIRECCION GENERAL DE EDUCACION



---

# ESPAÑA ENTRE DOS TRATADOS

Carlos Bru

---



5

---

**La decisión española de permanencia, o no, en la Organización del Atlántico Norte, y consiguiente mantenimiento, o denuncia en su caso, del Tratado a que nos adherimos hace más de dos años, cobra un sentido multidireccional.**

Apuntan tales direcciones: 1) al ámbito doméstico de nuestras necesidades defensivas y posibles escenarios de conflicto; 2) al cesto plural de nuestras relaciones con Europa; 3) a un ámbito estratégico europeo, y 4) a la imbricación en ese ámbito de nuestros *dos compromisos*, el que nos liga a la OTAN y el que nos liga a Estados Unidos por el Tratado de Madrid de 1976, heredero de los acuerdos franquistas. Dis-

cutidos frecuentemente los dos primeros puntos, quisiera yo en estas líneas referirme a los dos siguientes, porque: a) parece ser que la incorporación de España, país europeo, a la OTAN debe partir de una cierta disposición de ánimo respecto a esa política en conjunto que, desde hace 40 años, es la estrategia europeo-occidental; b) a partir de ahí, y a partir de que hay *dos Tratados*, tampoco parece inoportu-



no examinarlos en su mutua relación y, ¿por qué no?, deducir un pequeño balance al respecto.

La estrategia, por parte occidental, es de *disuasión*: es el caso que en Europa —no hablo de otras regiones— ninguno de los Estados integrantes de la Alianza Atlántica puede ser acusado de acto alguno de agresión directa o indirecta.

Sobre esa *disuasión* me atrevería yo —aún a costa de que los mandarines de la euroestrategia traten a uno de intruso y simplificador— a echar por delante unas leves consideraciones, cuyo grado de relativa convicción por mi parte se alimenta aún más de la —a mi ver— radical inexactitud de sus contrarios.

**A.** *Crée uno que, mal que bien, la disuasión nuclear ha preservado la paz en Europa desde la caída del III Reich a nuestros días, o sea, durante treinta y nueve años. Si por paz se entiende, como mínimo, la inexistencia de conflictos armados generalizados o bilaterales (otra cosa son las «normalizaciones» dentro y entre países del Pacto de Varsovia, tenidas por meras operaciones de policía), no ha habido período más largo de paz en nuestro continente.*

Negar la incidencia del «equilibrio del terror» en tal situación debería comportar la recíproca constatación —que yo no he visto alguno haga— de que una Europa —o, si se quiere, unos bloques en su expresión europea— desprovista del factor disuasorio nuclear, en ningún momento de ese largo período habría convertido en caliente la llamada guerra fría.

Claro que a esto puede tachársele de futurible, de pasado, o de imposible prueba negativa, pero me gustaría que alguno de tantos profetas de la Destrucción Mutua Asegurada (M.A.D.), o de los arbitristas del Desarme Nuclear Unilateral como medio de paz (no discuto otros fines, muy

---

**La disuasión nuclear  
ha preservado  
la paz en Europa  
desde la caída del III Reich  
a nuestros días.**

---

respetables), me llegase a explicar en virtud de qué misterio la mayor tensión ideológica, de intereses y fuerza que ha conocido la Historia, entre dos bloques cons-

cientes y volentes de su antagonismo, no ha desembocado hasta la fecha en una guerra abierta, antes bien se ha producido un súbito repliegue de una u otra parte en cuanto se aproximaban al punto de no retorno.

(Ello sin perjuicio de contiendas periféricas o subalternas, de «permisión» —zonas de influencia reconocidas mutuamente—, de desgaste o experimentales, y de origen o significado no bipolar, en las que este reduccionista esquema, «Este-Oeste», sirviéndolas, se sirve de ellas).

Pero allá donde los bloques han estado frente a frente y en su descarnada confrontación nuclear —y la larga y longeva frontera que separa Europa es un buen (mal) ejemplo de ello— la chispa viene siendo cuidadosamente evitada.

Que ello no se deba al temor de exterminio sería cosa digna de ser explicada. El armamento nuclear está dotado de capacidad potencial de exterminio —no vamos a computar el grado de «overkill» del arsenal existente, parece que salimos a tres T.N.T., o sea 40 óbitos posibles «per cápita»<sup>1</sup> —y ahí radica su cualidad —que se reconoce— de *disuasoria*. Pero también —lo que no se dice tanto— de *autodisuasoria*, respecto de sí y respecto de las armas inferiores.

Por eso no me convencen los neocríticos del arma nuclear, basados en la presunta inutilidad de un arma que no se puede usar.

(Por todos, McNamara: «Arrojar bombas nucleares sería una acción suicida... No se puede edificar una disuasión creíble sobre la base de una acción increíble... las armas nucleares son totalmente inútiles,



excepto para disuadir a nuestro opositor a que las utilice únicamente (subrayado mío) <sup>2</sup>. También N. Bobbio <sup>3</sup>, para quien es paradójico e incomprensible que la cesación de la guerra pueda descansar, más que en su «no necesidad», en «su posibilidad exterminante». Y recoge de Raymond Aron la paradoja de la «guerra imposible» por la «destrucción posible».)

Creo, con todas las relativizaciones pertinentes, que agrade o no, tal paradoja funciona: que su función radica en una presencia nuclear amenazadora, en la «verosimilitud de respuesta» nuclear de que habla Angel Viñas <sup>4</sup>, capaz de amenazar no sólo por sí misma —eso está por descontado— sino de amenazar también a quien ose usar de la panoplia armamentística en sus grados inferiores o no nucleares, pero a ella inevitablemente conducentes. ¿Qué otra cosa es la estrategia otanista de la «respuesta flexible» en Europa?

En la verosimilitud del uso nuclear, en el margen de duda del abismo entrevisto a partir del uso de las armas convencionales, radica el poder disuasorio del arma total.

Pero entonces resulta que, contra la opinión de McNamara, Kennan, etc., la capacidad exterminadora del arsenal nuclear evidencia, sí, su propia inutilidad, pero evidencia asimismo la inutilidad de las armas todas, en cuanto escalonadas al arma total y a ella inordinadas.

Evidencia la más que probable interdicción de la guerra entre las superpotencias.

Ocurre, sin embargo, que a la Humanidad se le hace pesaroso, si no insoportable, asumir el hecho de haber alcanzado su capacidad de autoexterminio, hecho inédito en su historia y, además, irreversible: no se des-inventa lo inventado.

Ante tamaña realidad, cabe querer ignorarla (mal camino) o cabe, al menos, mirarla de frente y estudiar su incidencia sobre el comportamiento social.

(Por ejemplo, preguntarse si ese hecho no se une al de tantas innovaciones técnicas que, al hacer saltar determinadas convicciones o relaciones humanas, son capaces de conformar un nuevo «ethos»: la generalización de técnicas contraceptivas, como devaluante de la virginidad femenina y de la supremacía masculina; la telemática, nuevo soporte de la comunicación humana; la informática, revolución en la formación y transmisión de valores; la robótica, revulsivo frente a la «moral» del trabajo; o más recientemente, el trasiego embrionario y quién sabe si preocupante hipótesis de clonaciones genéticas, como desafíos a viejas ideas de paternidad o hasta de identidades nominalistas...)

Habría que preguntarse si la, en ese punto, deleznable y vieja condición de una especie zoológica que a través de los tiempos ha autorregulado su demografía mediante la agresión sistematizada, por otros llamada «guerra justa», no había de

encontrar su lógico contrapunto, su máxima acusación, quien sabe si su correctivo, en ese su novedoso logro, el de la guerra como absurdo, es decir, como iniquidad

total, porque acaba con su materia prima, el hombre.

Realidad nueva, insisto, de la que no cabe volver, por lo que, por encima de protestas pudendas, habrá que encararla.

Comprendo que tal cosa cuesta trabajo, y no falta quien, como Francesco Calogero <sup>5</sup>, atribuya a curiosas consecuencias a esa impresión generalizada del abismo ante sí, tales como la adicción a drogas y alcohol, o el terrorismo. Más atendiblemente, Rafael Sánchez Ferlosio <sup>6</sup> ha visto, en lo que él llama el «militarismo zoológico», una situación de provisionalidad o aplazamiento vitales.

Efectivamente, si vivimos porque no nos matamos, vivimos para no matarnos: sobrevivir, más que vivir, pasa a ser el ob-

**El aviso que es la disuasión  
está reñido con la carrera  
hacia la paridad  
armamentística, y más  
si es nuclear.**



jetivo. Esto sería una inversión de términos, una fuente de *inautenticidad*. ¿Será soportable?

Yo creo que sí. En último término, sería extrapolar a una situación colectiva algo que se da en la existencia individual: no olvidemos a Sartre cuando hace partir de la capacidad de *suicidio* en el hombre su realidad radical, la de elegir o comprometerse. La elección de una Humanidad capaz de suicidio colectivo, versaría entre ello, o bien la construcción de la paz.

En otro orden de cosas, el *aviso* que es la disuasión está reñido con la carrera hacia la paridad armamentística, y más si es nuclear.

Esa carrera sí que es inútil. Como dice el mismo Calogero <sup>7</sup>, «el corolario lógico de la teoría de la disuasión es la suficiencia: no hacen falta más armas nucleares que las que sean suficientes para garantizar de manera inequívoca la capacidad de causar un daño inaceptable mediante un segundo golpe de represalia...».

La paridad es indiferente, la carrera hacia ella criminal y autoalimentada, el fatigoso recuento de cabezas, u ojivas, estúpido. El poder disuasor-autodisuasor del arma nuclear está en su cualidad de techo —a que se ha llegado con creces—, y derivado no ya de su poder destructor inmediato del *otro*, sino de la radiación mediata, incontrolable y *retráctil*, es decir, punitiva de *uno mismo*.

La referencia de este autor al segundo golpe es importante porque, en efecto, y en otro ulterior orden de cosas, la disuasión nuclear es perfectamente compatible con la «renuncia al primer uso», tal como ha ofrecido el Pacto de Varsovia, recomienda el Informe Palme y debería hacer la OTAN a su vez. La no redundancia en el arsenal y el «no first use» del mismo dejan las espadas en alto de la disuasión, pero abren vías a la distensión.

**B.** *La vía de la distensión no discurre por el desarme en el techo, sino en sus aldaños* (armas convencionales y nuevas armas).

Albert Calsamiglia <sup>8</sup>, con referencia a S. Cotta, opina que «si de desarme se trata, se debe tratar de desarme total y no de desarme nuclear. Y ahí me parece que la crítica armamentística se ha basado en el terror que produce el armamento nuclear y no ha tenido en cuenta que el armamento convencional también produce su terror». Análogamente, Alva Myrdal <sup>8 bis</sup> advierte que las nucleares, por ser más aterradoras, están más controladas y almacenadas, mientras que las convencionales están en plena difusión y «uso cruelmente creciente»; son mayor negocio (dos veces más) para el famoso complejo industrial-militar, alimentan en su totalidad el comercio internacional y, sin embargo, su fabricación sería la más fácilmente convertible a usos pacíficos.

Pues bien, yo opino más aún, que de momento el único desarme factible y creíble es el de las armas convencionales.

Por ahí es por donde habría, pues, que empezar: justo a la inversa de lo que se dice pero que, por supuesto, tampoco se hace.

Me explico: cabe y debe pactarse, por lo pronto, la inmediata congelación en la producción de ingenios nucleares y sus pruebas. Cesar en la carrera.

Cabe y debe pactarse una inmediata cesación en la preparación de la guerra «galáctica» prevista mediante técnicas de miniaturización antisatélite o de altas energías direccionales (lasser).

Hay que proscribir, y cabe hacerlo, las reservas (supongo que no sólo mentales) en armas químicas, bacteriológicas, de orden binario, FAE (Fuel-Air-Explosive), de radiación intensificada (neutrones), y no digamos nada de las psicotrópicas (por infrasonido o radiofrecuencia), etc. <sup>9</sup>.

**De momento  
el único desarme factible  
y creíble  
es el de las armas  
convencionales.**



Pero pretender hoy el desmantelamiento o la reducción, por debajo del «margen mínimo de redundancia en la seguridad» del arsenal nuclear, es pretender lo imposible.

Peor: es engañarse o engañar. Ninguno de los detentadores de ingenios nucleares, en sus dos versiones «clásica», o de radiación intensiva (neutrones), va a prescindir de lo que considera su resorte disuasorio mínimo<sup>10</sup>. Caso de una destrucción, o reducción por debajo del techo de represalia, del arsenal propio, el resultado sería el mismo porque, como dice N. Bobbio, «lo que no se puede destruir en el hombre es el conocimiento en las técnicas que permiten construir las».

Un desarme nuclear que no descansare en unos sistemas jurídicos de prevención de la guerra (autoridad mundial atendible, etc.) sería —de producirse— una galante aunque, eso sí, costosa incitación a otro rearme más. Que se diese una amenaza mínima, mediante uso de armas convencionales, para cualquiera de los detentadores del —proscrito— poder nuclear y veríamos, si es que no se lo habían guardado en la bocamanga, lo que iban a tardar en resucitar el hongo.

Hablar —por hablar— de desarme nuclear por las superpotencias es una buena coartada, mutuamente concedida y consentida, para no hacer nada respecto de esa inmensa, y ya inútil, panoplia de armas y efectivos convencionales. Su eliminación o drástica reducción es plenamente factible, no atentatoria para la seguridad mutua. La puesta en práctica de esa tarea iniciaría la transformación de una ingente industria bélica en industrias para el desarrollo, es decir, para la construcción de la paz. Existen numerosos estudios demostrativos de la no excesiva dificultad de esa conversión<sup>11</sup>.

Es así como —por no seguir este más fácil camino— el esfuerzo mayor de limitación de armas llamadas estratégicas

**Hablar de desarme nuclear por las superpotencias es una buena coartada para no hacer nada respecto de esa inmensa panoplia de armas convencionales.**

—los SALT I y SALT II— no significaron más —en palabras de Alva Myrdal<sup>12</sup>— que «LA CONTINUACION, por mutuo acuerdo, de la carrera armamentística, regulada e institucionalizada». Se computaron las cabezas nucleares pero no su vehiculización ni su progresiva sofisticación. Y aún así, los acuerdos SALT II no los ratificó EE.UU.

Hay que advertir que hay un confusio-nismo, a su vez, entre nucleares y convencionales; ha habido clasificaciones como si pertenecieran a estas últimas los misiles tácticos de corto alcance, de «punición nuclear limitada». Lo cual es, por supuesto, una gran falacia: el proceso subsiguiente de radiación basta para marcar la diferencia.

*C. El peligro proveniente de la URSS.*—Servidor dificulta que la Unión Soviética, menos aún los restantes Estados del Pacto de Varsovia, alberguen tentación alguna actual de agredir Europa Occidental. Servidor sospecha que, en la improbable hipótesis de una invasión, el bocado occidental europeo iba a ser tan indigerible —arraigo y hábito de libertades, participación, pluralismo, complejidad técnica y organizativa, explosión cultural... post-modernismo— que acabaría arramblando con el voraz ocupante, o al menos con su sistema: he ahí realizados por vía de retorsión viejos sueños de cruzada anticomunista propios de un Carretero o de un Weinberger...

Pero es retenible el dato de que la URSS consumió —ciertamente por dejación ajena, pero no hasta tal grado— la mayor fractura de la historia europea con el súbito aherrojamiento de siete países; que aún en 1947 sometió conspirativamente Checoslovaquia e hizo un intento descarado con Grecia; cercó Berlín y tendió el famoso telón. Para qué hablar de las normalizaciones de Hungría 56, Checoslovaquia 68, Polonia 53 y 82... ya ni tan siquiera internas, porque la acusación



y la amenaza a los occidentales, en cuanto «injerentes», «corruptores» o «revanchistas», forma parte del contexto represivo. Es así como la URSS ha impuesto en la Europa del Este un implacable sistema de *soberanía limitada* —esto es, de soberanía soviética— que, paradójicamente, crea «casus belli» hacia el Oeste cada vez que se ve alterado. De dónde —frente a edificantes, pero inciertas, versiones— la verdadera actitud de las democracias europeas, temerosas de salpicaduras o de repercusiones bélicas, es que nada se solivianta a su Este...

Porque eso es lo temible: la escapada hacia adelante. Proveniente no sólo de la rebelión de los satélites, sino de la propia Unión Soviética, «*sociedad inercial militarizada*»<sup>13</sup>.

Sin entrar en cansinas kremlinologías, baste aludir al dato —no juicio— del *arcaísmo* de un sistema —30 años de aguante hasta el exutorio del XX Congreso, que poco corrigió; primeros ministros huidos, después ejecutados (Beria), desaparecidos (Malenkov), removidos sin explicación (Krushev); gerontocracia, no como vocación (China), o por elección (EE.UU.), sino como único remedio a la lucha interna del poder, etc.— que puede dar aún muchas sorpresas.

Hay un vacío de entramado, no ya democrático, meramente civil, que sea al menos capaz de comunicarse con un pueblo ignoto, y, al parecer, poco digno de confianza; hay enfeudación y robotismo de una burocracia y hasta de un Partido respecto de la verdadera fuente de poder: Fuerzas Armadas y Servicios de Seguridad. Hay inercia y autoalimentación industrial-militar<sup>14</sup>.

Y hubo indicios vehementes del uso de técnicas militares, provocadoras del «fait-accompli», en la invasión de Afganistán y el incidente del Boeing.

Los hay, salvo otra explicación más racional que desconozco, en el tema que aquí más nos interesa: la instalación súbita e injustificada en las fronteras con Europa Occidental de 315 SS-20 de 5.000 kilómetros de alcance y dotados de 569 cabezas, y eso a partir de una malla ya antigua de aproximadamente otros 700 de alcance corto.

Lo importante es el salto cualitativo: el temor a la famosa triada portadora yanquibombarderos, plataformas móviles desde submarinos, intercontinentales desde silos —debiera haber tenido una respuesta congruente soviética, no esa *concentración* termonuclear sobre Europa, conducente a unas reacciones muy calculadas, bien de sometimiento (neutralización forzosa), bien de provocación a la escalada. Ambas muy útiles para la cúpula militar.

De aquí que,

**Europa dejará de ser rehén en cuanto obtenga aquello que debe y puede reclamar: la segunda llave de la disuasión nuclear.**

**D. Uno comprende a quien se ha mostrado comprensivo con la doble decisión.**

El rechazo de la «discrepancia» de Izquierda Socialista<sup>15</sup> a «toda postura de comprensión o apoyo, sea implícito o explícito, a la conveniencia de instalar misiles en suelo europeo», apunta indudablemente a las declaraciones de Felipe González, el 3 de mayo de 1983 en Bonn.

Para comprender un poco esa comprensión puede ser útil la lectura de dos documentos: el discurso-despedida de Helmut Schmidt como Canciller, y «Puntos de discusión: Grupo Parlamentario SPD sobre OTAN» (1983).

Muy brevemente, de ellos resumo: Schmidt propuso en Londres en 1977 la instalación de los misiles intermedios. Hasta entonces existía un cierto —precario, si se quiere— equilibrio. Europa estaba bajo el paraguas USA. La súbita instalación de 315 cohetes SS-20, con tres cabezas cada



uno, a lo largo del telón, cambia radicalmente el panorama.

Aún así, la petición RFA y europea no fue el «despliegue automático», sino de equilibrada presión gradual EE.UU. sobre URSS en Ginebra, para una vuelta a la situación inicial.

El grueso de los países europeos no descartaba la inclusión en el cómputo de los arsenales franceses y británicos. Ni la necesidad o conveniencia de que USA ratificase el SALT II.

Pero por la URSS —ciertamente el armamentismo Reagan tampoco lo facilitó— no hubo la menor voluntad de reducir su arsenal cara a Europa. El despliegue comenzó y la URSS se retiró de Ginebra. La RFA, Italia, Bélgica, etc., admiten los Pershing y los misiles de crucero en su territorio, a expensas de la reanudación de las negociaciones de Ginebra, en las que debían tener voz los europeos.

Ciertamente, comprendo a quien comprende a éstos, como no comprendo a quienes, antes quejosos del riesgo de ser rehén nuclear (guerra limitada), protesten ahora de que, *por ser plataforma, se hayan convertido en diana*.

Esa queja no es realista <sup>16</sup>. La URSS, de acudir al «first-strike» nuclear de aviso, en todo caso lo habría hecho sobre Europa, para evitar una inmediata represalia de los M-X, hoy llamados «pacificadores» (!) procedentes de silos en territorio USA. A su vez, esta otra superpotencia pierde, con la instalación europea, la última oportunidad para residuales tentaciones de guerra nuclear limitada al viejo continente.

De aquí que sea de pensar que,

**E. Se han creado las condiciones objetivas hacia el bicentrismo en la OTAN.**—El hecho de que Europa sea hoy

**Comercialmente, si el entendimiento de la CEE con el COMECON es muy factible porque sus economías son complementarias, con EE.UU. el choque comercial es inevitable.**

arsenal y plataforma de misiles tierra-tierra de carga nuclear, que apuntan al corazón industrial-urbano soviético, a más de las reservas fijas y aerotransportables

francesas de no muy precisable cómputo, significa una trascendental modificación en la euroestrategia.

Europa está, sí (y hasta cierto punto, por lo arriba dicho), igual de expuesta, pero pasa a estar más defendida. Como si dijéramos —y no es contradictorio—, su compromiso en la represalia aumenta, pero aumenta más aún su invulnerabilidad, al pasar de ser objeto a ser sujeto de disuasión.

En todo caso —y como compensación de la dubitable ventaja de que desde su territorio pueda encenderse la chispa— *deja de ser rehén*. O mejor dicho, dejará de serlo en cuanto obtenga aquéllo que debe y puede reclamar: *la segunda llave de la disuasión nuclear*.

La carencia de esa segunda llave es fácil, pero no siempre justo, cargarla en el debe de los Estados Unidos. Es decir, no es justo para todo momento: Kennedy ofreció paladinamente el «equal-leadership». Ciertos egoísmos nacionalistas y sordideces económicas sí que han sido un permanente obstáculo *de origen europeo* a la lógica reclamación de la segunda llave.

¿Quién puede reclamar nada, y con qué derecho, tras hacer abortar el proyecto de Comunidad Europea de Defensa (CED) en 1954, tras desarbolar gratuitamente —mejor dicho, mantener el desarbolaamiento gratuito desde 1950— de una Unión Europea Occidental (UEO) en favor de la Organización del Atlántico Norte, tras rechazar por la tácita la invitación de Kennedy? ¿Quién que no dé un paso hacia una Federación política europea que —inevitablemente— comportaría competencias en materia de seguridad?



Evidentemente que toda esa pasividad tiene una ventaja, y es la de que Estados Unidos pague las facturas, o su mayor parte. Pero los políticos que no quisieron ceder soberanía nacional a una instancia superior común bien pudieron considerar la que mientras tanto estaban cediendo a una instancia ajena y extracontinental.

Las cosas, sin embargo, han llegado a un punto en que la Unión Política para, al menos, los países integrantes y candidatos de la Comunidad Económica Europea, ha dejado de ser vago sueño federalista o simple voluntarismo, para convertirse en una *necesidad objetiva*. Precisada, eso sí, de la correspondiente voluntad política. Y ello porque, en muy pocas palabras:

a) Económicamente (intra-Comunidad) el desafío a la crisis y al «gap» tecnológico carecen de otra vía de solución que unos espacios industrial, energético, innovatorio y social plenamente europeos <sup>17</sup>.

b) Económicamente (extra-Comunidad) urge la liberación de la tiranía del dólar (deprimente, si bajo, y expropiante, si alto): se impone la segunda fase del SME, con ECU no sólo unidad de cuenta sino medio de pago, garantizado por un Fondo que, indudablemente, comporta el supranacionalismo monetario. Si Inglaterra se resiste a ello, tenemos —y no hay que inquietarse— la Europa de las dos velocidades... <sup>18</sup>.

c) Comercialmente, si el entendimiento de la CEE con el COMECON es muy factible y optimizable porque sus economías son complementarias, con EE.UU. —en menor grado, con Japón— el choque comercial es inevitable.

EE.UU., con su déficit público succionante, con su penetración por las multinacionales, su intransigencia en el GATT, etc., es el *contrincante real* de Europa Occidental.

**Geoestratégicamente,  
hablar de neutralidad es padecer  
de «asomatognosia»  
o incapacidad sensorial  
de ubicación.**

d) En las políticas proyectables al resto de las regiones mundiales, también las diferencias entre EE.UU. y Europa se exasperan, e irán a más. Las diferencias de visión conducen inexorablemente a diferencias en la acción.

Ya hay hechos concretos: conatos de «ostpolitik», concertación sobre el gaseoducto soviético, tomas de posición respecto de Oriente Medio con reconocimiento de la OLP, condenas de las dictaduras del Cono Sur y del *apartheid* sudafricano, el reciente y hasta hace poco impensable acto de presencia comunitario en San José de Costa Rica para avalar Contadora, el divergente tratamiento a problemas como el endeudamiento, cuotas al BM y FMI, la aprobación de bienes planetarios como fondos marinos y, sobre todo, un contradictorio enfoque respecto del Tercer Mundo (que para USA es campo de relaciones bilaterales de mercado libre, y para Europa es necesidad de ayuda planificada al desarrollo en beneficio mutuo), etc., son ejemplos de una creciente e irretornable *bifurcación* de políticas, contra la que el seguidismo residual de algunos gobiernos conservadores europeos poco va a significar. Porque no es cuestión de ideologías, es cuestión de intereses contrarios.

Subsiste, sí, la convergencia en un modelo democrático pluralista localizado en una de las pocas regiones mundiales que lo practican con autenticidad (imperfecta, por supuesto): Europa Occidental, sometida a una vieja amenaza.

Eso explica el origen y el mantenimiento de la OTAN. *Pero no explicaría la inmovilidad de la OTAN.* Ello, a su vez, porque:

e) La instalación de los Pershing y de los misiles de crucero ha despertado una saludable ola de pacifismo que, o queda en mero testimonio de protesta, o se concretizará en proyectos políticos de mayor



justicia internacional, *único basamento de la Paz*. (Recordemos, con François Perroux: «*o guerra o reparto de pan*»). Es decir, más desvío aún respecto de Estados Unidos.

f) La inédita situación de *suficiencia disuasoria* en que se encuentra hoy Europa —y en la que probablemente no se ha pensado bastante— aporta un nuevo colorido al pretérito riesgo del abandono por parte de los americanos, y que hoy sería de muy buen recibo.

No olvidemos un dato: los misiles están en suelo europeo. Nadie ha denegado, nadie se atreverá a atentar, contra un derecho de uso y disposición, de expropiación en su caso, por *accesión territorial*. Eso sí, hace falta la llave (*y pagar*).

g) El ex Secretario de Estado Henry Kissinger<sup>19</sup> parece que la ofrece: Comandancia en Jefe de los efectivos europeos de la Alianza en la persona de un europeo, «responsabilidad europea de marcar el umbral nuclear por sí misma» y «protagonización europea de las negociaciones sobre control de armamento de su suelo».

Proposiciones que, o constituyen el soliloquio penitencial de un ciudadano particular (?); o un guante irónico, sabiendo que no va a ser recogido porque el destinatario *no ha sido hasta ahora capaz de unirse*, es decir, de llegar a ser sujeto de política internacional; o es el globo-sonda de una Administración americana que tiende a acomodarse allá donde no ve reales posibilidades de imponerse (Europa, pariente lejano para una laxa relación; costas del Pacífico como campo de inversión; América Latina para el palo y tentetieso).

h) «*E puor Europa si muove*»: la crisis económica y estratégica, el reto mismo de la ampliación a Doce, han llevado a Europa al momento de la verdad: o rena-

cionalización y decadencia, o unión política. Parece que existen más indicios hacia la segunda de las hipótesis.

Con todas sus dudas y retrocesos hay una marcha inequívoca que fragua en el Proyecto de Tratado de Unión Política votado por enorme mayoría el 14 de febrero de 1984 en el Parlamento Europeo, el que a su vez representa una voluntad ciudadana nacida del sufragio directo. Las diez democracias integrantes no pueden deslegitimizar, sin deslegitimizarse a su vez, el resultado de ese voto de idéntica calidad al que a ellas sustenta. Habrá recortes y contemporalizaciones, pero durante el año 85 los Parlamentos Nacionales de los Diez tienen que responder al desafío.

Y ocurre que —como no podía ser menos— el Proyecto, siguiendo los antecedentes de los Informes Davignon (1970), Tindemans (1975), Genscher-Colombo (1978), etc., establece una cooperación (art. 66), eventualmente elevable a «acción común» (art. 68), en todo lo referente a «los aspectos políticos y económicos de la seguridad europea».

El Consejo Europeo de Stuttgart —junio de 1984— recoge el desafío y alude a «una sola voz en política exterior, comprendidos los aspectos de seguridad». La Presidencia francesa, y la subsiguiente irlandesa durante el 84, propician la resurrección de la UEO (Unión Europea Occidental). Una conferencia en Roma el pasado mes de octubre ha hecho un primer examen de la puesta en marcha del mecanismo, cuya dificultad mayor parece radicarse en el antiguo Acuerdo de 1950 de transferir las competencias militares a la OTAN, acuerdo, por supuesto, denunciable.

Existen otras, pero la UEO es una vía para la *bicentricidad* de la OTAN, para crear el segundo pilar y, de paso, hacerse con la *segunda llave*<sup>20</sup>.

**La relación bilateral con Estados Unidos es estática, cerrada sobre sí misma y de subordinación.**



## F. España, entre dos tratados.

A diferencia del cheli que lo tiene todo muy claro, Sánchez Ferlosio<sup>21</sup> nos dice que «yo lo de la OTAN lo tengo tenebroso».

Cabe que algunos otros lo tengamos un tanto «optado» u «elegido», porque sabemos que nos movemos en unos parámetros muy contados y de difícil variación.

La desiderativamente proclamada *neutralidad* carece de posibilidades reales.

Geoestratégicamente, hablar de Neutralidad es padecer de «asomatognosia»<sup>22</sup> o incapacidad sensorial de ubicación. Ignorar que estamos en Extremo Occidente, que si en Centroamérica el peligro, la agresión propiamente dicha, viene del Norte<sup>23</sup>, en Europa nos apuntan unos SS-20 cuyo radio de acción nos sobrepasa en 2.000 kilómetros, es ignorar demasiado.

Económicamente, ni somos tan ricos como Suecia para dedicar un 4 por cien del PIB a Defensa, ni tan pobres como Malta para jugar con todo un poco, ni llevamos la carga simbólica, para todos respetable, porque conviene respetarlo, de una Suiza «au dessus» de torpes guerras. (Cuestión aparte los efectos de la radiación.)

Nadie pactó —como para Austria— nuestra neutralidad, sino que por el contrario España pactó con Estados Unidos unos rígidos Acuerdos de Asistencia y Ayuda, en condiciones de auténtico satelitismo.

Y como ocurre que a la caída del franquismo los Acuerdos nunca fueron denunciados, y sí transformados en un Tratado que mejora las condiciones de reciprocidad, pero *mantiene la esencia de vinculación*, parece que ese Tratado es el que los españoles deben tener en la mente para estimar la conveniencia o no del otro Tratado, el de la OTAN, a que nos hemos adherido.

Porque existen entre ambos un solapa-

miento que por un lado u otro tiene que romperse.

Ahora bien, si el lado es el de la denuncia del Tratado de Washington, es decir, la no adhesión a la OTAN, nos quedamos para los restos en la relación bilateral. (Y por supuesto fuera de la CEE, el 85 será el año de las Ratificaciones de nuestro ingreso.)

Mientras que si el lado es el de la permanencia en la Alianza Atlántica, el Tratado que nos liga con Estados Unidos es revisable, tal como ha indicado el Jefe del Gobierno en el discurso del debate del Estado de la Nación al recabar el consenso en nuestras fuerzas políticas, y tal como se exige ya en la posición mayoritaria del PSOE ante el XXX Congreso<sup>24</sup>. Ello comportaría reducción de efectivos norteamericanos en nuestro territorio, un control compartido y por tanto real de las bases que subsistiesen, posibles fórmulas para Gibraltar, una situación inalterada, ni mejor ni peor, para el tan mentado «flanco Sur»...

Pero lo importante no es eso, siéndolo mucho. Lo más importante es que la relación bilateral con EE.UU. es *estática, cerrada* sobre sí misma y de *subordinación*. Alinea a España con Marruecos, Filipinas o Tailandia en su relación con una superpotencia. Mientras que la relación multilateral de la Alianza Atlántica es *móvil, descentralizable* por todo lo anteriormente dicho, y *participativa*. No parece que deban caérsenos los anillos por igualarnos en condición a Holanda, RFA o —para hablar de presencias críticas en Bruselas, actuar de consuno con Grecia o Italia.

Sería, pues, la nuestra una aportación crítica, dotada de profunda voluntad de superación de los bloques a través de una distensión en Europa<sup>25</sup>.

Porque hay unas posibilidades reales para España dentro de la OTAN, y no llego a verlas fuera de ella, es por lo que yo propugnaría una *permanencia para el cambio*.

**La relación multilateral  
de la Alianza Atlántica  
es móvil,  
descentralizable  
y participativa.**



<sup>1</sup> Datos en: Weber y otros, *Crisis de los euromisiles*, pág. 13.

<sup>2</sup> «El papel militar de las armas nucleares», en *Tiempo de Paz*, n.º 3, págs. 32 y 35.

<sup>3</sup> «El problema de la guerra y las vías de la paz», en *Sistema*, n.º 46, pág. 18.

<sup>4</sup> «El debate de la seguridad en Europa». *Revista de Estudios Internacionales*, n.º 44, pág. 719.

<sup>5</sup> Francesco Calogero, «La dinámica...», en *Los científicos, la carrera armamentista y el desarme*, Joseph Rotblat (ed.), UNESCO-SERBAL 1984, pág. 30.

<sup>6</sup> «Jornadas de reflexión OTAN», en *El País*, 10 septiembre de 1984.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, pág. 43.

<sup>8</sup> En *Sistema*, n.º 46, «La justificación de la guerra».

<sup>8 bis</sup> *El juego del desarme*. Ed. Debate, 1984, pág. 173 y ss.

<sup>9</sup> Ver en E. Gomáriz, *Tiempo de Paz*, n.º 1, y K. Lohs, M. Thee y otros en *Los científicos...*, págs. 50 y ss., y 68 y ss.

<sup>10</sup> Una suficiencia nuclear sería hoy, según McGeorge Bundy y Herbert York (asesores de Kennedy), la de 10 bombas de hidrógeno. El General Maxwell Taylor habló de 200 misiles balísticos por cada lado. A. Myrdal (*op. cit.*, pág. 155), que recoge estos testimonios, reconoce la dificultad o arbitrariedad de los cálculos.

<sup>11</sup> Por todos, *Disarmament and Development, Report of* (ONU public, N. Y. 1972).

<sup>12</sup> *Op. cit.*, pág. 143.

<sup>13</sup> Así la llama L. Arrillaga en *Sistema*, n.º 62, págs. 119 y ss.: «¿Una nueva sociedad guerrera?».

<sup>14</sup> La inercia es consecuencia del conservadurismo, en una superpotencia que se tilda aún de revolucionaria. Y no es ya que deje en la estacada a todo movimiento de liberación que no la secunde y sirva, es que da saltos mortales en ese juego: recuérdense los conflictos de Ogadem y Kampuchea.

<sup>15</sup> *Vid. Texto Ponencia de Síntesis XXX Congreso PSOE*, pág. 110.

<sup>16</sup> En realidad, es absurda. Probablemente, en el absurdo participe ese afán de prestigiar la «ciencia militar» en algo esotérico y alejado del más elemental sentido común.

<sup>17</sup> Véase Informe FAST, Comisión de las Comunidades, 1983.

<sup>18</sup> *Vid.*, por todos, J. Delors —recordemos, nombrado para Presidente de la Comisión de la CEE— en *Le Monde*, 9-9-83: «Hay que diversificar los instrumentos de reservas mundiales mediante el ECU en un SME reformado». También Informe Albert-Ball (Parlamento Europeo, 7-7-83), y los trabajos de Ruffolo, Tifflin, etc.

<sup>19</sup> *El País*, 11 de marzo de 1984.

<sup>20</sup> *Vid.* Informe Berchen, documento n.º 928 de orden interno de la UEO.

<sup>21</sup> Artículo citado de 10 de septiembre de 1984.

<sup>22</sup> Que diría mayestáticamente López Rodó (*Conversaciones con Paniker*, pág. 325) aunque en sentido muy distinto.

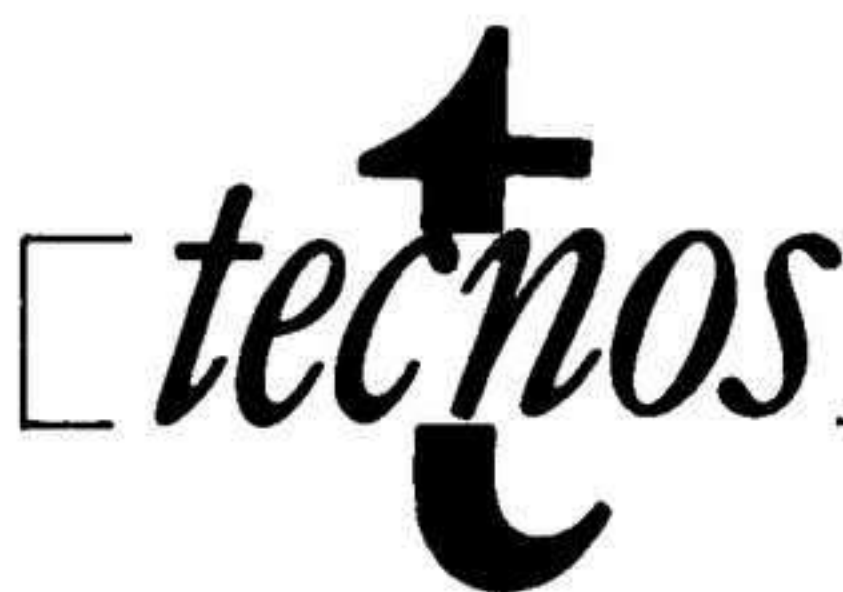
<sup>23</sup> En Nicaragua no cabe moralmente sino estar con el Gobierno Sandinista, frente al agresor.

<sup>24</sup> *Ponencia de Síntesis*, pág. 50.

<sup>25</sup> Imagino la objeción de que esto suena a aquellos aperturistas del franquismo que entraban «para minarlo». Alguna diferencia ya hay, sin embargo, entre aquellas incorporaciones individuales, habitualmente fuente de medro personal, a una estructura inmovible por dictatorial y la incorporación de un Estado democrático a un colectivo de Estados de igual contextura y en libre proceso de cambio.

(Por ejemplo: hoy, 14 de noviembre de 1984, en la asamblea del Atlántico Norte, el secretario general, Lord Carrington, se ha mostrado contrario —como era de esperar— a propuestas de Delegaciones tendentes a dos importantes objetivos: 1.º renunciar desde el lado occidental al «first use» nuclear; 2.º pasillo desnuclearizado (planes Rapakki, Kennan y Palme). Ambas son viables y deseables. Por ambos habrá que luchar democráticamente, dentro de las estructuras y a partir de ellas.)



 **tecnos**

EDITORIAL TECNOS, S. A.  
O'Donnell, 27 • Tel. 431 64 00 • 28009 Madrid

José Félix Tezanos  
**SOCIOLOGIA  
DEL SOCIALISMO  
ESPAÑOL**

184 págs.  
740 ptas.

Raúl Morodo  
**LA TRANSICION  
POLITICA**

Prólogo de Alfonso Guerra

224 págs.  
550 ptas.

Elías Díaz  
**PENSAMIENTO  
ESPAÑOL  
EN LA ERA  
DE FRANCO  
(1939-1975)**

224 págs.  
750 ptas.

Pedidos a: \_\_\_\_\_  
**GRUPO DISTRIBUIDOR EDITORIAL, S. A.**  
D. Ramón de la Cruz, 67 • 28001 Madrid • Teléfs. 401 12 00/04





---

---

# DOS AÑOS DE GOBIERNO DEL PSOE: UNA LECTURA OPTIMISTA

S. Juliá, L. Paramio, M. Satrústegui

---

---



---

---

**Dos años de gobierno socialista, formado a raíz de la mayoría absoluta lograda por el PSOE en las elecciones generales del 28 de octubre de 1982, acontecimiento sin precedentes en la historia de las elecciones libres realizadas hasta el presente en España, es un buen momento para analizar los factores que han hecho posible esta situación así como los compromisos adquiridos y las tareas pendientes.**

## *1. La transición*

I.

La transición política de la dictadura a la democracia aparece desde nuestra perspectiva actual como un proceso de ajuste,

de adecuación de las instituciones y aparatos del Estado a las realidades de la nueva estructura económica y la sociedad civil transformada que surgieron en España a consecuencia de la rápida industrialización que caracterizó a la década de los años 60. Este proceso vendría determina-



do de forma sustancial por el marco internacional creado primero por la crisis económica mundial, y después por la creciente tensión entre los bloques que siguió a la invasión soviética de Afganistán y a la decisión de la OTAN de desplegar los euro-misiles.

Tras el plan de estabilización y el período de liberalización de la economía en los años 1959-61 comenzó en nuestro país un acelerado crecimiento económico que duró al menos hasta 1973. La industrialización provocó un fuerte ritmo de urbanización que, junto con una importante emigración al extranjero, modificó sustancialmente la estructura social española, reduciendo de forma drástica la proporción agraria de la población y creando unas nuevas clases medias urbanas. El resultado sería la erosión de la base social con la que la dictadura había contado en los años 50, tras el aplastamiento de obreros y jornaleros en la guerra y la posguerra. A la década de 1970 España llega con una nueva sociedad civil, que ya no responde a los enfrentamientos de la guerra civil pero tampoco respalda a la dictadura. Esta cuenta, a lo más, con el consenso pasivo de esas clases medias que desean vivir en una democracia pero no quieren correr el riesgo implícito en una ruptura del régimen.

Frente a ese consenso puramente pasivo se levanta la nueva clase obrera surgida de la industrialización, cuyas aspiraciones políticas y económicas socavan de continuo la aparente estabilidad del franquismo. Por otra parte, la modificación cultural que conlleva la aparición de las nuevas clases urbanas provoca la absoluta pérdida de legitimidad por parte de la dictadura. El supuesto monopolio político del Movimiento Nacional es a estas alturas pura retórica, y del nacional catolicismo se pasa a una floración de tendencias en el seno de la Iglesia entre las que destacan las corrientes democráticas y populares.

---

**La modificación cultural que conlleva la aparición de las nuevas clases urbanas provoca la absoluta pérdida de legitimidad por parte de la dictadura.**

---

Las profundas desigualdades sociales que son el precio del desarrollo no dejan indiferentes a un buen número de creyentes que apuestan por un nuevo modelo de sociedad o al menos lo intuyen.

Entre las transformaciones sociales provocadas por el desarrollo de los años 50 hay una que afectará de forma decisiva a la sociedad española en la década siguiente: la incorporación masiva de la mujer al trabajo asalariado y a la enseñanza universitaria. El efecto de esta transformación se haría plenamente evidente en la década siguiente, no sólo con la modificación de la estructura familiar, de las relaciones de pareja y de las tendencias demográficas, sino con la generalización de una visión del mundo en la que ya no se da por descontado que el sitio natural de la mujer es la casa y el servicio a un marido. Las mujeres españolas de los años 80 ven el mundo con ojos feministas, incluso si rechazan la etiqueta.

Paralelamente la urbanización provoca la proliferación de subculturas juveniles que son la respuesta de las nuevas generaciones a unas condiciones sociales inesperadas: las ciudades dormitorio y las barriadas industriales. En los años 70, la crisis económica incidirá sobre estas subculturas de una forma compleja y contradictoria: surgirá una masiva cultura marginal, de la droga dura y la delincuencia habitual, pero también formas culturales, en sentido estricto, radicalmente desconectadas de las experiencias culturales de las generaciones anteriores.

## II.

Mientras se producen de forma vertiginosa todas estas transformaciones sociales, el régimen, estrechamente ligado a la figura del dictador y su decadencia física, es incapaz de evolucionar al ritmo de la modernización. A la muerte del general



Franco, en 1975, la distancia entre el país real y el país oficial es mayor que nunca. La evidencia de esta distancia llevaría al fracaso de los proyectos continuistas, que no sólo debían enfrentarse a la movilización de los sectores de oposición sino a su falta de credibilidad a los ojos de la inmensa mayoría de los españoles.

A partir de aquí, el éxito de la operación reformista encabezada por el presidente Suárez se explica por la combinación de varios factores. El primero es la conciencia por parte del Rey de la necesidad de salvar el abismo que separa el sistema político heredado de un país sustancialmente moderno y que reclama un régimen democrático. El segundo es la habilidad personal del presidente Suárez para hacer suyo el proyecto de transformación democrática e imponerlo en el seno de las diferentes familias políticas del sistema.

El tercero es el realismo de la oposición, que acepta pactar con los reformistas cuando se hace evidente, tras el referéndum sobre la reforma política, que la inmensa mayoría del país no está dispuesta a asumir los riesgos aparejados por una verdadera ruptura.

No hubo pues ruptura —formación de un gobierno provisional con participación de la oposición—, pero tampoco continuidad: las elecciones de 1977 permitieron la apertura de un período constituyente que a la postre sancionó una verdadera ruptura con el franquismo. El hecho de que la operación viniera impulsada desde el propio aparato político del régimen permitió que la reforma superara los obstáculos que, de otra forma, podrían haber planteado las instituciones en que aquél se había encarnado y los grupos políticos que habían protagonizado su existencia.

El resultado fue un rápido desmantelamiento de las instituciones políticas del Estado franquista, incluyendo el sindicalismo vertical, manteniendo en cambio la

forma de Estado, la monarquía, que había introducido el propio general Franco. De esta forma, sus herederos contrarios a la democracia no estuvieron en condiciones de discutir la legitimidad de la monarquía constitucional y parlamentaria. A su vez, la convergencia en los objetivos democráticos restó todo contenido a la vieja exigencia de la oposición de someter a referéndum la forma de Estado. El proceso constituyente sentó así las bases para un régimen democrático generalmente aceptado y capaz de superar la división de la sociedad española, que había sido durante 40 años la peor herencia de la guerra civil.

En ese proceso constituyente la pluralidad de familias políticas agrupadas tras las siglas de UCD desempeñaron un papel fundamental. La propia carencia de unidad del partido en el gobierno facilitó la

---

**Las elecciones de 1977 permitieron la apertura de un período constituyente que a la postre sancionó una verdadera ruptura con el franquismo.**

---

política de consenso, sin la cual difícilmente se habría llegado a una Constitución generalmente aceptada. A partir de 1978, sin embargo, el fraccionamiento de

UCD comenzó a convertirse en un problema nacional. El partido gobernante, dominado por querellas internas, carecía de la fuerza precisa para afrontar las tareas más graves que el país tenía pendientes: la racionalización y modernización del aparato de Estado, con especial mención de las fuerzas armadas, la construcción del Estado de las autonomías, la reconversión y modernización de nuestra economía, y muy en especial del sector público, en respuesta a la crisis mundial, y la definición de nuestra política exterior, en las difíciles circunstancias creadas por la nueva guerra fría.

La fórmula con la que Suárez dirigió el primer período de la transición —el reparto dosificado del poder entre las distintas familias— condujo en esta segunda etapa al bloqueo de UCD, ya que cada familia empleaba su fuerza en votar aquellas decisiones de las restantes que no entraban en



su propio proyecto político. El resultado sólo podía ser la parálisis del gobierno y el agravamiento de los problemas pendientes. Además, las limitaciones de la base parlamentaria de UCD le imponían en cuestiones fundamentales la búsqueda de pactos con otras fuerzas, lo que contribuyó a agravar las tendencias centrífugas en su seno amén de dar origen a algunos espectáculos poco edificantes.

El gobierno de UCD no fue así capaz de afrontar la reconversión industrial, pero aumentó el déficit público hasta límites que harían casi imposible la instrumentación de contrapartidas cuando llegara la hora de esta reconversión; mantuvo la mala gestión de la empresa pública sin utilizarla como palanca para la modernización del país; conservó la administración heredada y sustituyó una reforma de los aparatos de Estado por una extraña oscilación entre el encontronazo y la debilidad; desencadenó una dinámica autonómica invertebrada que le llevaría al descalabro cuando intentara frenarla en Andalucía; y, al menos en época del presidente Suárez, no llegaría a definir una política exterior coherente, vacilando entre la retórica tercermundista y la debilidad negociadora ante la CEE y Estados Unidos.

El sentimiento generalizado de que la debilidad del ejecutivo ponía en peligro la continuidad de la democracia no pudo aminorar las conspiraciones en el seno de UCD, que llevaron finalmente al presidente Suárez a presentar su dimisión. El intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, coincidiendo con el debate de investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo como nuevo presidente, resumió perfectamente la naturaleza de la amenaza. La democracia superó la prueba gracias a la serenidad de sus representantes, a la disciplina de las fuerzas armadas en su conjunto, y a la rotunda y ejemplar apuesta del Rey por la legalidad democrática. Pero la gravedad del peligro no fue ignorada por nadie.

**Un electorado agrupado mayoritariamente en posiciones de centro y de izquierda moderada comenzó a ver en el PSOE la única alternativa posible.**

El clima de desencanto que había desatado la parálisis del gobierno centrista en 1979-80 se vio sustituido ahora, ante la debilidad de UCD y el peligro del golpe, por un sentimiento creciente e imparable a favor de un cambio sustancial en el gobierno. Defraudado por UCD, un electorado agrupado mayoritariamente en posiciones de centro y de izquierda moderada comenzó a ver en el PSOE la única alternativa posible de gobierno para la consolidación de la democracia y la modernización del Estado y del país: un gobierno de reformas y dotado de autoridad.

Los posibles competidores del socialismo democrático dentro de la izquierda sufrieron durante estos años a su vez un fuerte desagaste. Mientras la izquierda radical desaparecía, dejando en herencia a los partidos mayoritarios buena parte de sus cuadros, el PCE sufría una profunda conflictividad, consecuencia de la tan aplazada necesidad de renovar su cúpula dirigente. Los enfrentamientos internos, y la evidencia de que sólo el PSOE podía protagonizar un gobierno de cambio, reducirían sustancialmente la militancia y el voto comunista, acentuarían la distancia entre los sectores prosoviéticos y los eurocomunistas, y sumirían en una grave crisis, aún irresuelta, a un partido que había desempeñado un papel fundamental en la resistencia contra la dictadura.

La derecha, por su parte, evaluó equivocadamente la orientación del electorado, considerando a los votantes de UCD como un electorado cautivo al que la disolución del partido centrista permitiría recuperar su lugar natural a la derecha; pero la dura retórica de su máximo dirigente, a menudo lindante con la ambigüedad al referirse al golpismo y a los problemas de orden público y defensa de las libertades, no podía atraer a la inmensa mayor parte de un electorado centrista que ponía su punto de referencia en las modernas democracias europeas. Una parte signifi-



cativa de los votantes de UCD comenzó así a orientarse hacia el PSOE.

El gobierno de Calvo-Sotelo no pudo frenar la erosión del centrismo. La continua imagen de crisis del partido, su impotencia al tratar los problemas sustanciales, y su decisión de entrar en la OTAN sin un debate nacional, sin consenso entre las fuerzas políticas, sin una explicación pública de las razones, sin ningún tipo de contrapartidas o negociación, y, para colmo de males, en un momento de tensión internacional que esta decisión sólo podía contribuir a agravar, provocaron un rápido desgaste de su imagen.

En este contexto el PSOE se presentaba como un partido con un proyecto de reformas —*por el cambio*— y suficientemente maduro y sólido para llevarlo a cabo, especialmente una vez que se hubo su-

perado la crisis interna por la que atravesó en la inevitable búsqueda de una identidad adecuada a las nuevas características de la sociedad española. El mantenimiento de una alternativa de gobierno sin ceder a la tentación de posibles alianzas aumentó la coherencia del partido, que se presentaba además a la sociedad española como una organización política moderna, en el sentido de no ser una acumulación de familias sino un partido formado por cuadros políticos y legitimado por su funcionamiento democrático, plenamente alejado de una organización amiguista o clientelar. La modernidad del partido se reafirmaba, en fin, al representar la confluencia en torno a un programa de distintas clases y sectores populares, lo que debía permitirle gobernar sin sentirse preso de compromisos corporativos o sectoriales. Por otra parte, la implantación en toda España podía ser la garantía de la vertebración del Estado de las autonomías.

La creciente coherencia del PSOE en torno a un programa político de reformas y modernización de la sociedad y del Esta-

do, y en torno a una dirección homogénea y aceptada por todo el partido fue, pues, la doble respuesta que el socialismo ofreció al desolado horizonte de la ruina de UCD y su incapacidad para formular y llevar adelante un programa político. En las elecciones generales, cuya antelación fue la consecuencia inevitable del patente naufragio del centrismo, el PSOE comprometió ante la sociedad española no sólo un programa de gobierno sino, lo que era igualmente importante, la garantía de que, al fin, los españoles contarían con un instrumento político sólido para llevarlo a término. Por todo ello, el PSOE obtuvo el 28 de octubre de 1982 diez millones de votos y la mayoría absoluta en las Cortes.

## 2. *Balance del gobierno socialista.*

1.

La formación del gobierno socialista

**La formación del gobierno socialista demuestra la viabilidad y la eficacia de un proyecto socialista pacífico y lealmente comprometido con la legalidad democrática.**

supone en varios aspectos un acontecimiento histórico. Es un hito, en primer lugar, para la trayectoria de la izquierda española, pues demuestra la viabilidad y la

eficacia de un proyecto socialista pacífico y lealmente comprometido con la legalidad democrática. En segundo lugar, el cambio de gobierno representa también un triunfo del régimen constitucional y un paso decisivo en su consolidación, porque el principio de alternancia ha sido respetado y aceptado escrupulosamente por todas las fuerzas políticas y sociales. La estabilidad de la democracia no sólo no ha estado en cuestión, sino que se ha visto fortalecida; de hecho, la consecución de esa estabilidad y seguridad políticas fue uno de los objetivos primordiales de muchos electores que ante la crisis de UCD dieron su voto al PSOE para que dirigiera con firmeza y coherencia la política del Estado.

Por otra parte, la opción del electorado español en 1982 presenta un notable paralelismo con las tomadas casi simultáneamente por los ciudadanos de otros países



del sur de Europa, en los que también se había asistido a un profundo desgaste de las fuerzas de centro-derecha instaladas en el poder. Esa similitud, pese a los indudables rasgos específicos que individualizan la experiencia española, traduce la creciente homogeneidad de nuestra cultura política con las restantes de Europa, en el marco general de la modernización del área meridional del continente.

**Hay que valorar positivamente las iniciativas gubernamentales dirigidas a definir un modelo de cooperación entre las Comunidades Autónomas y el gobierno central.**

## II.

Entre los muchos y graves desafíos planteados al primer gobierno socialista podemos enumerar las siguientes grandes áreas de problemas:

a) La reforma y modernización de la administración y el aparato de Estado, incluyendo las fuerzas armadas y de seguridad.

b) La construcción del Estado de las autonomías, dando contenido real a un marco jurídico y vertebrando a partir de ellas un auténtico modelo de Estado.

c) La modernización y reconversión de la economía para hacer frente a las nuevas condiciones de la crisis y restablecer la competitividad de nuestra economía en el marco mundial.

d) La lucha contra las desigualdades sociales, más graves y profundas en España que en la mayor parte de los países avanzados, y en particular la lucha contra el deterioro de la sociedad civil producido por las altas y crecientes cifras de paro.

e) La consolidación de la democracia, amenazada tanto por el clima de inseguridad creado por las intentonas golpistas como por la permanente sangría ocasionada por el terrorismo de ETA y otros grupos.

f) La definición de nuestra política exterior, logrando la colaboración y la in-

tegración en el marco europeo, lo que implica muy especialmente el ingreso en la CEE, y contribuyendo a la distensión y la seguridad internacionales partiendo de

nuestra definición europea y de los condicionamientos creados por la decisión del gobierno anterior de incorporar nuestro país a la OTAN.

Esta serie de desafíos ponían objetivamente a prueba la eficacia decisoria del gobierno socialista, pero su respuesta y la del grupo parlamentario pueden considerarse, en su conjunto, satisfactorias, a la vista de los resultados obtenidos, cuando apenas ha transcurrido la mitad del mandato parlamentario. En efecto, se ha realizado una acción política diversificada y multisectorial, pero mucho más coordinada que en los gobiernos precedentes, gracias a la cohesión del grupo gobernante y a la dirección efectiva del Presidente. A grandes rasgos cabe resaltar, entre los resultados obtenidos, los siguientes:

a) La reforma de la administración ha sido abordada pese a las dificultades y resistencias corporativas. La Ley de Incompatibilidades de los Funcionarios Públicos, y el proyecto de ley de Reforma de la Función Pública, son los primeros pasos, sin duda insuficientes, en el camino emprendido.

Mención aparte merecen las normas de diferente rango que en estos dos años se han aprobado sobre la administración militar, normas que tienden a equipararla con el modelo prevaleciente en las naciones europeas. La reforma del Ministerio de Defensa, y de la plantilla y estructura de mando de las FAS, así como la nueva delimitación de las regiones militares, suponen avances importantes hacia la modernización de nuestro ejército.

b) En la construcción del Estado de las autonomías hay que mencionar el impulso gubernamental a las transferencias a las Comunidades Autónomas, y el es-



fuerzo del PSOE por consolidar las instituciones autonómicas, tanto en las nacionalidades y regiones donde tiene responsabilidades de gobierno como en aquellas donde se encuentra en la oposición. Asimismo, hay que valorar positivamente las iniciativas gubernamentales dirigidas a definir un modelo de cooperación entre las Comunidades Autónomas y el gobierno central, iniciativas entre las que se incluye la oferta de un *acuerdo institucional* sobre importantes leyes básicas que han de definir el marco administrativo del Estado. Sin embargo, la cooperación y la solidaridad en el seno del Estado de las autonomías no son aún resultados tangibles, y distan especialmente de serlo allí donde los partidos nacionalistas propician un continuo clima de enfrentamiento con el gobierno de la nación como única estrategia del gobierno autónomo.

En el plano de las administraciones locales cabe recordar, junto con la importante labor de gestión municipal desarrollada por el PSOE desde 1979, el proyecto de Ley de Bases del Régimen Local que deberá facilitar la descentralización y la vitalidad de las administraciones municipales, y posibilitar también una legislación autonómica de desarrollo en esta materia.

Conviene además recordar que tanto en este apartado como en el anterior se han debido abordar con premura tareas largamente pendientes (reforma de la administración) o históricamente pospuestas (Estado de las autonomías).

c) Frente a la crisis económica, el principal rasgo de la actuación del gobierno socialista ha sido la honestidad con la que ha asumido una tarea de reconversión industrial sistemáticamente aplazada —por puro oportunismo y por debilidad política— por gobiernos anteriores. Esta política era ya urgente si se quería evitar la tercermundización de nuestra economía, y su continua demora es uno de los

mayores pasivos en el balance de los gobiernos de la transición. La reforma estructural se ha realizado en el marco de una política de ajuste positivo, la única política económica que se ha mostrado capaz de crear las bases para salir de la crisis una vez que se ha comprobado que ésta no es una crisis clásica de demanda insuficiente y que las medidas de reflación en un solo país, como las intentadas por el gobierno socialista francés durante su primer año de gestión, sólo conducían al desastre.

Es evidente, por otra parte, que tal política sólo podía llevarse a cabo contando con la confianza popular y con una capacidad de negociación ante la clase empresarial. Sólo puede pedir sacrificios quien al menos posee credibilidad ante sus interlocutores: el gobierno socialista estaba en esa posición y por ello su política ha estado a la altura de lo que las circunstancias exigían.

Pero hay que señalar la voluntad política que se requería para poner en primer plano los intereses populares a largo plazo, y correr el riesgo de desgaste que implica tomar medidas impopulares a corto plazo. Es cierto que las medidas del gobierno no siempre han sido satisfactoriamente presentadas y explicadas al conjunto de los ciudadanos, y muy en especial a los trabajadores afectados en cada caso, y es posible que las negociaciones con los diversos colectivos se hayan conducido sin suficiente sensibilidad ante sus problemas. Es seguro, en todo caso, que la catastrófica situación heredada ha impedido ofrecer —durante la mayor parte de estos dos años— contrapartidas sustanciales a los trabajadores que han visto congelados o recortados sus salarios reales o cancelados sus puestos de trabajo por la recon-

**El gobierno socialista ha asumido con honestidad una tarea de reconversión industrial sistemáticamente aplazada.**

versión. Pero, más allá de los errores que se hayan cometido o de las difíciles condiciones en que se ha debido abordar el desafío, lo cierto es que el gobierno socialis-



ta no ha sacrificado los intereses populares y nacionales a medio plazo en aras de una fácil popularidad inmediata.

Los resultados a corto plazo de esta estrategia ya han llevado a la reducción de la inflación, que se espera situar en 1985 en las cifras actuales de inflación de la parte europea de la OCDE, a una rápida expansión de las exportaciones, con un saldo positivo de la balanza de pagos y un incremento de la reserva de divisas que ha posibilitado una política de reducción de los tipos de interés. Existen así en estos momentos condiciones para la reactivación de la inversión y para intentar un cambio de tendencia en el campo del empleo, en el que las verdaderas dimensiones del déficit acumulado por gobiernos anteriores han impedido al gobierno socialista hasta el presente cumplir sus promesas electorales.

Es precisamente en el terreno del déficit público, desmesuradamente incrementado por la política de fáciles concesiones

seguida hasta 1982 por los gobiernos de la transición, donde la estrategia socialista encuentra un grave obstáculo: las dimensiones y la rigidez del déficit no pueden ser reducidos sin graves costes sociales, y ello condena al gobierno a una lenta tarea de contención y recorte selectivo que dilata la llegada de una recuperación efectiva al mantener la escasez de crédito y que, a la vez, restringe las posibilidades de mejora de los servicios sociales y de oferta de contrapartidas a los trabajadores en paro o que ven caer sus ingresos reales. Por ello es más urgente la reducción del déficit de las empresas públicas, una política fiscal progresiva pero que aumente la capacidad recaudatoria del Estado ya en el corto plazo, y una implacable lucha contra el derroche y la ineficiencia en las administraciones del Estado.

d) También en el terreno de la lucha contra las desigualdades ha sido el déficit presupuestario el principal obstáculo. La

escasez de recursos financieros ha llevado a dar prioridad a las medidas de racionalización y reforma que, a corto plazo, permitiesen contener el crecimiento de los gastos o —lo que es mucho más frecuente— permitiesen aumentar la eficiencia de los servicios con un crecimiento moderado del gasto.

El ejemplo más ambicioso es la reestructuración del sistema educativo, cuyas muestras han sido la LODE y la LRU. La primera ha debido chocar contra los intereses particularistas de quienes hacen de la enseñanza un negocio o una empresa de adoctrinación ideológica, pero a la vez pretenden mantenerse con el dinero de todos los españoles a través de las subvenciones del Estado. La segunda se ha enfrentado al corporativismo de los cuerpos docentes tradicionales que ven en la reforma una

amenaza a su control sobre la Universidad, y a las inercias de los sectores menos privilegiados, que han visto en la modernización de la enseñanza superior una

amenaza a su precaria existencia actual, perdiendo de vista las consecuencias a medio plazo de racionalización del sistema. Pero ambas leyes constituyen pasos realistas hacia la modernización de la enseñanza española, la extensión de la igualdad de oportunidades y la creación de una sociedad culturalmente más homogénea y más libre.

También la reforma de la sanidad y de la seguridad social han chocado con los límites financieros impuestos por el déficit presupuestario, pero existe un claro propósito de racionalizar los gastos y elevar la eficacia de unos servicios que son fundamentales para el mantenimiento de la calidad de vida de una amplia mayoría social. El caso de las prestaciones de la seguridad social es quizá el más complejo, pues las modificaciones demográficas van a hacer inevitable la adopción de nuevos sistemas para garantizar la cobertura de las prestaciones sin que el sistema vaya a

---

**El mayor revés del gobierno socialista en sus dos primeros años de gestión ha sido el continuado crecimiento del paro.**

---

amenaza a su control sobre la Universidad, y a las inercias de los sectores menos privilegiados, que han visto en la modernización de la enseñanza superior una

amenaza a su precaria existencia actual, perdiendo de vista las consecuencias a medio plazo de racionalización del sistema. Pero ambas leyes constituyen pasos realistas hacia la modernización de la enseñanza española, la extensión de la igualdad de oportunidades y la creación de una sociedad culturalmente más homogénea y más libre.

También la reforma de la sanidad y de la seguridad social han chocado con los límites financieros impuestos por el déficit presupuestario, pero existe un claro propósito de racionalizar los gastos y elevar la eficacia de unos servicios que son fundamentales para el mantenimiento de la calidad de vida de una amplia mayoría social. El caso de las prestaciones de la seguridad social es quizá el más complejo, pues las modificaciones demográficas van a hacer inevitable la adopción de nuevos sistemas para garantizar la cobertura de las prestaciones sin que el sistema vaya a



la bancarrota. Este es uno de los puntos en que la reforma del actual sistema exige un acuerdo con sindicatos y patronal en un clima de consenso social para la fijación de los grandes objetivos económicos nacionales.

El mayor revés del gobierno socialista en sus dos primeros años de gestión ha sido el continuado crecimiento del paro, más lento pero no por ello menos real que en etapas anteriores. La discrepancia entre las cifras estimadas y las reales del déficit presupuestario vetaron la puesta en práctica de la estrategia prevista en el programa electoral para la creación de puestos de trabajo; la necesidad de afrontar nuevos descalabros financieros, incluyendo muy especialmente el *agujero* del *holding* Rumasa, ha atado las manos al gobierno en el sentido de todo intento de aumentar la inversión pública. En este contexto, la destrucción de puestos de trabajo, inevitable en la primera fase del ajuste a la crisis, ha agravado el problema del paro sin que el gobierno estuviera en condiciones, durante los primeros meses de su gestión, de ofrecer siquiera contrapartidas significativas a los trabajadores.

Al aproximarse la mitad del mandato parlamentario, sin embargo, y habiéndose superado los peores aspectos del choque con la realidad económica, el gobierno ha iniciado una doble respuesta al crecimiento del paro. Por una parte, un programa de fomento del empleo juvenil, potenciando los contratos de formación y en prácticas; por otra parte una considerable extensión de la cobertura del seguro de desempleo, para hacer frente a los casos de trabajadores en paro que ya se aproximan a la edad de retiro y para ampliar la duración del seguro en el conjunto de los trabajadores. Estas medidas, que paliarán los aspectos más graves de la situación actual, son sólo marginales, sin embargo, respecto a la ambición fundamental del gobierno de fomentar la recuperación del

**Se ha desarrollado una labor creativa de introducción de legislación y perfeccionamiento de los institutos destinados a asegurar la efectividad de los derechos fundamentales.**

empleo potenciando la inversión pública y privada dentro de los límites impuestos por los equilibrios financieros. Si la política económica sigue la trayectoria actual

durante los dos próximos años, cabe esperar que en 1985 el desempleo toque techo en nuestro país y se entre en una etapa de creación neta de empleo.

En todo caso, parece voluntad decidida del gobierno evitar que el problema del paro contribuya a aumentar las desigualdades sociales. La política de racionalización de los servicios públicos y de la seguridad social ha mostrado una clara orientación a elevar el nivel de prestaciones mínimas incluso dentro de los severos límites impuestos por la crisis fiscal del Estado.

e) En la tarea de consolidación de la democracia se han dado en los dos primeros años del gobierno socialista pasos indiscutibles, y que además se reflejan claramente en la opinión pública. Ha desaparecido en este tiempo el temor al involucionismo, ese sentimiento difuso sobre la fragilidad de la democracia que pesó en el ánimo de los españoles a lo largo de la transición. Y el clima de impotencia ante el terrorismo se ha visto sustituido por la conciencia de que ETA, y en general las bandas terroristas, pueden haber entrado ya en una espiral definitiva de retroceso ante la colaboración de los gobiernos español y francés y la acción eficaz y coordinada de las fuerzas de orden público: ya no es la democracia española la que está contra las cuerdas, sino sus enemigos.

Junto a la afirmación de la autoridad estatal frente al involucionismo y el terrorismo se ha desarrollado una labor creativa, constitucionalmente necesaria, de introducción de legislación y perfeccionamiento de los institutos destinados a asegurar la efectividad de los derechos fundamentales. En este terreno hay que subrayar las iniciativas legislativas para garantizar la libertad personal, el derecho de



reunión o la libertad sindical, la despenalización parcial del aborto y la importante modernización de la justicia que es el objetivo del proyecto de Ley Orgánica del Poder Judicial.

f) En política exterior el gobierno ha logrado llegar a la que parece la recta final en las negociaciones para la adhesión de España a la CEE; consciente de la importancia histórica de este proceso, el gobierno no ha caído en apresuramientos ni concesiones oportunistas, tratando de que la integración se realice al ritmo y en las condiciones necesarias para que no resulten desprotegidos los intereses de la economía española.

De todos los vínculos exteriores de nuestro país, el gobierno ha dado peculiar importancia a nuestra proyección en Iberoamérica. El interés que la transición española a la democracia ha provocado en aquellos países, y especialmente en los que han atravesado o están atravesando procesos de recuperación de la democracia, confiere al gobierno una especial responsabilidad. El apoyo a las restauraciones democráticas y a las iniciativas tendientes al establecimiento de la paz y la seguridad de las naciones en Centroamérica ha sido una constante en la política exterior del gobierno socialista, dentro de una preocupación general por los problemas de la paz, el desarrollo y el diálogo Norte/Sur.

Partiendo de un obvio sentido de la responsabilidad institucional, el gobierno socialista ha mantenido congelada la situación de España en la OTAN, evitando que una salida de esta organización por nuestra parte viniera a agudizar los problemas internacionales al ofrecer una imagen de inestabilidad y deterioro en la Alianza occidental, pero sin dejar por ello de contribuir en la medida de lo posible a disminuir las tensiones internacionales, y marcando claramente distancias frente a la carrera armamentista y la nueva guerra

fría. Dentro de una definida estrategia de integración en Europa, de apoyo a las libertades y al modelo de sociedad europeo, el gobierno socialista español no ha dejado ninguna duda sobre su apoyo a la paz y la distensión, incluyendo un abierto apoyo a las gestiones del grupo de Contadora para lograr la paz en Centroamérica.

### III.

La oposición al gobierno socialista debe ser también evaluada, reconociendo su respeto por la legalidad constitucional y su lealtad hacia las instituciones democráticas.

La primera fuerza de la oposición, la Coalición Democrática, ha tomado de la derecha francesa una encomiable preocupación por evitar que

**Las operaciones centristas son más un síntoma de los límites de la actual derecha parlamentaria que una posible vía para el electorado nacional.**

la mayoría socialista en el Congreso ponga en peligro las libertades y la legalidad. Desgraciadamente, la diferente concepción de las libertades de los dos partidos componentes de la Coalición no ha permitido la explicitación del modelo de sociedad latente en esta preocupación. Por otra parte, la inmoderada afición del Grupo Popular al recurso previo de inconstitucionalidad ha sembrado razonables dudas sobre la voluntad constructiva y la preocupación por el bienestar nacional de una coalición política cuyas acciones parecen destinadas casi exclusivamente a paralizar la actuación del Estado por meros prejuicios ideológicos. En otro sentido, la notoria admiración del señor Fraga por el presidente Reagan y su política no acaba de casar con su más comprensible preocupación por el déficit público español, pues como se sabe la política económica del presidente norteamericano ha conducido a su país al mayor déficit presupuestario (y de la balanza comercial) de su historia. Por todo ello cabe temer que la estrategia legislativa y económica de la principal fuerza de oposición



sea, cuando menos, incoherente, y en el peor de los casos simplemente demagógica.

La conciencia de los límites electorales de la propuesta política del señor Fraga ha llevado a la aparición de una serie de operaciones que intentan recrear el centro político. La *operación Roca* es el caso más notable, pero cabe temer que la escasa credibilidad que Convergencia i Unió ha logrado en lo que se refiere a cuestiones de Estado no beneficia su proyección como plataforma de despegue de un nuevo partido o coalición de centro. Tales operaciones, en realidad, son más un síntoma de los límites de la actual derecha parlamentaria que una posible vía para el electorado nacional. Hoy por hoy, la derecha no consigue recomponerse políticamente en una oferta capaz de llegar al centro del electorado, y no es demasiado previsible que lo logre a corto plazo.

La crisis del PCE no ha terminado: los sectores marginados en la nueva dirección del partido no pierden la esperanza de recuperar peso apoyándose en el ala dura y en los sentimientos prosoviéticos de muchos militantes. Por otra parte, la política de la dirección oscila entre la necesidad de contar con el hecho de que el gobierno es un gobierno de izquierda y la tentación de arrebatarse votos mediante una fácil demagogia basada en el crecimiento del paro y la dura situación económica. La punta de lanza en esta estrategia demagógica es el sindicato de CC.OO., lo que representa un muy grave problema habida cuenta de su peso entre los trabajadores. Pero la demagogia nunca paga a la larga: la carencia de un proyecto económico creíble frente a la crisis, y la negativa a asumir que es preciso pagar un precio por salir de ella, perjudicarán a la credibilidad del PCE incluso si ahora le permiten ganar una cierta popularidad.

El movimiento pacifista y otros movimientos radicales suponen un desafío

---

**No es posible mantener un proyecto socialista a medio plazo si los sectores más politizados y más jóvenes le vuelven la espalda.**

---

real para el gobierno socialista. No es posible mantener un proyecto socialista a medio plazo si los sectores más politizados y más jóvenes le vuelven la espalda.

En particular, es preciso dar una salida al paro juvenil para evitar que una amplia masa de jóvenes caiga en el cinismo político. En cuanto a los problemas de la paz, es más preciso que nunca señalar que la adopción del modelo europeo de sociedad no supone una apuesta por el rearme o por la nueva guerra fría. Pero, en todo caso, es muy poco previsible que el descontento por la política del gobierno socialista pueda llevar a los jóvenes a buscar nuevas opciones políticas: el principal peligro es un renacimiento de la abstención y el desarrollo, que podría suponer un riesgo para la estabilidad de la democracia, o, cuando menos, para la existencia de un gobierno de mayoría capaz de gobernar eficazmente.

### 3. *Un proyecto nacional y popular*

#### I.

El espíritu de la campaña electoral que dio al PSOE la mayoría absoluta el 28 de octubre de 1982 fue la apuesta *por el cambio*, entendido como una nueva forma de gobernar y como el comienzo para nuestro país de una etapa distinta, más allá de la sombra de la dictadura y de sus secuelas de miedo, cinismo social y apatía. Por ello el hincapié en la necesidad de acabar con las viejas formas de corrupción y de egoísmo, en la necesidad de crear un proyecto nacional y popular, un proyecto para todos los ciudadanos dispuestos a construir una sociedad desarrollada, más solidaria, más libre y más justa.

En la primera fase de la puesta en práctica de este proyecto, como ya se ha señalado, el gobierno socialista ha debido enfrentarse con una situación que ha limitado drásticamente su capacidad para ofre-



cer resultados espectaculares. Es más, al chocar con la inercia de cinismo y apatía que esta sociedad ha heredado de la dictadura, y que es una carga más profundamente peligrosa que la crisis económica o el terrorismo, el gobierno ha pagado el precio de un indudable desgaste durante sus dos primeros años de gestión. En efecto, ha debido enfrentarse en este tiempo a múltiples intereses sectoriales, procedentes de grupos que en muchos casos dieron en 1982 su voto al socialismo, pero que no habían llegado a asumir el hecho de que el precio de la modernización era un precio que debía ser pagado por todos, que la realización del cambio implicaba un sacrificio nacional, y no sólo el sacrificio *de los otros*. Las respuestas corporativistas de los diferentes colectivos afectados han venido a sumarse a los errores de la política del gobierno para crear una imagen de erosión.

Uno de los principales problemas del gobierno ha sido no saber explicar al país cómo la promesa de crear 800.000 puestos de trabajo se había hecho sobre la base de una situación económica, cuya gravedad no fue concretamente analizada. La verdadera situación económica que encontró el gobierno socialista era mucho peor de lo que se había hecho creer al país, y en concreto el déficit presupuestario era ya incompatible con cualquier política expansiva y creadora de empleo a corto plazo. Desgraciadamente, la falta de acuerdo sobre los grandes objetivos económicos entre los sindicatos, la patronal y el gobierno durante 1983 y los primeros meses de 1984 ha dado campo a una fácil demagogia que, ignorando la ausencia de políticas económicas alternativas (ausencia que mostró claramente el fracaso de la política expansiva seguida por el gobierno socialista francés en el primer año de su gestión), ha atacado a la política del gobierno proponiendo una política económica carente de rigor. La dura situación real creada por el paro ha ofrecido un excelente caldo de cultivo para este tipo de

**La promesa de crear 800.000 puestos de trabajo se hizo sobre la base de una situación económica cuya gravedad no fue correctamente analizada.**

demagogia, y las propias expectativas que en su momento creó el programa socialista han acentuado el problema.

En éste como en otros casos la primera misión del PSOE debería ser explicar al país que el precio que los diferentes colectivos han pagado durante estos dos años no ha sido gratuito ni inútil, sino que es precisamente la condición para avanzar hacia la modernización de nuestra economía, nuestra sociedad y nuestra administración. La política económica de rigor de 1983 y 1984, en particular, ha creado las bases para el imprescindible saneamiento de nuestra estructura productiva. No ha terminado, ni mucho menos, el tiempo de los sacrificios, pero las mejores ya obtenidas permiten ofrecer a los trabajadores algunas de las contrapartidas a las que tienen evidente derecho por ese sacrificio.

En este terreno es imprescindible la acción concertada del gobierno y los sindicatos para aumentar la cobertura de los servicios sociales y, al incentivar la inversión, favorecer la recuperación del empleo.

En esta tarea, sin embargo, se presentan obstáculos que no dependen de la voluntad política del gobierno socialista. El más grave es la cultura política heredada de la dictadura: una cultura marcada por la insolidaridad y el corporativismo, y por un profundo cinismo político que lleva a los actores sociales a rechazar toda actuación del gobierno que lesione sus intereses inmediatos, incluso si el objetivo es un avance para los intereses sociales globales. El problema no es ya que esta resistencia desgaste la imagen de un gobierno progresista ni que dificulte la puesta en práctica de decisiones imprescindibles para el saneamiento de nuestra economía y la puesta a punto de nuestra sociedad. El verdadero problema es que unos agentes sociales dominados por la insolidaridad y la voluntad de defender a toda costa sus ventajas particulares no pueden asumir el deseable protagonismo en la elaboración



de un proyecto nacional para la modernización de nuestro país.

Es preciso hacer hincapié en que vivimos una coyuntura excepcional. Los tradicionales países avanzados están reestructurando con rapidez y decisión sus economías y sus sociedades para hacer frente a las nuevas condiciones en las que previsiblemente se producirá la salida de la actual crisis generalizada. Se requieren nuevas tecnologías y nuevas formas de producción, en especial en todo lo relacionado con la aplicación masiva de la microelectrónica a la industria y los servicios, y a la muy probable expansión de éstos a expensas de aquélla. Los países que no modernicen a tiempo sus economías perderán sus anteriores posiciones en el mercado mundial, y esto perjudicará a *todos* los grupos sociales de estos países, empezando por los trabajadores.

Siendo así las cosas, resulta suicida aferrarse a ventajas particulares cuando lo que está en juego es nuestra capacidad colectiva para sobrevivir como país industrial avanzado. Una línea reivindicativa puramente defensiva, carente de propuestas de futuro, o que hipoteque éste para evitar sacrificios a corto plazo, es a estas alturas una línea irresponsable y demagógica, que de generalizarse hundiría a nuestro país en la decadencia económica. Todos los agentes sociales tienen derecho a exigir al gobierno una explicación clara de sus decisiones, a pedirle que busque el consenso en las grandes decisiones y que proteja en la medida de lo posible sus intereses inmediatos. Pero ningún grupo puede pedir que se conduzca al país al desastre por negarse a realizar sacrificios a corto plazo. Los trabajadores tienen buena memoria, y sabrán diferenciar en el futuro entre quienes ahora se limitan a impulsar reivindicaciones demagógicas y sin porvenir y quienes saben renunciar al corporativismo para dar prioridad a los intereses populares globales, a los intereses

**Resulta suicida aferrarse a ventajas particulares cuando lo que está en juego es nuestra capacidad colectiva para sobrevivir como país industrial avanzado.**

nacionales. Tarea especialmente ardua cuando no sólo se hereda de la dictadura una cultura insolidaria y corporativista, sino también la proclividad a ejercer el poder con arrogancia, peligro en el que igualmente puede caer un gobierno socialista.

## II.

El hecho de que los dos primeros años del gobierno socialista haya sido ante todo tiempo de sacrificios ha contribuido, además, a desdibujar la imagen de su proyecto como proyecto *socialista*. La política económica de rigor, sin embargo, sólo está en contradicción con las tradicionales políticas socialdemócratas de expansión a través del déficit, y nada tiene que ver con el objetivo socialista a medio plazo, que es aumentar el control social sobre las grandes decisiones económicas y democratizar las relaciones de trabajo en el seno de las empresas.

En efecto, para el socialismo democrático la imagen de una sociedad socialista no es la de una economía estatalizada (pues el ejemplo de los países del Este muestra claramente que ese no es el camino) ni la del simple Estado asistencial creado por las socialdemocracias en la posguerra. Ciertamente la ampliación y mejora de los servicios públicos, así como la intervención del Estado para racionalizar la actividad económica, son parte del modelo de una sociedad socialista. Pero la clave de ese modelo es la democratización de la economía, la extensión a la economía de las formas democráticas de control social que los teóricos liberales quieren mantener restringidas al plano de la política.

Esa democratización de la economía pasa al menos por dos vías. Por una parte, por el aumento de la responsabilidad y la información de los trabajadores en la marcha de las empresas, por la democrati-



zación de las relaciones de trabajo. Por otra parte, por el aumento de la responsabilidad y la información del conjunto de la sociedad en la marcha global de la eco-

**La ampliación y mejora de los servicios públicos, y la intervención del Estado para racionalizar la actividad económica, son parte del modelo de una sociedad socialista.**

nomía, a través de los sindicatos y de las formas políticas de la democracia representativa. En ambos caminos se está lejos de una plena democratización, pero también es fácil ver que las sociedades industrializadas han recorrido ya un largo trecho desde el viejo «despotismo de fábrica» y el Estado gendarme de comienzos de la revolución industrial.

En este sentido, la apuesta por la modernización es una apuesta por el socialismo. Se pretende progresar tanto en lo tocante a las relaciones de trabajo como en lo tocante a la gestión de la economía en su conjunto. El proyecto socialista es un programa de generalización y profundización de la democracia como esencia de las relaciones sociales, y la democracia económica es una parte de él, incluso en momentos como los actuales en los que la necesidad de recuperación económica podría en apariencia relegar a segundo plano cualquier otra preocupación. La potenciación del sindicato socialista, y la promoción de la participación de los trabajadores en la gestión económica, tanto en sus empresas como a nivel global, a través de sindicatos e instituciones políticas, es y debe ser una prioridad política. El mismo protagonismo que se pretende dar a los interlocutores sociales en la fijación de los grandes objetivos económicos es muestra de esta búsqueda del protagonismo de la sociedad en la gestión económica global.

### III.

Un partido que se propone ser el portavoz del cambio está obligado a aprender a leer los signos de la calle, a comprender los cambios que se operan ante nuestros ojos. La sociedad española actual no es sólo una sociedad golpeada por la crisis y

desalentada por la austeridad y la falta de resultados palpables de sus sacrificios. Es también una sociedad creativa y profundamente libre, que vive momentos de in-

quietud y renovación cultural sin precedentes. Es la sociedad civil, no el Estado, quien protagoniza este cambio de clima: la mejor alabanza que se puede hacer de la gestión cultural del gobierno socialista es que ha dado terreno de juego a las nuevas tendencias y realidades culturales, como lo han hecho los Ayuntamientos y gobiernos socialistas de las Comunidades Autónomas.

La juventud que apenas conoció la dictadura está desarrollando sus propias formas de ver e interpretar el mundo. Quizá no sean superiores a las que desarrolló la cultura de resistencia que surgió contra el franquismo, pero en todo caso son las suyas y los jóvenes tienen perfecto derecho a exponerlas en pie de igualdad —cuando menos— con las de las generaciones anteriores.

El hecho es que debemos aceptar que vivimos en una sociedad nueva y muy cambiada, y no intentar reducirla a los viejos esquemas familiares. Nuestra realidad es la de una sociedad civil mucho más moderna de lo que dicen las estadísticas económicas, mucho más autónoma y espontánea de lo que cabría haber esperado. La sociedad española cuenta con las energías y recursos necesarios para dar salida a la crisis y fraguarse una nueva identidad colectiva, y la tarea del partido socialista es reconocer y potenciar esas energías y recursos, sin intentar desviarlos o sustituirlos.

En este sentido, nuestra sociedad civil es profundamente europea, mucho más que lo que pueden serlo nuestra administración o nuestra economía. Eso no significa que los españoles pretendan volverse de espaldas a los problemas del Tercer Mundo o que acepten la estrategia de la tensión que ha dado origen a la actual y renovada guerra fría entre el Este y el



Oeste. Significa simplemente que el modelo de sociedad al que pretenden llegar la inmensa mayor parte de los españoles es una democracia industrial avanzada, con menos desigualdades y mayor igualdad de oportunidades que la España actual, pero que conserve y profundice la libertad, la creatividad y la tolerancia que ya caracterizan a nuestra sociedad. Y la referencia de ese tipo de sociedad es Europa.

El proyecto de modernización de nuestro país pasa claramente por una creciente integración, política y económica, en Europa. Bajo la dictadura, el rechazo europeo obligó al régimen a enfeudarse incondicionalmente a la política norteamericana para obtener un mínimo y vergonzante reconocimiento de los países desarrollados. Un componente fundamental de la estrategia socialista debe ser la defensa de una política exterior autónoma, que como un socio más de las comunidades europeas dé a nuestro país, frente al interlocutor norteamericano, la fuerza económica y política de una Europa unida. La integración en la CEE debe ser así tanto una oportunidad de contribuir a la consolidación del proyecto de la unidad europea como la vía para afirmar nuestra autonomía.

En este contexto debe enmarcarse igualmente la política de defensa. Nuestro país debe favorecer todas las tentativas viables de contribuir al restablecimiento y profundización de la distensión, a la reducción de los efectivos convencionales y nucleares en Europa. Pero para ello debe buscar la acción concertada con las democracias europeas, único respaldo capaz de dar a nuestra actuación peso y credibilidad. Por lo demás, mientras dure la actual tensión Este/Oeste nuestro país debe subrayar, *en el marco europeo*, su negativa a cualquier intento de acrecentar la tensión o provocar enfrentamientos ar-

mados globales o regionales, sin ocultar por ello su solidaridad e identificación con las democracias avanzadas de Europa Occidental.

La elección entre pertenecer o no a la OTAN debe serle presentada por el gobierno socialista al país en el marco de esta apuesta general por la modernización de España, que pasa por su integración en Europa subrayando la voluntad del PSOE y del gobierno de contribuir en la medida de lo posible a la distensión y el desarme, así como la compatibilidad de una posible permanencia de nuestro país en la OTAN con la desnuclearización de la Península y la búsqueda de una autonomía real para nuestra política exterior, que debería estar orientada a la conservación de la paz y el restablecimiento de la distensión Este/Oeste, a la creación general de un clima de negociación y desarme, al desarrollo de un proyecto eficaz de colaboración Norte/Sur, y a la afirmación de la solidaridad europea frente a los intereses de las grandes potencias.

Es de especial importancia subrayar que el aislacionismo respecto a Europa es una herencia del franquismo, que encuentra apoyo en el cinismo político que creó la dictadura; y que no tiene nada en común con el movimiento idealista en favor de la neutralidad entre los bloques, como apuesta por el Tercer Mundo, que está en la base del movimiento contra la OTAN. Es ciertamente el pueblo español quien debe decidir la línea de nuestra política exterior, pero para ello es preciso evitar las confusiones entre apuestas políticas diferentes. El PSOE también debe esforzarse por combatir el sentimiento milenarista y desesperanzado que se extiende entre los sectores más politizados y entre buena parte de la juventud: hay que insistir en que existe un futuro para la humanidad, y que el actual clima de rearme y guerra fría no podrá imponerse a la vo-

---

**Un partido que se propone ser el portavoz del cambio está obligado a aprender a leer los signos de la calle.**

---



luntad de los pueblos de crear una sociedad pacífica, unida y libre. La desesperanza es hoy el peor enemigo de la libertad y el socialismo, pues puede llevar a sacrificar

cualquier objetivo moral al puro deseo de garantizar la sobrevivencia, más allá de toda evaluación racional del riesgo y de los fines históricos.



# NUEVA SOCIEDAD

SEPTIEMBRE/OCTUBRE 1984

Nº 74

Director: Alberto Koschuetzke

Jefe de Redacción: Daniel González V.

**ANÁLISIS DE COYUNTURA:** Oscar Vega López: Bolivia: ¿Qué Hacer en Democracia?; Raimundo Valenzuela de la Fuente: Chile: 11 Años de Estado sin Derecho; Soledad Loeza: México: En Busca del Consenso Perdido.

**TEMA CENTRAL: PARTIDOS POLITICOS - PROBLEMAS PRESENTES.** Ricardo Núñez: La Realidad Escindida; Eugenio Díaz - Marcela Noé: Partidos Políticos y Sindicatos: ¿Competencia o Solidaridad?; Ernesto Tapia: Capacitación Política y Formación de Cuadros; José Oviedo: La Estabilidad del Equilibrio Inestable; Octavio Rodríguez Araujo: Binomio Perfecto: Gobierno y Partido; Américo Martín: De la Ideología a la Política; Manuel Urriza: ¿Movimiento o Partido?; Raúl Rivadeneira Prada: Partidos Políticos, Partidos Taxi y Partidos Fantasma. (I Parte); Hernando Gómez Buendía: Lo Patológico y lo Democrático del Clientelismo.

**POLITICA—ECONOMIA—CULTURA:** Trabil Nani - Muchos Problemas. ¿Qué Pasa con los Misquitos?; Gyorgy Kerekes: Experimentar es Vivir. . . El Socialismo en Hungría; Enrique Guinsberg: La Formación del "Hombre Necesario" y los Medios; Federico Fasano: Las Dos Caras de la Censura; Daniel Divinsky: Pequeñas Causas, Grandes Problemas. Algunas Dificultades para Editar la Verdad; La Mujer en la Ciencia; Willy Brandt: Desarrollo, Deuda y Desarme. Los Grandes Retos para la Paz.

**NOTICIAS—INFORMES—RECENSIONES**

## SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)

	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América del Norte/Asia/Europa:	US\$ 25	US\$ 45
Argentina/Brasil/Colombia/ Ecuador/México/Puerto Rico:	US\$ 20	US\$ 35
Venezuela:	Bs. 110	Bs. 200
Resto del mundo:	US\$ 15	US\$ 25

**PAGOS:** Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.

Dirección: Apartado 61.712-Chacao-Caracas 1060-A - Venezuela.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.



---

---

# UN PARTIDO PARA CONSTRUIR Y DIRIGIR EL CAMBIO

Didac Fábregas

---

---



---

---

## 1. El partido político y el conjunto de la sociedad.

*Los partidos políticos como agentes políticos globales del cambio de la sociedad*

**La estrategia de la vía democrática al socialismo se sostiene sustancialmente en una doble concepción: la pluralidad de partidos políticos en la sociedad socialista, y la alternativa democrática en el gobierno del Estado.**

Uno y otro concepto presuponen la afirmación clara del papel de los partidos políticos como el primero y principal lugar de agrupación política de los ciudadanos a partir de su concepción global del tipo de sociedad a construir y de la vía para

su consecución, situando a la vez la relación de los partidos políticos con el Estado democrático como el resultado de la confianza que el ciudadano deposita en el programa y los dirigentes del partido para que éstos gobiernen democráticamente el



Estado, en la confianza de que tal acción de gobierno será el ejercicio de la aplicación del programa político por el cual han recibido el voto de los ciudadanos, convirtiéndose, de hecho y de derecho, los partidos políticos en el canalizador democrático fundamental de las aspiraciones políticas de la ciudadanía, y por ello —y sólo por ello— en el canal de llevar al gobierno del Estado a los hombres y mujeres que dirigen y representan a los partidos políticos.

El Estado democrático pues, no es el lugar de donde nace la legitimidad democrática de los partidos políticos, sino el lugar donde con su acción de gobierno u oposición utilicen o pierdan la confianza democrática de los ciudadanos, al expresar en su acción de dirigir la vida institucional de la sociedad el cumplimiento o no de las esperanzas de cambio y construcción del presente y del futuro, que los ciudadanos depositaron con su voto en los momentos de la contienda electoral. Así pues, la legitimidad democrática para dirigir la acción política de gobierno de la sociedad a través del Estado democrático la adquieren los dirigentes de los partidos a través del grado de adhesión de los ciudadanos a los programas políticos de los partidos, y es de ellos que nace la responsabilidad de gobernar el Estado democrático.

El que la realidad histórica coyuntural exprese una mayor relevancia de las personas individualmente ante la confianza electoral de la ciudadanía, que incluso la confianza en los partidos políticos, se deviene de la confianza en la capacidad política personal de los líderes carismáticos; ello no es sino la expresión de un estado de debilidad en la formación de la conciencia política y democrática, y con un elevado grado de conciencia social de sus deberes y derechos públicos; en cuanto los ciudadanos sean capaces de identificar con precisión sus preferencias programá-

---

**El papel de los partidos políticos hay que situarlo como un elemento de activación de la incorporación de los ciudadanos a la actividad pública colectiva.**

---

ticas y del modelo de sociedad en la construcción colectiva y organizada —o asociada— de dicha sociedad; cuando tal hecho se dé, el grado de participación de la

gente en los partidos y asociaciones de la sociedad civil será alto, y su capacidad de enjuiciamiento democrático de la acción de gobierno de los partidos políticos estará en la base de solidez democrática que sobrepasa el estricto carisma o buen hacer de los líderes; es decir, estaremos en aquella sociedad donde la capacidad de autogobierno de los ciudadanos permite y crea el más amplio nivel de democratización y descentralización del poder político.

En esta perspectiva, el papel de los partidos políticos hay que situarlo como un agente creador de las condiciones de maduración política de la conciencia democrática y social de los ciudadanos, como un elemento de activación de la incorporación de los ciudadanos a la actividad pública colectiva; como un dinamizador de la formación cultural-política de la sociedad civil para transformarlos en proyectos de acción política de los partidos y de las instituciones democráticas del gobierno del Estado en sus distintos niveles. O los partidos cumplen este papel de superadores de la actual desvertebración política social y cultural entre sociedad civil y Estado democrático, o no dejan de ser un lugar de encuentro ocasional de un núcleo reducido de profesionales de la acción política creados para las confrontaciones electorales y que sólo puntualmente conectan con la sociedad civil, pero que están pensados y contruidos como sindicatos electorales para el gobierno del Estado. Y que, por ello, su función histórica no es servir a la ciudadanía para vertebrar sociedad civil y Estado democrático, sino cubrir el espacio histórico que va desde un Estado autoritario sin democracia a un Estado autoritario con libertades democráticas formales, pero sin una sociedad civil estructurada y actuando con real vida y organización democrática. Y esto no



tiene nada que ver con el proyecto de socialismo democrático que sólo será posible si se sostiene en el protagonismo activo y solidariamente consciente de los ciudadanos y la sociedad civil, en la vida democrática de las instituciones públicas.

Pero, a la vez, los partidos políticos son también un elemento básico en la construcción democrática de la sociedad civil. Su actuación fundamental radica en la capacidad que tienen de orientar, organizar y dirigir la acción de la sociedad civil, en su capacidad de hacer que la sociedad civil se comprometa en la defensa activa de un determinado modelo de sociedad; en que sea capaz de actuar en sus comportamientos sociales de una determinada forma que la ideología hegemónica en sus preferencias de modelo de vida política y social se asimilan más o menos, es la coincidente con el ideario de un partido político,

y los objetivos estratégicos que éste persigue. Así pues los partidos políticos sólo justifican su existencia y razón de ser en el grado de simbiosis e identificación

---

**Los partidos políticos sólo justifican su existencia y razón de ser en el grado de simbiosis e identificación que logren con la sociedad civil.**

---

que logren con la sociedad civil: nacen de ésta, son un parte activa de ésta, y encuentran su razón democrática de ser en tanto que la sociedad civil se identifica con ellos y asume como propio el ideario político del partido político, y expresa tal asunción en las confrontaciones electorales y en la actuación organizada detrás de las organizaciones de masas de los partidos políticos.

Entendidos así, los partidos son los agentes políticos dirigentes de la acción de conjunto de la sociedad, es decir, tanto de la acción social y política de la sociedad civil como de la acción de gobierno que los partidos desarrollan en el seno de las instituciones democráticas del Estado en sus distintos niveles. Los partidos políticos elaboran la propuesta de acción para lograr el gobierno de los distintos niveles institucionales del Estado democrático; elaboran las propuestas de comporta-

miento político y social de las asociaciones y organizaciones de la sociedad civil para que esos lo hagan suyos y propios; proponen, a la vez, un ideario ideológico y político que pretende ser hegemónico en el comportamiento social y cultural de los ciudadanos, y pretendiendo con todo ello que los ciudadanos, al identificarse en sus distintos niveles y grados con el programa del partido y con la acción de sus militantes y dirigentes, realizar la función de vertebrar políticamente el conjunto de la sociedad.

El partido político —los partidos— asume la función de dirigir a la sociedad en su conjunto, y desde tal función elabora y desarrolla esa función dirigente global a través de cada una de las parcelas de su actuación cotidiana y concreta; esta acción dirigente del partido no es un fin en sí mismo, pero sí es la función básica y

sustancial del partido político. Cuando deja de realizarla desnaturaliza su función, ya sea porque no realiza la función de sintetizar las aspiraciones globales de

la sociedad civil para convertirlas en propuestas de programas de gobierno, que han de ser refrendados democráticamente por los ciudadanos-electores; ya sea porque deja de actuar como intelectual colectivo de las clases sociales que representa y organiza, renunciando a desarrollar permanentemente su función de instrumento de liberación y creación de condiciones efectivas que el autogobierno de los sectores sociales que tiene que representar, convirtiéndose, por el contrario, en un sindicato corporativo de los profesionales de la política, para el mantenimiento de su función de perpetuación en las instituciones de gobierno al margen de su función de servicio a un ideario político y de los intereses de unas clases sociales. Cuando se produce todo esto los partidos políticos, en lugar de ser un elemento activo de vertebración política de la sociedad y ser sus agentes dirigentes del cambio, pasan a desarrollar una praxis de instrumento de



oposición política y social organizado en función de la defensa de los privilegios de una minoría social, que sólo puede mantener dicha situación sobre la base de ejercer una función de explotación y opresión económica social y política.

Establecer con mucho rigor la preponderancia política de la acción dirigente del partido en relación a la acción de gobierno que sus militantes realizan en el gobierno de las instituciones del Estado, y en las organizaciones de la sociedad civil, es una cuestión fundamental para lograr un equilibrio democrático en la sociedad entre los distintos núcleos de poder efectivo existentes en su seno, y es a la vez una cuestión central para que la relación entre clases sociales, sociedad civil, Estado democrático se desarrolle por cauces que garanticen que la función social y política que justifica la existencia de los partidos políticos, como agentes para la liberación de las clases explotadas y oprimidas, y para conquistar las condiciones políticas, sociales y culturales que hagan posible que el autogobierno de los ciudadanos sea algo que realmente se construye a través de la acción política de los partidos en su acción y relación con el conjunto de la sociedad.

### *Lucha ideológica y hegemonía política y social*

La superación del inmediatismo social, de la conciencia de clase corporativa, de los egoísmos regionalistas o nacionalistas, del economicismo social y político en las distintas clases sociales que son el soporte ascendente de la lucha por la democracia y el socialismo, presupone el desarrollo de una intensa actividad ideológica, política y social en el conjunto de la sociedad y en todas sus estructuras asociativas organizadas. No hay un proceso espontáneo de formación de la conciencia democrática y socialista en los agentes sociales que debía

protagonizar y dirigir el proceso de cambio y construcción de la nueva sociedad socialista; es imprescindible que los partidos, como expresión organizada de los núcleos más activos de las distintas clases sociales, realicen un proceso de debate ideológico y político en el seno de la sociedad para ir acercando a ésta a su proceso de maduración social, política e ideológica.

Ello exige que los partidos políticos desarrollen un profundo proceso permanente de reflexión teórica, de producción cultural, sobre la realidad en la que actúan, de la cual nacen y de la cual son una parte integrante, y que tal labor luego sea difundida a dicha sociedad para encontrar su ratificación, y realizar a la vez su proceso permanente de rectificación y adecuación a las legítimas aspiraciones de los ciudadanos a los cuales debe servir. El partido político nace del «Así es», es decir, de una rigurosa interpretación de los problemas fundamentales de su presente histórico, para en su comprensión y tratamiento establecer un proyecto de transformación que, partiendo del hoy histórico, se encamine hacia aquel tipo de sociedades que da cumplida respuesta a las esperanzas de un futuro de libertad, democracia e igualdad social y política, que más justamente representa el «así deber ser».

Esta función de interpretación permanente del proceso histórico actual para encontrar líneas de acción y proyectos que construyan el futuro es lo que caracteriza la diferencia fundamental entre el conservadurismo y el progresismo, entre la actitud de los partidos de la derecha social y de la izquierda. La acción de gobierno que se propone en los programas electorales es la concre-

**El partido no agota su función de conquistar la adhesión democrática de los ciudadanos en los momentos de las confrontaciones electorales.**

ción política para un momento de la historia, pero que sólo tiene sentido y encuentra su justo engarce entre el hoy y el mañana en la medida que es una vía de



hacer avanzar a la sociedad hacia su futuro. Cuando los partidos sólo dan respuestas a la función de gestión más o menos eficaz del presente, pero no diseñan un proyecto para construir y dirigir el cambio hacia el futuro, dejan de jugar un papel protagonista en la historia para terminar desarrollando un papel de agentes de obstrucción del devenir histórico, y por ello son a la corta o a la larga desplazados de su papel dirigente en el Estado y en la sociedad.

Los partidos deben luchar permanentemente por cubrir un doble papel:

a) Tener un programa de gobierno para dirigir la construcción del presente histórico desde un proyecto de progreso y cambio.

b) Reelaborar permanentemente un proyecto estratégico de transformación global de la sociedad, con el cual encadenar su actuación política de gobierno en el presente histórico.

Esa doble acción, que está interconexiónada dialécticamente, es realizada de una forma desigual y combinada en los distintos niveles de actuación del partido: su actuación de gobierno en las instituciones democráticas del Estado, y su acción de lucha por conquistar a la sociedad civil para la adhesión activa —electoral y asociativa— a la asunción de su proyecto estratégico. En lograr tales objetivos descansa la solidez de la fuerza social de los partidos políticos.

Es una lucha de programas, de proyectos políticos, de ideario ideológico, que los partidos desarrollan en el seno de la sociedad y en su acción de gobierno en las instituciones democráticas, a través de la cual deben lograr la real, sólida y estable hegemonía ideológica, política y social en la amplia mayoría de los ciudadanos: que sólo en la medida que hacen suyos dichos

**Un partido que no puede explicar las diferencias entre táctica y estrategia es un partido sin proyecto político real.**

proyectos son capaces de reforzar la acción democrática de gobierno de los partidos políticos y apoyar desde la sociedad la función transformadora de los programas políticos. El combate efectivo contra la involución política, contra el golpismo autoritario, es una lucha por ganar la adhesión estable y organizada de los ciudadanos a los proyectos ideológicos y políticos de los partidos progresistas y democráticos.

El imprescindible rechazo a las teorías y las prácticas del «partido único» y «del partido dirigente», que sustituye con su acción organizada y vanguardista la acción política de los ciudadanos, pasa por una lucha permanente entre los partidos democráticos por lograr la adhesión consciente y voluntaria de los ciudadanos a los proyectos de sus idearios y programas de los partidos políticos. Pero esa adhesión sólo puede lograrse efectivamente en la medida que el partido está ampliamente integrado en la sociedad civil, actúa de una forma dirigente políticamente —no burocráticamente— en las organizaciones de masas de dicha sociedad civil, y logra que sean el máximo número de ciudadanos en la defensa de sus programas e idearios.

Cualquier planteamiento que suponga desestimar el papel fundamental de la necesidad de organizar amplia y establemente a la sociedad civil, en aras de acciones de adhesión electoral puntual, que suponga limitar la acción del partido a una pura máquina administrativa electoralista, pero sin real arraigo social organizado, presupone una concepción elitista y cercana al despotismo ilustrado que basa su actuación en el axioma de que el pueblo no es capaz de autogobernarse y que, por ello, necesita de agentes externos y democráticos para decidir y construir su futuro. Los partidos y los líderes políticos sólo desarrollan correctamente su labor en tanto que son capaces de reproducir capacidad



de autoorganización democrática en la sociedad, y generan la aparición de nuevos líderes en número cada vez mayor, capaz de garantizar la continuidad del ideario político del partido en el más amplio sector de ciudadanos y organizaciones.

La lucha por la hegemonía ideológica y política en el conjunto de la sociedad presupone cuestionar continuamente la corrección o no de sus propuestas de gobierno y de futuro, a la aceptación o no del pueblo a través de las distintas manifestaciones por las que éste expresa su adhesión política a los partidos. El partido no agota su función de conquistar la adhesión democrática de los ciudadanos en los momentos de las confrontaciones electorales, sino que lo prolonga continuamente en el debate de masas para encontrar en él la conformidad y realizar los cambios que sean precisos y exigidos por las clases sociales a las cuales se pretende servir.

Esa acción desigual y combinada del partido por lograr la hegemonía ideológica y política de la sociedad presupone que éste no limita su actuación a la acción desde los gobiernos de las instituciones, dado que es inevitable que las coyunturas históricas obliguen a la realización de programas moderados que responden a una determinada correlación de fuerzas en la lucha de clases; el partido ha de ser capaz de desarrollar esa acción autónoma como tal en el seno de la sociedad civil, para defender en ella, con más amplitud y sin las limitaciones de su programa de gobierno, la difusión de sus proyectos estratégicos y la difusión de su ideario político e ideológico.

Hay una complementariedad entre un nivel de actuación y otro, pero nunca una subordinación entre ambos. El partido debe defender sin limitaciones, y de una forma abierta y clara, su programa a medio y largo plazo, debe luchar por conquistar a los más amplios sectores sociales

para su proyecto estratégico y saberlo explicar entre los ciudadanos; tiene que lograrse la maduración política de la sociedad, logrando que ésta pueda distinguir el «hacia donde se va» de lo que históricamente se puede realizar desde el gobierno. Esta es la única manera de que la moderación del hoy no hipoteque la credibilidad del programa de conjunto del partido.

La acción autónoma del partido en la sociedad civil expresa la tensión lógica y necesaria entre dirigir el cambio desde la acción de gobernar las instituciones del Estado y la función de construir con la sociedad las condiciones para la transición democrática hacia el socialismo. Un partido que no puede explicar las diferencias entre táctica y estrategia, entre el hoy y el mañana, es un partido sin proyecto político real, sin un efectivo proyecto de construcción democrática del socialismo. Justamente las tensiones entre las tareas a corto plazo y el proyecto de futuro es lo que fortalece la inserción del programa del partido en la sociedad; lo que le da a éste fuerza en la sociedad para superar las correlaciones de fuerzas coyunturales, que le son adversas en su tarea de gobierno, y es lo que crea condiciones efectivas para ir dando saltos sin traumas ni roturas en el proceso de transición democrática hacia el socialismo.

El partido no puede constreñir su acción autónoma en la sociedad, y la difusión de su ideario general, a la acción coyuntural de gobernar el Estado; el partido tiene que diversificar su amplio mensaje de cambio en la sociedad. Ello no supone doblez de lenguaje, ni de proyectos, sino una explicación clara ante la sociedad de las diferencias entre táctica y estrategia, entre programas de gobierno y proyectos estratégicos de futuro. Ello conlleva una necesaria función de auténtica autonomía

y de acción combinada y desigual del partido en su acción de gobierno y en su acción como partido.

La hegemonía ideológica y política de

**Las tensiones entre las tareas a corto plazo y el proyecto de futuro es lo que fortalece la inserción del partido en la sociedad.**



la sociedad se logra desde el gobierno de las instituciones del Estado y desde la acción propia y autónoma del partido en la sociedad civil; sólo así se conjugan los principios de complementariedad y autonomía de actuación en cada uno de estos niveles, y así se logra que el lógico desgaste en la acción de gobernar no desgaste la credibilidad y solidez estratégica del ideario y programa del partido en los amplios sectores sociales que se identifican con él.

### *El partido y las instituciones del Estado democrático.*

El partido realiza su función dirigente en las instituciones del Estado democrático a través de la ratificación de la adhesión electoral que el programa concreto de gobierno, que ha presentado en la contienda, ha logrado, y para ser ejecutado por los hombres que se han presentado junto a dicho programa; es por ello que su función dirigente no es algo que pueda desarrollarse independientemente del motivo por el cual ha sido votado por la ciudadanía. No hay, pues, cheques en blanco para ejercer la dirección, ni el voto ha sido dado a la totalidad del proyecto socialista, sino solamente a aquél programa concreto que ha dado a la adhesión electoral concreta.

Tal hecho condiciona, y así debe ser, la función dirigente del partido en las instituciones. Este no puede ni debe plantearse el desviar o reformar la voluntad democrática del pueblo a través de una utilización maximalista del poder logrado, desarrollando aspectos de programa propio del partido al margen del que fue presentado al electorado. Ello equivaldría a una suplantación de la soberanía popular y a un ejercicio despótico del poder que implica a su vez una concepción sustitutiva del papel del partido en un régimen democrático.

Asimismo, los dirigentes políticos gozan de plena autonomía en el ejercicio de su función de gobierno en lo que supone el desarrollo de los puntos de su programa de gobierno. Los socialistas son contrarios a una función de sustitución en la función dirigente que los grupos parlamentarios autónomamente en su labor desde los órganos ejecutivos de gobierno, y no podrán ser sustituidos en tal labor por los órganos de dirección orgánica del partido. No puede confundirse las funciones de control político que el partido debe hacer de sus representantes elegidos por el pueblo para gobernar las instituciones democráticas, en el sentido de garantizar el cumplimiento de los programas de partido con los que fueron elegidos, con la sustitución de la autonomía en la ejecución y dirección de los militantes socialistas en sus tareas de gobierno.

---

**El partido no puede permitir que los dirigentes en las instituciones democráticas dejen de aplicar el programa por el cual han sido elegidos.**

---

El partido debe ser profundamente escrupuloso con la soberanía y autonomía de las instituciones del Estado democrático, debe plantearse la creación de condiciones para que la adhesión popular a dicho Estado se exija a través de la adhesión libre y consciente a programas cada vez más cercanos al conjunto del programa socialista, pero nunca puede utilizar su preponderancia en un momento histórico en los órganos de gobierno de dicho Estado para acelerar el desarrollo del ideario socialista desde el Estado sin la previa adhesión democrática del pueblo: ello puede conllevar y conlleva una sustitución del proceso democrático y una utilización autoritaria de las libertades democráticas.

El partido dirige al Estado democrático a través del proceso soberano, por el cual elabora los programas de gobierno y selecciona a sus representantes para que éstos sean sometidos a la decisión electoral del pueblo; el partido debe regular el cumplimiento de los programas que ha propuesto para ser elegido y garantizar que



corregirá las desviaciones que en tal sentido se pueden producir para evitar que se burle la voluntad popular. Al margen de tales derechos y funciones dirigentes, el partido no puede ni obstaculizar ni intervenir de otro modo en el desarrollo de la acción de gobierno en las instituciones democráticas.

Lo que caracteriza una concepción stalinista o dictatorial del papel del partido en el Estado es la completa subordinación del Estado a la dirección del partido, desde su propia interpretación de la voluntad popular, y a la vez desde un proceso de selección interna de los dirigentes que le son impuestos luego a la dirección del gobierno del Estado, sin ningún tipo de intervención del pueblo soberano en tal selección. Aceptar el sistema democrático es asumir su lógica interna sin modificaciones partidarias de la misma.

Entendida así la función dirigente del partido en las instituciones del Estado, de lo que se trata es de garantizar un correcto funcionamiento colectivo de los elegidos para tal fin en cada nivel del Estado, una correcta función de control por los órganos de dirección del partido del cumplimiento por sus militantes en dichas instituciones, del programa para el cual fueron elegidos; y, a la vez, un proceso de organizar con rigor su actividad anterior a las contiendas electorales, para que sea realmente el partido democrática y colectivamente quien elabora los programas electorales y de gobierno, y quien selecciona a los hombres que van a representarle en el gobierno del Estado en sus distintos niveles.

### *Partido y sociedad civil*

Los partidos políticos no son una asociación más de la sociedad civil, no se plantean su relación con el conjunto de organizaciones del tejido social de la so-

## **El partido no puede ni debe pretender sustituir la acción propia y autónoma de las organizaciones de la propia sociedad civil.**

iedad civil como una asociación que, con funciones idénticas a otras, intenta desarrollar en su interior actividades que son propias de las organizaciones autónomas y no partidarios de la propia sociedad civil; por el contrario, los partidos difunden su actuación en el conjunto de dichas organizaciones como la razón fundamental de su actividad política en la lucha social.

Una concepción sectaria y defensiva de la relación partido-sociedad civil es la que supone que el partido debe convertirse en el lugar de encuentro y ocio de todos los ciudadanos, a partir de su adscripción ideológica, para el desarrollo de actividades culturales, recreativas, etc., en franca competencia con las organizaciones autónomas que apartidariamente se construyen en el tejido social; desarrollando así un proceso por el cual las Casas del Pueblo del partido pretenderán suplir y desplazar la actuación de sus militantes en el desarrollo de su actividad social, cultural, recreativa, etc., en las organizaciones de masas autónomas; suspirando porque la vida del militante quede cerrada en su desarrollo social organizado, a la que desarrolla en su sindicato, en su acción de gobierno o institucional y a la que luego tiene en la Casa del Pueblo o del partido. Tal concepción del partido como una asociación civil más lleva a un proceso de aislamiento social del partido, y a una política defensiva y competitiva de ésta con las demás organizaciones de la sociedad civil.

Hay, sin lugar a dudas, en dicha concepción, una visión totalitaria y sectaria del papel de los partidos en la sociedad, fruto de una concepción absolutista del papel del partido en el tejido social.

La sociedad civil es necesariamente plural, política e ideológicamente, y desarrolla su proceso asociativo autónomo a partir de cada una de las necesidades materiales que las personas en sus distintas actividades sociales sientan y necesitan estructu-



rar, y ello confirma el principio básico a través del cual se desarrolla la voluntad social de las personas de desarrollar colectiva y asociadamente su particular forma de organizar las distintas facetas de las relaciones sociales. No habría sociedad democrática sin pluralidad ideológica, no habría democracia sin pluralidad partidaria; ni habría sociedad civil libre, democrática y con capacidad de autogobierno si ésta no estuviera ampliamente estructurada en organizaciones de masas autónomas y apartidarias.

El partido —los partidos— no puede ni debe pretender sustituir la acción propia y autónoma de las organizaciones de la propia sociedad civil; ni debe plantearse que sólo hay que potenciar aquéllas que se identifiquen con el ideario o programa del partido; ni puede discutir la legitimidad y la necesaria existencia de formas de organización autónomas de la propia sociedad

civil para defender su soberanía al margen de las instituciones democráticas y de los partidos. Por el contrario, la existencia amplia y organizada de las mismas es la garantía de una sociedad con amplia capacidad de autogobierno y de conciencia democrática.

El partido lo que debe de desarrollar es una doble actuación: por un lado, potenciar la existencia de las organizaciones autónomas de la sociedad civil, como forma de fortalecer la democracia, y, por otro, sus militantes desarrollar una lucha ideológica y política en el seno de dichas organizaciones, que la actuación de éstas sea lo más armónica posible con el ideario y programa global socialista.

Si los socialistas entendemos que es nuestro proyecto estratégico global el que más correctamente se identifica con las necesidades del conjunto de la sociedad, y ello es nuestra fuerza para poder ir transformando dicha sociedad desde las instituciones democráticas del Estado, necesi-

tamos conquistar amplia y establemente la adhesión de las distintas clases sociales a nuestro ideario y a nuestro programa. Ello debe de expresarse en el progresivo proceso de identificación de la amplia mayoría de las organizaciones de la sociedad civil con el proyecto socialista, como única garantía de ser dicha sociedad la que demande que desde el gobierno de las instituciones se desarrolle el programa de construcción del socialismo democrático, y es a la vez la única garantía de defensa del Estado democrático contra cualquier intento de involución golpista, del signo que sea.

Sería una concepción totalmente errónea pensar que la defensa de las instituciones democráticas descansa exclusivamente en las mayorías existentes en ellos en cada coyuntura; lo que realmente garantiza que dichas mayorías pueden desarrollar con solidez sus programas de actuación y de transición democrática al socialismo. Es la capacidad real de organizar la voluntad democrática de la sociedad civil, de luchar por vencer todo tipo

**Solucionar positivamente la falta de peso político del papel del partido en el sistema democrático es fundamental en la lucha por consolidar la democracia en España.**

de resistencia que desde determinados núcleos del poder del Estado o de la sociedad pudieran plantearse contra la legalidad democrática. No hay una democracia fuerte y consolidada si no hay una sociedad civil fuertemente organizada, y en la cual los criterios y programas básicos que vertebran la actuación de dichas organizaciones es lo más coincidente posible con el ideario socialista.

Así pues el partido, al luchar por vertebrar democráticamente la sociedad civil, al luchar por tener una real hegemonía ideológica y política en las organizaciones autónomas de dicha sociedad civil, está conquistando las condiciones necesarias para poder realizar y dirigir la transición democrática al socialismo; tanto porque sólo así se ganan mayorías sociales reales para llegar al gobierno del Estado democrático, como porque sólo así se consi-



guen las condiciones de fuerza y apoyo para garantizar el tránsito pacífico y democrático al socialismo, y la garantía de capacidad de defensa efectiva contra los intentos involucionistas, sean del signo que sean.

### *El partido como organización dirigente del Estado y de la sociedad*

No se puede desligar, en el proceso actual de construcción de la España democrática, la repercusión que en la historia política de nuestro país han tenido los largos períodos de dictadura de uno u otro signo, entendiendo con perspectiva histórica que lo corto de los períodos democráticos han dejado una profunda huella ideológica en la cultura política del país. La función y el papel de los partidos políticos en la construcción del Estado democrático, y de la sociedad civil, es débilmente entendida por la amplia mayoría de nuestras clases sociales; a ello han contribuido tanto los largos períodos de regímenes políticos sin libertades como los graves vicios de fondo del período de la Restauración, que también contribuyeron a desacreditar el papel de los partidos políticos como instituciones democráticas.

El bajo número de afiliados que tienen los partidos políticos, la relación altamente débil en la proporción entre número de electores y número de afiliados de cada opción política, la débil actividad asociativa en el seno de la sociedad civil, la falta de valoración positiva de los ciudadanos al papel de los partidos políticos son, entre otros factores, una clara expresión hoy de la debilidad que para el sistema democrático supone la falta de peso político del papel del partido en el sistema democrático. Solucionar positivamente tal hecho es una parte fundamental de la lucha por consolidar y construir la democracia en España.

Si se hace un análisis riguroso y detallado de las diversas encuestas de opinión,

**Los partidos políticos tienen que ganar la batalla política contra la falta de comprensión de su papel relevante en el sistema democrático.**

que en los procesos electorales o en cualquier otro momento se hacen, veremos con claridad el distinto grado de aceptación de los líderes de los partidos políticos, y del partido al que pertenecen; asimismo, en los últimos contenciosos que en el corto período de nuestra historia se han desarrollado entre los líderes políticos con amplia aceptación popular y los partidos que dirigen, se ve con claridad que el ciudadano tiende a situarse al lado de los líderes en contra del partido político. Es como si la aceptación de la existencia del partido político fuera un mal necesario que se haya de asumir como contrapartida al hecho de la existencia del sistema democrático, que se está aún muy lejos de afirmar que para la amplia mayoría de los ciudadanos exista una clara comprensión del papel consustancial y básico de los partidos políticos en la construcción del sistema democrático español.

Ese proceso por el cual el líder político, en lugar de ser la máxima expresión individual del programa político de un partido, y por lo tanto su función como líder está en armonía con el conjunto del partido al que lidera, es aceptado con más amplitud que lo es su partido político, y que en caso de contencioso entre líderes y partido se tiende a colocarse al lado del líder y enfrente del partido, no es sino la reminiscencia ideológica de un pasado que lleva a que la gente crea más en la acción individual de los líderes, como agentes salvadores o mesías esperados que resolverán los problemas, que no en la afirmación de que sólo de la acción organizada, continuada y solidaria de la amplia mayoría puede garantizarse la construcción de una sociedad de hombres libres, iguales y con real capacidad de autogobierno.

No es posible pensar en el socialismo democrático si no es sobre la base de que existan unos hombres actuando como libre-pensadores, con capacidad real para autogobernarse, desde los principios de



libertades e igualdades están contruidos sobre el principio dinámico y creativo de solidaridad organizada de los ciudadanos en la sociedad civil; porque sólo en tanto en cuanto los hombres construyen su conciencia social y política, y ello les lleva a actuar organizadamente en la sociedad para defender sus intereses sociales y políticos, sólo en la medida que tal proceso se generaliza, se están creando las condiciones para ir modificando el papel del Estado y de los partidos políticos como garantes de la libertad y de la democracia, para irse construyendo las fórmulas más amplias posibles de una sociedad donde el autogobierno libre y solidario de hombres iguales será posible y real.

Supondría una total falta de perspectiva histórica, al no entender que es una expresión negativa, muy negativa para el futuro de la democracia y del socialismo, la actual situación de falta de comprensión de los ciudadanos en el papel de los partidos en la construcción del sistema democrático. Los hombres pasarán, los líderes podrán ser distintos, lo importante es que el papel de las instituciones se consolide, y ello sólo es posible cambiando la valoración que los ciudadanos tengan de los mismos. Lograr que los partidos políticos sean asumidos como el principal instrumento de la construcción del sistema democrático es la expresión determinante del éxito o el fracaso de la consolidación del sistema democrático en España.

Los partidos políticos tienen que ganar la batalla política contra la falta de comprensión de su papel relevante en el sistema democrático. No puede haber conflicto entre el partido y el Estado en cuanto a su función distinta en el sistema democrático, uno y otro tienen una base de articulación de su legitimidad en raíces distintas: las unas son fruto de la libre decisión de asociarse en torno a un ideario y un programa, para proponerlo a los ciudadanos y para que éstos expresen, a través del voto, la confianza que depositan en di-

**La moderación o radicalidad de nuestros programas de gobierno deben responder exclusivamente a la medición objetiva de la correlación de fuerzas históricas.**

chos partidos para dirigir el cambio de la sociedad; y el Estado es el lugar desde el cual, y en base a las reglas de funcionamiento que también libremente han establecido los ciudadanos, los partidos políticos pueden desarrollar sus programas de cambio para la construcción de la sociedad y del sistema democrático.

La sociedad y el Estado se relacionan a través de los partidos políticos en el aspecto más determinante de dicha relación; en aquello por lo cual los ciudadanos establecen cómo quieren, y para qué, ser gobernados por el Estado. Es evidente que hay múltiples y diversas formas de relación entre el Estado y la sociedad civil y ello no es canalizado a través de los partidos políticos; y es necesario que sea así, pero el aspecto cualitativamente más determinante de la relación entre el Estado y la sociedad civil es la que se realiza al votar a los partidos políticos, para que ellos determinen el marco constitucional y jurídico de relaciones sociales y políticas entre el Estado y la sociedad. De ahí que afirmamos el papel dirigente de los partidos políticos en la relación entre el Estado y la sociedad.

2. La relación entre Estado y sociedad civil

*Los agentes sociales del cambio y su construcción democrática en la sociedad civil*

Analizar el papel del partido y diseñar el modelo de partido que se quiere construir implica plantearse la cuestión de los agentes sociales del cambio, es decir, del conjunto de clases y capas que conforman el bloque histórico democrático y socialista, para plantar en su resolución el papel del partido en su relación con dichas clases sociales. En la España de 1984 el proletariado industrial, los obreros del campo y los trabajadores de servicios siguen siendo



las clases fundamentales del cambio democrático y socialista; pero hoy es imprescindible integrar además en el bloque histórico democrático y socialista a la pequeña y media burguesía urbana y rural, a los profesionales liberales, a los funcionarios del conjunto de los aparatos del Estado, y aquellos sectores de la burguesía nacional recuperables para la defensa del socialismo democrático.

Los agentes sociales que han de conformar el bloque histórico democrático-socialista deben consolidar su actuación como agentes conscientes de dicho bloque, y ello plantea necesariamente el que se den tres condiciones:

a) Que consoliden su apoyo electoral estable al programa y al partido socialista.

b) Que adquieran la fuerza organizativa estable en el tejido social de la sociedad civil para ser una auténtica mayoría social para el cambio democrático-socialista.

c) Que en cada una de las organizaciones propias y autónomas de dichos sectores sociales los socialistas conquistemos la hegemonía política, ideológica y organizativa. Así pues, de lo que se trata es de elaborar una estrategia capaz de construir política y organizativamente dicho bloque histórico.

Tal perspectiva estratégica hay que entenderla en su historicidad transitoria, es decir, es un proceso cuya existencia ha de entenderse a largo plazo, y es a la vez un proceso desigual y combinado con avances y retrocesos. No puede pensarse en un proceso lineal por el cual puede a corto plazo estabilizarse adhesión electoral, mayoría social y hegemonía política en cada clase; muy por el contrario, iremos avanzando contradictoriamente logrando acuerdos históricos coincidentes, luchar

por desacuerdos con nuestra gestión de gobierno y como partido, y conquista y pérdida de influencia de nuestros dirigentes entre las diversas organizaciones autónomas de estas clases sociales.

Tal proceso está vinculado tanto a la corrección histórica de nuestros programas electorales y de gobierno para cada período y al acuerdo que en dicho tiempo seamos capaces de lograr, a una lucha por consolidar en la sociedad civil la capacidad asociativa tras un programa democrático-socialista de dichas organizaciones, y el proceso de surgimiento y captación de los líderes naturales de dichas organizaciones. En el logro del bloque histórico democrático-socialista, y en la construcción de su conciencia política y su consolidación organizativa, es donde está enmarcada la real creación de las condiciones para la transición democrática al socialismo.

**La tarea prioritaria  
en esta fase histórica  
es la vertebración de la sociedad  
civil y el Estado  
democrático.**

Los socialistas debemos ser rigurosamente realistas con la solidez de nuestro peso electoral actual, de entender que éste debe consolidarse en el tiempo, y que ello exige un proceso de conquistar posiciones estables en el seno de dichas clases sociales. Ello comporta también el principio de historicidad en nuestros programas electorales y de gobierno, es decir, que deben ser elaborados teniendo en cuenta cuáles son el tipo de transformaciones objetivas que construyen la democracia e introducen en ésta los cambios sociales y políticos que hacen posible el avance gradual hacia el socialismo.

La solidez del avance histórico se mide por la profundidad y amplitud de la aceptación de nuestros proyectos de cambio en las clases sociales que han de dirigirlo como protagonistas conscientes; ello nos obliga a entender que la corrección de un programa no se mide por la cantidad de ideario socialista que en abstracto contiene, sino por el carácter de democratización real que introduce en la estructura



económica, social y política, y la dinámica irreversible que para la estabilidad democrática ello supone; y tal dinámica hay que medirla en relación a la situación histórica de nuestro país. Así pues, hay que entender que la moderación o radicalidad de nuestros programas de gobierno en cada período deben responder exclusivamente a la medición objetiva de la correlación de fuerzas históricas, y en función de ella hacer aquellas propuestas que modifiquen objetivamente tanto la realidad material de nuestra sociedad como la conciencia de las clases sociales, que definimos como los agentes sociales del bloque histórico democrático-socialista.

Los socialistas hemos de construir democráticamente los agentes sociales del bloque histórico en la sociedad civil, es decir, hay que organizar la voluntad de luchar por la democracia y el socialismo en estas clases sociales a partir de que se organicen autónomamente para la defensa de sus intereses democráticos y sociales más inmediatos, que sean capaces de desarrollar un amplio movimiento de masas alrededor de sus programas propios, que entienden que deben de ver al Estado como el interlocutor fundamental para ir resolviendo dichas necesidades; y que en tal actividad el partido socialista ha de centrar una parte fundamental de su trabajo político y militante.

### *Vida asociativa y conciencia política en la sociedad civil*

Si la vertebración de la sociedad civil y el Estado democrático es la tarea prioritaria en esta fase histórica, la construcción de la conciencia política en la sociedad civil es el elemento central de dicha vertebración. No hay una democracia fuerte si no hay una sociedad civil profundamente democrática; eso es la expresión de su fuerza democrática y ello expresa y es consecuencia del alto grado de conciencia política de los ciudadanos.

La lucha contra la «inmediatez social» en la conciencia política e ideológica de las clases sociales pasa por el proceso de construcción de su conciencia política, a través de la cual son capaces de incardinar sus objetivos más inmediatos con una visión de sus intereses históricos que sean capaces de dar cumplida respuesta a sus intereses reales de «clase para sí». Los socialistas deben plantearse una amplia acción cultural y de lucha ideológica y política por construir la conciencia política de la sociedad civil, por dotarla de los instrumentos necesarios para garantizarse los medios que le faciliten el acceso a un grado elevado de comprensión de sus intereses sociales y políticos en el sentido de sus intereses históricos, y superar así el «inmediatismo social» en su conciencia de clase.

Fomentar el desarrollo de la vida asociativa autónoma en la sociedad civil, luchar porque ésta se estructure en torno a contenidos sociales e ideológicos de carácter progresista y democrático, es la mejor forma de crear las condiciones que construirán la conciencia política de la sociedad civil. Todo el potencial militante y político que el partido invierte en tal labor es una inversión que la capitaliza el proceso de construcción de la democracia y es la mejor garantía de vertebración de la sociedad civil y el Estado democrático en la España de hoy, creando con ello las condiciones de superación del divorcio entre «La España real» (sociedad civil) y «La España oficial» (Estado democrático).

### *El papel de la sociedad civil en la transformación del Estado democrático*

La sociedad civil no es el sujeto pasivo de los actos de comportamiento que establece el Estado democrático; muy por el contrario, es la sociedad civil quien determina la evolución y transformación del

**Los socialistas damos un papel relevante y determinante a la sociedad civil como el agente fundamental de la transformación del Estado democrático.**



Estado. El avance y modulación de la conciencia social y política de la sociedad civil es la que determina lo que los partidos políticos deben de recoger y proponer en sus programas electorales y de gobierno, para al ser refrendados con el voto popular éstos desarrollen su acción de gobierno desde el Estado a fin de satisfacer las demandas de la sociedad civil.

Son los sistemas totalitarios y autoritarios que, al negar la libre expresión democrática de la sociedad civil, establecen que el único lugar desde el cual se establece que la evolución y cambio posible del Estado es desde el propio Estado; estableciendo con ello un cambio absoluto en la función del Estado en su relación con la sociedad civil; el Estado y el partido único son el único eje y motor de todo cambio social. La sociedad civil, por el contrario, es un sujeto pasivo de la acción y decisión del Estado y del partido único, que a través de sus propias leyes y dinámicas internas determina sus funciones y funcionamiento, y cualquier actividad que en la sociedad civil se desarrolle de cuestionamiento a dichas funciones y funcionamiento es un acto de atentado contra el Estado.

En el pensamiento del socialismo democrático, muy por el contrario, es la sociedad civil y sólo ella quien libremente va determinando las funciones y el funcionamiento de dicho Estado; éste no es nunca un aparato definitivamente construido, sino que su evolución y transformación va reflejando las exigencias y proyectos que, nacidos en el seno de la sociedad civil, se convierten en propuestas para la acción del Gobierno de dicho Estado.

Así pues, los socialistas le damos un papel relevante y determinante a la sociedad civil como el agente fundamental de la transformación del Estado democrático; luchamos por conseguir la legitimidad para poder cambiar la sociedad desde el go-

**Los partidos políticos son el instrumento fundamental que actúa como intermediario en la relación entre Estado y sociedad civil.**

bierno del Estado, a través del apoyo real que nuestro ideario logra en primer lugar en la sociedad civil; de ahí que es fundamental establecer con precisión y rigor los canales de comunicación permanente entre el Estado democrático y las organizaciones de la sociedad civil.

Si entre un período electoral y el siguiente, no existe ningún mecanismo más de relación entre el ciudadano y aquéllos que han de gobernar el Estado, entonces es que estamos ante una sociedad civil débil; es imprescindible que los distintos niveles del Estado en su estructuración territorial establezcan vías de relación y participación de las organizaciones autónomas de la sociedad civil en las actividades públicas: a través de la relación entre los agentes económicos y sociales en la elaboración de la acción económica del Gobierno, a través de la participación ciudadana en la vida municipal, a través de la presencia de un diálogo permanente entre las organizaciones populares y cada actividad sectorial de las instituciones sectoriales, etc...

Se trata de crear unos amplios mecanismos de relación continuada a través de los cuales el Estado puede ir recogiendo continuamente las exigencias que a distintos niveles expresan y demandan las organizaciones de la sociedad civil, de que éstos a su vez conozcan y entiendan el momento histórico en que se halla el Estado que los tiene que servir. Que en esa relación dialéctica los partidos políticos que gobiernan el Estado reconozcan cuáles son los cambios que deben recoger para la elaboración de sus programas electorales y de gobierno, y que la propia sociedad civil se construya la visión política de qué tipo de Estado y de acción de gobierno necesitan; a fin de poder plantearse en la próxima contienda electoral el luchar para que los partidos políticos reflejen fielmente lo que debe ser la acción del Estado democrático, en la nueva fase histórica.



*El Estado como receptor y ejecutor  
de las transformaciones  
en el conjunto de la sociedad*

El Estado es un elemento beligerante y activo en el proceso de modificación de la conciencia política de la sociedad, la acción de gobierno que desde él se desarrolla determina la ejecución de los cambios materiales que promueven los cambios de visión de la sociedad de los propios ciudadanos, porque ello es el resultado concreto del desarrollo del programa de gobierno que dio la victoria al partido hegemónico en el mismo. Así pues, es incuestionable que el Estado ejerce una influencia decisiva también en la creación de las condiciones sociales y políticas, que construyen la conciencia política de la sociedad civil.

No se trata en absoluto de negarse al Estado democrático tal función, es totalmente legítima; de lo que se trata es de establecer con precisión las reglas de la relación entre Estado y sociedad civil, para que los partidos que lo gobiernen no traspasen la utilización de su hegemonía del

Estado más allá de los programas electorales y de gobierno por los cuales han sido votados para el período en concreto. Los partidos políticos desde la oposición tienen que exigir reiteradamente que no se traspase dicho límite, deben de luchar desde la sociedad civil para que ésta se niegue a ir más allá de lo que está democráticamente establecido.

El equilibrio de poderes en este campo es la discusión política permanente entre el Estado democrático que, a través del mandato electoral que ha recibido, desarrolla una acción de gobierno encaminada a transformar la sociedad en dicho sentido, esperando con ello que se realice un profundo cambio en la sociedad civil, y la lucha de ésta porque se garantice que tal acción no sobrepase el mandato que ella misma dio al ejercer libremente el derecho del voto.

Los partidos políticos son, en todo caso, el instrumento fundamental que actúa como intermediario en la relación entre Estado y sociedad civil.





**José María Maravall**

**LA POLITICA  
DE LA TRANSICION**

2.<sup>a</sup> Edición corregida y aumentada

**U**n estudio de la transición española a la democracia que se inicia con la crisis de la dictadura desde fines de los años sesenta y concluye con la victoria socialista en las elecciones legislativas de mil novecientos ochenta y dos.

También en Taurus Ediciones

**Ignacio Sotelo**

**EL SOCIALISMO DEMOCRATICO**

**Francisco Fernández Ordoñez**

**LA ESPAÑA NECESARIA**

**Juan Luis Cebrián**

**LA ESPAÑA QUE BOSTEZA**

**TAURUS EDICIONES, S.A.**

Príncipe de Vergara, 81, 1.<sup>o</sup> - 28006 MADRID. Tel. 2619700

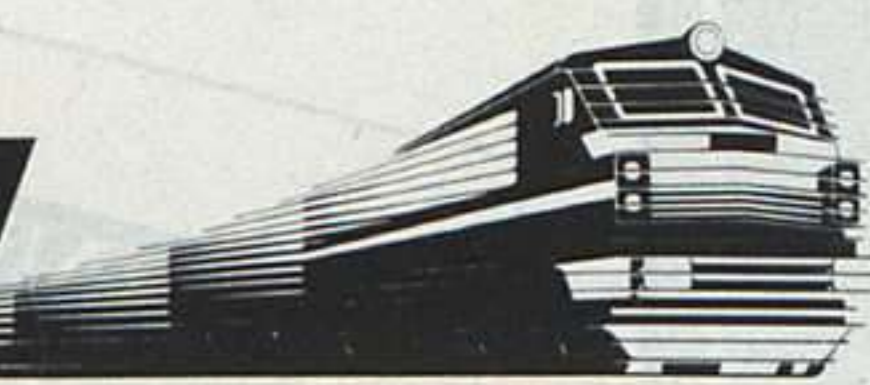
**DISTRIBUYE ITACA, S.A.**

López de Hoyos, 141 - 28002 MADRID. Tel. 4166600 (14 líneas)





# EL TREN COMUNICA



## Sus avances en rentabilidad.



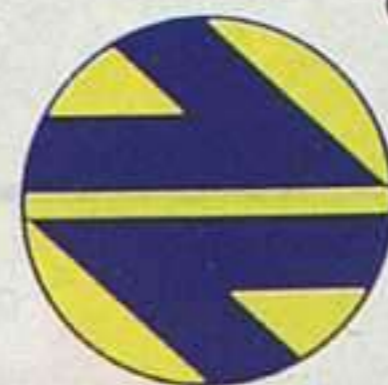
En 1983 Renfe aportó al conjunto de la economía española unos beneficios sociales superiores a los 114.000 millones de pesetas, dio empleo, directa o indirectamente, a más de 242.000 trabajadores.

Por otro lado, el déficit de la empresa, que ya es el menor de los ferrocarriles europeos, se está reduciendo sustancialmente este año con relación a lo previsto, gracias a la mejora de la gestión y el incremento de la productividad.

Las ventajas del ferrocarril en los campos de la seguridad, ahorro de energía y capacidad de transporte hacen de él un medio insustituible y socialmente rentable.

Conozca el tren un poco mejor. Mírelo con ojos nuevos porque el tren, nuestro tren, está cambiando.

Mira el tren  
con ojos nuevos



RENFE



**FUNDACION**

**PABLO**

**IGLESIAS**

**CAMINOS DE  
LA DEMOCRACIA  
EN AMERICA  
LATINA**

EDITORIAL  
**PABLO IGLESIAS**

**ANDRE**

**GUNDER**

**FRANK**

**EL DESAFIO  
EUROPEO**

EDITORIAL  
**PABLO IGLESIAS**

**CAMINOS DE LA  
DEMOCRACIA  
EN AMERICA LATINA**

Seminario organizado  
por la Fundación Pablo Iglesias.  
324 págs.  
750 ptas.

**EL DESAFIO  
EUROPEO**

André Gunder Frank.  
124 págs.  
300 ptas.

EDITORIAL

**PABLO IGLESIAS**

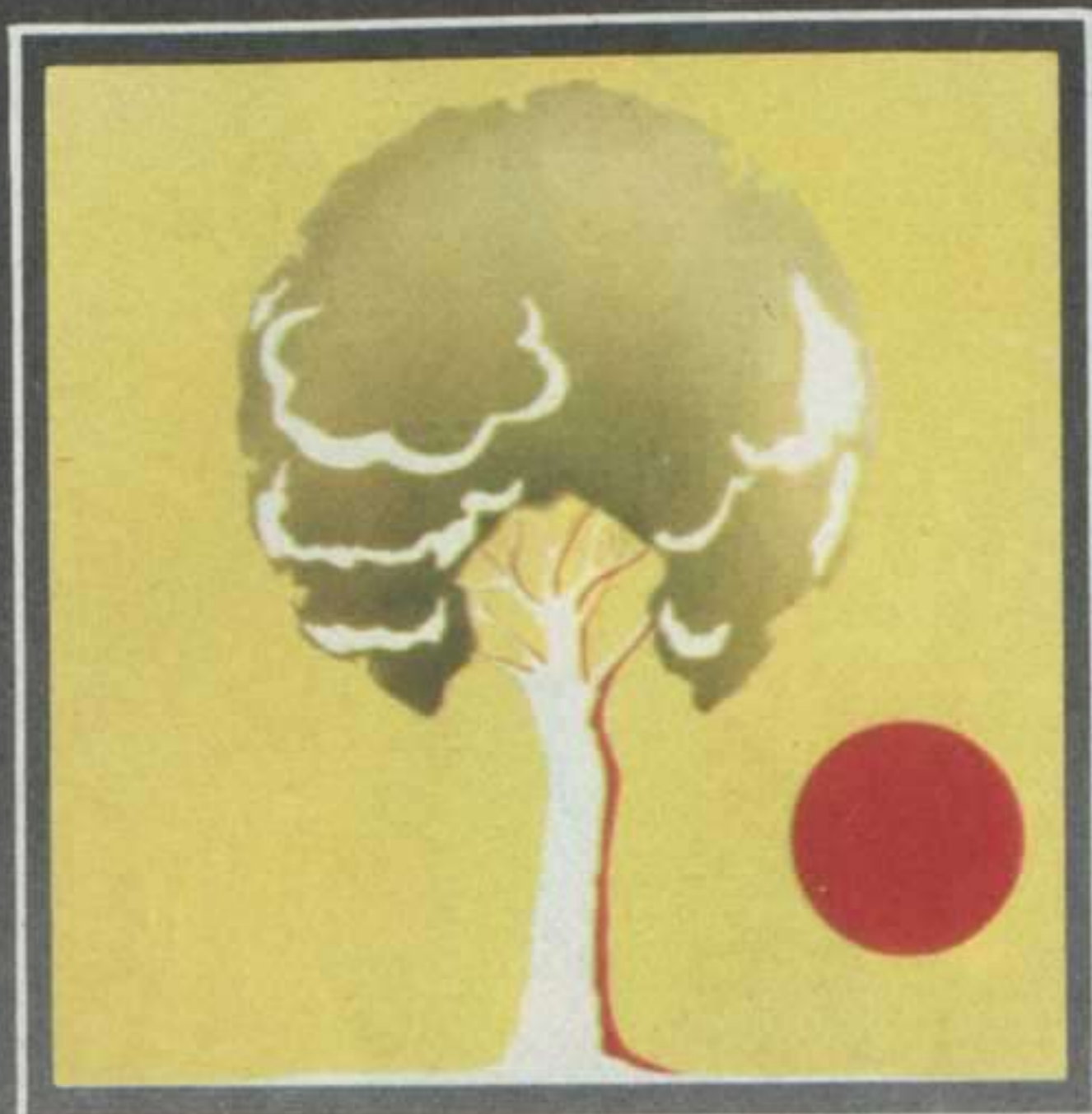
Monte Esquinza, 30

28010-Madrid





AYUNTAMIENTO DE MADRID



MADRID-84-85.

Fiesta Popular del ARBOL





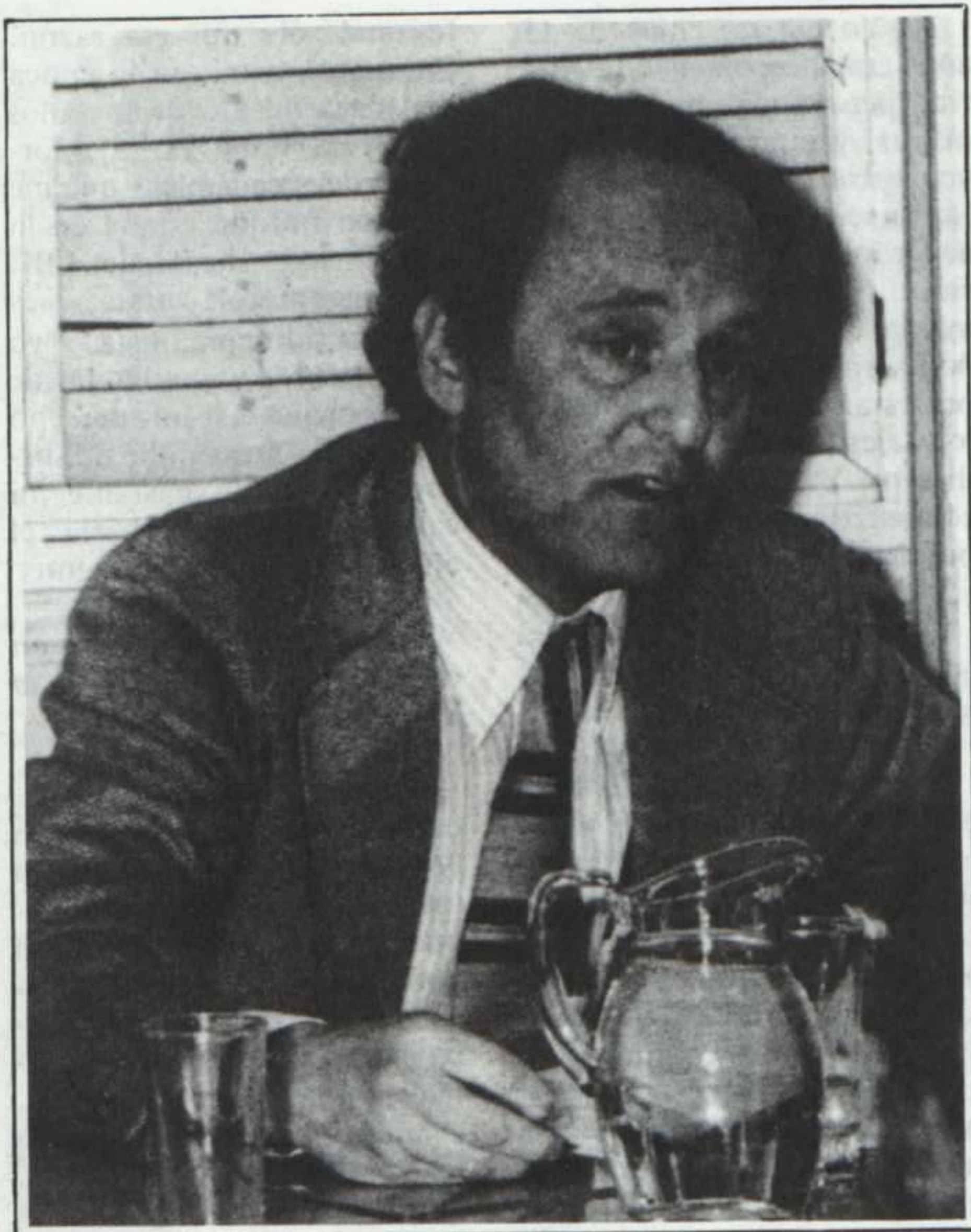


*Hay una forma  
de estar  
siempre juntos.*



**Telefónica**





## GABRIEL JACKSON

y objetivo. Jackson, junto a Brenan, Thomas o Southworth, ocupó desde ese momento un puesto fundamental en la cultura subterránea, alimentada por las visitas a París o a las trastiendas de algunas librerías, de todo estudiante o intelectual no conformista. Con el tiempo, aquellos primeros lectores descubrimos que Jackson no era sólo el autor de la mejor historia de la Segunda República, cuya vigencia aún perdura a los casi veinte años de su aparición, y ha servido como punto de partida de los estudios de los investigadores más jóvenes. Además de ello, su preocupación por el pasado español se extendía a períodos más amplios, como puso de manifiesto su Aproximación a la España contemporánea, 1898-1975, e incluso a etapas remotas, sin dejarse atar por las barreras del especialismo y las definiciones rígidas de los períodos históricos (como muestran su Introducción a la España Medieval, y diversos trabajos recogidos en Costa, Azaña y otros ensayos) y no sólo eso: autor de una biografía intelectual (Historian's Quest), Jackson nos sorprendió más tarde como novelista (En ese ayer casi olvidado y mudo), hasta acabar demostrándonos, desde las páginas de El País, que un historiador puede ser a la vez un observador atento de la vida política y cultural de nuestro propio tiempo, y un decidido defensor de la paz y los derechos ciudadanos.

A partir de la publicación en inglés en 1965 de La República española y la guerra civil, Gabriel Jackson se convertía en una figura clave en la formación histórica, y política, de las nuevas generacio-

nes de españoles que no vivieron el período republicano y cuya visión —ampliamente deformada por la propaganda y la historiografía franquista del mismo— era ahora trastocada por este libro inteligente

• «Por diversas razones históricas los españoles son gente intensamente vital, dramática, capaz de gran lealtad y abnegación y de una paranoia no menos acusada». El diagnóstico, mezcla de la reflexión



*del historiador y la intuición del novelista, con el que concluye uno de sus libros, es expresivo de la simpatía, no exenta de actitud crítica, de Jackson hacia este país y sus habitantes. Una simpatía cuyo reflejo más evidente es el asentamiento en Barcelona, desde hace unos años, de nuestro entrevistado, para compartir con los españoles un futuro que —según la esperanza expresada en el mismo texto— debe incluir «una combinación de mayor eficacia económica, democracia política y ese comportamiento individual, dramático y pleno de vitalidad, sin el que la vida cotidiana perdería gran parte de su sabor». Precisamente de la vida de Jackson, de su larga y polifacética trayectoria, y no sólo de sus opiniones de historiador, hablamos en Oviedo, aprovechando los intermedios de un coloquio en conmemoración del cincuentenario de la revolución de octubre de 1934.*

— Gabriel Jackson es quizá el único, o uno de los escasos historiadores que han escrito su propia autobiografía. ¿A qué se debe esta preocupación por hacer pública tu evolución vital?

—Lo he hecho para dar una idea informal de los entresijos de la investigación histórica. No se trata de hacer una autobiografía, sino que es solamente un relato de cómo he hecho la investigación, y de los contactos personales con gente en España.

— Al hilo de esa biografía, sería interesante que nos hablaras de tu vinculación con los grupos de izquierda americanos en el período anterior a la Segunda Guerra Mundial.

— Yo era un chico de 15 años cuando comenzó la guerra; pero tenía un hermano mayor, y muchos amigos suyos entraron en las Brigadas Internacionales. También me acuerdo muy bien de la Comisión Norteamericana para ayudar a la democracia española: era un frente de pastores protestantes, liberales, intelectuales y afiliados a los sindicatos. Y éso fue de veras el comienzo de mi conciencia política.

— ¿Estuviste vinculado alguna vez al Partido Comunista Americano?

— Yo casi llegué a entrar en el Partido Comunista; pero no lo hice por una razón muy sencilla. Resultó que hicimos una colecta precisamente para ayudar a la República española, y después de la reunión el jefe —que era comunista— explicó que había una crisis financiera en el periódico comunista, y que iban a utilizar el dinero de la colecta para financiar a su órgano de prensa. Y yo decía: «Hemos pedido dinero a la gente para mandar ayuda médica a España, y no para ayudar a la prensa del partido». Y este jefe me contestaba: «Son la misma causa». Yo no debatí la argumentación en este momento, pero decidí, casi inmediatamente después, no afiliarme al Partido Comunista.

— Tu familia y tú, ¿tuvisteis algún problema en Estados Unidos por simpatizar con el PC?

— Sí. Yo no me acuerdo ahora de forma precisa de lo que pasó con mi hermano —aunque era comunista de toda la vida—, pero sí sé que sufrió bastante en su vida pro-

fesional sólo por esa razón. En cuanto a mí, en la época del macarthismo de los años 1950-1951 hubo varias oportunidades académicas que me negaron porque estaba en la lista de sospechosos del FBI. Me preguntaron varias veces si había sido comunista, y yo les dije: «No voy a hablar de eso, porque es un derecho personal». Y esa nube de sospechas dificultó bastante mi carrera académica hasta el año 1960, aproximadamente.

— ¿Cuándo entraste en contacto con la cultura y la política españolas?

—Fuí a México con una beca en 1942. Allí contacté con Joaquín Sansatózil, médico tropical en Marruecos, y conocí a varios exiliados, como León Felipe. Yo no era consciente de lo que ello significaba en ese momento; pero después de la Guerra Mundial, cuando escogí un tema para mis propias investigaciones, me lancé a la investigación sobre la República a consecuencia de esas relaciones en México.

— Pero, ¿en qué circunstancias te dedicas —porque, aparte de ser el historiador de la República y la guerra civil, has trabajado sobre otros temas— a la Historia de España? ¿Qué fue lo primero que te interesó de ella?

—Primeo fue una cosa muy general, fue como una impresión de la cultura hispánica en México. Si soy sincero, me gustaba todo de España. Me gustaba la forma de hablar, de actuar, el trato personal, la danza, la literatura, la poesía. Comencé a leer a Machado, a Guillén y a Salinas. Y como me atraía desde el primer



momento toda la cultura española, me lancé a la investigación sobre la Historia de España. Y no sólo de la España republicana, también me he interesado por la Edad Media, porque la convivencia entre judíos, musulmanes y cristianos no se había dado en ningún lugar del mundo. En ningún sitio se ha dado el hecho de que tres culturas diferentes hayan convivido de forma constructiva.

También creo que, lo mismo que hay períodos claves en la historia de cualquier país o civilización —Luis XIV en Francia, por poner un ejemplo—, en España la Edad Media es el período clave para comprender su historia posterior. Por ello, y porque como historiador nunca me ha gustado reducirme al mismo campo, he acabado de escribir un libro sobre la Edad Media.

## *En torno a la España medieval*

—*En tu Introducción a la Historia Medieval incides en la polémica ya clásica entre Sánchez Albornoz y Américo Castro. ¿Qué opinas sobre esta discusión?*

—Estoy más de acuerdo con Américo Castro que con Sánchez Albornoz. Pienso que en este último, pese a que ha sido un hombre honesto, liberal y republicano, se dan bastantes rasgos de antisemitismo —no existe otra palabra para caracterizar las cosas que dice sobre la Edad Media—. Pero también debo decir que no acepto algunas de las explicaciones de Américo Castro basadas en unos pocos documentos literarios y teorías étnicas. No creo en ese tipo de

explicación de una cultura. Pero dejando de lado las teorías personales de los dos historiadores, la sensibilidad de Américo Castro hacia las tres culturas me parece mucho más acertada que las explicaciones muy parciales —desde la perspectiva del cristianismo militante— de Sánchez Albornoz.

—*A diferencia de lo que ocurre con las culturas musulmana y cristiana, que son bastante conocidas, el papel de los judíos en la España medieval se ha tratado con menos detalle. ¿Cuál es, en tu opinión, la importancia de esta cultura?*

—Los judíos contribuyeron al desarrollo del comercio, de la diplomacia, porque conocían otros idiomas. Este aspecto de la cultura judía es bastante conocido. No lo es tanto el hecho de que entre los judíos había también labradores asentados en las pequeñas poblaciones del norte de Castilla y de Aragón. Pese a todo, sus funciones de *casta* —como dice Américo Castro— eran las científicas y las diplomáticas. Los grandes médicos de la época dedicados a cuidar de los reyes medievales eran judíos.

Otro aspecto de la cultura judía, que es muy importante, fue su integración con la cultura cristiana, en especial en la creación de la lengua castellana por los escribanos y traductores judíos. Los judíos escribieron en lengua castellana durante la Edad Media.

—*En uno de tus artículos más conocidos has comparado los procesos de la Inquisición en la España de comienzos del siglo XVI con el período*

*de «depuración macartista» en los Estados Unidos en 1947-1955, período que, como nos acabas de contar, viviste directamente. ¿En qué basas este análisis comparativo?*

—El aspecto fundamental está en la influencia en ambos casos del *miedo político*. En el caso de la España del siglo XVI existían prejuicios y miedo hacia los erasmistas y los protestantes; y en los Estados Unidos existía el mismo miedo hacia los comunistas en el sentido más amplio de esta palabra, referida no sólo al Partido Comunista sino a los «rojos» en general. Por tanto, existe un paralelismo entre ambos momentos históricos. Pienso que, pese a que en los Estados Unidos no han llegado a quemar a las personas en las hogueras públicas como se hizo en España durante el período de la Inquisición, sí hay algunos casos bastantes parecidos política y psicológicamente, como los de la muerte de los Rosemberg o poner fuera de la ley al Partido Comunista Americano en los años cincuenta.

—*Dejando a un lado el miedo político, ¿se dan otras similitudes ideológicas o de comportamiento entre estos dos procesos tan alejados en el tiempo?*

—Sí. En ambos casos se decide que un ciudadano está libre de toda sospecha y se puede confiar en él si tiene una ideología determinada. En el caso de la Inquisición es el catolicismo conservador y —lo más importante— la pureza de sangre. Algunos dicen que la ortodoxia es la fundamental, pero piensan que la gente con sangre impura es también



la gente con pensamiento impuro. Esto sería comparable con la ortodoxia política en los Estados Unidos de los protestantes procedentes de Europa del Norte, de Italia o de los países Mediterráneos, mucho menos desarrollados y con tradición católica.

## *De Costa a la República*

—*Pasando a la historia contemporánea, Costa y Azaña fueron los primeros personajes —si no recuerdo mal— a los que dedicaste tu atención. ¿Hay algunos rasgos comunes entre estos dos personajes?*

—Hasta cierto punto, sí, intelectuales ambos, bastante autodidactas: no lo eran por su origen o por pertenecer a familias intelectuales. Pero Azaña era, mucho más que Costa, un «animal político». Costa fue un gran personaje, pero sin ninguna capacidad para organizar un partido o para comprometerse, como hizo Azaña. Azaña fue un gran político, y creo que es una figura clave en todo el período republicano, primero por su confianza durante el primer bienio, y después por sus dudas y su sufrimiento durante la guerra civil.

—*Respecto a Joaquín Costa, en tu opinión ¿se le puede definir, como se ha hecho en ocasiones, como un precursor del fascismo?*

—En algún sentido, yo diría que fue el precursor del ala izquierda del fascismo, en especial con su idea de la revolución en el sentido de la justicia social, y también de una revolución muy nacional y

dentro de la tradición de un país. Pese a ello, es difícil decir cómo hubiera actuado Joaquín Costa si hubiera sido un estadista en el poder. Creo que no hubiera sido un buen dictador, porque no tuvo acierto ni tacto para escoger a sus colaboradores. Fue un hombre muy original, muy excéntrico, y su gran aportación se encuentra en el desarrollo de las ideas sobre política hidráulica, o sobre la introducción de mejoras en la agricultura española.

Pero creo que habría que escoger muy cautelosamente entre las ideas de Costa. Costa fue en un momento dado muy imperialista, y sin embargo es muy liberal con respecto a la justicia social y el desarrollo de nivel de vida del pueblo español.

—*Tu obra fundamental La República y la guerra civil española, tras estar prohibida durante años en España, fue editada por fin en este país en el año 1976. ¿En qué cuestiones ha variado tu análisis desde la aparición en inglés de la obra hasta su publicación definitiva en España?*

—Tengo la impresión de que en la primera edición había exagerado un poco el número de muertos. En aquel año los estudios demográficos decían que había habido unos 600.000 muertos. Pero, en la actualidad, con la aparición de estudios más científicos y precisos, sabemos que estos muertos sólo llegaron a 300.000 ó 400.000 en total. Esto —como no podía ser por menos— ha variado mis antiguas estimaciones, en especial respecto a las represalias, que fueron la causa principal de

las muertes; su número era la mitad o dos tercios de lo que había dicho en un principio. 200.000 muertos por represalias nacionalistas durante la guerra, y otros 200.000 prisioneros republicanos muertos por ejecución o enfermedades de 1939 a 1943.

Otra diferencia con respecto a la primera edición es de matiz, y se refiere a la intervención extranjera. Creo —a través de los estudios de Robert Whealey y algunas estimaciones de Jesús Salas Larrazábal— que la República recibió más ayuda financiera de lo que dije en un principio. Pero esto no varía mucho el sentido práctico de la ayuda. Por eso he dicho que se trata solamente de una diferencia de matiz. Tal vez la República recibió más aviones, pero éstos no tenían armamento o no había gasolina para ponerlos en funcionamiento. Ahora bien, en conjunto se puede decir que los republicanos recibieron más máquinas de guerra de lo que señalé en la primera edición.

—*¿Qué tipo de fuentes has utilizado para variar el balance con respecto a cifras de muertos?*

—Fundamentalmente los estudios demográficos de Jordi Nadal y de su escuela de Barcelona. La variación en mis datos es una variación en la cifra de las represalias en función de ese cambio de criterio demográfico. No he variado mis estimaciones sobre los muertos en el campo de batalla, por enfermedad o en los bombardeos. La única variación está en las represalias nacionalistas, cuyo número de muertos fue menor que en mis estimaciones anteriores.



—¿Por qué fracasó la República?

—En mi opinión, la causa principal fue la depresión económica mundial. Como consecuencia de ella el paro había aumentado enormemente en el país, sólo había trabajo en las industrias de tres a cuatro días por semana, y esto hubiera acabado con cualquier gobierno. En segundo lugar, políticamente la República coincidió con el auge del fascismo, debido al desprestigio europeo hacia los regímenes parlamentarios, precisamente en el momento de triunfo de la República, y que se reflejó en la debilidad y desconfianza de Francia e Inglaterra, y la agresividad de Italia y, sobre todo, de Alemania con el ascenso de Hitler. Esto repercutió tanto en la derecha como en la izquierda: en la derecha, en el sentido de mirar con admiración a Mussolini —monárquicos y la CEDA de Gil Robles—; en la izquierda dio lugar a la radicalización en el Partido Socialista con la determinación de evitar ser derrotados en la lucha contra el fascismo. Por consiguiente, esta influencia se ve en la Revolución de Octubre de 1934 —cuyo cincuentenario se está celebrando este año—, en la combatividad obrera y en la represión terrible de la derecha y del gobierno. Creo que estos dos factores —depresión económica mundial y auge del fascismo—, con sus consecuencias dentro de España, serían las dos razones principales del fracaso de la República.

Pese a ello, quiero decir que, cuando se pregunta: «Por qué fracasó la República?», conviene recordar que

la República fue destruida por una sublevación militar de una minoría de oficiales del ejército, y que esta minoría de oficiales sacaron las tropas a la calle, con engaños, y trataron de tranquilizar a la gente en las ciudades con la mentira de decir: ¡Viva la República!

—¿La radicalización de Largo Caballero y la «bolchevización» del ala izquierda del Partido Socialista influyó también, en tu opinión, en el fracaso de la República, como intentan demostrar algunos historiadores?

—En primer lugar, no me gusta el término de «bolchevización», entre otras cosas porque los jóvenes socialistas de Largo Caballero pensaban que eran revolucionarios bastante más puros que los bolcheviques de su tiempo. Creo que los seguidores de Largo Caballero no eran bolcheviques. Seguramente en el sentido de crear miedo a la derecha, la radicalización de Largo Caballero era bastante importante, pero se puede deducir a través de los hechos que no eran revolucionarios en el sentido estricto del término. Por poner un ejemplo: en el primer momento de la sublevación, Largo Caballero ofreció los servicios de la UGT al gobierno, burgúes y republicano. Creo que Largo Caballero había utilizado sin cuidado un vocabulario revolucionario cuando la situación era ya bastante difícil, en especial durante la primavera de 1936, y en este sentido sí hay bastante responsabilidad de los seguidores de Largo Caballero en el desencadenamiento de la guerra civil.

*La polémica con Chomsky: las colectivizaciones anarquistas*

—Cuando se publica tu libro sobre la Segunda República, Chomsky publicó una crítica muy extensa respecto a la pretendida «objetividad liberal» —como él mismo llama— que se refleja en el libro, en especial al tratar el tema de las colectivizaciones anarquistas durante la guerra civil. ¿Cuál es tu valoración actual de la experiencia? ¿En qué medida las colectivizaciones tuvieron un carácter democrático y voluntario?

—Creo honestamente que es imposible decir en qué medida fueron voluntarias. Seguramente lo fueron sólo hasta cierto punto. Con la columna Durruti y con las cosas que pasaron dentro del Consejo de Aragón y cerca de Valencia, se sabe que había presiones y amenazas a los campesinos. Pero no hay documentación y es absolutamente imposible, en mi opinión, establecer ninguna valoración clara. Yo he dicho en mi libro que tuvieron bastante éxito, en especial durante el primer año de la experiencia; pero a causa de la falta de recursos y de las condiciones de la guerra, con la inflación, y de la escasez de hombres, por estar en el ejército, con todos estos factores es imposible medir cómo hubieran sido en tiempos de paz y contando con diez años por delante, en vez de un año, para juzgar mejor.

En cuanto a las críticas de Chomsky, pienso francamente que no son honestas. Me acusa de no utilizar ciertas fuentes, pero son precisamente las fuentes que yo he utilizado, están en las citas a pie de pági-





na, y creo que si la gente lee mi libro y no solamente lo que Chomsky dice de mí, lo verán. Chomsky discrepa de mi interpretación en sus conclusiones. Hemos leído los mismos documentos, porque no hay muchos, pero yo creo que él idealiza los éxitos conseguidos por las colectivizaciones. En mi caso, yo tengo simpatía por este esfuerzo de hacer una revolución descentralizada, pero en la práctica creo que era un disparate en una situación de guerra.

—¿Quiere decir esto que tu valoración respecto a las colectivizaciones es positiva? O,

por el contrario, ¿crées que primero había que ganar la guerra y después hacer la revolución?

—Es positiva en el sentido humano general, para tiempos de paz; pero es negativa en el contexto de la guerra civil española. No había posibilidades de defender la República sin la colaboración de Francia e Inglaterra; y para conseguir esta colaboración era absolutamente necesario evitar revoluciones sociales de este tipo experimental e izquierdista. Y, en ese sentido, había que ganar la guerra más que hacer la revolución.

—Es decir, que frente a Chomsky no te consideras un «nuevo mandarín»...

—En absoluto. Ni tampoco un «nuevo mandarín» en el exilio.

*La novela como historia.*

—Además de historiador, Gabriel Jackson ha escrito, y sigue escribiendo novelas que reflejan problemas políticos recientes, como la «caza de brujas», la guerra de Vietnam, etc.. ¿Se puede afirmar que tus novelas son novelas históricas, ahora que este género está de moda?

—No son novelas históricas en el mismo sentido que las de Graves o Yourcenar. Las novelas de Graves o Yourcenar se basan en la descripción de una sociedad ya pasada. Por el contrario, yo creo que mis novelas son históricas en otro sentido: son ficción, pero absolutamente en concordancia con lo que pasa en el presente. Es decir, yo podría justificar cualquier cosa que ocurre en mis novelas por hechos reales que ocurren en la vida del siglo XX. Yo escribo mis novelas como testimonio, y con la libertad de poder desarrollar un personaje desde dentro, y esto no es una cosa que pueda compararse con la exploración de documentación, como es el caso de la historia profesional o de las novelas históricas.

*Barcelona y la cultura catalana*

—Realmente, Gabriel, eres un personaje fascinante. Me gustaría que explicaras cómo un historiador, y además novelista, como tú puede interesarse también por la música y to-



*car con un grupo de amigos en Barcelona.*

—En realidad, esta afición me viene de antiguo. Ya en Estados Unidos tocaba la flauta. Y aquí en Barcelona toco con dos grupos; un cuarteto que se llama *Scalepius*, compuesto por médicos y cuyo fundador es el doctor Rocha, gran amigo del doctor Trueta. Al doctor Rocha le conocí precisamente cuando preparaba un estudio sobre el gran cirujano de la guerra civil, Josep Trueta. Y el otro grupo también está formado por médicos, a los que conocí a través de Ana de Shells, que trabajaba en la editorial Grijalbo. Debo decir que en Barcelona hay mucha música de calidad que tocan aficionados.

—¿Podrías explicar con más detalle qué representó para la cultura y la política catalana la personalidad de Josep Trueta, al que acabas de referirte?

—Durante las décadas de 1920 y 1930 fue un cirujano de prestigio. Además, era amigo de Maciá y de Lluís Companys, y dio todo su apoyo a los esfuerzos catalanes para conseguir el Estatuto de Autonomía. Pero su gran mérito estuvo en su actuación como cirujano durante la guerra civil. Inventó un nuevo método de tratar las heridas en las piernas o en los brazos. Hasta entonces, la forma habitual de tratar estas heridas era la intervención quirúrgica, completada con una cura diaria en la que se cambiaba el vendaje y se limpiaba la herida; pero este sistema era muy doloroso, y se corría el peligro de una infección. Trueta descubrió, o mejor dicho, desarro-

lló en España un sistema que consistía en limpiar una sola vez la herida, tras la operación, y escayolar después el órgano afectado dejándolo inmovilizado durante semanas, con lo que en la mayoría de los casos conseguía salvarlo después de un período de dos o tres meses de inmovilidad. Con este método, este gran cirujano evitó muchos sufrimientos a las víctimas de la guerra civil, e incluso era mucho más sencillo de realizar en el campo de batalla que cualquier operación quirúrgica. Gracias a él se salvaron muchas vidas, e incluso muchos combatientes pudieron conservar sus miembros, brazos o piernas, heridos. Desgraciadamente, al terminar la guerra civil tuvo que exiliarse en Londres, como otras muchas personalidades políticas y culturales españolas. Pero además de sus éxitos como cirujano me interesa también esta otra faceta de su personalidad: su interés por la cultura catalana. Esto forma parte de mi propio interés por los rasgos diferenciales de las tres culturas más grandes de la Península.

—Este interés de Gabriel Jackson por la cultura catalana, ¿es la causa de que haya abandonado Estados Unidos para establecerse en España, concretamente en Barcelona?

—Mi decisión de venir a España está ligada al hecho de que estuve siempre muy vinculado a los medios españoles, no sólo a través de mi investigación sobre la República, sino a través de Amnistía Internacional en la década de los sesenta, cuando había bastantes presos políticos en España. Y todo ello me ha proporcionado una red de amis-

tades mucho más amplia que en California. En California yo era un profesor dentro del ghetto académico en una comunidad muy militar y militarista, donde está San Diego, la mayor base naval de Estados Unidos. Y ésta es, creo yo, una razón para jubilarme en España. En cuanto a mi elección por Barcelona, me gusta muchísimo el mar, y me gusta también la variedad de paisajes. En una hora en coche desde Barcelona se puede estar en el desierto, cerca de Tarragona, o en el Pirineo, o en la Costa Brava...

*En defensa de la neutralidad.*

—Historiador, novelista; aficionado a la música; pero también escritor sobre temas políticos, y en especial sobre el tema de la paz. ¿A qué se debe tu actitud contraria a que España entre en la OTAN? ¿Piensas que España puede mantenerse neutral en el enfrentamiento entre los dos grandes bloques?

—Yo estoy en contra de todos los bloques. No se trata precisamente de una oposición a que España entre en la OTAN, sino que es una oposición tanto a la OTAN como al Pacto de Varsovia. Es una desconfianza igual hacia los Estados Unidos y la Unión Soviética desde el punto de vista del liderazgo de la humanidad. A mi parecer es absolutamente necesario que los países medianos —desde el punto de vista del poder político— sean independientes y presionen por igual a los grandes, como puede ser el papel de Suecia, y es un papel que también podría jugar España con gran dignidad, y yo creo que con éxito. Parece que el gobierno español pien-



sa jugar al mínimo con esta posibilidad, con lo que será muy difícil salir de la OTAN. Y creo que cuanto más tiempo pase sin salir, será más difícil hacerlo. Pero también pienso que este gobierno es un gobierno del Partido Socialista, y que no es un gobierno socialista propiamente dicho. Es un gobierno moderadamente de izquierdas, como los laboristas en Inglaterra o el de Olof Palme en Suecia. Y creo que estaría en su derecho si se saliera de la OTAN y jugara una política de neutralidad. Los grandes países neutrales son países democráticos; la neutralidad no tiene nada que ver con el apaciguamiento, la sugestión o la supeditación a los comunistas. Es otra forma de afirmar la paz y la democracia.

—¿No hay razones para temer al expansionismo soviético?

—No. Yo veo la política soviética como una defensa total —al cien por cien— de lo que habían conseguido en Yalta. No aceptan de ninguna forma un desafío a su control de Europa del Este desde 1945. Pero la otra cara de su política es no interferir y no invadir al Oeste. Han aceptado el dominio americano en el Occidente, pero también quieren mantener la línea di-

visoria desde los acuerdos de Yalta. Sin embargo, creo que no hay ninguna evidencia sobre la existencia de planes para invadir a Europa Occidental.

—Este verano has participado en coloquios pacifistas en Barcelona y en San Cugat, que han servido para la toma de contacto entre pacifistas, o personas que quieren luchar por la paz, de diversas adscripciones. ¿Cuál sería tu balance de la experiencia? ¿Cómo ves al pacifismo español?

—Yo creo que fue muy útil para dar conciencia al público, porque había mucha prensa, radio y televisión; sobre todo en Barcelona, y menos en San Cugat. El problema de los grupos pacifistas es que no están coordinados entre sí, que están desunidos; creo que es el eterno problema de la izquierda y de las «buenas causas», donde hay una multiplicidad de organizaciones con propósitos muy similares. Espero que el problema se arregle, pero lo mismo pasa en Inglaterra o Estados Unidos. Yo militaba en el movimiento de Derechos Civiles en Estados Unidos, y existían por lo menos veinticinco organizaciones dedicadas al mismo tema, y rara vez nos poníamos de acuerdo.

—Para terminar, ¿cuál sería tu balance de los dos años de gobierno socialista?

—Yo creo que comenzaron bien la reconversión de la economía y los planes de educación, así como los planes de reforma de la administración y de la justicia. No han conseguido mucho, pero yo no echo la culpa al gobierno socialista. Yo creo que en estos dos años lo que más se nota son las resistencias absolutamente ciegas y feroces por parte de los poderes fácticos y de los intereses corporativos. Yo no sé cuál será el fin de ese proceso. Creo —y repito— que los socialistas han comenzado bien, pero es difícil predecir si pueden acabar bien, porque hay una gran diferencia entre lo que son diez millones de votos y lo que es el poder de las organizaciones patronales, profesionales, sindicales, presionando todas ellas al gobierno, y ninguna de ellas con un concepto global del interés nacional. Quizá el PSOE no ha respondido a las expectativas de sus propios votantes, pero ha sido también a causa de ciertas ilusiones sobre la facilidad o sobre la prisa con que se pueden cambiar cosas muy arraigadas y decisivas en este país.

Maria RUIPEREZ



---

# CONTINUIDAD Y RUPTURA EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

## Santos Juliá

---

*análisis y debate*

---



1

Cuando, por alguna invitación como la que aquí nos reúne\*, el investigador que haya estado varios años inmerso en esa época de nuestra historia que terminó en guerra civil debe dirigir su mirada al presente, salta a sus ojos la evidencia de que esta sociedad es otra y otro es también su Estado y su cultura política. Esa radical alteridad que caracteriza al presente respecto a nuestro inmediato pasado —y cuya línea de ruptura económica y social habría que situar seguramente en la segunda época de la dictadura franquista— afecta también, como no podía ser de otra forma, al histórico movimiento socialista español, que siendo el mismo es, sin embargo, otro ya que en él se ha producido una continuidad y una ruptura con su pasado.

Resaltar hoy esa radical alteridad, esa ruptura, quizá sea todavía más urgente ya que con ocasión del cúmulo de cincuentenarios que nos ha tocado conmemorar son muchas las voces, algunas de ellas ilustres o convencionalmente designadas como tales, que no se cansan de fabricar dramáticos paralelismos e incluso llegan a designar con nombres de



los años treinta a personajes y situaciones de los ochenta. Frente a esas voces, que generalmente proyectan sombríos augurios para el futuro, será necesario afirmar, más que algunas continuidades, los cambios y aun las rupturas de nuestra historia. Por eso, porque así parece exigirlo el análisis histórico y la oportunidad política, aquí voy a insistir más en la ruptura que en la continuidad histórica del socialismo español.

Lo que se ha roto, por decirlo brevemente, es el lugar que el tradicional socialismo español ocupaba en la sociedad y en el Estado y, por consiguiente, lo que ese socialismo era —su organización—, lo que se proponía —su proyecto socio-político—, lo que hacía —su estrategia y su táctica— y finalmente los valores que lo identificaban —su ideología—. Si se analiza el lugar del socialismo en el Estado y la sociedad de principios de siglo y se compara con el actual, se comprende sin más que lo de ahora no es resultado lineal de lo de antes, sino otra cosa por completo diferente en la que, sin embargo, son perceptibles algunas continuidades. De eso vamos a tratar.

Si hubiera que caracterizar a la sociedad y al Estado españoles de principios de siglo de forma breve y telegráfica no habría todavía hoy mejor fórmula que la de oligarquía y caciquismo utilizada por Costa para definir al Estado y la sociedad de la Restauración. España —como es bien sabido— permaneció al margen de los grandes procesos que caracterizan la historia de Europa desde la reforma protestante a la consolidación del capitalismo industrial. Todo quedó entre nosotros en puro balbuceo o, sólo en el mejor de los casos, a medio hacer. De la reforma fuimos convenientemente protegidos por la Inquisición, que extendió su poder más allá de los reformadores hasta alcanzar a los ilustrados y agotó, en consecuencia, las raíces del pensamiento científico antes de que pudieran prender en nuestro suelo. El inevitable trasiego de tierras que se sitúa en el origen de las disponibilidades de capital mercantil e industrial reforzó entre nosotros a una clase terrateniente cuya cultura no pasaba de lo que Veblen denominó consumo conspicuo. El capitalismo industrial fue así, sin ciencia y sin capitales, asunto de pequeños grupos o focos periféricos que enseguida encontraron en el proteccionismo el mejor acomodo de sus intereses con los propietarios de tierras ancladas en cultivos tradicionales y escasa productividad. El Estado liberal, carente en su base social y orgánica de clases medias profesionales y de sólidas burguesías urbanas, ocultó bajo un pacto entre «amigos políticos» el mayor engaño político de nuestra historia: basado no ya en la corrupción sino en un fraudulento sistema por el que siempre obtenía mayoría el partido que convocaba las elecciones, acabó representando exclusivamente el estrecho interés corporativo de reducidos grupos sociales. En tal sociedad, y con semejante Estado, el socialismo español experimentó desde muy pronto una especie de dualidad estructural que le anegó desde su base organizativa a su cúspide ideológica.

Tal dualidad fue resultado del proceso de rechazo de la sociedad y de su intento de transformación que caracterizó los primeros pasos del socialismo. Por una parte, los socialistas eran extraños en una sociedad cerrada, que tendía a reproducirse sin ampliar sus cimientos políticos: negarán, pues, a la sociedad y no querrán sentirse contaminados por su podedumbre. Pero, por otra parte, esa era la sociedad y en ella se encontraba el terreno de combate: en ella había que estar para poder en ella combatir. Esta posición dual determinó una estructura de pensamiento a base de dicotomías antinómicas, un doble tipo de acción, un doble programa a realizar en un doble tiempo histórico y una doble organización que dio origen a un doble discurso o proyecto político-ideológico. Fueron las tensiones derivadas de esa intrínseca dualidad las que definieron el tipo de crisis y el proceso de escisión interna a que se vio abocado el socialismo desde que dispuso de una organización de masas, y es la solución —quizá todavía precaria— de esa dualidad lo que caracteriza al socialismo que emerge tras la muerte de Franco y lo que define o explica el punto de ruptura con el pasado.



## *Una dualidad estructural*

Para el primer socialismo español, replegado sobre sí mismo y reticente a cualquier alianza política, la sociedad se presentaba limpiamente dividida en dos clases o bandos: los burgueses, por una parte; los proletarios, por la otra. Tal concepción dualista de la sociedad proyectaba una deslumbrante claridad de opciones para quienes pretendieran intervenir en la lucha social: había que estar en un bando o en otro. Uno representaba en sus principios la verdad y en sus tácticas la razón; otros sustentaban principios erróneos y sus tácticas se fundamentaban en el más completo desacierto. La elección de bando será una opción entre la verdad y el error, entre la razón y el desacierto, es decir, una opción moral. Quienes elijan lo primero se encontrarán sin más en el campo socialista y proletario; quienes lo segundo, se convertirán en defensores de la burguesía. La estructura dual de la sociedad sustenta, pues, una moralidad política dicotómica en la que se enfrentan a libre elección principios verdaderos y buenos, con principios erróneos y malos.

La división de la sociedad en dos campos y la propuesta de una opción moral en términos dicotómicos encuentra su primer correlato en la doble forma de acción que los socialistas proponen a sus seguidores y en el doble tiempo histórico en que será preciso desarrollar tales acciones. Aparece, ante todo, lo que se llama acción económica, que es la lucha del proletario por mejorar su condición económica y social y que, al desarrollarse, permite formar un ejército organizado para conquistas superiores. La conexión entre estos dos resultados es obvia: los trabajadores sólo podrán obtener mejoras si se organizan y, al hacerlo, se convierten por lo mismo en un gran ejército dispuesto para penetrar en las esferas del poder.

Precisamente, con objeto de garantizar institucionalmente las mejoras obtenidas en la lucha económica con los patronos y preparar así las bases desde las que será posible emprender la acción final revolucionaria, los trabajadores deben afirmar también su presencia en un aparato de Estado que por su propia definición los excluye. Ahí radica el fundamento de la acción política, que llevará a los trabajadores hasta los lugares en que se discute su destino y se aprueban leyes o se crean organismos que afectarán directamente a sus vidas.

Las acciones económicas y políticas se articulaban en un programa que distinguía en su propia formulación reivindicaciones mínimas y máximas. La más alta de todas las máximas reivindicaciones era, naturalmente, la total emancipación de la clase trabajadora que por definición sólo se produciría una vez establecida la sociedad socialista. La más inmediata de las mínimas era todo lo necesario para el prosaico «vivir al día» de que hablaba Pablo Iglesias. Entre el vivir al día y la emancipación final se extendía un indeterminado período de tiempo en el que los obreros debían consagrarse a la tarea de robustecer su organización para hacerse presentes cada vez con más fuerza en el entramado de la sociedad y en el aparato del Estado.

Se comprende, pues, que los socialistas tuvieran también del tiempo histórico una concepción dual. Existía el tiempo inmediato que era preciso llenar con esas acciones cuyo objetivo fundamental consistía en obtener mejoras para así robustecer la organización. Pero ese tiempo sólo cobraba todo su sentido si se contemplaba a la luz de otro tiempo, el de la emancipación, que se situaba en el horizonte de la historia y sería inaugurado por un momento decisivo, una revolución o lucha final que marcaría el comienzo de una nueva etapa en el camino de la humanidad hacia las metas de justicia e igualdad universales. La certidumbre de que tal tiempo existía, aunque no fuera dado contemplarlo a los individuos de la propia generación, llenaba de sentido la acción callada y los esfuerzos tantas veces baldíos para organizar a los trabajadores, a la par que reafirmaba en



su decisión moral a todos aquellos que habían optado por el bando o clase de los hombres honrados, justos y veraces.

La doble acción y su desarrollo en un doble tiempo histórico exigía, pues, que los trabajadores se organizaran. Es conocida la obsesión de los primeros socialistas por la organización de la clase obrera, que debe interpretarse como reacción frente al anarquismo —más preocupado por la agitación y movilización que por los esfuerzos organizativos—, y frente a la misma dispersión proletaria en un sistema de producción caracterizado por la abundancia de unidades pequeñas en las que el patrono o amo podía manejar a su antojo a un pequeño grupo de trabajadores al que daba empleo, a veces sólo comida y cobijo, y en contadas ocasiones seguridad en su trabajo, salario fijo y jornada legalmente reglamentada y cumplida, por no hablar ya de seguros sociales, prácticamente inexistentes en nuestro país.

No sorprenderá a estas alturas que la «necesidad» —como dice Largo Caballero— haya impuesto que «el ejército proletario se organice en dos grupos: el Partido socialista y las sociedades de resistencia, ambos iguales en el ideal o la aspiración». A la visión de la sociedad escindida en dos campos, y a la acción dividida en dos contenidos, y a la historia dividida en dos tiempos corresponde, pues, la de un ejército proletario dividido en dos «grupos». Efectivamente, si la acción obrera es económica y política será preciso crear dos organizaciones especializadas en cada tipo de acción. Es ciertamente el producto de una necesidad —muchos obreros no pertenecerían a la Unión si todos tuvieran que pertenecer al Partido— y muchos socialistas pensarán que se trata de una situación llamada a desaparecer, pero de momento la acción económica será competencia de las sociedades de resistencia que en su conjunto forman lo que se denomina, para distinguirla de la otra, la organización obrera. La acción política será, por su parte, competencia de un partido que, sin identificarse con la organización obrera, no podrá vivir tampoco de espaldas a ella: será un partido obrero por su militancia y socialista por el objetivo final de su acción política. Nacieron así, fruto del doble trabajo de los mismos hombres, la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero: un solo movimiento, cuya organización obrera encontraría en un partido obrero la representación política de la acción económica que ella emprendía a través de sus sociedades de resistencia.

La dualidad que está en la raíz del socialismo español, y que desembocó finalmente en la doble organización de un solo movimiento, fue la sombra sobre la que se edificó la formación de dos grandes corrientes ideológicas y políticas. La primera, mayoritaria en el socialismo hasta la guerra civil, encarnó en los dirigentes de las sociedades obreras de la Unión General y fue resultado lógico del tipo de organización ugetista como federación, no siempre eficaz, de sociedades de oficio. Su objetivo fundamental era realizar un esfuerzo de organización que obligase a los poderes públicos a admitir a sus representantes allí donde se discutían y aprobaban las leyes laborales o los contratos de trabajo. Poco sensible a los problemas políticos derivados de la constitución del Estado o del sistema de partidos, la preocupación que les guiaba era la de asegurar que cada una de las sociedades obreras federadas tuviese un representante en organismos paritarios a los que también fueron obligados, por la autoridad del Estado, los representantes de organizaciones de oficio patronales. Se consolidó así en el movimiento socialista una fuerte corriente corporativa que, sin abandonar otras formas de lucha o resistencia, ponía todo el acento en la negociación con los patronos en el marco de una organización paritaria nacional situada bajo la paternal autoridad del Estado.

Esta práctica corporativa dio origen a una burocracia de organización de la clase obrera caracterizada por el énfasis en la organización, por la dirección cauta que imprimía a las reivindicaciones obreras y por la convicción de que sólo a través de un esfuerzo



constante y prudente podía la clase obrera ocupar un ámbito cada vez mayor en la sociedad y el Estado. A tal convicción se añadía la expectativa de que, una vez ocupado un espacio, la clase obrera estaría preparada para emprender nuevas conquistas hasta llegar a la instauración de la nueva sociedad. La revolución aparecía, por tanto, como culminación de un largo camino de esfuerzos organizativos, de prácticas cautas y de presencia creciente de las sociedades obreras de oficio en la sociedad y en el Estado.

La otra gran rama o corriente del socialismo se caracterizó por no tener esos fuertes vínculos orgánicos con la organización obrera o, al menos, por no sentirse determinada por ellos. Su proyecto era más específicamente político que corporativo y miraba más al Estado que a la sociedad. Algunos de sus representantes no pensaban que de una sociedad a la que se catalogaba como mayoritariamente abúlica y apática pudiera surgir un movimiento renovador de la nación. Era preciso llegar al Estado para, desde él, proceder a la democratización de sus instituciones y a su apertura a las clases excluidas por el sistema político de la Restauración.

Obviamente, la tendencia dominante entre los corporativistas era el aislamiento y reforzamiento de la organización y a no embarcarse en operaciones arriesgadas con otras fuerzas para obtener resultados dudosos. Eran estos quienes más hablaban de fidelidad a las ideas, quienes más resaltaban la importancia de los valores tradicionales que definían la identidad del obrero organizado, quienes afirmaban con más fuerza lo específico del proyecto o programa socialista y quienes más temían los posibles contagios o desviaciones a que se verían arrastrados en el caso de que se comprometieran para una acción común con otras fuerzas políticas o sindicales. Los reformadores, por su parte, sabían bien que el obrerismo no era por sí solo suficiente para acercarlos al poder de Estado, y que abandonado a sus propias y muy limitadas fuerzas el PSOE era incapaz de llevar concejales a los ayuntamientos o diputados al parlamento. Su inveterada tendencia era, pues, a abrir el partido a sectores no estrictamente obreros y a buscar con otros partidos reformistas alianzas políticas que hicieran posible penetrar en el corrupto sistema de la Restauración. Aislamiento obrerista y aliancismo político definen así las dos actitudes subterráneas que recorren al movimiento socialista español desde principios de siglo.

### *Las inevitables tensiones políticas*

Es, en mi opinión, esa estructura de correspondencias duales lo que está en el origen de las graves tensiones que dividieron al socialismo español durante los años veinte y treinta de nuestro siglo. Tales tensiones se referían, ya de antiguo, a la oportunidad o no de alianzas políticas y sindicales con otras fuerzas; a la no siempre fácil integración de las juventudes en ese dualismo ideológico-organizativo; a la posición que el movimiento socialista en su conjunto tendría que adoptar ante o frente al Estado. El socialismo acostumbró a resolver esas tensiones, a veces tras limitados movimientos de escisión o de abandono, porque en la cima de esa estructura dual se sentaban normalmente las mismas personas.

Esa replicación de órganos ejecutivos atando a una doble estructura por medio de vínculos personales podía funcionar en la medida en que se tratara de un mismo movimiento y en el supuesto de que el Partido renunciara a asumir en sus contenidos programáticos todo lo que no fuera la representación de los intereses obreros corporativamente organizados en la Unión. Naturalmente, desde el punto de vista orgánico, tal cosa sólo era posible si la dimensión del sindicato y del partido permanecía limitada y controlable por una burocracia político-sindical capaz de imponer su autoridad por el carisma personal.



Pero en términos políticos, esa dualidad estructural coronada en las mismas personas significaba de hecho —dado el peso relativo de cada organización— la supeditación de las reformas políticas a las conquistas corporativas. Dicho en términos de acción, lo que se conocía como acción política quedaría subordinado a la acción económica; dicho en términos de tiempo histórico, la conquista diaria prevalecería sobre la revolución fundadora de una nueva sociedad; dicho en términos de organización, el Partido quedaría supeditado a lo que decidiera la Unión.

Que esto fue así lo demuestra parlamentariamente la suerte corrida por los escisionistas de principios de los años veinte y, sobre todo, la incapacidad de reacción de los reformistas cuando los dirigentes de la UGT aceptaron el compromiso que les propuso Primo de Rivera. El apoyo —y algo más— que la UGT prestó a la Organización Corporativa Nacional creada por la dictadura de Primo de Rivera, y el acceso de algunos de sus dirigentes —que lo eran también del PSOE— a puestos de cierta relevancia institucional, dejó al sector más político del socialismo sin capacidad de acción para planear alguna alianza que tendiera a derrocar o sustituir a la dictadura. Sólo cuando la mayoría de los dirigentes de la UGT se convenció de que la continuidad en el apoyo a las instituciones de la Dictadura podía poner en peligro el futuro de la organización obrera, fue cuando se comenzó a percibir a los republicanos como gente seria con la que era posible caminar hacia la instauración de un nuevo régimen. Hasta ese momento —1930— los socialistas que clamaban por la libertad y la democracia se habían quedado solos, sin apoyos significativos, en el interior de su propio movimiento.

Por lo que a los socialistas se refiere, la República fue pues el punto de un encuentro realmente histórico entre la mayoría corporativa u obrerista y la minoría político-reformadora. Pero en la misma raíz de este éxito radicaban también las razones de la crisis que al cabo de dos años del nuevo régimen habría de sacudir al socialismo y abrir el camino de una profunda fisura. Cada una de esas corrientes entendió de forma distinta y finalmente contradictoria lo que el nuevo régimen representaba y lo que en él podía esperarse del conjunto del movimiento socialista.

Los políticos entendieron el triunfo como la instauración de un régimen democrático en el que los socialistas no tenían más función que apoyar a los republicanos en su tarea de gobierno. Así, una vez instaurada la República, los reformadores del socialismo dejaron en manos de sus aliados la dirección política de las grandes tareas a las que se enfrentó la coalición: no hubo socialistas en la reforma agraria, tampoco en la reforma militar; no se interesaron por la política exterior y se desentendieron del grave problema de las relaciones con la Iglesia; dejaron, en fin, a los republicanos toda la iniciativa en la reestructuración del Estado y, desde muy pronto, también la responsabilidad de la política económica.

Sin integrarse en esa dirección política, el peso específico de los socialistas en el primer gobierno de la República procedió de la rama corporativa. La UGT, que accedió al Ministerio de Trabajo, interpretó esta llegada al poder como primer cumplimiento del tiempo histórico de la revolución o de la creación de un nuevo orden social. En su opinión, la República era una nueva forma de Estado, producto de una revolución política por la que se echaban las bases para proceder paulatinamente a la radical transformación de la sociedad. Lo importante para ellos —y lo que después lamentarían como creencia ingenua— no era tanto que la Constitución fuera democrática cuanto que permitía una transición al socialismo de forma legal y por una senda pacífica.

Tal convicción no puede entenderse si no es a partir de aquella estructura dual de la mentalidad y de la acción que antes he dibujado. Los obreristas creían que al robustecer



su organización ocupaban de forma definitiva un espacio social cada vez más amplio y un espacio político cada vez más alto hasta que sonara un momento, mal definido, en que darían el paso definitivo hacia la creación de la nueva sociedad por medio de la conquista de todo el poder. Lo que nos importa ahora de esa certeza es que el momento decisivo dependía de que se hubieran consolidado los pasos anteriores.

Eso entrañaba que la República, tal como había nacido como acuerdo de clases medias y clase obrera organizada, fuera una conquista definitiva frente a la vieja sociedad y la vieja política. Esa conquista se alcanzó a partir de lo ya logrado en la Dictadura: no se insistirá bastante en que lo específicamente socialista —en cuanto a sus agentes y sus acciones— de la República fue la continuación y ampliación de lo realizado en la Dictadura. La UGT reforzó su organización, que llegó a multiplicar por cuatro sus efectivos, y la extendió en su presencia y su poder por medio de los jurados mixtos, nuevo nombre que se dio a los comités paritarios de la anterior Organización Corporativa. Por supuesto, una vez en el poder, el nuevo ministro de Trabajo puso manos a la obra para establecer el control sindical de las empresas, esto es, una especie de cogestión sindical-empresarial de la producción y distribución de bienes que los socialistas postulaban entonces como una de las últimas conquistas antes de llegar a la conquista última.

Esa conquista última se presentaba como resultado histórico-natural de todo el proceso y, por el momento, no había prisa alguna en alcanzarla. Era preciso consolidar la República, garantizar la solidez de esos avances. Había que esperar. Pero la espera estaba llena de la seguridad en la ineluctable llegada de la nueva sociedad, que quizá vendría sin aquellos sufrimientos y como dolores de parto que los viejos maestros habían imaginado que acompañarían al nacimiento de la nueva sociedad.

Se comprende la profunda frustración que asoló al socialismo español cuando se sintió expulsado del poder y cuando comprobó la extrema debilidad de sus anteriores conquistas. Esa frustración —multiplicada porque la derecha de los años treinta no representaba, como hoy se asegura, una alternativa democrática republicana sino una amenaza real de liquidación de la República— explica el reiterado anuncio de revolución que los socialistas esgrimen cuando salen del poder, primero, y pierden las elecciones, luego. Pero explica también la renovada tendencia al aislamiento de los corporativistas, su ruptura con los republicanos y, finalmente, la crisis profunda en la que entraron las relaciones con el sector reformador-político del tradicional socialismo español.

Porque después de que el intento revolucionario de 1934 (por el que un sindicato llegó a creer que una huelga general acompañada de alguna acción armada era suficiente para derrocar a un gobierno e instaurar otro Estado) hubo fracasado, se abrió por el tradicional hilo de fractura una profunda distancia entre las dos corrientes del movimiento socialista. De un lado quedaron los corporativistas —reforzados momentáneamente por las juventudes y por un sector de los intelectuales— con su tendencia reafirmada al aislamiento; de otro, los políticos, buscando un nuevo acuerdo con sus tradicionales aliados y llevando de nuevo al socialismo a un pacto para recuperar la República y permitir que fuera gobernada por verdaderos republicanos.

Ambas tendencias llegaron a expresar sus posiciones con tal radicalidad que finalmente quedaron cortados los vínculos tradicionales que ataban por la cima a los órganos ejecutivos del Partido y la Unión. La plana mayor de la UGT dimitió, en diciembre de 1935, de sus puestos en la comisión ejecutiva del PSOE. Su intento era recuperar un partido subordinado a —e incluso diluido en— la organización obrera, mientras que la ejecutiva del PSOE pretendía tener la manos libres para realizar el pacto con los republicanos en los únicos términos que consideraba posibles: cediéndoles toda la iniciativa política.



Lo importante, con todo, es que ambas ejecutivas actuaban de hecho como fracciones escindidas de un mismo movimiento. El pleito que así se abrió entre ambas no pudo resolverse porque en lo más agrio de su lucha un sector del ejército español se levantó en armas contra la República y desencadenó con su acción una guerra civil.

En la que quedó destrozado el socialismo tradicional. Al emerger otra vez a la superficie, la vieja organización de sociedades obreras se ha transformado en sindicato moderno y el antiguo reformismo político no se presenta ya subordinado al republicanismo. ¿Qué ha pasado? Pues sencillamente que la actual sociedad es ya industrial en sus estructuras dominantes y el nuevo Estado es democrático en su constitución. En tales circunstancias es impensable que el socialismo reproduzca aquella vieja dualidad que esperaba del crecimiento de sociedades corporativas de oficios la transformación de la sociedad, y de una alianza política con los ilustrados de las clases medias una reforma del Estado.

### *El fin de la dualidad como ruptura de la continuidad*

Los socialistas del último lustro de los años setenta y primero de los ochenta hablan sobre todo de modernizar y racionalizar al Estado para cambiar la sociedad. No se cuestiona, pues, ni la forma democrática de gobierno ni la estructura capitalista de la sociedad. Aceptados el Estado y la sociedad, lo único que puede hacerse con ellos es racionalizar al uno para que cambie la otra, pero lo que se racionaliza y lo que cambia es este Estado y esta sociedad. Una vez pasados los primeros momentos de radicalismo ideológico —de que ha dejado constancia para la historia las resoluciones de los primeros congresos de la transición— nadie habla ya de República federal ni de socialización de los medios de producción. El Estado es el que tenemos y la sociedad es en la que estamos: nadie pretende subvertir al primero para transformar desde su raíz a la segunda. ¿Cómo ha sido posible un quiebro tan singular respecto a los años treinta?

La explicación hay que buscarla seguramente en que el socialismo español ha solventado, quizá para siempre, la dualidad estructural en la que históricamente se había asentado porque los fundamentos sociales de esa dualidad han desaparecido. Los socialistas, o al menos una parte sustancial de los socialistas, son la creación más significativa de esta sociedad industrial que se implanta en España desde finales de la década de los cincuenta. Profesionales, técnicos, profesores, cuadros de empresas, economistas, abogados: de esas categorías procede el grupo que imprime su marchamo al socialismo actual. No eran marginados de la sociedad ni se sentían excluidos de ella.

Esta sólida inserción en la sociedad no pudo encontrar su expresión política natural hasta la desaparición de Franco y de las instituciones políticas de su régimen. De ahí quizá ese discurso político radical de los primeros momentos de la transición. Ahora bien, la muerte de Franco habría de demostrar hasta qué punto era de bambú la barrera que les separaba del poder político: a los dos años de su muerte, esta nueva generación de políticos socialistas cosechaba ya el 30 por 100 de todos los votos. Suficientes para aproximarlos al poder y para conocer sus mecanismos pero no bastantes para dárselo entero. Era preciso proceder a algunos reajustes.

Los reajustes se hicieron en la dirección de suprimir por completo la dualidad radical que, a consecuencia de su estructura dual, afectaba al socialismo tradicional en su práctica política y en su discurso ideológico. Los socialistas no están fuera de la sociedad y, por tanto, no sienten ninguna revolución en el horizonte y no tienen necesidad alguna de dividir en dos los tiempos de la historia. Han desaparecido, pues, los fundamentos de la dualidad entre el discurso ideológico y la práctica política. Para un socialista actual, la



única práctica posible es la de la acumulación de reformas y el único tiempo real es aquel en que por medio del uso del poder se procede a la racionalización y modernización del Estado y de la sociedad.

Ahora bien, si no hay más sociedad que ésta ni más Estado que éste, ni más tiempo que el que transcurre, desaparece por completo la necesidad de una doble acción, sea por su agente, sea por su contenido. Lo único que puede plantearse como proyecto político es el control del aparato de Estado por medio de un partido para llevar a cabo una política global. El socialismo español de los años ochenta podía aspirar por vez primera en toda su historia al control del aparato de Estado. Tal posibilidad exigía e implicaba unas relaciones completamente distintas con la fuerza sindical que en otra época histórica había hecho del partido político poco más que el representante de sus intereses corporativos.

La nueva relación entre partido y sindicato, al no reducir a aquél a la mera defensa de los intereses de éste, permite al Partido socialista representar también los intereses de otras clases de la sociedad y por consiguiente le exige asumir por sí mismo la dirección política de la defensa de tales intereses. En efecto, el PSOE actual, sin dejar de recibir voto obrero y afiliación de trabajadores, se caracterizó principalmente por atraer a sectores sociales que en los años treinta se habrían dirigido mayoritariamente hacia el republicanismo. Esta significativa ampliación de su base social le impedía reducir su función política a los intereses defendidos por un sindicato y, a la vez, y por la misma razón, le permitía dirigir por sí mismo la acción política en ámbitos tradicionalmente cedidos a la iniciativa de otros partidos de clase media. En la medida en que el PSOE dejó de ser la burocracia política de una organización sindical pudo canalizar intereses sociales más amplios que los específicamente obreros y menos corporativos de los que por necesidad defiende un sindicato. Eso quería decir, en resumidas cuentas, que podía aspirar por vez primera en su historia a obtener una mayoría que le permitiera acceder al gobierno sin necesidad de coaliciones políticas. Los dirigentes políticos que vieron tal posibilidad fueron artífices de un giro radical, en realidad de la inauguración de una etapa nueva, en la historia del socialismo español.

De ahí que la voz socialista denote ahora a los miembros de un partido político, mientras que en el primer tercio de siglo denotaba sobre todo a los de una organización societaria obrera que se había procurado un partido para hacer valer, en los ámbitos del poder político, las reivindicaciones de clase de los trabajadores. De ahí también que, contrariamente a lo que sucedió en la República, lo específicamente socialista en la política del gobierno no proceda del ámbito de las relaciones laborales. De ahí, sobre todo, que por vez primera en su historia, el socialismo pueda llevar a la práctica —con mejor o peor fortuna: esa no es ahora la cuestión— una política global que comprende a todos los ámbitos de la sociedad y del Estado.

La transformación de la tradicional relación entre partido y sindicato entraña quizá una ruptura decisiva con el pasado ya que anuncia el fin de una de las más graves manifestaciones de la dualidad estructural del movimiento socialista español. Sin embargo, y como en el plano organizativo no se ha producido una ruptura de continuidad sino una transformación de los términos de la relación, no sobra la cautela del quizá, que no es tampoco en este caso una mera cláusula de estilo. Porque lo cierto es que, si bien las dualidades que eran resultado de la peculiar presencia del socialismo en la sociedad y el Estado han desaparecido, es evidente la existencia de un sindicato y un partido que se reclaman de la tradición socialista y mantienen estrechas relaciones entre sí, hasta el punto de que los afiliados de uno deben serlo también del otro. Nada impide, pues, a los dirigentes sindicales —cuyo peso en el partido es en ocasiones notorio— que propugnen, en cuanto



miembros del partido, posiciones políticas alejadas o contrarias a las defendidas por una dirección política que —puede ocurrir; de hecho ahora ocurre— coincide con el Gobierno de la nación. Bastaría que tal cosa sucediese y que en torno a esas posiciones se aglutinara el aparato sindical y un sector del partido para que la vieja línea de fisura se reabriera según un modelo también tradicional ya que, en tales circunstancias, el sector crítico del partido tendría que apoyar a los dirigentes sindicales en condiciones de subordinación y forjar o intentarlo una mayoría política en torno a unos dirigentes sindicales; algo que no iría, probablemente, demasiado lejos.

Está visto, en fin, que los viejos demonios del historiador acaban siempre por ganar la partida porque termino estas palabras avocando lo que había negado al comienzo: que las antiguas fisuras puedan reabrirse. Y es que no se puede evitar ese sentimiento de precariedad que impregna a todas nuestras posturas históricas. En cualquier caso, lo que he pretendido subrayar con este análisis de las rupturas y continuidades del socialismo español no es que no puedan producirse tensiones y luchas internas, sino que no es presumible que se reproduzcan con los argumentos de hace cincuenta años, ni por aquellos motivos, ni por los mismos agentes y que, por consiguiente, de producirse, serían diferentes sus resultados. Las tendencias o corrientes no parece que puedan ser en adelante expresiones de las viejas dualidades: corporativismo contra reformismo; aislamiento obrerista frente a aliancismo; organización obrera frente a partido político; tiempo de reformas frente a tiempo de revolución; práctica cautelosa frente a ideología radical. Hoy las discusiones surgirán en torno a la política económica o la permanencia en la OTAN; política de reconversión industrial o medidas para creación de empleo; reformas del sector público o elaboración del presupuesto. Se trata de problemas sobre los que pueden producirse enfrentamientos duros, pero en ningún caso parecen susceptibles de provocar escisiones como en el pasado o debates históricos como el que se originó en los años treinta en torno a la fidelidad al marxismo. Estamos en la política de la normalidad y se discute de cómo actuar en el Estado y la sociedad, no del Estado ni de la sociedad. Estamos listos, pues, para entrar en Europa, pero quienes conozcan el pensamiento de nuestros mayores saben bien que ellos lo habían imaginado de otra manera.

---

\* Lección inaugural del curso académico 1984-85, pronunciado en el Centro Asociado de la UNED de Al-cira (Valencia).



---

# PERPLEJIDAD Y RESPONSABILIDAD DEL INTELLECTUAL

Fernando Savater

---

*análisis y debate*

---



2

*«La tragedia del intelectual político de hoy es que quiere, en el mejor de los casos, someter la historia presente a la media razón, que quiere garantizar a la razón su media vida entre el poder y el estruendo del mundo, por falta de fe en la razón entera. Porque la razón entera, como la entera verdad, ya no son de este mundo.»*

(Maria ZAMBRANO: *Séneca*)

Volver de nuevo al asunto de la función y la responsabilidad política del intelectual, lo que ayer se llamó su «compromiso», parece hoy —como mínimo— tener poca memoria y aún más corto sentido del ridículo. Todos los dictámenes han sido escuchados ya, los de quienes exigían más compromiso en los intelectuales y también los que pedían más intelectualidad en los comprometidos, aquellos que postularon un intelectual orgánico y



los que le prefirieron mineral en su torre de marfil, los que le proclamaron «*au dessus de la mêlée*» y el de quienes le aconsejaban mancharse las manos. Según unos el intelectual debe tomar partido, mientras que otros decretan que sea el partido quien tome intelectuales —sea como líderes, consejeros o rehenes—, y muchos están convencidos de que la independencia —de todo y todos, al menos como ideal— es la sal misma de su tarea crítica. El intelectual fue a la guerrilla y volvió de ella, hizo barricadas en la universidad y encontró su universidad en cada barricada, voceó su autocritica, quemó lo que había adorado y adoró lo que había quemado, ocupó su puesto en el reformismo gubernamental cuando los gobiernos quisieron fingir que se reformaban, se desengañó mil veces y mil veces se lamenta ahora por la pérdida irremediable de sus viejos engaños. El *dossier* está completo y visto para sentencia, pero el jurado que se ha ausentado para deliberar no vuelve, cabe sospechar que no vuelva ya jamás y entre tanto corren los más dispares rumores sobre el veredicto.

Sin embargo, voy a permitirme la osadía y la ingenuidad de volver a acometer este tema semi-proscrito. En primer término, porque creo que es una cuestión que ha sido abordada de modo reiterado pero rara vez perspicaz. En segundo lugar, porque me parece que la tarea cívica del intelectual debe ser examinada una y otra vez periódicamente, cuando las circunstancias de la época se modifiquen de modo significativo. Nietzsche señaló que sólo puede ser concluyentemente definido lo que no tiene historia y tal no es el caso, desde luego, de la figura cultural que nos ocupa. El tercer motivo debe también algo a Nietzsche, ya que se funda en el gusto por lo intempestivo: hoy el calificativo mismo del *intelectual* azora o desacredita en ciertos medios que ayer blasonaban en él con arrogancia ciertamente no mejor fundada que el embarazo actual. Por último, la ocasión lo hace más que aconsejable, casi imprescindible. Nos reunimos aquí para rendir cordial homenaje a Octavio Paz, uno de los más distinguidos e influyentes intelectuales del siglo XX. Sin que ello disminuya su importancia como poeta y ensayista, el explícito y razonado compromiso político de Paz ha sido uno de los rasgos primordiales de su perfil público, el que ha merecido más vivaz controversia. Cuando recientemente leía en las páginas de *El País* la polémica que sobre este mismo tema, pero centrada en Hispanoamérica, sostuvieron Mario Vargas Llosa y Mario Benedetti, pensé que como trasfondo era imposible no evocar constantemente como anverso o reverso de cada argumento la posición de Octavio Paz. Sería mutilar injustificadamente cualquier homenaje que se le dedicara no intentar prolongar la reflexión sobre un problema inestable, mezcla de perplejidad y responsabilidad, del cual él ha sido a la vez lúcido analista y protagonista apasionado.

Una serie de suposiciones previas para comenzar: el intelectual a que vamos a referirnos aquí es el intelectual «a la europea», dicho sea para entendernos, es decir, poeta, novelista, ensayista, profesor y no el *manager* empresarial de formación universitaria cuyo papel en la sociedad actual norteamericana centró los análisis de Alvin W. Gouldner (*El futuro de los intelectuales*); los únicos aspectos que serán considerados dentro de su actividad global son los explícitamente políticos, es decir, aquellos directamente encaminados a modificar y orientar las opiniones de su audiencia respecto al cómo, qué y para qué de la organización social. Dejaremos por tanto de lado el amplio y muy importante campo de las repercusiones políticas indirectas de la obra de creación, que por cierto no siempre han sido ni son coincidentes con las posiciones públicamente asumidas por su autor. El intelectual que nos queda así perfilado posee acceso a los medios de comunicación de masas como instrumento de intervención cívica; no ostenta en la jerarquía política autoridad, sino influencia (aún cuando pudjera serle confiada alguna autoridad institucional será siempre como consecuencia de la amplitud de su influencia y no al revés); se considera, con mayor o menor énfasis, retórico miembro de un gremio específico cuya tarea social se inició en el siglo XVIII, teniendo por santo patrón o demonio fundador a Vol-



taire, seguido luego de los consiguientes antivolterianos; admite que su campo específico es la *persuasión* por medio del lenguaje y que sus propuestas, análisis o críticas deben ser argumentadas en base a algunos principios inteligibles y comunicables. Como último rasgo, podemos resaltar que la teoría política, y no digamos su práctica, casi nunca es la especialidad en la que el intelectual ha conseguido su prestigio.

La mayoría de los intelectuales que lanzan al mundo sus admoniciones apocalípticas suelen quejarse del escaso eco que alcanzan sus prédicas, tanto en el pueblo como sobre todo en las autoridades. Pero muy por el contrario, lo que de veras sorprende cuando se reflexiona un poco sobre el asunto es que se les haga caso en absoluto. La realidad es que cuando hablan siempre encuentran una audiencia notablemente amplia y fervorosa; cuando callan se echa de menos un parloteo y se les reprocha su silenciosa inhibición. De lo que supongo que se queja el intelectual que se siente no suficientemente escuchado es de la acogida de su mensaje: como si la indignación pública, la picota, el amordazamiento represivo, el ostracismo e incluso el puñal que en la noche holandesa rasga el manto de Spinoza no fueran también, a su modo, formas de ovación. Convertir al intelectual en mártir —es decir, en testigo— por intervención popular o gubernamental viene a ser como un caluroso acuse de recibo de su palabra, que quizá desborda los merecimientos del así considerado. Cuanto más obtuso y dictatorial es un régimen político, más importancia por vía traumática alcanzan en él sus maltratados intelectuales: como no se les deja decir nada, todas las palabras oficiales se vuelven puro anverso falaz e insensato de su silencio. Pero también en los países que consienten mayor libertad de expresión esta raza de tábanos tienen su peso, aunque allí su número creciente y su verbosidad cacofónica crean en torno suyo a veces una suerte de irritada indiferencia a la que ellos deberían temer más que a la persecución y al linchamiento, si es que saben lo que les conviene. En todo caso, los intelectuales siguen siendo los dueños del día porque son los inventores de *la opinión pública*, fenómeno que en su versión laica nace en el siglo de las luces y que no es consecuencia del fin del absolutismo y del nacimiento de la democracia moderna, sino la condición *sine qua non* de estas transformaciones. Se trata de una convicción asombrosa y audaz, la de que el pueblo tiene sus propias valoraciones que le sirven para aprobar o rechazar las decisiones políticas y, sobre todo, que posee la capacidad de formar y reconsiderar tales valoraciones de acuerdo con nuevos acontecimientos. La opinión pública tiene mitos y dogmas, desde luego, pero no se confunde con la supremacía religiosa de una iglesia determinada en un Estado teocrático ni tampoco con la articulación de leyendas fundacionales en que basan su armonía ideológica los pueblos primitivos. Si todos los gobiernos tratan de manipular la opinión pública en ello hay que ver una expresión conmovedora de fe democrática: es que por vez primera en la historia los gobernantes están convencidos de que ellos son también pueblo y por tanto a la vez necesitan el referendo legitimador de la opinión pública y tener derecho, como buen pueblo que son, a intervenir en su producción y difusión. Pues bien, los intelectuales son los oficiantes del culto de la opinión pública en el que desempeñan todos los papeles rituales: profetas, pontífices, catequistas, confesores, herejes y chivos expiatorios.

La fragilidad de la posición pública del intelectual es su rasgo más distintivo: es la más *expuesta* de todas y éste sólo puede legitimarla exponiéndose de nuevo día tras día. Por ello es frecuente que intente buscarse algún respaldo, sea en las instituciones vigentes sea en vagas entidades suprahumanas como Dios, el Pueblo, la Humanidad o el Progreso, de los que se declara con voluble espontaneidad el auténtico portavoz. Lo cierto es que al intelectual metido en política no lo respalda nadie y se representa sólo a sí mismo, aún cuando el gobierno le pase un sueldo por su asesoría, aún cuando todos los desheredados de la tierra se reconozcan —lo que ciertamente no es probable— en su justiciera requisitoria. Pero es que en ello reside precisamente la gracia de su figura, si es que tiene alguna. Lo realmente peculiar de su faena no son sus conocimientos especializados sobre



los temas debatidos (frecuentemente no superiores a los de cualquier otro ciudadano) ni el haber alcanzado designación ninguna para ejercer como portavoz de nadie ni de nada, sino más bien el carecer de tales atributos, el ser una especie de metáfora viviente de la modernidad democrática, una antonomasia del ciudadano de la sociedad moderna: individualismo hasta en la masa, social hasta en sus egoísmos, desmitificador, escéptico y a la vez ávido de nuevos dogmas, dócilmente inconformista, hedonista por rebelión impía contra el dolor —actitud de la que han brotado todas las revoluciones políticas, convencido de que cada fiel debe interpretar por sí mismo los textos sagrados tanto como de que ciertamente hay textos sagrados, etc... El intelectual tiene la vulgaridad de cualquiera pero con cierto picante suplemento de originalidad identificatoria en la palabra: es decir, que reconocerse en él es para la mayoría a la vez fácil y gratificante, no menos que convertirle en el rostro del vecino-hermano-enemigo que nos azuza.

La descripción de su función ha sido uno de los temas predilectos de esa función misma, tal como indicábamos al principio. Los intelectuales, vocacionalmente obligados a cuestionar las realidades características de la modernidad que habitan, se han encontrado pronto consigo mismos como uno de los fenómenos más ambigüos de la época. Al principio se hicieron ilusiones desmedidas sobre su papel, envueltas siempre en quejas falsamente modestas sobre su marginación y soledad. Se creyeron conciencia de la época, profetas del futuro, espoleadores de las multitudes adormiladas, paladines de las causas más justas. Esa exaltación, no siempre infecunda ni tan infundada como una caricaturización inmisericorde pudiera hacer creer, contrasta con la discreción actual, no carente sin embargo de púdicos ramalazos de arrogancia. Maurice Blanchot, por ejemplo, se preguntaba recientemente: «¿El intelectual no sería entonces más que un simple ciudadano? Eso ya sería mucho. Un ciudadano que no se contenta con votar según sus necesidades y sus ideas, sino que tras haber votado, se interesa por lo que resulta de este acto único y, sin dejar de guardar la distancia respecto a la acción necesaria, reflexiona sobre el sentido de esa acción y unas veces habla y otras calla». Es el boceto del intelectual como prototipo del ciudadano democrático moderno al que antes me había referido: no se espera de él más que llevar a cabo esa forma de responsabilidad común que la pereza, el adocenamiento o el agobio de las tareas cotidianas impide realizar a la mayoría. La misión más específica que suele asignársele es la de crítico de los lugares comunes de la ideología establecida. Así es, por ejemplo, como le reclama Michel Foucault en una de sus últimas entrevistas: «El papel de un intelectual no consiste en decir a los otros lo que tienen que hacer. ¿Con qué derecho iba a hacerlo? Y recordemos además todas las profecías, promesas, exhortaciones y programas que los intelectuales han podido formular en el curso de los dos últimos siglos y cuyos efectos hemos podido comprobar ahora. El trabajo de un intelectual no es modelar la voluntad política de los otros; consiste más bien en, por medio de análisis que realiza en sus dominios propios, volver a interrogar las evidencias y los postulados, sacudir las costumbres, las maneras de hacer y de pensar, disipar las familiaridades admitidas, volver a tomar la medida de las reglas y las instituciones y, a partir de esta reproblematicación —en la que desempeña su papel específico de intelectual—, participar en la formación de una voluntad política «donde debe desempeñar su papel de ciudadano». Ni mesías ni corazón delator del desorden establecido: el intelectual es, en cambio, el ciudadano cuyo examen público y razonado de las palabras vigentes y de las evidencias históricas ayuda a los demás a ejercerse civilmente.

De los hábitos propios del intelectual, de sus gustos e inclinaciones digamos profesionales, surgen los mayores peligros de que su labor sea estéril o aún dañina, pero también la virtud que en ella vaya a encontrarse. Los vicios pueden resumirse en aquel «espíritu literario» cuya descripción proporcionaba tan adecuadamente Alexis de Tocqueville en sus *Recuerdos*: «Lo que llamo espíritu literario en política consiste en ver lo que es ingenioso y nuevo más que lo que es verdadero, en preferir lo que forma un cuadro interesante a lo que sirve, en mostrarse muy sensible al bien decir y al bien interpretar de los acto-



res, independientemente de las consecuencias de la obra, y en decidirse, en fin, por impresiones más que por razones». Lo ingenioso, lo nuevo, los logros teatrales, la fascinación del momento, estímulos todos indispensables para el artista, pero letales para quien quiere interpretar correctamente los entresijos del conflicto político. Sin embargo, no puede aceptarse sin más la condena del intelectual como «poco práctico» o «moralista» en cuanto intenta hablar de lo que debe ser y no se limita a acatar lo que irremediablemente es. En contra de lo que el Maquiavelo de turno pueda sostener, la diferencia entre moral y política que envía la primera al limbo de los principios irresponsables y confina la segunda en la prisión de las necesidades puramente fácticas es absolutamente falsa. Toda verdadera moral es moral de lo posible y quiere ejercer su empeño con la mayor eficacia virtuosa en el mundo; toda política es opción por determinados valores y no sabría dar ni el paso más supuestamente mecánico sin orientarse de acuerdo con ideales que frecuentemente se dan por sentados sin examen. En una palabra, la moral también —ante todo— es práctica y la política también —sobre todo— es idealista, y mantener viva esta doble refutación de dogmas vulgares con su ejemplo no es de los menores oficios de la tarea intelectual. Quizá su familiaridad con los usos de la imaginación pueda ayudarle decisivamente en esta superación de lo falsamente obvio. Pero el mayor problema de la intervención política del intelectual viene precisamente de su vinculación ya antes señalada con la opinión pública. Opinión es parcialidad, partido, unilateralidad, absolutización fervorosa de una adhesión que a veces permanece secreta hasta para su mismo sujeto. El político es la encarnación cruda y a veces despiadada de la opinión; cuando la política devora totalmente las capacidades imaginativas del intelectual, éste se convierte en mero opinador, ya no tan siquiera portavoz, sino puro y simple altavoz.

Y es que, a fin de cuentas, lo realmente propio del intelectual es *convertir la opinión pública en razón pública*. De la opinión a la razón; de lo que se enfrenta a lo que intercambia y argumenta; de lo que absolutiza una perspectiva y convierte los baremos de juicio en cuestión de colores, naciones o clases, a la permanente universalidad que tantea en busca de un palpar común de lo humano al menos en lo esencial. Y aquí se da una paradoja curiosa: como antes se dijo, el político tiende a encarnar casi con desvergüenza el mirar sesgado de la opinión en los asuntos comunitarios y ello se atribuye a su búsqueda de eficacia, de triunfo en la competencia por el poder; pero el intelectual ávido de incondicional pureza ética cae a veces en peores parcialidades al pretender aplicar sus dictámenes sin tomar en cuenta con paciencia y humildad los datos de lo real. En efecto, según señala pertinentemente Maurice Blanchot, algunos cátaros de la ética desencarnada —que a veces no es más que resentimiento contra la ambigüedad poco dócil de la vida o crueldad glorificada— se manifiestan «como si la moral cuando se aplica a la política pudiera liberarse de toda regla, de todo método y de las precauciones sin las cuales no hay conocimiento sino opinión. Se está tan seguro de tener razón en el cielo que se expulsa no solamente la razón en el mundo sino también el mundo de la razón». Bien mirado, la razón consiste ante todo en una forma de vigilancia. De honradez, también, porque sus pasos son lentos y su destino, finalmente, no está garantizado. La razón no cuenta con un Dios que rehaga de nuevo el mundo después de verlo destruido, ni disfruta la carismática certeza de tener el decurso histórico inexorablemente a su favor, ni está segura de que los buenos lograrán en último término hacerse oír sobre los malos aún siendo menos. Fueron cosas que un día se tuvieron por seguras pero que hoy aparecen más bien como infundadas y peligrosas ilusiones. Queda un cierto coraje, que se alienta lúcidamente a sí mismo y del que no todos son capaces. María Zambrano indicó así su calidad: «De la primera esperanza en la razón, en el orden del mundo, no ha quedado más que una lealtad y una última noción de que la vida no puede indefinidamente sostenerse en la confusión, en que una cierta ley hace falta para sostener la misma iniquidad; una cierta justicia para que la misma injusticia pueda proseguir su marcha». Ni la rapacidad ni el milenarismo se contentarán con este programa, de sobria e incluso trágica madurez. Pero, si



el intelectual quiere estar en el juego sin hacer a nadie el juego, habrá de mantenerse —acosado y acusado por unos y otros— fiel a este designio racional tan precariamente resguardado.

Colaborar en la formación de una razón pública tiene hoy, a mi juicio, una consigna prioritaria: *luchar contra el pánico*. El intelectual que asuma este combate quedará de inmediato en franca minoría, porque el miedo es el partido mayoritario —algunos quisieran que único— de nuestro mundo. Nunca la utilidad del terror como herramienta de control y dominio había sido tan universalmente reconocida, nunca antes encontró tantos apologetas, tantos cómplices, tantos resignados. Pocos intelectuales, incluso entre los mejores, resisten a la tentación de pactar con el escalofrío y la amenaza. Y lo peor es que cada uno de ellos elegirá un aspecto del terror que le parece denunciabile frente a otro de algún modo provechoso o al menos sin remedio (sabido es que «mal necesario» es uno de los nombres vergonzantes que damos a lo que consideramos un bien). Habrá quien denuncie las pretensiones revolucionarias de la sórdida mafia terrorista, pero en cambio considere un mal menor vivir en el equilibrio de terror del militarismo atómico; otros subrayarán el espanto de la tortura, las ejecuciones clandestinas, las desapariciones, las dictaduras establecidas, pero considerarán métodos semejantes como lícitos en las guerrillas que las combaten; y muchos que perciben con nitidez el terror de la pérdida de libertad bajo la orwelliana bota estatal permanecen insensibles ante el terror y la libertad perdida de los hambrientos, de los desposeídos de trabajo o de quienes carecen de elementales seguridades frente a las incertidumbres de la adversidad. Y es que la libertad democrática, el máspreciado bien político, no puede ser comprada ni salvaguardada a costa del terror sin que más antes que después acabe resintiéndose por ello: hoy ya vemos que comienza a apuntar en algunos países la insidiosa noticia de que la mejor forma de conservar la democracia es ejercerla lo menos posible y sin demasiado ahínco... Luchar contra el miedo y contra el desánimo que lo facilita y lo disculpa no equivale a hacer profesión de iluso optimismo. El intelectual no puede resolver bonitamente en su cabeza o en la página en blanco aquello que en la realidad se resiste a la armonía, pero puede y debe negar su complicidad legitimadora a las tercas incrustaciones del horror en marcha. Su palabra no será sésamo liberador y se le reprochará por ello; pero tampoco servirá como coartada, aunque ello le gane nuevos reproches.

Cuentan —quizá tomo la anécdota de De Quincey— que el viejo Kant, en la arteriosclerosis cerebral de sus últimos días, se vio asaltado por feroces pesadillas que significaron una novedad insoportable para un hombre que siempre había disfrutado de un sueño fácil y sereno. Pero no se resignó por ello. Fiel a la vocación disciplinada del siglo luminoso cuya entraña pensó como nadie, apuntó en la libreta donde consignaba sus resoluciones y sus proyectos, allí donde con puntillosa cortesía inventariaba los temas de conversación ya manejados en otras sobremesas para no fatigar a sus huéspedes con las redundancias de la chochez, anotó digo este propósito valeroso: «*No entregarse a los pánicos de las tinieblas*». Todos los intelectuales que nos consideramos herederos de la tradición que él representa deberíamos fijarnos muy seriamente el mismo lema.

Una palabra final que nos devuelve a la ocasión de este acto. Durante medio siglo, perplejo, tenaz y responsable, Octavio Paz se ha debatido junto a nosotros en la travesía de estos tiempos nublados. Hay justicia y alborozo en poder agradecerle hoy su magistral compañía.

---

Ponencia en el homenaje a Octavio Paz, «Más allá de las fechas, más acá de los nombres», leída en el Palacio de Bellas Artes de México, D. F., el 23 de agosto de 1984.



---

# 1984, SEÑAS DE LEVIATÁN

## Carlos Moya

---

*análisis y debate*

---



# 3

Avanzado el otoño, el año entra en su recta final. Se acaba 1984, se disuelve la insidiosa pesadilla de su cifra: la feroz sátira de Orwell sobre su propio tiempo deviene metáfora negativa iluminando críticamente el discreto encanto y singular ferocidad de nuestros propios días (a cada cual según le toque). Tras el debate sobre el estado de la Nación, las discusiones sobre la NATO apuntan hacia un cierto consensus parlamentario. Las reuniones de Contadora ponen una nota de esperanza sobre el volcán centroamericano. Tal vez sea este el momento y el lugar oportuno para publicar la extemporánea crónica que escribí sobre el final de mayo y comienzos de junio. Desde entonces hasta aquí la acumulación de nuevas noticias refuerza la objetiva plausibilidad del escenario allí dibujado.

El treinta de mayo, un mágico eclipse solar anuncia la intensidad lunática de esta primavera. La luna sigue siendo Tanit, faz de Baal y Astarté/Cibeles sobre las tierras y las gentes de este viejo reino consagrado a María Santísima. Pluviosa fertilidad sobre todos,



bélica intensidad allí donde toca, algún que otro muerto sobre nuestro pacificado laberinto y democracia. Desde San Isidro hasta aquí, las noches de Madrid se llenan de azarosas fiestas: en «Morasol», Gurruchaga/Mondragón disuelve los fantasmas de la III Guerra Mundial en un encantador conjuro de cabaret rockero. Chicho canta en «La Piel». Bajo el inquietante signo de Orwell, la primavera 1984 danza una gélida canción: La NATO es la PAZ. «Nos encontraremos en el sitio donde no hay oscuridad, le había dicho O'Brien en el sueño, Winston sabía lo que esto significaba, o se figuraba saberlo... Con la voz de la telepantalla zumbándole en los oídos no podía pensar con ilación».

La implacable lógica estereofónica de Big Brother —en sus multiplicados rostros televisables— nos asegura frente a todo riesgo: la NATO es la PAZ. El tam-tam de los Ancianos de la tribu convoca pánicas marchas juveniles e insidiosas angustias en sus respetables mayores. De este lado del Imperio Uno, la OTAN guarda su interna paz; en el otro se llama Pacto de Varsovia. Fuera, acecha la guerra. Hace muchos años que el paraguas nuclear USA/NATO nos protege de los demonios exteriores de la guerra. Sobre los dos lados del telón de Yalta rige el principio de soberanía nacional limitada a la interna articulación militar del esquizoide binomio imperial USA/URSS: Imperio Uno de la Democracia industrial de masas.

Desde Alaska, con amor, nos sonríen Reagan y Wojtyla: oraciones y misa para un planeta en congelante primavera. La visita de Juan Carlos a Moscú, las esforzadas declaraciones del Presidente, las olimpiadas de Samaranch, nos lo ponen bien claro. Desde Moscú, con cariño, Chernenko y Gromyko aprueban la integración española en la Alianza Atlántica. Mitterrand tiene muchísima prisa por la integración comunitaria; Kohl por la Bundes Republik y Pertini —República Italiana— se apresuran a remachar sobre Madrid la sustantiva identidad Mercado Común/NATO. La NATO es la PAZ.

Sobre el hemisferio norte del Imperio Uno, la gélida sonrisa de Big Brother 1984 nos asegura contra el miedo. En el planetario espacio interior de los occidentales —a uno y a otro lado de Yalta y de Hiroshima— reina la paz eterna, congelada en paranoide ajedrez de misiles. Desde Alaska y Leningrado hasta Centroamérica, el golfo Pérsico y el Mediterráneo libio-fenicio, el frío sol polar se hace cálida sangre: Honduras, Nicaragua, El Salvador, Líbano, Trípoli. ¿Y qué decir de Irán/Irak/Afganistán? ¿Dónde encontrar los huesos de Palestina, mil quinientos años anterior a Massadá?

### *Dioses, guerras, imperios*

El mismo sol que en Delos fue Dionysos y Kiwich Kakmó en Yucatán, es el arrasador fuego de ahora sobre las viejas tierras de Seth y de Istar, de Hunab Ku, Cipattonal y Tamagastad. «Cuando tenemos guerra es para darles de comer a los dioses la sangre de los nuestros», «Para que el sol alumbrase era necesario que comiese corazones y bebiese sangre, y para ellos hicieron la guerra. Y porque todos los dioses lo quisieron así, hicieron la guerra». Sobre la desvanecida memoria de los viejos dioses, la universalizada gloria del Unico: aquel que sucesivamente se dijo y se dice YHWH, Alah, Deus sabaoth. Sobre la vieja caldera mediterránea de la Historia universal de los occidentales, la mundializada historia de ahora mismo manifiesta la omnipresente actualidad y poder de la trinitaria revelación del Unico sobre los encontrados pueblos del Libro. Sobre la inmediata secularización de la Democracia industrial de masas, sobre su amnésica actualidad estereofónica, la emergencia icónica de aquellos rostros que dicen la perdurable consistencia del monoteísmo, su sucesiva y explosiva cismogénesis.

Frente al carisma religioso de Jomeini —Imán chiita de la revolución nacional en el Islam—, frente a la efervescencia revolucionaria de Latinoamérica, la presidencia impe-



rial USA requiere la católica «auctoritas» del Papa de Roma. Desde Tel-Aviv a Jerusalem, la paranoide violencia expansiva de Israel repite la magia terrible de su sagrado nombre: Israel es «el Dios que lucha con su propio pueblo».

YHWH, Alah, Deus sabbaoth: sucesiva revelación y trinitaria metamorfosis del olvidado Atón, poética culminación solar del Imperio egipcio. «Inmortales mortales, mortales inmortales» (Heráclito, 61). El «eterno retorno» de los nombres divinos manifiesta la multiplicada omnipresencia del Uno entretejiendo de Historia universal la actualidad mortal de los humanos, con el «himno al Sol» de Akenaton (1370 antes de Cristo) asistimos a la originaria epifanía del Unico. «¡Tus rayos abarcan las tierras hasta el límite de cuanto hiciste...! ¡Oh, Dios único, que no tienes par! Tú creaste el mundo según tu deseo, en soledad... Tú eres el tiempo de la vida en ti mismo». Sobre la tierra del Nilo, el rapto iluminado de Faraón se hace revolución religiosa para consumirse con su propia muerte. Desde Tutankamon hasta Horemheb, la acelerada restauración de los viejos dioses concluye con la imperial exclusión del excluyente Unico. General con Akenaton, Horemheb ha sido el brazo armado de sus inmediatos sucesores; la divina presencia de Horus y Amon le consagrará Faraón a la muerte de Ai, última y efímera reliquia sacerdotal de Aton. La eternidad de Horus/Ra restaura la eternidad del Imperio frente a su interna degradación, acechada por la agobiante amenaza hitita.

La revolución de Akenaton se desvanece en la sucesiva eternidad de Egipto; su «himno al sol» se seguirá repitiendo, para siempre, en el salmo 104 de la Torah. «Tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros.../ A tu voz de trueno emprenden la huida, / se precipitan montaña abajo... / Leviatán que tu formaste para jugar con él.» Sobre la mágica armonía solar de Aton, la gloria terrible de YHWH, las tablas de Su Ley, la invención mosaica de Su Escritura. «Yo que soy el Es, el Fue y el Será, / vuelvo a condescender al lenguaje, / que es tiempo sucesivo y emblema» (Juan, I, 14; Borges). Entre el poema egipcio y el salmo bíblico, la zarza ardiente, la eternidad tronante del Sinaí. Podemos fechar, con notable aproximación, las pavorosas nubes y tempestad de rayos con YHWH condesciende a Moisés en las desoladas alturas del monte Horeb. Podemos precisar con mayor plausibilidad la audaz reconstrucción histórica de Freud, sucesivamente iluminada por los resplandores apocalípticos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. «Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos, asombrados, que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie». Sigmund Freud escribe en 1938, entre Viena y Londres, los sucesivos prefacios a su «Moisés». En Rusia, la esperanza revolucionaria de los orígenes deviene organizada aniquilación del pensamiento libre; en Alemania, con la emergencia del III Reich «comprobamos que también se puede caer en la barbarie casi prehistórica sin invocar por ello ninguna idea de progreso». Para poder publicar su originario y secreto manuscrito, para salvar su propia existencia y pasión de conocimiento, el doctor vienés huye a Londres. También Elías Canetti, un sefardita centro-europeo que anda pensando ya, obsesivamente, «Masa y Poder»: esa trágica ecuación que mueve y arrastra su Historia occidental, la de todo el planeta. La guerra civil arde en España, se hace tenebrosa inminencia sobre todo el viejo continente. Londres es el último refugio europeo para la inteligencia libre, para la libre memoria de Israel, escapando otra vez a su exterminio.

En abril de 1938, Orwell consigue publicar «Homenaje a Cataluña» —se recupera todavía del balazo en el cuello (frente de Aragón) con el que volvió a Londres. En junio, Freud ultima la publicación de «Moisés, su pueblo y la religión monoteísta». «En tiempos más tenebrosos ya hubo alguna vez alguien que pensó como tú.» «Las conquistas de la dinastía XVIII han hecho de Egipto un imperio mundial... El éxodo de Egipto correspondería a la época entre 1358 y 1350; es decir, después de la muerte de Iknahton y antes de que la autoridad estatal fuese restablecida por Horemheb» (Freud). La arqueología de



nuestros días fija la muerte de Akenaton en torno al 1350 antes de Cristo, la entronización de Haremheb, hacia el 1340. En el 1286 tiene lugar la batalla imperial de Kadesh: Ramses II enfrenta el imperio ecuestre de Muwtalis y Hattusas. Desde su penúltima fundación —Hattusilis I, 1650 antes de Cristo— la gloria de la capital de Hatti viene arrasando periódicamente las lejanas fronteras de Egipto. Con los primeros «hicsos» que se asoman al Nilo, los primeros «habiru»: Abraham compra su tumba a un hitita. Siglo tras siglo, las sucesivas oleadas hititas se rompen sobre la mágica eternidad territorial de Faraón, sucesivamente acorralado sobre el desierto oriental inmediato al Nilo. Kadesh, antes que una victoria egipcia, fue una suerte de Yalta impuesta por esos primeros indoeuropeos al divino imperio Horus/Osiris/Ramsés.

Con la información que disponemos no precisamos postular un doble Moisés: el funcionario egipcio contemporáneo de Akenaton y el poseído transcriptor del Decálogo. La irrupción del carisma, acelerando la Historia, acelera la fugitiva estampida/invencción de Israel. Madian está próximo al oasis de Kadesh. Hace mucho tiempo que en Madian se sabe la muerte de Akenaton, la restauración de Amon/Horus/Ra, las temibles incursiones hititas que amenazan la omnipotencia de Faraón, las siete plagas sobre la tierra de Ta'tjenen. En una u otra forma esa es la apocalíptica memoria y actualidad que subyace a la invención mosaica de Israel, congregando en la falda del monte Horeb/Sinaí. «Moisés hablaba y Adonai (Aton) le respondía con el trueno». Frente al terror del Impronunciable, tempestuosa nube allá en lo Alto, Moisés salva el pánico miedo de Israel, de bruceces ante el cósmico espanto YHWH. La eternidad de esa hierofanía pudo tener lugar entre el 1300 y el 1250 antes de Cristo. J. Hawques (1976) prefiere esta última fecha; L. Woolley (1961) se inclina por el 1269. Desde entonces hasta aquí, el que Es, Fue y Será, mantiene en fervor y gloria las encontradas gentes de esa desértica península y pavorosa montaña, custodiando la historia sagrada de tres continentes, su inmediata actualidad planetaria.

### *Leviatán desnudo*

En Londres, 1946, la *intelligentzia* occidental sobrevive al apocalipsis. Sobre el silencio de Dios (Bonhöfer), la omnipresencia de la bomba. «Todo el terror ante un poder sobrenatural, un poder que irrumpe vengador y destructivo sobre los hombres, está contenido en la imagen de la “bomba”» (Canetti). Desde ese mismo tiempo y escenario en el que Orwell anda inventando «1984» nos llega una inquietante observación de Wittgensteien. «La angustia que ahora tiene el público ante la bomba atómica, o que así se expresa, es casi una señal de que por una vez se ha hecho un descubrimiento curativo. Cuando menos, el miedo da la impresión de una medicina amarga verdaderamente eficaz. No puedo librarme del pensamiento: si no tuviéramos aquí algo bueno, no armarían tanto escándalo los “filisteos”. Pero se trata quizá de un pensamiento infantil. Pues todo lo que puede decir es sólo que la bomba saca a relucir el fin, la destrucción, una terrible maldad de una ciencia repugnante, jabonosa. Y esto es, desde luego, un pensamiento desagradable; ¿quién puede decir lo que seguiría a tal destrucción? La gente que habla ahora en contra de la producción de la bomba, es evidentemente las “heces” de la inteligencia, pero tampoco prueba esto incondicionalmente que deba alabarse aquello que aborrecen».

Asistimos ahora al cumplimiento definitivo en España del viejo programa de la modernidad occidental, planetariamente custodiado por el esquizoide Imperio USA/URSS. Su estereofónica y omnipresente actualidad, rígidamente asegurada por la administración telepánica del terror nuclear, acaso repite, con su trepidante agobio, el arquetipo multiseccular del Bajo Imperio. Como Roma y Bizancio en aquel tiempo, Washington y Moscú encarnan en el nuestro las dos mitades, «occidental» y «oriental», del Imperio



Uno. Sino que las dos mitades actuales no tienen otro peligro bárbaro exterior que su peculiar barbarie interna, tecnocráticamente regimentada bajo una u otra figura —«liberal» versus «popular»— de democracia industrial de masas.

Tiempo nublado, lunática primavera. Los árboles de Madrid son más verdes que nunca. El calor no acaba de llegar. Buen tiempo para pensar en plantar de alegres mardroñales el discretísimo monumento a la Constitución. Desde 1948 hasta 1984 —desde el tiempo de Orwell hasta nuestros días— la sucesiva domesticación civil de los occidentales fue también historia objetiva de este viejo reino y de su alcanzada democracia. Con las nuevas costumbres de libertad, las nuevas figuras del miedo, «La muerte como amenaza es la moneda del poder. Es fácil colocar aquí moneda sobre moneda y acumular enormes capitales. Quien quiera reducir el poder debe mirar la orden de hitó en hito, sin temor, y encontrar los medios para despojarla de su agujijón» (Canetti).

## MINISTERIO DE CULTURA

Dirección General de Juventud



**Número especial dedicado a:**  
**Juventud, crisis económica, y empleo.**



**Revista de información juvenil (quincenal):**  
**Educación, trabajo, cultura, tiempo libre, concursos, etcétera.**



**Temas de Juventud:**  
**Colección de monografías sobre temáticas de juventud:**

**CENTRO NACIONAL DE INFORMACION Y DOCUMENTACION**  
**C/. Marqués de Riscal, 16 - 28010-MADRID. Teléfono 419 76 00**



# A las Baleares a todo tren y en barco.



**... Desde 8.589 pts.  
ida y vuelta.**

Reserve su billete "Tren + Barco" y disfrute de un confortable viaje desde Madrid hasta Palma de Mallorca o Ibiza, vía Valencia. Con todo resuelto. Con la tranquilidad del tren y el placer de una agradable travesía en barco.

Ahora, cuando le apetezca, viaje a las islas por todo lo alto y en temporada baja.

**Beneficiense con los descuentos especiales del billete "Tren + Barco" para viajes de ida y vuelta, fin de semana y grupos.**

Consulte en su agencia de viajes.



Renfe: Alcalá, 44. 28014 Madrid. Tel. 222 19 61. Trasmediterránea: Pedro Muñoz Seca, 2. 28001 Madrid. Tel. 431 07 00.



---

# EL 1984 DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

## Roger Bartra

---

*análisis y debate*

---



# 4

El socialismo que conocemos no tolera el desencanto; tampoco admite la desesperación. Así mismo, rechaza al pensamiento crítico. El dolor y los sacrificios son concebidos como el camino hacia la creación del «hombre nuevo». En las peores etapas la gente está obligada a ser feliz, a mantener viva la esperanza o, al menos, a declarar que así lo cree. Se intenta demostrar el carácter científico del socialismo mediante la imposición de la utopía oficial. Pero imponer la esperanza equivale a aniquilarla: aparece entonces el espectro del desencanto, aparece la anti-utopía.

El símbolo de la anti-utopía socialista es *1984*, gracias a la conocida novela de Georges Orwell. Pero la veta ya existía. En 1920 la flamante editorial del Estado socialista soviético publicó un libro curioso: *Viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesi-*



na, era su título, y lo firmaba Iván Kremnirov. El pequeño libro hacía un relato del despertar de Alexis en el Moscú de 1984: un verdadero paraíso ecológico se despliega ante sus ojos, en donde los campesinos que han derrotado a los bolcheviques en 1930, han tomado el poder y construido una nueva sociedad. Este libro se imprimió en veinte mil ejemplares; aparecía en él una introducción escrita por el director de las ediciones estatales (firmado P. Orlovski, seudónimo de V. V. Vorovski) en la que se aclaraba al amable lector que el libro reflejaba los ideales «utópicos y reaccionarios» de los campesinos; pero que debía difundirse porque «esta utopía es un fenómeno natural, inevitable e interesante» en un país aún fundamentalmente campesino; se publicaba el libro, decía la introducción, para que los obreros y especialmente los campesinos reflexionaran seriamente y pudieran tener una posición crítica y consciente ante los argumentos utópicos. El autor de esta utopía campesina, que se ocultaba bajo seudónimo, era el célebre agrónomo populista Alexander Chayanov, conocido por sus penetrantes análisis de la cuestión agraria <sup>1</sup>.

En la misma época en que Chayanov publicó su utopía campesina proyectada para 1984, un conocido escritor ruso escribía una corrosiva anti-utopía que revelaba ya una amarga reacción crítica a las tendencias corporativas del nuevo Estado socialista; se trata de la novela *Nosotros (My)*, de Evgueni Zamiatin, que fue tomada como modelo por Orwell para su célebre *1984*. En la novela de Zamiatin, a la inversa de Chayanov, la ciudad del futuro ha vencido al campo; los hombres allí son identificados por claves numéricas y no por nombres. Narra cómo el ingeniero D-503, constructor de la nave espacial *Integral*, se enamora de I-330, que es una dirigente de los movimientos clandestinos de oposición. Viven en una ciudad gigante cercada por un muro verde, gobernada por un Benefactor; el Estado vigila todo y llega, incluso, a decidir cuándo y de quién deben enamorarse los ciudadanos. *Nosotros* se publicó en París en 1922; nunca se ha publicado en la URSS <sup>2</sup>.

Tanto Chayanov como Zamiatin, cada uno en su terreno, pudieron influir en los medios culturales soviéticos durante los años veinte, sobre todo en la época de la NEP (Nueva política económica). Zamiatin formó parte, junto con Babel, Esenin, Pilniak y Alexis Tolstoi, de los llamados *popuchiki*, «compañeros de camino» de la revolución. Por su parte, Chayanov participa todavía en las discusiones de fines de los años veinte sobre la creación de haciendas estatales mecanizadas, y propone que los nuevos sovioses sean unidades de 8.000 ó 12.000 hectáreas, reunidas para su administración en conjuntos de 60.000 ó 10.000 hectáreas <sup>3</sup>. Como se ve, y contra lo que muchos piensan, Chayanov no sólo defendió al pequeño campesino, sino que también creyó necesario organizar grandes empresas agrícolas.

Después, durante los años treinta, ambos fueron perseguidos por el Estado stalinista. Chayanov acusado de formar un partido campesino con el objeto de restaurar el régimen capitalista, fue juzgado y murió en prisión probablemente asesinado. Su nombre desapareció de la segunda edición de la *Gran Enciclopedia Soviética*. A Zamiatin, por su parte, le retiraron los derechos políticos en 1929, pero logró exilarse gracias a una carta que le envió personalmente a Stalin (y probablemente al apoyo de Gorki); murió en 1937. Igualmente, su nombre desapareció de todas las ediciones soviéticas. Curiosamente, Zamiatin nació en 1884, hace exactamente un siglo.

Me ha parecido necesario y justo citar a estos dos antecedentes —poco conocidos— de la mitología que lleva el nombre de *1984* gracias a la famosa novela de Orwell. Como se ve, aquí utopía y anti-utopía van de la mano y se desarrollan paralelamente: ambas son el resultado de algo que se ha marchitado *al interior* del socialismo. La utopía pinta con intencional ingenuidad un hermoso y tranquilo socialismo rural; la anti-utopía



describe los horrores de una sociedad en la que hasta los sentimientos son planificados por el Estado <sup>5</sup>. Pero cuando Orwell retoma el simbolismo del *1984*, a fines de los años cuarenta, carga su obra de una amargura y de una desesperación que sólo podemos comprender si a las experiencias, en los años veinte, de un Chayanov o de un Zamiatin, agregamos la gigantesca represión stalinista, la guerra de España y la Segunda Guerra Mundial. Los años treinta y cuarenta, a un escritor de la sensibilidad de Orwell, no podía insuflarle ninguna clase de optimismo. La novela *Mil novecientos ochenta y cuatro* se publicó en 1949; al año siguiente su autor murió, tuberculoso.

¿Qué puede significar *1984* en 1984? Cuando leí la novela de Orwell, en algún momento de los años sesenta, me pareció que pertenecía al pasado, a los fríos años grises de la postguerra. El peligro de un *1984* no parecía real a mi generación, apoyada como estaba en una mezcla crítica de elementos dispares: la revolución cubana, la poesía *beat*, las guerrillas, las luchas estudiantiles, el deshielo del XX Congreso del PCUS, las luchas de los negros por sus derechos civiles, la ampliación de los frentes de izquierda, la marihuana, Rubén Jaramillo, el joven Marx, Vietnam, los *Beatles*... El peligro de un *1984* no nos parecía real. Para seguir usando la simbología del calendario: nosotros oponíamos *1968* o *1984*: mejor dicho, estábamos demasiado absortos en nuestro *1968* para ocuparnos del *1984* de nuestros padres. No obstante, ecos de lo que algunos de la generación anterior repetían insistentemente nos recordaban la existencia del *1984*: el marxismo, nos decían, ha desdeñado a la democracia política al anteponer simplificadoramente la necesidad de cambios en la estructura económica <sup>6</sup>. Desgraciadamente, casi todos nuestros maestros fueron engullidos por el *1984*: unos, la mayoría, por el aparato estatal; otros, la minoría, se han vuelto representantes y defensores oficiosos del «socialismo real». Muy pocos mantuvieron vivo un pensamiento crítico.

Por ello, me ha dado un gran alegría leer en un reciente artículo de Julio Cortázar una defensa del pensamiento crítico que es capaz de reconocer que *1984* es la alegoría de la «reacción dentro de la revolución». Cortázar señala, con razón, que el horror infinito de *1984* radica no sólo en que el socialismo podría llegar a ser como el de *1984*, sino en el hecho de que en un *1984* la esperanza es imposible; pero aún, la esperanza está allí presente sólo con el fin de desgarrarnos, al ser testigo de su propia imposibilidad <sup>7</sup>. No en balde Cortázar nos recuerda al venerable prior dominico que, con los ojos llenos de lágrimas, comprensivas, torturaba mediante la administración de la esperanza, en el cuento de Villiers de l'Isle-Adam; inquisidores como Pedro Arbuez d'Espila existen en el mundo socialista. Pero los sentimientos que alimentan verdaderamente los deseos, ideales, utopías y sueños de un mundo mejor siguen siendo uno de los ingredientes fundamentales del pensamiento crítico que rechaza todo cuanto hay de *1984* en el socialismo real. En un intento reciente por revelar el pretendido contenido metafísico de las corrientes marxistas críticas y antidogmáticas que luchan contra el *1984*, Pablo González Casanova ha escrito una afirmación escalofriante que pertenece completamente al universo orwelliano: «*el pensamiento crítico no tiene dogmas. Es peor, tiene sentimientos y, a menudo, oculta intereses.*» <sup>8</sup>.

Esta afirmación tiene el aspecto de una trampa preparada: quien critica al socialismo real debe tener peligrosos sentimientos: es necesario apretar la soga de la lógica científica para descubrir los intereses ocultos. Al respecto, yo quiero responder abiertamente a esta insinuación sobre la presencia de una cadena crítica-sentimientos-intereses, pues considero que su autor —hombre destacado de la izquierda a quien aprecio mucho— debe aclarar el objetivo preciso de sus insinuaciones. El lector del libro de Pablo González Casanova es, de entrada, alentado contra la existencia peligrosa de «ideólogos contrarrevolucionarios (que) *se mezclan y confunden con los socialistas para arremeter contra el socialismo real en nombre del ideal*». Inmediatamente se afirma que en América Latina hay «*muchísimos marxistas que eliminan la lucha contra el sistema de explotación*» <sup>9</sup>.



Estas afirmaciones nos llevan a plantearnos peligrosas preguntas: ¿Quiénes son esos lobos con piel de oveja? ¿Son esos mismos numerosísimos marxistas que eliminan la explotación? ¿Cuántos son y dónde están? Si se confunden con los *verdaderos* socialistas, ¿cómo los vamos a distinguir? ¡Henos aquí, ya instalados en pleno 1984! Bajo el peso de estas preguntas, se impone la necesidad de un Gran Hermano Vigilante; se impone la lógica de la sospecha y, más allá, como Julia y Winston, en la novela de Orwell, el horror de quienes —dicho por Cortázar— «saben que se han traicionado mutuamente y sólo buscan separarse, olvidarse, seguir traicionándose allí donde en lo más hondo de sí mismos había latido la esperanza».

El horror de la lucha fratricida en el seno del socialismo no es algo nuevo. La idea de que el «enemigo» se ha infiltrado en las filas de la revolución y del marxismo, es la que ha permitido justificar intelectualmente las más atroces represiones. El propio George Orwell tomó parte activa en uno de los episodios más trágicos de la revolución española: en mayo de 1937 estalló en Barcelona una verdadera guerra civil dentro de la guerra civil, que enfrenta violentamente a anarquistas y trotskistas contra comunistas y socialistas. George Orwell perteneció —entre 1936 y 1937— a las milicias del POUM, el partido trotskista dirigido por Andrés Nin y que se colocó en el centro de los conflictos: George Orwell expuso su opinión sobre los sucesos de mayo en su libro *Homenaje a Cataluña*. La coyuntura es interesante entre otras cosas porque reveló, en un fugaz momento histórico, el drama de la utopía anarquista puesta sobre la tierra: desencadenó un torbellino infernal de autoritarismo, censura, persecuciones y violencia.

Este torbellino condujo a una insurrección, en plena guerra contra el franquismo, dirigida contra el frente popular por el ala dura de la FAI (los siniestros «amigos de Durruti») y el POUM, que lanzó la consigna de «destruir al enemigo interior», pues había llegado la hora de «escoger entre la revolución y la contrarrevolución»<sup>10</sup>. Por otro lado, socialistas y comunistas sostenían que el POUM era un «nido de espías al servicio del fascismo», afirmación obviamente descabellada. Al final, después de una semana de sangrientos combates (¡mil muertos y tres mil heridos!), fueron reducidas las milicias y las odiosas «patrullas de control» anarcosindicalistas que se habían alzado. Poco después, a consecuencia de los sucesos de mayo en Barcelona, cayó el gobierno de Largo Caballero y los anarquistas salieron del gobierno central. Es evidente que en esta lucha todos perdieron... menos la NKVD soviética (antecedente del KGB), que aprovechó la confusión para extender su red. Sin duda, la policía secreta soviética no fue ajena al secuestro de Andrés Nin, el dirigente del POUM, acusado de ser «agente de la Gestapo y de Franco»; es obvio que el asesinato de Nin fue la prolongación en España de los tristes célebres «procesos de Moscú»<sup>11</sup>.

La desgraciada paradoja aquí es que tanto anarquistas como trotskistas —unos utópicos, otros perseguidos—, fueron en Cataluña los portadores más cerrados del autoritarismo y del maximalismo. Es obvio, y lo demostraron en Cataluña, que ellos también llevaban el virus del 1984: haber sido derrotados no los limpia ni los exime.

Orwell transmitió a su novela el problema de las profundas escisiones al interior del socialismo. El misterioso rival del Hermano Grande —Emmanuel Godstein— está evidentemente inspirado en Trostki; y según Deutscher, los fragmentos de «El Libro» que aparecen en 1984 son una paráfrasis de *La revolución traicionada* (publicado en 1937).

Pero es quizá Mao-Tse-Tung el clásico en la materia. El dirigente chino dedicó a este tema un célebre artículo titulado «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo» (1957). Allí ya prevenía contra lo que después él mismo auspició: criticaba a la mentalidad «izquierdista» que ve enemigos por todos lados en el seno del



pueblo y que «señala como contrarrevolucionarios a personas que en realidad no lo son». La existencia de contradicciones «en el seno del pueblo» por la persistencia de clases y estratos sociales con diferentes intereses: proletariado, campesinado, burguesía nacional e intelectualidad. También señala las contradicciones entre los intereses estatales, los intereses colectivos y los intereses individuales. El texto de Mao es interesante sobre todo porque demuestra la *imposibilidad de resolver el problema desde la perspectiva del marxismo oficial*; y aquí entiendo por *marxismo oficial* aquél que establece como axioma intocable la inexistencia de la explotación cuando el poder estatal se encuentra en manos del Partido Comunista (o equivalente). Esta *imposibilidad* de explicar las contradicciones del «socialismo real» queda bien ejemplificada en la siguiente cita de Mao: «Es necesario criticar los defectos del pueblo (...), pero al hacerlo debemos adoptar verdaderamente la posición del pueblo y hablar llenos de ardiente deseo de protegerlo y educarlo. *Tratar a los camaradas como a enemigos es pasarse a la posición del enemigo*»<sup>12</sup>.

Si un camarada trata a otro de enemigo, entonces el primer camarada se ha pasado a la posición del enemigo; pero si el segundo camarada, al darse cuenta, denuncia al primero como enemigo, a su vez pasa a la posición enemiga por haber tratado al primer camarada como enemigo; así, ya tenemos dos enemigos, que son el principio de una enloquecedora espiral dialéctica al final de la cual, en un pueblo *todos son enemigos*.

Una forma de evitar que se desencadene esta explosión dialéctica de sospechar y contrasospechar radica en establecer, arbitrariamente y desde arriba, los parámetros de la «verdad»; es lo que hace Mao en el artículo citado, en seis puntos, entre los que destacan: el apoyo a la dirección del partido comunista y la construcción del socialismo (lo que implica aceptar la inexistencia de relaciones de explotación «en el seno del pueblo»). Pero en períodos de crisis la lógica del «enemigo interno» vuelve a aflorar, inexorable. Así, la única forma en que se impide que la espiral se desenrolle vertiginosa en una búsqueda infinita del enemigo, es cuando se alcanza el equilibrio del círculo vicioso.

La sospecha flota en el aire. Cortázar se ve obligado a aclarar que su crítica a Cuba y a Nicaragua la hace *por* esos procesos y no *contra* ellos. La terrible pregunta está planteada: «¿Cuál es la diferencia entre las críticas al socialismo real de los liberales conservadores y los socialistas democráticos-y-revolucionarios?». Quien hace esta pregunta es Pablo González Casanova, quien sugiere la posibilidad de confundir a los neoconservadores que apoyan a Reagan con el pensamiento marxista europeo manchado, se supone, de metafísica: «... el simple hecho de que sea necesario aclarar la diferencia plantea la prioridad ideológica de acabar con las ambigüedades y las confusiones»<sup>13</sup>. A quien hace esta bárbara pregunta (y sugiere tan esquemática respuesta) se le aparece irremediablemente una amplia zona dudosa poblada de eurocomunistas, anarquistas, trostkistas, radicales, críticos, contestatarios, socialdemócratas y reformistas inspirados confusamente en Della Volpe, Marcuse, Lefebvre, Cerroni, Mandel, Colletti y Althusser (para sólo citar las corrientes y nombres que menciona). Una de esas «prioridades» para terminar con los embrollos ideológicos la plantea al concluir su libro contra la «nueva metafísica»: «es necesario *imponer (...) lo que podríamos llamar la lógica del “socialismo en este mundo”*»<sup>14</sup>, donde todo está en su lugar: las intervenciones extranjeras siempre son imperialistas (las otras son de «solidaridad») la lucha de clases es diáfana y jamás hay duda sobre quienes son los buenos y quienes los malos.

Yo creo, por el contrario, que es el momento de cultivar la sutileza de la «ambigüedad» y la «confusión» de la crítica y la libertad, de la democracia y la lucha por el socialismo «ideal»; de escapar a la lógica del «socialismo en este mundo» porque es en realidad la lógica de una razón de Estado que atenta contra la *esperanza* en un socialismo democrático. Es el momento de abrir los ojos y darse cuenta de que la lógica del socialismo



real no es una, sino múltiple; que el socialismo de este mundo no es un todo único empaquetado y listo para aceptarse en su apariencia plana y uniforme. Al interior del socialismo no hay unidad: hay contradicciones antagónicas, hay explotación, hay despotismo. Pero también hay libertad, democracia e igualdad: Es por eso que hoy podemos —y debemos— escoger entre las diversas opciones que existen realmente, así sea en forma embrionaria, al interior del mundo socialista; estas opciones se gestan en un contexto en que *no ha cesado la explotación*, aunque ha adquirido formas nuevas <sup>15</sup>. La amplia franja «ambigua» y «confusa» de nuevos marxismos, en su pluralidad, refleja el abanico de opciones que han ido surgiendo *al interior del socialismo*. Tiene razón Julio Cortázar: *1984* representa la *reacción dentro de la revolución*, lo que nos recuerda de inmediato que hubo un vez también *revolución en la revolución*, cuando soñamos que leíamos a Debray, quien soñaba que traducía los sueños de Fidel, quien soñaba en los sueños del Che, quien vivió un sueño en Cuba y una pesadilla en Bolivia... demasiados sueños intermedios erosionaron nuestra utopía, que con frecuencia acabó en una conversación en *La Catedral*.

Hay otra pregunta que quiero preguntar: ¿hay un *1984* en el socialismo latinoamericano? Que no se diga que, ante la agresividad imperialista de Reagan, no debemos *ahora* ocuparnos de este problema; pues precisamente porque *lo principal* es luchar contra el imperialismo que nos *explota* —la palabra queda pequeña ante la inmensidad de la desgracia que nos amenaza— es que resultaba hoy ineludible fortalecer una alternativa democrática en el interior del socialismo y denunciar los peligros de un *1984*.

Nuestro *1984* está en Cuba y también en Nicaragua; está en El Salvador y en Guatemala; en Granada y en Perú; en tantos lugares nuestros donde la revolución ha quedado herida; sus cicatrices extrañas se llaman: purgas en los partidos comunistas, ajustes de cuentas entre grupos revolucionarios, terrorismo contra los disidentes, Roque Dalton, Bishop...

Es de todos sabido que a fines de los años sesenta ocurrieron cambios en Cuba que introdujeron una importante dosis de intolerancia y de dureza en el sistema político: el llamado «caso Padilla» fue una muestra de formas rígidas de coerción, que no consiguió otra cosa que —dice Cortázar acertadamente— «un estado de temor permanente, un pregusto de todo lo que en última instancia desemboca en el terror de *1984*. Esto lo saben de sobra los cubanos, y aquellos que hoy lo nieguen se cuentan seguramente entre quienes estuvieron más atemorizados y más callados en aquel momento... Mi crítica, por más solidaria que fuese, me valió siete años de silencio y de ausencia...» <sup>16</sup>.

Los extraordinarios logros socialistas en Cuba nunca podrán ser ocultados por las críticas reaccionarias: basta saber lo que se ha logrado en extensión de la educación y la salud, para sólo mencionar lo más espectacular, para tener una idea de la profundidad de las transformaciones. Pero la más larga y apologética de las listas de logros de la revolución cubana no borra los problemas: deformaciones económicas derivadas del monocultivo, tasas peligrosas de ausentismo, elevado grado de negligencia en el trabajo entre algunos sectores, defectos en los mecanismos de racionamiento y, tal vez lo peor, precariedad de los procesos democráticos en el sistema político y falta de tolerancia y pluralismo en las instancias culturales. ¿Es posible manifestar públicamente nuestro total rechazo a la existencia de campos de reclusión para lograr la «rehabilitación» de prisioneros políticos, sin desencadenar la ira del gobierno cubano? ¿Tenemos derecho a dudar de que sea necesario tener en cautiverio a miles de presos políticos en Cuba? <sup>17</sup>. ¿Podemos hacerlo sin ser tildados de intelectuales burgueses, de agentes de la CIA o de reaccionarios y metafísicos? <sup>18</sup>.

Es bien sabido que no existe ese derecho: que quien haga crítica corre el riesgo de sufrir —por lo menos— los siete años de vacas socialistas flacas, ausentes y silenciosas que



le impusieron a Cortázar. Quien hace críticas al Estado es visto como enemigo (o le «sirve objetivamente», como se dice en la jerga política); es prácticamente imposible, a los ojos de la mayoría de los gobiernos del «socialismo real» actuales, *ser crítico y al mismo tiempo defender al socialismo*. La razón de esta sinrazón difícilmente la podemos comprender fuera de los países socialistas, pues aquí, de una u otra manera, sabemos que las diferentes corrientes de izquierda (desde trotskistas y maoistas hasta comunistas y socialistas) al menos tendencialmente estamos del mismo lado frente al imperialismo y la derecha. Siempre que entre nosotros ocurre que se persigue al «enemigo interno», podemos estar seguros de encontrar la influencia de una razón de Estado proveniente de los países socialistas: *porque en esos países existen contradicciones antagónicas «en el seno del pueblo»*: existen profundas escisiones y fracturas. Allí domina un nuevo sistema de explotación que genera agudas contradicciones. Si ello no fuera así, ¿cómo podríamos explicar las grandes represiones masivas de la época de Stalin, las aplastantes intervenciones soviéticas en Checoslovaquia y Afganistán, la persecución de sindicatos obreros en Polonia, los conatos de guerra entre países socialistas? Ya conocemos la explicación maniquea: no hay contradicciones internas, es la presencia de la larga mano del imperialismo. ¿Pero quién va a creer que el imperialismo convenció a los millones de soviéticos que fueron asesinados en los años treinta, que ilustró la primavera de Praga, que organizó a los obreros polacos o que guía a los dirigentes chinos?

Sobre estos temas acaba de publicarse un libro de Octavio Paz<sup>19</sup> que, una vez más, intenta enfrentarse al pensamiento marxista, su eterno interlocutor. A diferencia de muchos otros textos de Paz, éste nos decepciona con su mirada cansada y envejecida: sienes nubladas, vista nublada. El mundo actual le parece sumergido en el delirio del placer y la frivolidad, y encuentra que todo cuanto ocurre es repetición del pasado: «vivimos una verdadera *Vuelta* de los tiempos», dice. Antigua idea en él, que ahora gana terreno; Paz es un gran escrutador del pasado y nada hay más lejano a su pensamiento que las utopías, a pesar de que a veces pregona una veta anarquista que, en realidad, sería inútil buscar en su obra. Sus reflexiones sobre el «socialismo real» no se hacen, en este libro, en nombre de la esperanza o de la utopía; es el discurso del poder que nace de la clase media culta en nombre del sentido común y práctico. Es una variante del *pensar-doble* de la novela de Orwell, que permite mantener, simultáneamente dos ideas contrapuestas; la podríamos denominar como un *pensar-a-medias*. Este discurso resulta extraordinariamente atractivo y pegajoso; consiste en articular largas series de verdades a medias, de lugares comunes, de medias ideas y de medios conceptos, que por ser abandonados a medio camino, en forma sincopada, producen la impresión de ser sutiles. La otra mitad no enunciada es insinuada: basta completar la idea para rendirnos a la evidencia de que se trata de una banalidad; pero una cierta clase culta ha descubierto que basta callar u oscurecer la mitad de un lugar común para dar la impresión de finura; algunos periodistas franceses son unos maestros de este arte, que no pocos intelectuales cultivan, con desmedido entusiasmo. Generan una verdadera multiplicación torrencial e innecesaria de entidades, a la que le vendría muy bien un recorte con las famosas «tijeras» de Occam. Por cierto que los lectores encontrarán un buen antídoto a esta explosión de fracciones de idea en la bellísima novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, donde Guillermo de Occam es reinterpretado como personaje de una acción lógico-policíaca.

Una explosión del tipo mencionado le ocurre a Paz cuando se refiere al socialismo: su pluma chorrea una retahíla excesiva de medias verdades y conceptos de los años cincuenta; no comprende en lo más mínimo la nueva discusión de la izquierda sobre la naturaleza del «socialismo real»: le parece que «lo que hoy se discute ya fue discutido»<sup>20</sup>. Sin embargo, lo que resulta terriblemente desagradable es descubrir en Paz gérmenes del 1984 en su discurso político, cuando se erige en implacable juez de la historia y la biografía de los hombres, y en nombre de una tolerancia que no ejerce quiere instaurar la tira-



nía de sus juicios. ¿A nombre de qué poder se permite hablar de «el feliz chapotear en el lodo de un Aragon»? ¿Qué horrendo impulso lo conduce a poner en la balanza, para comparar y cuantificar el peso de la abyección, a Ezra Pound y a Louis Aragon? Véase esta incitación a la cacería de monstruos: «Por un mecanismo moral y psicológico que todavía no ha sido descrito —dice Paz—, Thorez, Togliatti, La Pasionaria y los otros no sólo aceptaron la mentira sino que colaboraron activamente a su difusión». He aquí, encerrada en la celda de las medias verdades que insinúan horrores psico-morales jamás descritos, la tragedia compleja de hombres y mujeres que vivieron en el parteaguas de dos mundos y que sufrieron un loable pero doloroso desgarramiento interno.

Hay algo en la naturaleza del poder que provoca que sus servidores aborrezcan cualquier cambio en las ideas o en la conciencia de quienes son considerados súbditos de alguna hegemonía. Muchas mentes burocratizadas se han preguntado, también, por los extraños mecanismos morales y psicológicos que llevaron a Octavio Paz, de ser durante muchos años un representante diplomático del despotismo mexicano a convertirse en un crítico del ogro filantrópico. Desgraciadamente, a veces Paz se coloca en el mismo lugar que sus censores.

De esta manera ha sido evocado de nuevo el monstruo: traidor es quien muda sus ideas; quien renuncia, quien critica a sus compañeros; quien debe soportar que le coloquen el arquetipo infamante: *Judas, desertor, renegado, tráfugo, disidente, infiel...* Ya sabemos que es muy delgado el muro que divide la *discrepancia* de la *infidelidad*, que separa la «contradicción en el seno del pueblo» de la «infiltración imperialista».

Este monstruoso arquetipo se convierte en una pieza fundamental de las maquinarias estatales no democráticas (y de los temperamentos autoritarios). En sociedades en las que sólo existe una opción política —el partido oficial en el poder— las discrepancias corren el riesgo de constituirse en manifestaciones de un supuesto «enemigo interno» (que, evidentemente, es una infiltración del «enemigo externo»).

Veamos un ejemplo. En un libro reciente <sup>21</sup> el ministro cubano de cultura, en contestación a críticos europeos, explica acertadamente las razones históricas que condujeron al advenimiento en Cuba de un régimen de partido único: por la fusión del Movimiento 26 de julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario y la ausencia de partidos socialdemócratas o democrático-burgueses. El proceso histórico explica las razones de la inexistencia de alternativas políticas distintas a las que se fusionaron en el actual partido comunista: pero ello no significa que deba cerrarse la posibilidad del pluralismo para el futuro. El pasado no debe engullir al futuro. ¿Dónde podrán ubicarse las fuerzas políticas que se desprenden de las nuevas contradicciones? ¿Se les dejará como única opción la salida por el Mariel y el exilio? El actual sistema electoral, que excluye el acceso directo a las candidaturas e instaura un proceso piramidal de representaciones, no garantiza la posibilidad de una oposición dentro del sistema (es decir, que no sea antisocialista). El propio Armando Hart establece la imposibilidad de tal alternativa: «...nosotros *podemos respetar a una persona que sea de derecha* y que, consecuentemente, asuma posiciones de derecha; podemos respetarla aunque tengamos con ella contradicciones profundas. Podemos reconocer, incluso, que es una persona honesta, puesto que cree sinceramente en sus ideas y las sostiene. Son, por decirlo así, *reaccionarios de corazón*. Pero esas personas que han salido de nuestro país y que se decían de izquierda son, simplemente, *tráfugas: desertores de una idea*. Compartieron una causa, estuvieron en Cuba durante mucho tiempo —algunos hasta dirigieron instituciones culturales de distinto tipo— y después desertaron, traicionaron sus ideas y la confianza que se había depositado en ellos. Quiere decir que son *traidores* <sup>22</sup>.» Estas duras palabras, que nos dejan estupefactos, revelan toda la dimensión del problema: *no hay lugar para diversas opcio-*







<sup>15</sup> La teoría de P. González Casanova según la cual «en los países socialistas la lucha de clases subsiste» (pág. 15) en una situación donde en el sistema de estratificación «en ningún caso se trata de clases» (pág. 17) no parece convincente: ¿lucha de clases sin clases sociales? Eso sí suena un poco metafísico... (*op. cit.*).

<sup>16</sup> *Op. cit., loc. cit.*

<sup>17</sup> En 1965, Fidel Castro admitió públicamente la existencia de 20.000 presos políticos.

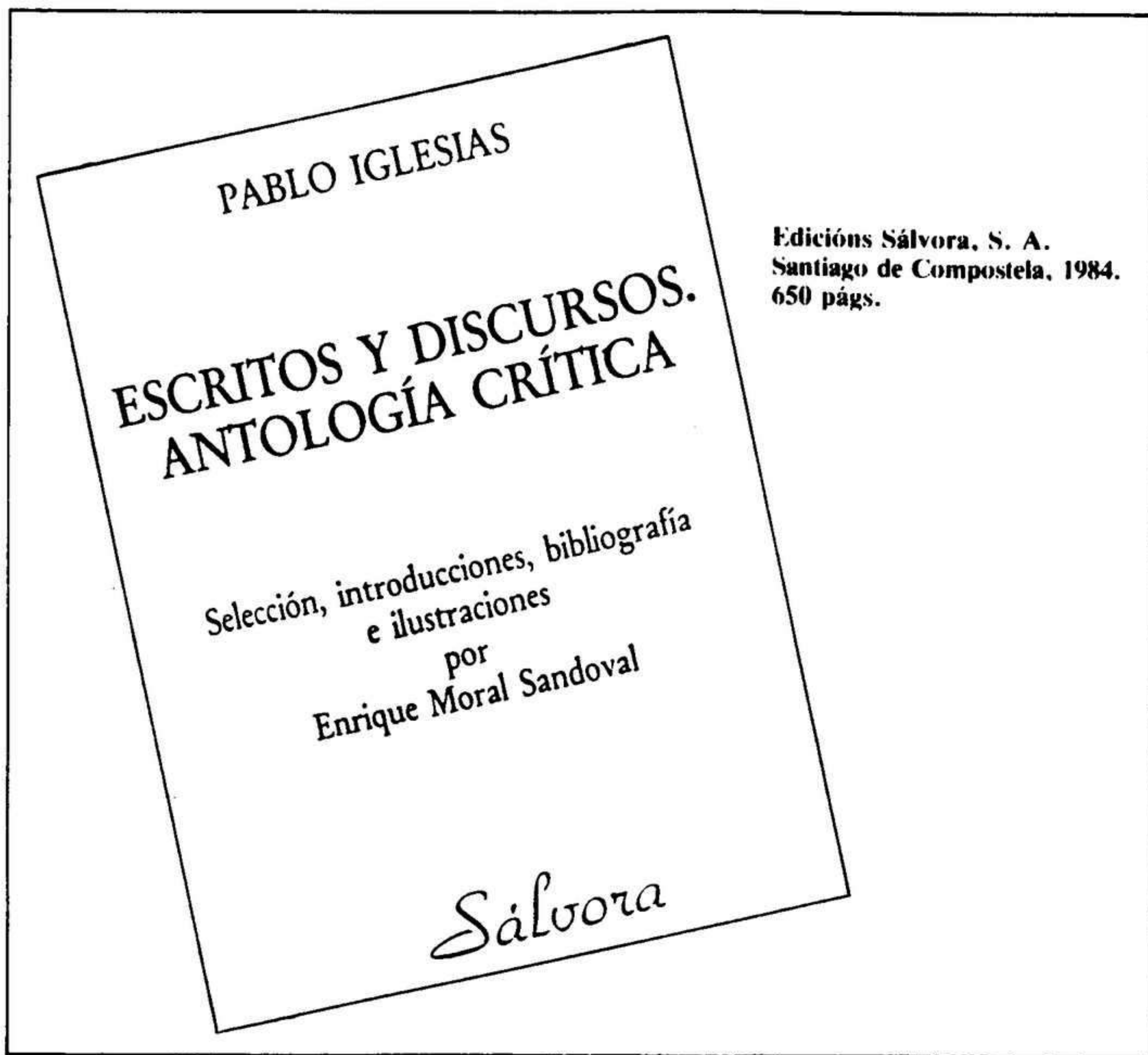
<sup>18</sup> Héctor Schmucler, en excelente carta abierta a Cortázar sobre el 1984 nos recuerda lo que Fidel Castro le contestó a los intelectuales que hicieron críticas en torno al «caso Padilla»; el 30 de abril de 1971, en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en La Habana, Fidel Castro dijo: «Pero lo que es con Cuba no podrán disfrutar así ni defendiéndola. Cuando la vayan a defender les diremos: no nos defiendas, compadre, no nos defiendas que no nos conviene que nos defiendas (...). Tendrán cabida en nuestro país únicamente los revolucionarios, ya saben señores intelectuales burgueses y liberalistas burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo...». Cfr. «Carta a Julio Cortázar», *Sábado*, 3 de diciembre de 1983.

<sup>19</sup> *Tiempos nublados*. Seix Barral, 1983.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, pág. 20. Esta misma impresión tuve cuando discuti con él mis ideas sobre el socialismo, expuestas en mi libro *Las redes imaginarias del poder político*: no salía de las denuncias del estilo de las que hicieron algunos intelectuales hace cuarenta años. Sigo pensando que Paz —*malgré lui*— forma parte del universo de la izquierda, pero me apena verlo detenido en viejos argumentos superficiales y empeñado en hacer una militancia *pour épater les communistes*.

<sup>21</sup> Armando Hart: *Cambiar las reglas del juego*. Entrevista de Luis Báez. Ed. Letras Cubanas. La Habana, 1983.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, pág. 38. Subrayados míos.





---

# POR LA RECONVERSIÓN IDEOLÓGICA DE LA IZQUIERDA

Enrique Gomáriz

---

*análisis y debate*

---



5

Algunas veces es útil iniciar un texto adelantando qué motivaciones han provocado su redacción. En esta oportunidad se me ocurren tres. La más antigua procede del deseo de ordenar unas notas hechas con motivo de la presentación que sobre la problemática de paz y seguridad efectué en el encuentro *La cultura española ante el nuevo siglo*, organizado por la Universidad de Salamanca (28-31 de marzo de 1984) donde, al discutir sobre las relaciones entre la política tradicional y nuevos movimientos sociales, apunté la idea de la necesidad de una reconversión ideológica en la izquierda. La motivación siguiente procedió del conocimiento de la presentación que hizo Ludolfo Paramio en el mismo encuentro de Salamanca publicado en dos pedazos: primero *El País* («Por una política desencantada»), y después en *Leviatán*, n.º 15 («La utopía hecha pedazos»). El impulso más reciente lo he recibido al escuchar el discurso de Nicolás Redondo, secretario general de UGT, en el Congreso Extraordinario de las Juventudes Socialistas (septiembre de 1984). En su intervención, Redondo regresó varias veces a la misma idea: ante las dificultades de la crisis, ¿cuál es la política de izquierdas, cuál es su discurso? Para, de forma recurrente, autocontestarse: hemos de discutirlo de una vez por todas.



Naturalmente —podrá decirse— para hacerlo será necesario primero recuperar la malsana costumbre de discutir las ideas de forma colectiva. Recuperar la discusión política con ambiciones. Incluso me atrevería a decir que recuperar la discusión teórica rigurosa. Algo que muchos dan definitivamente por perdido tras el acceso a la Administración del Partido Socialista. Y no porque los responsables políticos lean menos: simplemente se ha producido la *dossierización* de su lectura. Ahora se trata de enterarse rápidamente de cualquier asunto que preocupe (algo que se nota frecuentemente, en especial bajo el síndrome del *nuevo rico* en el lenguaje).

Y, sin embargo, sin la práctica del juego de las ideas, ¿cómo resultará posible aquello de «diseñar el futuro y preverlo» que el propio PSOE dice en su documento de estrategia? En realidad, la pobreza de la discusión política y teórica de la izquierda en general y del socialismo en particular, es lo que está detrás de las carencias que menciona Ignacio Sotelo en «Poder Institucional y hegemonía social» (*Leviatán*, n.º 16).

### *La herencia del pasado*

He de advertir que la idea de reconversión me surgió como producto del solapamiento y/o la acumulación de las políticas sectoriales que hay que introducir en la política tradicional. Es decir, después de haber pasado un período en el que se encontraba satisfactoria la respuesta a las nuevas exigencias que supone la introducción y ajuste de políticas sectoriales al tronco tradicional, he acabado cuestionando la validez del resultado y he comenzado a pensar que, desde una perspectiva de conjunto —*holística*, como dice Harris—, lo que hay que hacer es una reordenación general de los programas de la izquierda, que guarda correspondencia con una necesaria reconversión ideológica <sup>1</sup>.

Y el término reconversión me parece muy apropiado —a pesar de sus connotaciones negativas— precisamente en el sentido que tiene en política económica. Si uno acude a la enciclopedia, se trata de «*el proceso por el cual la economía de un país o un factor de producción se adapta a unas nuevas condiciones técnicas, políticas o sociales*». Ahora bien, como saben nuestros economistas, lo primero que hay que hacer para iniciar una reconversión es delimitar con alguna precisión el área afectada a fin de evitar dolores inútiles.

En el texto de Paramio este área tiene como centro nodal —en el conjunto de la herencia cultural— el mito de la sociedad reconciliada. «*Es necesario abandonar la ilusión central en Marx según la cual un cambio en el modo de producción permitiría la conciliación de la ordenación social con las exigencias de una naturaleza humana explícita o latente, y consiguientemente es preciso olvidar el mito de una sociedad reconciliada y transparente que habría sido el origen de la historia humana y debería ser su inevitable o cuando menos deseable culminación*». Pero, atención, si admitimos eso «*debemos reconocer que la utopía ha saltado hecha pedazos*» <sup>2</sup>.

Más allá de lo enfático de esta última afirmación, surge inmediatamente un abanico de preguntas: ¿Es la *utopía* el mito de la sociedad reconciliada, es decir, del regreso a un orden ideal perdido? ¿O más bien la idea de *utopía* se refiere a la consecución de ese orden ideal, haya existido o no con anterioridad? ¿Qué importancia tenían en el pensamiento de Marx, la primera y la segunda cuestión?

Aunque regrese más adelante al asunto del fin de la utopía, valgan ahora unas respuestas apresuradas: tanto si acudimos a las imágenes de la opinión pública común, como si nos remontamos a Moro, *la utopía* es esa sociedad ideal, que significa la nega-



ción de los sufrimientos del orden en que se vive y el acceso a la felicidad general. Pero, atención, si admitimos eso debemos reconocer que *por definición* la utopía gozará *siempre* de excelente salud... a menos que aceptemos como buena la situación establecida.

Por otra parte, en cuanto al pensamiento de Marx, es bastante discutible que el mito de la sociedad reconciliada fuera algo importante, y mucho menos que lo fuera durante mucho tiempo<sup>3</sup>. Pero lo que sí está fuera de duda es que la tensión hacia una sociedad utópica atraviesa toda la obra de Marx.

Esto no significa que carezca de crítica su idea de utopía. Pero más bien por otros caminos. Dos me parecen los más importantes. Uno hace referencia a la ansiedad del alemán por dar forma acabada a esa sociedad ideal, colocándola como alternativa inmediatamente siguiente al modo de producción capitalista. El otro se refiere a la confianza en el sentido progresista del desarrollo de las fuerzas productivas, como se ha dicho tantas veces, a la idea ilustrada del *progreso* tan tentadora para Marx.

En primer lugar, tratar de aferrar firmemente la imagen de la sociedad utópica es, cuando menos, un esfuerzo inútil. Siempre que corra el tiempo —y hoy con cincuenta años es suficiente— las condiciones nuevas habrán cambiado multitud de características concretas. Eso no significa que en cincuenta años más los ejes de la sociedad utópica sean todos distintos —y mucho menos aún que haya muerto la utopía—, pero no hay duda que algunas de las características imaginadas entonces, hoy, como poco, nos harían sonreír.

Así, como dice Jost Herbig, «*la utopía hace más bien referencia a un camino que a un posible estadio final*»<sup>4</sup>. Tenemos una idea aproximada de esos deseos de armonía social e individual y eso nos ilumina el camino. Pero no nos hagamos ilusiones: el tremendo haz de luz de nuestros potentes focos apenas alcanza los cien metros. Y aún hemos de considerarnos afortunados con los avances que hemos hecho desde hace dos siglos para poder ver lo que hay ante nuestras narices (y en eso sí que hay que agradecerle algunas cosas a Marx).

Pero, ¿saber algo —poco o mucho— del modo de producción capitalista permite imaginar la llegada de una sociedad utópica? Pues la verdad, no mucho... y, sin embargo, he ahí la paradoja, también hay que agradecer los esfuerzos en ese sentido. Todo consiste en saber que nuestra visión tiene límites.

En todo caso, Ludolfo Paramio tiene razón cuando utiliza el ejemplo de los países del Este para advertir que los caminos —incluso de abandono de la sociedad capitalista— pueden tener derivaciones no precisamente utópicas.

Dicho brevemente, no ha muerto la utopía, pero sí el mito de que la suspensión del modelo de producción capitalista abre irremediablemente el camino hacia la sociedad utópica (incluso si no queremos llamarle a ese camino socialismo y a la meta final comunismo).

Y esto conecta con la tentación marxiana del progresismo de las fuerzas productivas. Pero antes de seguir hagamos justicia con Marx. Porque es cierto que, a la idea de que el desarrollo de las fuerzas productivas destruía las relaciones de producción (que habían permitido ese desarrollo), Marx ponía frecuentemente cláusulas condicionales. En los *Grundrisse*, que es donde Marx hace reflexiones intermitentes sobre el desarrollo desde una perspectiva económica, construye frases como ésta (subrayados míos): «*Hasta aquí todas las formas de sociedad han sucumbido al desarrollo de la riqueza o —lo que viene a ser lo mismo— al desarrollo de las fuerzas productivas*». O más concretamente, para



acceder a la nueva sociedad: «...es preciso que las condiciones de producción determinadas dejen de aparecer como trabas al desarrollo de las fuerzas productivas»<sup>5</sup>.

¿Y en el caso de que las relaciones de producción resistan el empuje de las fuerzas productivas? Incluso aceptando este esquema, hay dos dificultades en el discurso marxiano. Una, que Marx siempre piensa en términos de trabas, frenos y estancamientos en las fuerzas productivas. Como se sabe, puso el ejemplo de las regiones del Este que, con un desarrollo poderoso hasta el XVII, no superaron las estructuras políticas feudales y se sumergieron en un atraso profundo hasta bien entrado el XIX. Marx incluso habla de *descomposición* de las sociedades si sus relaciones de producción ahogan las fuerzas productivas.

La otra dificultad es que, en general, Marx ve las fuerzas productivas como vectores ciegos —ni positivos ni negativos— que simplemente *empujan* las relaciones de producción. Hoy sabemos que no existe la inocencia política de las fuerzas productivas, sino que —como vio Marcuse— «*por el contrario, el resultado histórico de la actividad científica y técnica ha posibilitado la traducción de los valores en la tareas técnicas —la materialización de los valores—. A lo que conduce, por consiguiente, es a la redefinición de los valores en conceptos técnicos como elementos del proceso tecnológico. Los nuevos fines entrarían entonces en funcionamiento como fines técnicos en el diseño y construcción de la máquina y no sólo en su utilización*»<sup>6</sup>.

En suma, Marx no imaginó dos cosas: que la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción pudiera dar lugar a sociedades muy distintas de la socialista (para él las sociedades de este tipo eran de carácter precapitalista, o bien se produciría el estancamiento y la descomposición); o que las fuerzas productivas se desarrollaran a límites insospechados pero cambiando de carácter —de signo—, y amenazando así no sólo las sociedades más desarrolladas, sino, simplemente, a toda la humanidad.

### *Presente y futuro*

Cuando se trata de responder a la sencilla pregunta de ¿dónde estamos?, es frecuente encontrarse con dos actitudes extremas. Los partidarios de la *nueva ciencia lúgubre* (Harris), que poseídos por la teoría entrópica nos conduce al triste y definitivo final (o, simplemente —y menos científicos— los aulladores del apocalipsis). Y los que no reconocen los peligros en toda su gravedad, en la mayoría de los casos porque practican el ejercicio de mirar hacia otro lado, o simplemente por falta de información<sup>7</sup>.

Paramio se pregunta si lo único que puede recomponer la utopía, una vez destruido el mito del socialismo subsiguiente a la superación del método de producción capitalista, es la inversión del milenarismo bajo la forma del miedo a la guerra nuclear o la catástrofe ecológica. Ya he mostrado cómo no se puede confundir aquella utopía con ese mito, y he apostado —como queda de manifiesto en el proyecto de *Tiempo de Paz*— por un discurso que evite ese tufillo necrofilico que suele conducir a la parálisis y aleja de una actitud participativa a amplios sectores de la población<sup>8</sup>.

Pero la única manera legítima de alejarse de ese milenarismo invertido, de ese tufillo necrofilico, es comenzar por mirar de frente nuestra situación actual. Dicho directamente: rasguemos de una vez el velo mágico de los temores (o la guerra nuclear y la catástrofe ecológica) y veamos qué queda detrás.



«Lo que está en juego no es solamente la paz, sino la propia supervivencia de la raza humana. El empleo de una parte relativamente pequeña de los arsenales nucleares actualmente existentes bastaría para eliminar la vida humana de la faz de la tierra. Esta situación nos afecta a todos, y todos debemos aportar nuestro esfuerzo para buscar fórmulas que ayuden a mejorar el actual clima internacional». Frases como estas son hoy frecuentemente pronunciadas por los mandatarios políticos, sin fronteras ideológicas: de Ronald Reagan (discurso de septiembre ante la Asamblea General de la ONU) hasta la declaración de los cuatro continentes encabezada por Palme. (Las frases antes mencionadas corresponden al texto de adhesión a dicha declaración emitido por Felipe González, en calidad de Presidente del Gobierno.)

¿Hasta qué punto declaraciones como éstas son exageraciones políticas? Parece que hay que admitir la capacidad destructiva de los arsenales existentes, pero caben aún otras preguntas: ¿Es realmente cierto que una confrontación nuclear entre las superpotencias pone en peligro la especie humana? Más aún, ¿tienen alguna base los juicios sobre el peligro de guerra nuclear?

Algunos estrategas con coraje han enfrentado la primera pregunta. Colin S. Gray y Keith Payne mostraron en 1980 como, lejos de liquidar la humanidad, una estrategia seriamente pensada de primer golpe podría desarticular la URSS al precio de unos veinte millones de muertos en Estados Unidos (no hicieron ninguna mención a lo que ocurriría con Europa en una situación así). Inmediatamente fueron respondidos por expertos norteamericanos que aseguraban que esa cifra sólo estaba referida a las víctimas directas (*blast mas early fall-out*) y no a las cifras globales subsiguientes, que podrían acercarse a los cien millones. Y es posible que las secuelas afectaran a varias decenas de millones más. Pero en todo caso, siempre quedarían vivos algunas decenas de millones de norteamericanos. Y conforme se descendiera por el hemisferio sur menos efectos tendría la confrontación. (Naturalmente, es muy probable que Europa hubiera pasado definitivamente a la Historia) <sup>9</sup>.

Estos cálculos podían ser descarnados pero tenían su base. Sin embargo, ya por entonces varios institutos científicos habían comenzado a estudiar los efectos globales que sobre la envoltura del planeta tendría una confrontación nuclear. El primer estudio conocido fue el informe AMBIO, de la Real Academia de Ciencias de Suecia. El comentario de sus conclusiones movería probablemente a la morbosidad, así me limito a decir solamente que en ellas ya se apuntaba la idea del desequilibrio climatológico general <sup>10</sup>. Dos años más tarde, un centenar de científicos reunidos en Cambridge daban carta de naturaleza al llamado *invierno nuclear*. Posteriormente, Carl Sagan, profesor de Astronomía y Ciencias espaciales, se encargaba de informar del descubrimiento: «En suma, el frío, la oscuridad, la radioactividad, las pirotóxicas y los rayos ultravioletas que seguirían a una guerra nuclear podrían colocar en peligro la vida sobre el planeta... Estamos realmente ante el riesgo de la extinción de la humanidad» <sup>11</sup>.

Bien, se trata de conclusiones científicas, pero ¿exentas de errores? Decididamente no. Los científicos son los primeros que advierten que sus cálculos deben ser contrastados con la experimentación. Habrá que esperar que el celo analítico no nos lleve a pasar de la teoría en este caso. De cualquier forma, desde una perspectiva política no es necesario; se tienen los suficientes datos como para saber que hemos tocado fondo.

No obstante, estos datos nos hablan de los efectos de un supuesto poco probable: una confrontación nuclear. Pero todavía hay que preguntarse si existen riesgos —que haya que tomar en cuenta— de un enfrentamiento de ese tipo. Buena parte de los que están contra la carrera de armamentos emiten el siguiente discurso: tal carrera es completa-



mente rechazable por sus costos, tanto para las economías centrales como para las del hemisferio sur (donde las comparaciones en términos cuantitativos afectan cualquier sensibilidad), pero lo del riesgo de guerra se presta a la especulación menos seria.

Y esta prevención es completamente sana. Ahora bien, si la pregunta está hecha sería irresponsable tratar de eludirla. En la comunidad de defensa norteamericana (y previsiblemente en la soviética), así como en los círculos de la *peace research* de todo Occidente, se han hecho estudios sobre los riesgos de un enfrentamiento nuclear. Los expertos han identificado más de una decena de causas que pueden provocar una guerra no deseada. Aquí vamos a excluir una importante cantidad (crisis mental de dirigentes militares o políticos, etc.) y examinar los casos de los que ya existen datos <sup>12</sup>.

Hasta los años setenta (acceso al equilibrio estratégico) dos han sido las causas más conocidas: el riesgo por conflictos locales y crisis, y el área de los errores técnicos y humanos. De parte de Estados Unidos se sabe que, hasta 1975, sus fuerzas estratégicas han sido puestas en alerta máxima —después de Corea— en: la crisis de Suez de 1956; la crisis de Jordania de 1958 (sólo Mando Aéreo Estratégico); la cubana de los misiles de 1961 (durante seis días); la guerra de Yom Kippur de 1973; además de una serie de alertas parciales (bloqueo de Berlín, crisis húngara, Vietnam, etc.).

En cuanto a la lista de accidentes —e incidentes— conocidos: mayo de 1953 (escapes en prueba nuclear «Harry»); enero 1956 (bombardero deja caer bomba atómica en Kirtland, Nuevo México); julio del 56 (B-47 derrama combustible depósito bombas nucleares en Lakenheath, Inglaterra); febrero del 58 (caída de bomba atómica en la base de Hunter, Georgia); junio del 60 (incendio en base de misiles, Nueva Jersey); octubre 1960 (error en radar de Thule transmite ataque masivo de misiles soviéticos); junio 1962 (avería en pruebas de un ICBM en Johnston Island); abril 1963 (submarino estratégico Thresher desaparece en costa atlántica, EE.UU.); enero 1966 (caen de un B-52 cuatro bombas H en Palomares, España); enero 1968 (se estrella en Groenlandia un B-52 y desaparecen cuatro bombas H); octubre 1969 (choca un B-52 con cargas en Glen Bean, Kentucky); febrero 1971 (mando aéreo transmite accidentalmente orden de silencio para esperar la orden de ataque del Presidente); febrero 1972 (mensaje erróneo sobre el asesinato de Nixon en China a la unidad 22); octubre 1975 (bomba de 20 kilotonnes cae en pozo de pruebas, Nevada); agosto 1978 (gas oxidante cubre la base de misiles Titán II, en Rock, Kansas).

En el caso de la URSS la lista es más breve porque la falta de información es mucho mayor. Lo que se ha podido conocer es que: en 1958 hay una explosión de residuos en Blagoveshensk que forma nube nuclear y provoca numerosas víctimas; en 1960 explota un cohete lunar; en 1968 un bombardero estratégico se hunde en el Pacífico tras una explosión de causas desconocidas; en 1970 se hunde un submarino nuclear en el Atlántico oriental; en 1974 explota un destructor teleguiado, con misiles nucleares, en el mar Negro; en 1976 un submarino soviético portamisiles choca en el Jónico con la fragata estadounidense «Vago»; en 1982 un submarino nuclear escalla en las costas de Suecia.

A comienzos de los años setenta, a pesar de las declaraciones sobre la imposibilidad de riesgos de conflicto por accidente, las dos superpotencias llegan a la conclusión de que hay que tener en cuenta esa posibilidad y estudian medidas para evitarlas. En 1971 se firma el *Acuerdo sobre medidas para evitar el riesgo de guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética*. El texto se refiere a la inmediata información ante accidente y ante cualquier alarma que recogan los sistemas de prevención sobre un ataque enemigo. Este acuerdo se complementa con otro sobre *Medidas de modernización del teléfono Rojo*.



Ahora bien, lo paradójico es que estos acuerdos tienen lugar justo cuando comienzan a ser puestos en práctica los sistemas que conducen a una estrategia nuclear diferente: la que corresponde al primer golpe. Tal estrategia nace como producto de dos factores: los avances tecnológicos y la exigencia militar de salir del *impasse* creado con el acceso —por parte soviética— al equilibrio estratégico. Pero en cuanto a lo que aquí interesa, la cuestión es que al inicio de la década siguiente (los ochenta) han cambiado notablemente las condiciones de prevención de riesgos: se han acortado brutalmente los tiempos de reacción y han crecido los índices de precisión y daños. Además, la estrategia de primer golpe —bien pensada, como sugieren sus estrategias— exige como prioritario el factor sorpresa, lo que invita a desconfiar de las informaciones previstas en el Acuerdo de 1971<sup>13</sup>.

En todo caso, los datos de los últimos diez años no son precisamente optimistas. Por un lado ha crecido el número de alertas erróneas, y por otro ha disminuido el nivel de información sobre errores. En noviembre de 1979 la falsa alarma del Mando Aéreo sobre un ataque preventivo soviético sólo se resolvió tras la movilización de los aviones de interceptación y la alarma al conjunto de sistemas balísticos. En el fallo de los ordenadores del Mando Aéreo de junio de 1980, la falsa alarma se respondió con el despegue de cien B-52 estratégicos, la alerta máxima del sistema de misiles y de los submarinos estratégicos desplegados por todo el mundo. Pero lo que más asustó a los especialistas norteamericanos fue el posterior informe del Comité de Asuntos Militares del Senado donde se recogían todas las alarmas menores y mayores entre enero de 1979 y junio de 1980. La cifra era de 3.703 en todo el sistema defensivo para ese período de dieciocho meses. Mientras tanto, se repetían las quejas y las acusaciones de las dos superpotencias en cuanto a la falta de información respectivas. En 1979, tras la falsa alarma del Mando Aéreo, Moscú acusó a Washington de no haber informado «*deliberadamente, para ver qué tipo de reacción tenían los soviéticos*». Nada hace pensar que el empeoramiento de relaciones que siguió después de 1980 contribuyera a aumentar las informaciones mutuas.

Otro dato del conocimiento de riesgos es lo que se llama la concatenación de factores (que, afortunadamente, no ha tenido lugar). Se trata de que varios factores de riesgo tengan lugar al tiempo o uno tras otro. Dos ejemplos: una alarma global errónea (de ordenador) después de un incidente real, como el abatimiento del Jumbo surcoreano; o —en relación con las estrategias de primer golpe— el problema de seguridad de los submarinos estratégicos: para asegurar la *second strike capability* los submarinos tienen un tiempo de espera, tras una alarma general sin comunicaciones, para efectuar los disparos; los expertos han advertido ya del riesgo que tiene la concatenación de una alarma general errónea y el deterioro del sistema de comunicaciones con un determinado submarino o un posible incidente con una nave soviética.

Esta es alguna de la información existente en cuanto al riesgo de guerra nuclear. Examinemos ahora el otro riesgo mencionado por Paramio: la catástrofe ecológica a medio plazo.

Para analizar este otro elemento de la coyuntura en que nos encontramos es necesario partir de un factor básico en cualquier estudio de prospección: las necesidades humanas en treinta años más. El índice fundamental para ello es la previsión de población. Los datos primarios de la Conferencia de Población de México son los siguientes: si se siguen los índices de crecimiento óptimos, los 4.800 millones actuales podrían estabilizarse en el año 2100 sobre unos 10.200 millones (índice cero). Ahora bien, para que estabilizara en ese año la población se necesita que los 150 países asistentes cumplan con el compromiso de sus respectivas cifras cuantitativas mediante la planificación. Y en este punto los expertos coinciden en tener muy poca certidumbre.



Esta perspectiva poblacional hace pensar en dos cosas: una, que resulta difícil prever el mejoramiento de las condiciones de vida del hemisferio sur, y otra que, si se desarrollan los sistemas productivos actuales y en gestación, para satisfacer el crecimiento de demandas (otra cuestión es que sean solventes) no hay duda de que es necesario enfrentarse al riesgo de catástrofe ecológica a medio plazo (a menos que se cambiara toda una serie de criterios básicos de funcionamiento de los sistemas).

De partida, el naciente *technology push* no indica una corrección en el modelo de desarrollo, sino más bien una profundización. Cinco líneas presenta ese salto: 1) la tecnología de la energía (reactores de fisión y fusión, otras tecnologías como los colectores solares o la fotobiológica); 2) la referida a la información e informatización (microprocesadores); 3) la tecnología biológica (cuyas posibilidades son difíciles de medir); 4) la que se refiere a la explotación marítima (especialmente la minería oceánica), y 5) la integración de las tres primeras en la tecnología global del espacio (estaciones espaciales).

La orientación de este *technology push* supone: acelerar factores de polución, permitir posibilidades nuevas de destrucción (minería marina), establecer opciones positivas o negativas en el desarrollo de las especies, desconocer necesidades de regeneración. Dicho de otra forma: una parte de la nueva tecnología es orientable ecológicamente, pero otra parte ni siquiera es tan inocente y ya nace como agresión al medio. Mientras tanto, no se conoce un proceso de regeneración que opere en sentido contrario. Por esas razones, todas las proyecciones que se han hecho hasta ahora (*Club de Roma*, *Global 2000* o *Global Future, time to act*), indican que el nuevo siglo verá un mundo con un claro desequilibrio ecológico, en algunos casos de forma irreparable.

No se trata de hacer una larga exposición de ejemplos (los bosques desaparecen a una velocidad de 18 a 20 millones de hectáreas por año, etc.) o de estudiar factores de agresión directa a la especie humana (relación estadística del cáncer con polución o nuevas tecnologías alimenticias), sino más bien de ver el resultado de todos los factores y sus interrelaciones. Pero los ensayos que se hacen en este sentido, como el realizado por ordenador en *Global 2000*, ofrecen resultados pesimistas: cuantos más *feed-backs* integradores se establezcan en las tendencias evolutivas empíricamente observables en las últimas décadas, en los ámbitos de población, recursos y medio ambiente, más catastrófico aparece el resultado de conjunto en el plazo medio <sup>14</sup>.

### *La respuesta de la izquierda*

Ante los datos que ya poseemos cabe —como he dicho— adoptar un discurso catastrofista o mirar para otro lado, pero se supone que una teoría y una política de izquierdas debería hacer otra cosa: 1) analizar la gravedad de la situación, y 2) construir el discurso y el programa que correspondan.

Pero si aceptamos los presupuestos anteriores deberíamos ser tremendamente humildes. Paramio no encuentra dificultades en describir así el movimiento por la paz: «el propio carácter del movimiento pacifista es significativo: lo que moviliza en contra del despliegue de los misiles no es la convicción de que éstos son inútiles o peligrosos para el mantenimiento de la paz, sino el puro temor a la guerra, sin mayores cálculos ni elaboraciones. El pacifismo funciona —en cuanto movimiento social— dentro del horizonte mítico, más allá de toda estrategia política, de todo cálculo racional. Es en el sentido weberiano, manifestación de una visión mágica de la sociedad <sup>15</sup>.



En primer lugar cabría preguntarse si, tal y como están las cosas, esta actitud «sin mayores cálculos ni elaboraciones» es positiva o no para el futuro de la especie humana. De mi parte no puedo sino subrayar que tiene mayor relación con la realidad que la de sus críticos: son esas «reacciones *positivas* de defensa y protesta como las que encarna el movimiento pacifista» (subrayado mío), a las que se refería el propio Paramio a comienzos de 1983 <sup>16</sup>.

Pero en seguida hay que entrar en el fondo del asunto: ¿Qué información se posee para afirmar que el pacifismo funciona «más allá de toda estrategia política, de todo cálculo racional»? ¿Qué quiere decir ese atenuante de que actúa así «en cuanto movimiento social»?

Si lo que se quiere decir es que todo movimiento social actúa con imágenes simplificadas, con una perspectiva en términos absolutos, entonces se trata de una afirmación poco útil para identificar al pacifismo. Porque también sería aplicable al movimiento socialista, por poner un solo ejemplo.

Pero si lo que quiere decirse es que el movimiento pacifista trabaja especialmente así, entonces hay que responder a una serie de preguntas: ¿Es hoy o no la investigación de paz y conflictos una de las áreas más importantes de la investigación científica? ¿Son en Europa sus autores más destacados, Myrdal, Kaldor, Thompson, Coates, Barnaby, Galtung, personas al margen del movimiento pacifista o por el contrario son quienes *personalmente* discuten y aportan ideas para trabajar por la paz? ¿Qué información se tiene sobre el debate en los principales movimientos y campañas en Europa? ¿Existe o no literatura especializada que permita la construcción de fundamentos? ¿Cuando se habla del movimiento pacifista se hace referencia al movimiento organizado o a los cientos de miles de personas que convoca? <sup>17</sup>.

Porque podría resultar que los sentimientos de «puro temor a la guerra» sean los de amplios sectores de la población europea, que luego acuden a las convocatorias. Aunque eso nos llevaría a una pregunta delicada. ¿Qué movimiento social en Europa está tratando de convertir esos sentimientos de miedo en políticas racionales de paz? Más aún, ¿qué movimiento social en Europa está tratando de reunir en el continente las reivindicaciones de paz y derechos humanos?

Algo similar sucede con el movimiento ecologista. Es curioso como Feher y Heller no tienen problemas a la hora de describir con ligereza a pacifistas y ecologistas, los cuales no serían otra cosa que románticos, pero —quizá con más cuidado— acaban advirtiendo a los socialistas que «no deben cerrar los ojos al hecho de que el movimiento romántico de los ecologistas podría desembocar en la más poderosa de tales revoluciones» <sup>18</sup>.

Pero además este tipo de descripciones ligeras deben contar con un peligroso efecto *boomerang*: el de la legitimidad. Porque si aceptamos la gravedad de la situación, si pensamos que las amenazas de que habla Paramio constituyen, al decir de Feher y Heller, «el infierno subyacente de nuestra civilización que no podría dar origen a ningún orden humano con sus esfuerzos» <sup>19</sup> en ese caso los nuevos movimientos sociales pueden tener defectos, pero ¿qué ha hecho la izquierda tradicional —radical o moderada, fiel a Marx o crítica de Marx— para impedir que lleguemos a esta situación? Pues hemos de decirlo con vergüenza: excepto en países muy concretos, con tradiciones específicas, como es el caso de Suecia o Austria, tremendamente poco. Algunas frases rituales, algunas reflexiones aisladas, algunas menciones en los textos programáticos. Eso es todo lo que hemos hecho mientras el reloj avanzaba hacia la medianoche. Es una verdad incontestable que



la fuerza fundamental de los nuevos movimientos sociales ha surgido al margen o en la periferia de los partidos de izquierda. Puede que ellos encarnen *la ideología de la supervivencia*, mientras en la izquierda seguíamos en la más seria *ideología de la alienación*, pero resulta ridículo que no nos hayamos dado cuenta antes (¿cuántos se dan cuenta todavía?) de que desde el comienzo de la era nuclear era necesario un conjunto que incluyera las dos ideologías.

Y, sin embargo, no faltaron los que, entendiendo el cambio y previendo a dónde se podía llegar nos invitaban desde el inicio de la era nuclear, a «aprender a pensar de una nueva forma». Pero la actitud que la izquierda tuvo con Russell, Einstein y otros científicos fue precisamente esa: científicos apolíticos o románticos. Pues bien, con la información que hoy tengo en la mano no puedo explicarme el sinsentido de nuestra cultura política: hasta las actuales generaciones todos hemos comenzado leyendo el *Manifiesto Comunista*, cuando el desarrollo de esa invención que nos ponía al borde de la destrucción (Neller) nos estaba exigiendo iniciar nuestra formación cultural leyendo también el *Manifiesto Russell-Einstein* (un papel que la izquierda debería pedir que se incluyera en las lecturas de los libros de texto)<sup>20</sup>.

En realidad, la historia teórica de la izquierda occidental es bastante penosa. Desde fines de los sesenta, el movimiento feminista rompió su esquema de luchas estereotipadas al margen de la vida cotidiana. En la primera mitad de los setenta el movimiento ecologista mostró el riesgo del industrialismo como progreso. Y, con el nacimiento de los ochenta, la explosión del pacifismo nos hacía caer en la cuenta que la era nuclear suponía un salto cualitativo. Todo un ejemplo de imaginación el de la izquierda.

Ultimamente, en algunos sectores —más dedicados al trabajo intelectual que a la dirección política— se empezó a evidenciar la necesidad de integrar esas reivindicaciones nuevas en discursos y programas. Algo que traía consigo las dificultades inherentes a la priorización que hacía falta para resolver las contradicciones que se originaban. Parece que todavía no era suficientemente claro que las feministas, los ecologistas y los pacifistas formaban ese paquete alternativo (*verde* o como se le quiera llamar) que, lejos de tener que integrarse en el programa tradicional, es parte tan fundamental como el resto de una izquierda que ejerza de tal a esta altura de la era nuclear.

En efecto, hemos de empezar a pensar de una forma nueva. ¿De qué nos sirve esforzarnos en resolver la crisis económica si lo hacemos profundizando la catástrofe ecológica que ya ha comenzado o sin contribuir a la resolución de la crisis de seguridad que ha estallado en Europa?

Ha llegado la hora de la reconversión ideológica global de la izquierda. Llevamos un retraso increíble en la comprensión del verdadero significado de la era nuclear en que vivimos desde hace cuarenta años. Esto no significa —como algunos creen— que haya que olvidarse de nuestra cultura tradicional de lucha contra la alienación. Significa, simplemente, que necesitamos un programa nuevo.

Y para evitar un discurso en abstracto, voy a atreverme a sugerir los ejes de lo que sería la mencionada reconversión.

La primera prioridad tiene que estar referida a los aspectos más urgentes de la ideología de la supervivencia. Así, en la declaración de intenciones debe constar formalmente, *en primer lugar*, la lucha por la paz y el desarme. La lucha por la libertad y contra la explotación no tienen sentido si no parten de este principio *en la era nuclear*. Como afirman Feher y Heller: «Si se produce un enfrentamiento nuclear general, las condiciones



mínimas de la buena vida desaparecerán de una vez por todas (cosa que se puede decir con seguridad), así como las de la mera vida (cosa que se puede decir con toda probabilidad). Si pereciera todo el sistema en el cual categorías como libertad, dignidad humana, racionalidad, etc., pueden ser aplicadas (y ciertamente no se aplican a las galaxias no habitadas por seres humanos, que son invenciones exclusivas nuestras), cualquier inversión de energías morales en su defensa carecería de sentido. Por supuesto, los fanáticos de la moral podrían argüir que ningún acto moral va más allá de sí mismo, ya que el carácter moral reside en el propio acto. Un argumento similar es que siempre ha habido comunidades humanas que han preferido la muerte colectiva (pensemos en la muerte de los habitantes de Masadá, en tiempo de la guerra de los judíos contra Roma; en la muchas tribus indias que escaparon de la opresión blanca mediante el suicidio) a una vida indigna desde su punto de vista. Pero en el caso de un holocausto nuclear no se aplica siquiera un argumento de este tipo. Todos los presidentes y secretarios generales que estén en condiciones de decidir el suicidio colectivo de su comunidad optarán, por el mismo acto, por el suicidio de todas las comunidades existentes. Repetir esto es el fin de toda elección moral»<sup>21</sup>.

Naturalmente esta convicción moral no puede quedarse en mera retórica, sino que tiene que tener su correspondiente traducción en asuntos de política interna (educación, investigación, etc.) y, sobre todo, de política internacional (debilitamiento de política de bloques, independencia para una política activa de paz, etc.). Y esto no significa que haya que optar por actitudes radicales que signifiquen la reivindicación permanente de medidas unilaterales. Significa que hay que determinar una política profunda de trabajo por la paz y el desarme (donde, como afirma Thompson, las medidas unilaterales están entrelazadas con opciones multilaterales de desarme). Y, desde luego, las contradicciones que se presenten (industria de exportación de armas, por ejemplo) deberán ser resueltas de acuerdo con esa prioridad del trabajo por la paz.

El otro eje de la reconversión programática tiene que ver con la forma de resolver la crisis económica. Ya se ha dicho que —de acuerdo con nuestra ideología contra la alienación— la salida de la crisis ha de suponer una posición mejor, en cuanto a las decisiones sobre el desarrollo socio-económico del conjunto de las clases dominadas. De ahí la fórmula de comienzos de los setenta de la *política de austeridad con contrapartidas*. Pues bien, a esa perspectiva hay que agregarle ahora la idea de que no podemos salir de la crisis con un aparato productivo reconvertido, pero igual o más depredador que el anterior. Alguien puede decir que si la política de ajuste con contrapartidas tiene un montón de dificultades, introducir encima una perspectiva ecológica *en serio* puede ser la locura. No está claro que tal perspectiva implique siempre complicaciones, pero en aquellos terrenos en que sí provoque contradicciones es necesario no olvidar que *se trata de nuestra supervivencia*. No puede pensarse el desarrollo como hace dos siglos. El industrialismo como ideología es algo que pertenece al pasado —calando profundamente en Marx— y que hay que sustituir. La imaginación de la especie se enfrenta ahora a una partida doble: el futuro será electrónico y robotizado, pero también más verde o no será.

Ahora bien, para resolver esta crisis —y al decir *esta* me refiero a las actuales estructuras políticas, excluido un cambio violento similar al pasado— no puede usarse una política de doble lenguaje. No se pueden exigir criterios ecológicos de supervivencia y seguir presionando —fundamentalmente a través de los salarios— para un mayor consumo directo. Sencillamente hay que elegir. Es decir, la demagogia está desterrada de la solución de esta crisis. Aunque ello signifique aceptar: 1) que la reconversión industrial es necesaria; 2) que la política de solidaridad entre los trabajadores con más capacidad de negociación y presión y el resto de las clases trabajadoras es indispensable para llevar adelante esa reconversión, y 3) que las correcciones ecológicas necesarias pueden complementar en



unos casos tal reconversión, pero en otros introducir costos suplementarios. La izquierda —en su conjunto— debe asumir estas nuevas realidades, sin que sea necesario para ello escoger distintos papeles.

Me explicaré. En Alemania Federal ha sido necesaria la ruptura con la izquierda tradicional para ofrecer a la población un programa verde. Y a pesar de las dificultades de organización del propio partido verde —y de la propaganda pública que se ha hecho de ello— *todas* las elecciones de los últimos dos años han mostrado que hay un electorado creciente para esa opción. En ese contexto se produce una especie de reparto de papeles: los socialdemócratas siguen respondiendo a las exigencias de consumo de la mayoría de la clase trabajadora alemana, mientras los verdes son la conciencia crítica, pacifista, feminista, ecologista de esa política de consumo. Cabe preguntarse si esta distribución será eterna o si algún día se hará una política rojiverde. Como cabe preguntarse si esta división será necesaria en el resto de Europa. En realidad, eso dependerá en buena medida de si las formaciones políticas tradicionales son capaces de hacer la reconversión ideológica a tiempo. En todo caso, lo que es indiscutible es que el programa de la izquierda *en su conjunto* no puede excluir ya ninguna de las dos partes.

El otro eje de esa reconversión ideológica atraviesa el bloque de los derechos y libertades (del Código Civil, si se quiere) aunque es mucho más amplio: se trata de la reconversión de la sociedad en otra no patriarcal. Y no se hace este planteamiento desconociendo las dificultades prácticas: los choques con instituciones claves (iglesia, etc.) o las contradicciones dentro del programa (el acceso de la mujer al trabajo en una coyuntura de paro creciente). Se trata más bien de reconocer la realidad: la resolución de la crisis también habrá encontrado fórmulas compatibles con la emancipación de la mujer, o no habrá salida posible (mucho menos sería una salida de la izquierda). Incluso me atrevería a decir que la reconversión de la sociedad en una no patriarcal significa la clave del arco de la reconversión general de valores.

No estoy diciendo con ello que la mujer tenga una naturaleza más pacifista o más ecologista como algunos sectores pretenden. Se trata de reconocer que al hombre se le han asignado históricamente los valores contrarios. Si la *máquina masculina* es una construcción únicamente del mismo hombre o si fue una exigencia de la especie eso es algo difícil de saber. El hecho indiscutible, desde un punto de vista antropológico, es que —a menos que creamos en errores originales— la lucha por la dominación del planeta que ha llevado adelante esta especie, desde que se manifestó como *homo erectus*, se ha desarrollado sobre los valores de la máquina masculina. Primero fue la lucha por sobrevivir frente a las otras especies, después por predominar entre otros sectores de la misma especie: siempre por tratar de dominar «los elementos». Y con el modo de producción capitalista se cristalizó la esquizofrenia: por un lado se abrió paso la cultura de los valores armonizadores (libertad, igualdad, fraternidad) pero por otro se multiplicaba la utilidad de los valores agresivos (el luchador que se abre camino en la vida) en la necesidad social de la acumulación del capital. En todo caso, el resultado es que sólo tres siglos después nos encontramos con un planeta superpoblado, ecológicamente deteriorado y ante la posibilidad de que —mediante una invención humana— desaparezca la vida en casi todas sus especies. Y, sin necesidad de establecer determinismos, el hecho tangible es que se ha llegado a esta situación a través del sistema de valores propio de la máquina masculina, o, en términos más amplios, de la sociedad patriarcal. La destrucción de ese sistema —en la que está interesada especialmente la mujer— puede —y sólo digo *puede*— abrir caminos a una cultura de valores armonizadores que contribuya a cambiar el rumbo de la especie, que algunos califican de carrera hacia el suicidio <sup>22</sup>.

Muchos mitos caerán con ello. Pero tales caídas servirán para alimentar una utopía menos encorsetada. Paramio se pregunta si existen alternativas a las viejas utopías o a su



nueva versión como antiutopía; si es la amenaza del milenio, ya sea bajo la forma de guerra nuclear o de catástrofe ecológica, lo único que puede convertirse en la nueva utopía.

Lo primero que hay que considerar en esa pregunta es la base de que parte. Porque no se hace a partir de una evaluación de la realidad de la amenaza (que llevaría a algunos a la idea de la antiutopía). Se hace manteniéndose siempre dentro de los límites de la ideología de la alineación. Y es desde esa perspectiva como se descubre, no que ha caído tal o cual mito, sino que la utopía está hecho pedazos. Ahora bien, en la historia de la ideología de la alienación (la historia de la izquierda), ¿cuántas veces se ha visto ese mismo proceso? Se han escrito ríos de tinta sobre la liquidación de la utopía, o sobre la desaparición de eso que Felipe González llama la *tensión utópica* de los colectivos y las personas (algunos autores, como Isaac Deutscher, han dedicado la parte más creadora de su vida a explicar ese fenómeno).

La respuesta que da el propio Paramio es la de la política desencantada. Y con una punta de cinismo llega a la conclusión de que el papel de los intelectuales puede ser el criticar al poder, por un lado, y, por el otro, racionalizar los movimientos. Pero esa «esquizofrenia» es tan vieja como nuestra historia y nada tiene que ver con el desencanto. Si queremos ser cínicos seámoslo acabadamente: en la historia humana siempre ha habido quienes han escrito sobre el cambio necesario y quienes han defendido lo establecido. Imaginemos ahora que esa sea una historia eterna en el mejor de los casos. En el peor, que sea una historia breve. Pero, tanto en un caso como en otro, creo que podemos elegir nuestra posición sin prejuicios. Adoptamos el papel de entusiastas del cambio en el teatro del mundo no porque vamos a salvar la humanidad, ni porque estamos enamorados de nuestra especie, sino simplemente porque nos gusta, porque encontramos este papel mucho más divertido que otros.

En todo caso puede haber otra respuesta. La que parte de la necesidad de entender las razones que exigen hoy una ideología de la supervivencia, al lado de la tradicional. Y que, sin embargo, no se transforma en la antiutopía apocalíptica. Todo lo contrario: trata de limpiar la utopía de presunciones exageradamente precisas, de discusiones trascendentales sobre quién es el sujeto de la Historia (algo que no importa lo más mínimo en el seno de los nuevos movimientos sociales) y, en esa dirección, desarrollar su aspecto lúdico, en provocación biofílica (que, desde luego, no nos impide ir al cine, tener hijos—no demasiados, por favor— o tomar copas).

Esa actitud menos trascendente está guiada por una tensión utópica que, por oposición a la ideología militante tradicional, busca «aproximar» todo lo posible la utopía, estirarse hacia ella. De hecho, la ideología de la supervivencia va ligada a la búsqueda de vías para mejorar la calidad de la vida. Por eso, muchos grupos alternativos rechazan verse dentro de una ideología calificada «de la supervivencia». Prefieren llamarla la ideología de la vida mejor. Si he utilizado aquí esa definición es porque, desde el punto de vista de la especie humana, es eso —su supervivencia— lo que está en juego. Aunque quizá lo que haya que hacer para supervivir sea tratar de vivir mejor. ¿Utopía?

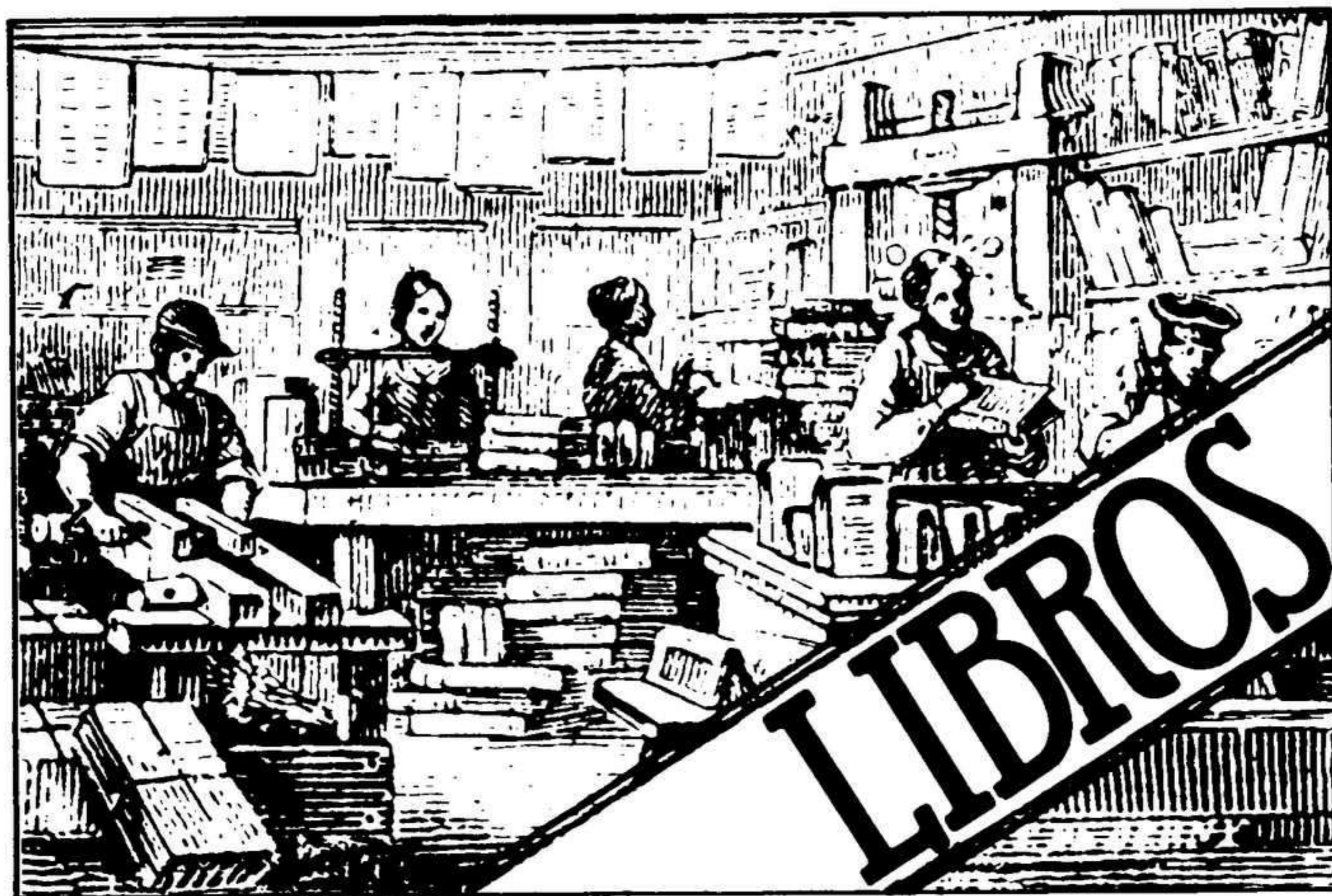
Feher y Heller han visto —a pesar de sus críticas ligeras— claramente ese horizonte utópico cuando concluyen: «¿Es esa perspectiva, y especialmente el ajuste de los objetivos antinucleares a unos ideales radicalmente democráticos, demasiado utópica? Tal vez. Pero cuando el mundo se enfrenta a una posibilidad de autodestrucción creada por él mismo, sólo la utopía puede recuperar una realidad de reservas muy limitadas»<sup>23</sup>.

Y a partir de esa tensión utópica es perfectamente posible contribuir a la formulación de una estrategia sensata en los movimientos. Aunque tal vez para ello —y usaré una frase que le encanta a Paramio— sea necesario dejar de verlos «a una distancia más que prudencial».



- <sup>1</sup> Visión antropológica de la cultura como conjunto. Marvin Harris, *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*. Madrid, Alianza Ed., 1981.
- <sup>2</sup> Ludolfo Paramio, «La utopía hecha pedazos», *Leviatán*, n.º 15, 1984, págs. 44 y 45.
- <sup>3</sup> No hay que confundir el mito de Marx de que la superación del modelo de producción capitalista nos conduciría al socialismo con el de la sociedad reconciliada, que apenas es de Marx, sino abrumadoramente de Engels (sin que haya que echarle todas las culpas a Engels de los errores de Marx).
- <sup>4</sup> Jost Herbig, *El final de la civilización burguesa. El futuro económico, técnico y social*, Barcelona, Grijalbo, 1983, pág. 304.
- <sup>5</sup> Karl Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política* (Efectos de la circulación sobre la determinación del valor). Siglo XXI, Madrid.
- <sup>6</sup> Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, citado por Herbig en pág. 297.
- <sup>7</sup> Ver Harris, pág. 195.
- <sup>8</sup> Ver presentación de *Tiempo de Paz*, n.º 1. Madrid, 1984.
- <sup>9</sup> Colin S. Gray y Keith Payne, «La victoria es posible», *Tiempo de Paz*, n.º 3. Madrid, verano de 1984.
- <sup>10</sup> Informe AMBIO (conclusiones), en *Tiempo de Paz*, n.º 2. Madrid, primavera 1984.
- <sup>11</sup> Carl Sagan, *Nuclear War and Climatic Catastrophe: some policy implications*, Foring Affairs, Otoño 1983.
- <sup>12</sup> Datos obtenidos de: Andrew Wilson, *The disarmament's handbook* (hay traducción en Debate, Madrid, 1984); Arthur Macy Cox, *Russian Roulette: The superpower game*, Times boock, New York, 1982; Christopher Chant and Ian Hogg, *Nuclear War in the 1980's?*, Harper & Row, New York, 1983; Ground Zero, *Nuclear War: what's in it for you?*, Pocket B. N. York, 1982.
- <sup>13</sup> Ver Robert C. Aldridge: *First Strike. The Pentagon's Strategy for Nuclear War*. South End Press, Boston, 1983.
- <sup>14</sup> Hay traducciones, del *Global 2000*, en Tecnos, Madrid, 1983, y del *Global Future, time to act*, en Siglo XXI (en preparación). Ver también comentarios al *Global 2000* en Herbig, *op. cit.*, y en su prólogo (de Antoni Doménech).
- <sup>15</sup> Paramio, *op. cit.*, pág. 49.
- <sup>16</sup> Ludolfo Paramio, «Entre la guerra y la cooperación económica: Una alternativa para Europa», *Zona Abierta*, n.º 27, Madrid, 1983.
- <sup>17</sup> Ver el «Dossier Perusia 1984», en *Tiempo de Paz*, n.º 4.
- <sup>18</sup> F. Feher y A. Heller, «Las antinomias de la paz», *Leviatán*, n.º 10, pág. 67.
- <sup>19</sup> Feher y Heller, *op. cit.*, pág. 71.
- <sup>20</sup> Ver «Manifiesto Russell-Einstein», en *Tiempo de Paz*, n.º 1.
- <sup>21</sup> Feher y Heller, *op. cit.*, pág. 70.
- <sup>22</sup> Para un análisis de las características de la máquina masculina en nuestro tiempo, ver Marc F. Fasteau, *La máquina masculina*, Ed. Latinoamericana, Buenos Aires, 1974.
- <sup>23</sup> Feher y Heller, *op. cit.*, pág. 75.





## GUERRA, DINERO, DICTADURA

Mercedes Cabrera

Angel Viñas.  
*Guerra, dinero, dictadura.  
Ayuda fascista y autarquía  
en la España de Franco.*  
Ed. Crítica. Grijalbo.  
Barcelona, 1984.

*«Esta es la realidad y hay que aceptarla, sin engañarnos, tal y como es, y como no podemos hacer la más mínima concesión en beneficio de quienes nos atacan, porque ello sería entrar en una peligrosa barrera que acabaría dando al traste con nuestra Fe y nuestra Independencia, tenemos que estar dispuestos a*

*mantener nuestra unidad dentro de la más cerrada intransigencia»,* Almirante Luis Carrero Blanco, 1961.

La participación de España en las recomposiciones del mapa político europeo desde comienzos del siglo XIX ha sido mínima, como mínima fue su participación en el reparto del mundo que a finales de aquel siglo elaboraron las potencias europeas. El aislamiento se puso definitivamente de manifiesto con las neutralidades españolas, por motivos diferentes, durante las dos guerras mundiales. La permanencia de la dictadura franquista acabó de asentar la tristemente famosa frase de que Europa empezaba al norte de los Pirineos. En muchas historias contemporáneas de Europa, España no llega ni a aparecer, y tampoco los historiadores españoles han mostrado excesivo empeño en analizar las relaciones exteriores de nuestro país, ni siquiera

en establecer análisis comparativos de nuestra realidad histórica con la de otros países. Vivimos con la convicción de que este país ha carecido y carece de política internacional casi desde que dejó de ser imperio hegemónico en Europa, más dramáticamente desde que perdió sus últimas colonias en 1898. Nuestra historia es peculiar, intransferible, casi inexplicable; nuestra posición débil, inexistente. A lo sumo podemos esgrimir y jugar con nuestra situación estratégica. Hubo, eso sí, dos momentos en el siglo XX en los que España estuvo en las primeras páginas de los diarios; dos ocasiones a contrapelo, premonitoria una, quizá, desfasada otra: la guerra civil, muchas veces entendida como anuncio de la segunda conflagración mundial; y la dictadura franquista, residuo tolerado e incluso mantenido de los regímenes vencidos durante aquella guerra. El protagonista en ambas ocasiones



fue pasivo, y las interpretaciones posteriores, ideologizadas en muchas ocasiones, deformaron la realidad de aquellos episodios. A pesar de la abundante bibliografía existente ya sobre la guerra civil española, aún pueden apuntarse análisis novedosos, y sobre el franquismo, ahora que puede considerarse ya potencial territorio del historiador, queda casi todo por decir. El campo de las relaciones internacionales es uno de los más inexplorados, y los obstáculos que suponía la imposibilidad de consulta de ciertos archivos parece que empiezan a eliminarse.

El libro de Angel Viñas se sitúa en esa encrucijada. No es un libro monográfico, sino una compilación de artículos sobre cuestiones concretas, algunas de ellas ya desarrolladas por extenso en anteriores publicaciones suyas —*La Alemania Nazi y el 18 de julio, El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*—, y ahora puntualizadas, utilizando ya no sólo los archivos alemanes y americanos sino también datos del Ministerio de Asuntos Exteriores español. Comentar un libro así resulta complicado por ser muchos los temas tocados y porque, además, Angel Viñas se detiene pormenorizadamente en minuciosidades que dificultan las visiones globales sobre las que sustentarse. Cabría destacar, de entrada, el intento de penetrar más allá de la simple descripción hacia el esclarecimiento del funcionamiento interno de la Administración —como él mismo dice—, lo cual implica desbrozar los procesos de toma de decisiones, el comportamiento efectivo y sus soportes conceptuales, organizativos e institucionales. Algo que exige el manejo de fuentes de archivo no siempre alcanzables. En se-

gundo lugar, hay que señalar la imbricación de causas económicas y políticas en el tratamiento de los temas; tanto por referencia a la relación con la Alemania nazi durante la guerra como en el caso de los años de la autarquía franquista.

La visión que desde Alemania se tenía de la situación española y la valoración tardía en pro de la intervención; la calificación de las fuerzas políticas «nacionales»: el componente reaccionario de militares, carlistas y católicos, frente al ensalzamiento del espíritu «revolucionario» de Falange; la personalización de la ayuda en Franco; la supeditación de la aviación alemana a las directrices de los jefes del ejército sublevado, y el asombro ante el afán destructor de algunos de ellos —Mola, esencialmente—; los intereses económicos de trasfondo; los mecanismos de financiación exterior de la guerra y la importancia de la financiación interna, amén de otros aspectos, mueven a repensar los contenidos de un tema tan debatido ya como la internacionalización de la guerra civil; un tema que según Viñas no puede reducirse a comparar entre los suministros proporcionados o negados a cada combatiente, sino que debe apuntar a la asimetría que insertaron en el proceso: «El apoyo externo dio alientos a los sublevados, proyectó indirectamente a Franco (que es quien lo recibía) hacia las cumbres del poder, inyectó una vena de justificación ideológica «moderna» (y homologable a lo que parecía estar en ascenso en Europa) a un pronunciamiento fracasado, ayuno de cualesquiera principios que no fueran «anti» o «retrógrados», y favoreció el primer reconocimiento internacional del régi-

men que iba alumbrando el general Franco».

El otro eje de temas gira en torno a la política exterior franquista, que Angel Viñas periodiza desde el mismo desencadenamiento de la guerra, para llegar a una conclusión en cierto modo sorprendente: el franquismo desarrolló —dice— una política internacional cortada a la estricta medida de sus necesidades, aunque, eso sí, rodeándola de una retórica con frecuencia insufrible. Esa política internacional estuvo en gran medida condicionada por la situación económica del país; la famosa entrevista de Franco con Hitler en Hendaya, en la que aquél afirmó su voluntad de no entrar en la guerra, vino dada por la situación de penuria interna y por la dependencia con respecto a los suministros extranjeros cuyo tránsito tenían que permitir británicos y norteamericanos, y no tanto por la lucidez y el patriotismo del general. Ese condicionamiento económico no significa, sin embargo, en la interpretación que Viñas parcela en sus artículos, que no hubiera un componente político-ideológico fundamental; incluso llega a decir que, en definitiva, la ideología venció a la racionalidad económica. El comportamiento político, la alienación con el Eje y el esfuerzo por imponer una estrategia industrializadora de corte autárquico, cuando la población pasaba penurias de todo tipo, anularon toda posibilidad de que España se beneficiara de su condición neutral igual que lo hizo durante la Primera Guerra Mundial. Porque ese «ideal autárquico» existió.

El período de autarquía del franquismo adquiere en este libro toda su complejidad. Hubo autarquía, pese a opi-



niones como las de París Eguilaz; una autarquía que sólo en parte era consecuencia lógica del giro proteccionista e intervencionista de la política económica española iniciado a finales del siglo pasado; que sólo en parte vino obligada por el comportamiento de otros países hacia el régimen franquista y que, también sólo en parte, respondió a una ideología fascista. Pero hubo «ideal autárquico», con componentes ideológicos variados, en el que se mezcló el ansia industrializadora basada en la fe en no se sabe qué potencialidades no aprovechadas anteriormente, con la voluntad de independencia de un entorno «torvo» y conspirador y de un nacionalismo corporativo subsumidor de antagonismos, presuntamente solidario y disciplinado.

Tras la derrota del Eje, el componente más ideológicamente fascistizante de este ideal fue abandonado en favor de la sustitución de importaciones, que subsistió hasta finales de la década de los cincuenta, cuando el Plan de estabilización comenzó a abrir las compuertas de la economía nacional. El desfase entre las instituciones económicas cambiantes y las instituciones políticas y socio-laborales que persistían tuvo traducción institucional en enfrentamientos entre elementos de diferentes ministerios. El Memorándum de noviembre de 1947, en el que se mostraba de manera transparente que la contribución de España a la reconstrucción económica europea impulsada por el plan Marshall era esencial porque estaba garantizada la «paz social» —España era un «oasis de equilibrio, orden e incluso de abundancia», en palabras de Gómez Aparicio—, así como los argumentos esgrimidos por Martín Artajo, emba-

jador en Estados Unidos, son documentos preciosos para reconstruir no ya las relaciones exteriores del franquismo sino el propio franquismo. Tan relevantes como pueda serlo el largo texto, ampliamente comentado por Viñas, que Carrero Blanco dirige a Castiella ya en 1961. Si aquellas palabras no hubieran salido de un personaje tan crucial para la historia del franquismo, posiblemente no causaría tanto impacto leerlo hoy. Que los intereses amparados y potenciados por una política autárquica defendieran el aislamiento español resulta comprensible; pero que pudiera darse aún una justificación ideológica de tal magnitud revela hasta qué punto el franquismo fue un régimen sólo en parte análogo a los fascismos europeos, puesto que el peso de tradiciones reaccionarias lo incapacitaba incluso para asumir principios de racionalización económica capitalista. En aquella comunicación privada, Carrero Blanco explicaba que para las tres internacionales que pretendían dominar el mundo y ejercer un «totalitarismo universal» —la internacional socialista, la comunista y la masónica—, la situación más favorable era la existencia de regímenes democráticos, en los que la existencia de partidos políticos y de «libertinajes» en los órganos de expresión favorecía su dominación. De ahí que cuando un país no encajaba dentro de la fórmula por ellas requerida se le tildara de totalitario. «Es cierto que los tres totalitarismos (comunismo, socialismo y masonería) tienen objetivos finales distintos, pero los tres, que son en lo espiritual ateos y en lo político pretenden dominar el mundo, tienen el objetivo común de hacer desaparecer los regímenes que, como el nuestro (católico, antisocialista, anticomunista, anticapitalista y rabiosamente independiente), son impermeables a su acción de dominio.» Esto, en 1961. Salvando reacciones inmediatas, piénsese en la definición que en el último paréntesis otorgaba al régimen vigente: esencialmente negativa.

## ¿OTRA GUERRA CON MARRUECOS?

Enrique Gomáriz

Domingo del Pino  
*La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*  
Ed. Argos Vergara  
Barcelona, 1983.

El primer efecto que ha tenido en la prensa española el anuncio de la unión libio-marroquí ha consistido en un repaso rápido a las declaraciones del monarca alauita Hassan II sobre Ceuta y Melilla. No menos impactante ha sido esa imagen de televisión comparando los efectivos militares de Libia y Marruecos, por un lado, y España por el otro. De esta forma tan inquietante ha crecido la actualidad del libro de Domingo del Pino, corresponsal en Rabat del diario *El País*, cuyo título no provoca precisamente tranquilidad.

¿Y qué decir de las reacciones políticas? En general la clase política apenas ha levantado la voz. Las declaraciones del Presidente del Gobierno fueron el clásico «aquí no pasa nada», por cierto arropa-



das con el comentario de televisión de que la actitud del Presidente recordaba aquellos de que «el mejor desprecio es no hacer aprecio», a pesar de que —seguía televisión— la situación es apreciablemente más alarmante.

En cuanto al estamento militar, las únicas observaciones se han hecho con sordina y todas están encaminadas al deseo de dotarse de más material de guerra que pueda cubrir el flanco sur.

Y, finalmente, tiene interés comentar que este ambiente fue el precedente inmediato de la reunión de la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas, que tuvo lugar los días 8 y 9 de septiembre en Madrid, para discutir la campaña que seguirá la convocatoria del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN. Los pacifistas también supieron lo que era este tema: una patata caliente entre las manos. Sin embargo, no podían evitarlo, ¿qué pacifismo sería el que se preocupa por la pertenencia de España a la OTAN y no por el peligro de conflicto armado más inmediatamente real que tiene el país? Al final resolvieron lo único que permitía el consenso: hacer que este tema se pase a discusión de los colectivos para que luego la Coordinadora pueda pronunciarse.

Así las cosas, la primera observación que se me ocurre es bastante simple: el texto de Domingo del Pino es muy recomendable para periodistas, políticos, militares y pacifistas. Y ello por una razón: está construido no sólo como publicación de actualidad, sino también como manual. En *La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*, además de encontrar una crónica —demasiado prolija, a mi juicio—

de la situación última, puede leerse un banco de datos y una referencia histórica que hacen del texto una publicación de consulta.

El primer aspecto positivo del trabajo de Del Pino es el cuidado con el que, al lado de una exposición objetiva del estado por el que han ido pasando Ceuta, Melilla y los peñones, en el que parece que el autor no tiene parte en el asunto, ha colocado una reflexión sobre cómo desarrollar una política realista desde el Estado español, del cual es ciudadano y ciudadano comprometido.

Y desde esta calidad es como expone la tesis que atraviesa todo el texto: «...el problema de estas dos ciudades estará siempre presente y reaparecerá en cada momento de confrontación o de negociación entre España y Marruecos, como reivindicación latente, como elemento de presión permanente, por silenciar el cual en cada ocasión será necesario pagar un precio. De todas maneras, y puesto que no se trata para los marroquíes de una exigencia circunstancial o coyuntural sino estratégica, Marruecos la planteará en cuanto foro internacional o regional participe» (pág. 75).

Es decir, si queremos —unos y otros— mirar para otro lado, podemos hacerlo, pero al menos que sepamos a qué atenernos: para Marruecos no es una reivindicación ocasional sino estratégica, que sólo se satisfará cuando las plazas pasen a su soberanía, y su postergación o silencio tiene un precio que se hace efectivo en cada negociación que España tenga que hacer con Marruecos.

Los ciudadanos españoles —y muy especialmente los de Ceuta, Melilla y los peño-

nes— deben de tener clara cuál es la perspectiva: o bien se está dispuesto a pagar siempre un elevado precio (que los hombres de la pesca conocen bien, por poner un ejemplo) o hay que negociar el tema de una vez con Marruecos. Pero esta elección no puede hacerse sin tener en cuenta la totalidad de la perspectiva, porque esa elección parte de un supuesto: que exista normalidad en las relaciones hispano-marroquíes y en la situación interna de Marruecos. Ahora bien, no existe ningún juicio sensato sobre el asunto que excluya la posibilidad de que en cualquier coyuntura inestable —que no faltan— tenga lugar sobre las posesiones españolas una —nada nueva— *marcha verde*. Y digo *marcha verde* por ilustrar con un ejemplo —completamente exitoso— una ofensiva cívico-militar sobre Ceuta, Melilla y cualquiera de los peñones.

Y ante esa perspectiva global, ¿merece la pena seguir pagando el precio? Un precio que para la izquierda española tiene su propina obligada: hay que ponerle sordina a las justificadas críticas que merece el régimen de Hassan II en beneficio de la antedicha estabilidad. Y no caben justificaciones diluyentes del tipo de que no sólo por Ceuta y Melilla, sino por el conjunto de las relaciones con Marruecos, hay que proteger su estabilidad. Porque contenciosos los tenemos con todos los países vecinos y no tenemos la misma actitud exquisita ni nos mordemos la lengua (desde Francia hasta Argelia, pasando por Portugal). El *quid* de nuestro cuidado con Marruecos acaba —por un camino u otro— encontrando la misma causa profunda: Ceuta y Melilla. Y, por tanto, la pregunta sigue siendo válida: ¿merece la pena pagar el precio?



En el caso de que la respuesta sea afirmativa no puedo por menos que coincidir con Domingo del Pino: bien, pues entonces que todos los ciudadanos lo sepan, que el pago del precio no sea algo que queda en los despachos de los funcionarios o las tertulias de los expertos. Que los ciudadanos sepan que para mantener Ceuta y Melilla hay que pagar un precio mucho más alto de lo que parece a primera vista.

Pero si la respuesta es negativa hay que tener en cuenta también que con ella no se resuelve el problema. En cierto sentido, más bien comienza otro tipo de dificultades. Esa es otra de las virtudes del trabajo de Domingo del Pino. Que siendo partidario de una política realista rechaza dos tentaciones muy frecuentes: el entreguismo y la creencia de que una vez hecha esta segunda opción todo será un camino de rosas. Su texto hace un abundante recuento de estos dos tipos de tentaciones y cómo sortearlas. Para el autor la negociación con Marruecos debería hacerse con el origen y los plazos que conviniera a España y siempre con la vista puesta en los derechos de las poblaciones españolas en esos lugares, que, como dice Del Pino, tampoco tienen la culpa de la indecisión política por generaciones y generaciones.

Por otra parte, las dificultades para llevar adelante esa opción dentro de España no son precisamente letra pequeña. Por poner un ejemplo, hay que tener en cuenta que sería necesaria una reforma constitucional, puesto que la actual Constitución concede el rango de provincias españolas a aquellas plazas, con las consecuencias (de representación parlamentaria, etc.) que de ello se derivan. Otro aspec-

to central se refiere —como todo el mundo sabe— a la cuestión militar. Por razones históricas, Ceuta y Melilla son —más que Ifni o Sahara— como una especie de blasón de los sectores militares más anclados en la tradición imperial. No por casualidad Del Pino abre las páginas de su libro con una cita de Ortega y Gasset: «Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro ejército un puño cerrado moralmente dispuesto al ataque. Desarticulado de las demás clases nacionales, sin respeto hacia ellas ni sentir su presión refrenadora, vive el ejército en perpetua inquietud, queriendo gastar la espiritual pólvora acumulada y sin hallar empresa con gana en que hacerlo» (*La España Invertebrada*, 1922).

Bueno, no hay duda de que diez años después encontró una empresa en qué gastar la pólvora acumulada, pero incluso entonces lo hizo manteniendo siempre el sello africanista de origen. Hoy, cuando las Fuerzas Armadas han iniciado su definitiva modernización en términos constitucionales, la cuestión de Ceuta y Melilla no puede excluirse de este camino de sensatez. Y su estudio debe dejar de ser un tema visceral. A menos que se adopte la política del avestruz y un día nos encontremos con unos militares frustrados por la pérdida precipitada de las plazas. Ahora bien, Domingo del Pino sugiere un *quien* para ponerle el cascabel al gato, ya que las fuerzas políticas —incluidas las de izquierda— siguen empeñadas en disimular. Una fórmula puede ser algún *Comité de estudios hispano-marroquíes*, compuesto por académicos, profesionales, expertos en el tema, aunque otra podría ser alguna suerte de *Comisión mixta para asuntos*

*varios* que se creara con objeto de hacer estudios sobre las relaciones entre España y Marruecos a más largo plazo, dentro de los respectivos Ministerios de Asuntos Exteriores.

En cualquier caso, la última afirmación de Domingo del Pino le excluye de los que parece no advertir la perspectiva histórica: «La paz o la guerra con Marruecos dependen enormemente de la capacidad de la actual generación de españoles y marroquíes de acomodarse con el siglo en que viven».

## EL INFORME KISSINGER Y AMERICA CENTRAL

Luis F. Valero Iglesias

*Informe de la Comisión  
Presidencial Bipartita  
de los Estados Unidos sobre  
Centroamérica.*  
Ed. Planeta. Barcelona, 1984.

El 19 de julio de 1983 Ronald Reagan firmó la Orden Presidencial de lo que oficialmente se denominó «Comisión Nacional Bipartita para Centroamérica». Los objetivos de la Comisión eran «estudiar la naturaleza de los intereses de los Estados Unidos en la región centroamericana y las amenazas que ahora se presentan a esos intereses». Asimismo, «la Comisión aconsejará al Presidente, al Secretario de Estado y al Congreso sobre una política a largo plazo que responda, lo mejor posible, al desafío del desarrollo social, económico y democrá-



tico de la región y a las amenazas internas y externas a su seguridad y estabilidad». Los miembros no recibirán compensación económica por su trabajo.

Guillermo Manuel Ungo, Secretario General del Movimiento Nacional Revolucionario de El Salvador, MNR, de tendencia socialista y afiliado a la Internacional Socialista y Presidente del Frente Democrático Revolucionario, declaró que: «el Informe, a nuestro juicio, constituye, en este sentido, el esfuerzo más importante realizado por la Administración Reagan sobre el conjunto de problemas político-económicos que aquejan a la región»<sup>1</sup>.

El Informe, como se comprende, tiene una importancia capital y es decisivo el estudiar lo que allí se dice, ya que de él dependerá la política de los Estados Unidos puesto que los objetivos con que fue creado determinan que sería el estudio más serio que Estados Unidos se ha planteado sobre la región, después de meses y años de desarrollar políticas contradictorias y enviar embajadores especiales que no ofrecían soluciones.

El Informe ha tenido numerosos estudios y podríamos decir que contraestudios.

Por parte de los grupos democráticos populares de El Salvador, se conoce el estudio ofrecido por el Centro de Investigación y Acción Social con el título «América Central y el Informe Kissinger».

El grupo Bertrand Russell ha publicado un trabajo de Stuart Holland y Donald Anderson con el título *Kissinger's Kingdom*<sup>2</sup>, que es un debastador análisis del Informe que demuestra, desde la

óptica de otros sajones, las falacias y las hipocresías que tiene el documento, y cómo sus recomendaciones no aportan nada nuevo a la verdadera solución de los problemas que aquejan a la región centroamericana.

La Comisión Nacional Bipartita, bajo la presidencia de Kissinger, está formada por republicanos, demócratas, liberales y conservadores, así como un sindicalista, el presidente del sindicato AFL/CIO, un ex juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, profesores de Universidades norteamericanas, hombres de negocios y otros intelectuales considerados de clara relevancia. Como puede observarse, un grupo heterogéneo aunque ideológicamente no muy dispar. Aún así, el Informe final tuvo disensiones y hubo miembros del grupo que no estaban de acuerdo con algunas de las recomendaciones y análisis que en él se hacen; por ello existe un apéndice con notas individuales. En él se puede observar cómo, a pesar de que la Comisión estaba formada por norteamericanos que no eran en absoluto contrapuestos en principio, el contacto con la realidad, la profundización de los temas y el análisis a tiempo completo de los mismos proyectaron alternativas diferentes. Si esto se observa en una Comisión de tal talante, puede deducirse fácilmente que el problema de América Central tiene soluciones u ópticas diversas, todas ellas con el entendido democrático y pluralista.

El Informe instaura, de hecho, una reedición de la doctrina Monroe para Centroamérica y el Caribe.

Sigue considerando la región como el patio trasero de Estados Unidos y, de hecho,

considera la situación de Centroamérica como la de los países balcánicos del pasado imperio austrohúngaro. No podemos dejar de observar en la tesis de la «*realpolitik*» de Kissinger mucho de las tesis de Metternich.

El Informe mantiene tesis totalmente usadas en la lucha contra el Vietnam y sostiene el criterio de que lo que está ocurriendo en Centroamérica es una lucha «Este-Oeste», cuando la situación real es el enfoque de «Norte-Sur».

Dentro del análisis sobre el origen de las tensiones del área destaca el criterio de que la situación es debida a las raíces de la inestabilidad de su política y de la pobreza de Centroamérica heredadas del sistema colonial, el régimen oligárquico y la distribución injusta de las riquezas.

Contrasta la dureza con que se analiza el régimen de dominación colonial español de 1520 a 1820, con las excelencias de la intervención norteamericana durante más de un siglo (pág. 60)<sup>3</sup>. Llegando a decir que: «*La conservación de la autoridad moral* de los Estados Unidos, que deben considerarse una nación que *hace lo que debe, porque debe hacerlo*, constituye una de las principales ventajas de nuestro país» (pág. 64)<sup>4</sup>. El subrayado es nuestro. Creemos que el párrafo se comenta por sí sólo en cuanto a arrogancia y exhibición de prepotencia que para otros es imperialismo.

El Informe Kissinger fue comentado por el senador demócrata Michael Barnes como «recomendación de soluciones militares, para la región, negando la viabilidad a las salidas políticas». En el mismo sentido se pronunció el



ex candidato demócrata a la nominación para la Casa Blanca, Gary Hart, que afirmó: «Poca esperanza para la paz y no reconoce que el enemigo de Centroamérica es la pobreza y no el comunismo».

El senador Edward Kennedy ha comentado ampliamente el Informe acusándolo de dejarse llevar por el síndrome de la prepotencia militar, olvidar las lecciones de pasadas intervenciones militares y que sus planteamientos básicos son erróneos.

El Informe tuvo contestación dentro del propio grupo, siendo quizá el alcalde de San Antonio, Texas, Henry G. Cisneros, el más crítico afirmando que «algunos puntos fundamentales del Informe requieren la expresión de un criterio alternativo» (página 182) <sup>6</sup>.

En síntesis el Informe, a pesar de que en el diagnóstico reconoce que el origen de los problemas está en causas de índole social y económico, en la poca credibilidad de la democracia, hasta ahora, está inserto en la política exterior de Reagan que busca el enfrentamiento con la Unión Soviética, y por extensión con Cuba y Nicaragua, sus peones en la zona. Por ello las soluciones políticas, diplomáticas o puramente sociales se dejan como segundo plato, después de que hayan triunfado las soluciones militares; por ello los planes económico-sociales serán aplicados «cuando sea apropiado».

Se ignora totalmente la causa-efecto de la intervención norteamericana como una de las causales del desequilibrio de la región, ya que la influencia ejercida por los Estados Unidos en la zona ha sido determinante para la prepotencia que ha adquirido la oligar-

quía en la zona, siendo su protegida hasta las últimas causas. El ejemplo más notorio sería el jugado por los Somoza durante más de cincuenta años.

El pensar que la solución económica de Centroamérica pasa por una asistencia financiera de más de 24.000 millones de dólares dice bien a las claras que las estructuras, con fomento del sector privado, seguirán intocables e intocadas. El Informe, tristemente, sirve para justificar e incrementar la política y la presencia militar de los Estados Unidos en el área. No deja espacio real de actuación a la Comisión Contadora; usa un doble lenguaje ofreciendo una «cara» de «diálogo», pero realmente mantiene la actitud contraria a la retórica. Entre mezcla sombras y luces para confundir a la opinión progresista norteamericana e impedir un análisis riguroso para el gran público norteamericano, tocando aspectos que en la opinión pública del país son muy sensibles, como son la amenaza exterior de los Estados Unidos y la pérdida de prestigio ante el avance comunista. Arrincona las buenas voluntades de los amplios sectores democráticos del FDR y los involucra en unas categorías políticas a las que ellos no pertenecen y que no son más que juegos mentales para confundir más a los sectores de Estados Unidos que están en contra de la intervención y la participación militar de ese país. El Informe es un trabajo intelectual para eliminar la presión interna contra la política militarista de la administración actual norteamericana, ignora todas las propuestas de pacificación y solución presentados por el FDR-FMLN en los últimos cuatro años.

Con este Informe, la actual prepotencia política de Rea-

gan en su país, cabe esperar malos vientos y peores tormentas para los pueblos de Centroamérica, ya que el Informe Kissinger en absoluto ha sabido ser el barco que llevara a buen puerto la solución de la nave pacificadora centroamericana.

<sup>1</sup> *América Central y el Informe Kissinger*. Centro de Investigación y Acción Social, CINAS. Cuaderno de Trabajo, n.º 1. Ap. P. 11-589. CP-06100. México, D. F. Pág. 3.

<sup>2</sup> Holland, S. y Anderson, Donald, *Kissinger's Kingdom*. Bertrand Russell House, Gamble Street, Nottingham. NOT. 4ET. 1984.

<sup>3</sup> Informe... *Op. cit.* Ed. Planeta, págs. 60 y ss.

<sup>4</sup> Informe... *Op. cit.* Ed. Planeta, pág. 64.

<sup>5</sup> Informe... *Op. cit.* Ed. Planeta, pág. 182.

## LA LOGICA DE LA SINRAZON

Miguel Porta Perales

Régis Debray  
*Crítica de la razón política*  
Ed. Cátedra. Madrid, 1983.

Régis Debray no es un nombre desconocido para el lector español. En efecto, Debray —compañero del *Che* y, a finales de los sesenta y principios de los setenta, considerado como prototipo del intelectual revolucionario— tiene editados en castellano varios trabajos que tratan sobre dos de los temas que más le han interesado: la revolución en



latinoamérica y la crítica del reformismo. *Conversaciones con Allende* (Siglo XXI, 1971), *Escritos en la prisión* (Siglo XXI, 1972), *La crítica de las armas* (dos volúmenes, Siglo XXI, 1975) y la novela *El indeseable* (Monte Avila, 1977) versan sobre la realidad y los problemas de la revolución en Latinoamérica, sobre la teoría del «foquismo», sobre la relación entre lucha armada y lucha política, etc.; por su parte, la *Carta a los comunistas* (Bruguera, 1978) es una crítica del reformismo en general y del eurocomunismo en particular. La *Crítica de la razón política* es la última obra del autor galo que ahora se nos ofrece en traducción castellana; obra que ha tenido un largo período de gestación de casi quince años de duración, que empieza con el «recogimiento» del autor en las prisiones latinoamericanas y termina a la sombra del gobierno socialista francés.

La *Crítica de la razón política* trata, como dice el autor, «del estudio de las condiciones de organización y funcionamiento de los grupos humanos estables». Concretando un poco más hay que decir que Debray se propone el estudio de lo que él piensa que es un invariante (aunque quizá relativo): las relaciones sociales de dominación. Relaciones de dominación que, hay que aclarar, son distintas de las relaciones sociales de explotación. Para Debray las relaciones políticas (de dominación) no sólo no pueden explicarse por sí mismas, sino que tampoco —y ahí reside una de las novedades del libro— se explican por las condiciones materiales de existencia. Así, pues, la política (o, si se quiere, lo político) no puede reducirse «ni de cerca ni de lejos», como piensa el marxismo, a proyección de la base

económica (ni siquiera remitiéndose a la mítica «última instancia»). Las estructuras políticas no son la «economía concentrada» (Lenin), sino que son estructuras que se imponen a las sociedades independientemente del modo de producción y del grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Es más, afirma Debray, llegado el caso las estructuras políticas se imponen a las sociedades a pesar de ellas y, a veces, contra ellas. La experiencia del llamado «socialismo real» —con sus relaciones de dominación explícitamente prohibidas por la teoría y contrarias a la lógica marxista— no haría otra cosa, afirma Debray, sino demostrar que en la «raíz del hecho social como tal existe una fuerza incontralada, aparentemente irracional, que hace fracasar las normas de la lógica y los deseos de los programas».

Al igual que la conciencia de los individuos viene determinada por su existencia social, los grupos humanos organizados, dirá Debray, tienen un determinante «inconsciente político», cuyos síntomas más flagrantes son las religiones y sus sucedáneos ideológicos, que aparece como práctica organizativa (las propias religiones e ideologías no tendrían un carácter predominantemente simbólico o representativo, sino que serían más bien formas de organizarse dentro del mundo). Ahora bien, los esquemas de organización de los grupos humanos son, se nos afirma, innatos y a lo que parece inalterables. Tal es así que, para el autor francés, a pesar de que cada época reinventa la política, ésta sigue siendo siempre la misma; a lo sumo los individuos tienen la libertad de elegir el sentido y la longitud de recorrido de este círculo siempre idéntico que es la política.

Debray propone —otra de las novedades del libro— una teoría de la organización inspirada en el teorema de Gödel: no hay sistema organizado sin cierre, y ningún sistema puede cerrarse con la sola ayuda de los elementos intrínsecos al sistema. Cerrar el sistema supone abrirse a un elemento extraño e irracional al y dentro del propio sistema. Concretando un poco más diremos que la «incompletud» del sistema social da lugar a que éste, para cerrarse, se abra a una realidad metasocial: la religión y/o ideología. Si bien Dios no existe, dirá Debray, nosotros estamos políticamente condenados a una existencia colectiva de esencia teológica (alienada). Es más, para nuestro entorno el «secreto» de los hechos humanos no hay que buscarlo ni en la economía política ni en una nueva economía de lo político, sino que tal secreto es inhumano, sobrenatural y teológico. Dando un paso más Debray afirma que es racional que exista lo irracional ya que, de lo contrario, no existirían los grupos sociales o serían pulverizados. No puede haber, pues, sociedad sin religión (o ideología) y la coherencia y la racionalidad del sistema (la lógica de la sinrazón) proviene del poder irracional que necesita el propio sistema para racionalizarse.

El corolario de la incompletud es claro: la emancipación es irrealizable pues el hombre no puede organizarse socialmente sin que su organización se separe de él y se le oponga. Esta «ley de la gravedad política» hace que el hombre no pueda ser sujeto de la historia sin haberse sometido antes a una «ley de organización que excluye el principio de una soberanía» y que conduce al «estado de avasallamiento» del sujeto individual.



Varios son los méritos del libro (un libro eminentemente filosófico, hay que decirlo) de Debray, entre los cuales cabe destacar los siguientes: las interesantes reflexiones sobre la ideología que nuestro autor considera como una realidad (sin comillas) dotada de fuerza material, autónoma, legitimadora, eficaz, necesaria para la existencia de agregados humanos, etc.; las consideraciones sobre el «socialismo real» (que transforma su ideología, de marcado carácter religioso, en una peligrosa irreligión dogmática de dominación); la constatación de la existencia de auténticas «teodiceas sociales» encarnadas en las más variadas formas de sacrosantos Mediadores (faraones, presidentes, secretarios generales, etc.) que se encargan de relacionar la religión con la realidad terrenal; las consideraciones sobre la efectiva diferencia que hay entre las relaciones de dominación (políticas, religiosas, ideológicas, etc.) y las relaciones de explotación (de carácter económico); la sugerente posibilidad de encontrar una teoría política marxista (algo que se ha buscado con insistencia) en la crítica de la religión que Marx lleva a cabo en la *Cuestión Judía*; la virtualidad de una crítica de la razón política como instrumento para «cortar el impulso», «frustrar el deseo» y dar «razones del desear» de las falsas razones del esperar que prometen las religiones o ideologías políticas (que vienen a ser una y la misma cosa).

Sin embargo, son también varios los puntos problemáticos del trabajo de Debray, entre los que cabe citar: la sustitución de la mítica «última instancia» marxista por el concepto, no menos mítico, de «inconsciente político» (que, por lo demás, actúa

también en «última instancia»); el peligro que corre su teoría de la incompletud y del cierre/apertura de transformarse en una metafísica (y no de las mejores); la más que discutible existencia de «invariantes» y de «leyes de la gravedad política» que condenan al hombre al papel de vasallo y hacen irrealizable la emancipación; la creencia en la imposibilidad lógica de la eliminación de lo arbitrario en un conjunto social estructurado y, en fin, la concepción de la política (o lo político) como un círculo cerrado y vicioso en el que sólo es posible la eterna repetición. Que el que fuera considerado como paradigma del intelectual revolucionario llegue a tales cotas de pesimismo es todo un síntoma y da qué pensar. Quizá sea el signo de los tiempos difíciles que corren.

## FRAGMENTACION DEL HEROE Y DEL LENGUAJE

A. Bodeguero Sánchez

Joao Ubaldo Ribeiro.

*Sargento Getúlio*.

Alfaguara.

Madrid, 1984.

Traducción de Mario Merlino.

Dos líneas se entrecruzan en esta novela de Joao Ubaldo Ribeiro: la del mundo inmediato del protagonista, Getúlio, mundo hecho de mezquindades y carencias, y la de su propia capacidad imagina-

tiva, que lo lleva a inventar una descendencia sin mujeres, o un ejército de superhéroes. Esas dos líneas coexisten en tensión y, a menudo, en franco desequilibrio, pues el Sargento Getúlio es signo de una fractura y, si se quiere, de una imposibilidad. Allí reside el fondo trágico de una historia que se nutre del vigor de la propia habla del personaje, un nordestino que conduce a un preso, en-cumplimiento-de-su-deber. La ironía trágica es la de un «mandado», al servicio de un cacique de turno, que no puede asimilar los dobles de la Gran Política. ¿Cuál podrá ser —se pregunta Ribeiro a través de su personaje— la reacción de alguien a quien sólo le cabe el heroísmo de cumplir la orden que le ha dado el jefe?

*Sargento Getúlio* se sitúa históricamente en el momento de las elecciones brasileñas de octubre de 1950, en las que se postulaban Cristiano Machado (del PSD, Partido Social Democrático), Getúlio Vargas (del PTB, Partido Trabalhista Brasileiro) y el brigadier Eduardo Gomes (de la UDN, Unión Democrática Nacional). Por razones de conveniencia y de alianzas electorales, Acrisio Antunes, del PSD, se vuelve atrás en su decisión de hacer detener al líder udenista de Ribeirópolis (en la novela, éste es el preso que conduce Getúlio). Pero, más allá de las circunstancias históricas que dan el contorno de la novela, lo que importa es destacar el camino de la disolución del propio personaje, que se rebela y muere (en realidad la obra es el avance desde/en su propia muerte) ante la quiebra de los valores que habían sostenido su condición de Héroe-Macho.

Lejos de lo estereotípico, Ribeiro no narra esa disolu-



ción como quien enjuicia y, por tanto, hace pura radiografía ideológica de un personaje. El sargento Getúlio es captado en fragmentos que lo muestran como capaz de una gran crueldad o de una ternura intensa, amante hasta la pérdida de sí mismo, pérdida parcial ya que su gran temor es que el amor lo atrape y deba quedarse «ahí», renunciando a su carácter de hombre que hace camino, que va de un lado a otro enfrentando riesgos, cumpliendo órdenes tan de dentro que, de no cumplirse, impedirían su realización individual.

Vida fragmentaria la de Getúlio, habitante del sertón brasileño. Lo fragmentario no sólo impregna su propia psicología de hombre dividido entre el deber y la violencia de un mundo que ya no se apoya en valores absolutos; lo fragmentario es también el acontecer de su propio recorrido, la referencia a animales y plantas del paisaje, y, en última instancia, el lenguaje que lo retrata. Ribeiro ha sabido representar, a través de la voz de Getúlio, que monologa y, a veces, dialoga con su chófer Amaro o con el preso (sin que le respondan), esa fragmentación que supone pegar saltos en lo que se dice, recortar y al-

terar la sintaxis, cometer errores de dicción (lo que es, sin duda, otra manera de hablar, sin valoración correctiva que valga). Ese constante monólogo de Getúlio tiene, además, el ritmo adecuado al traqueo del viaje, en el que las reflexiones sobre la muerte, la amistad, el amor y la propia condición se acompasan con los comentarios sobre el incordio de los mosquitos, la falta de gasolina, los escupitajos, las interjecciones para salir del paso y, por momentos, el delirio. Y junto con el delirio, hay un humor constante que tiene que ver con la frescura de un lenguaje que, paradójicamente, se elabora en el encuentro con la llaneza, una llaneza que no desdeña la riqueza imaginativa y lo metafórico: «En Laranjeira, el mundo es enrejado. Es una vida enrejada y recta y, de repente, cuando menos se piensa, acaba la calle y no queda nada, o entonces comienza la misma cosa, como en una rueda, las mismas rejas y unos paredones de casa comidos» (pág. 37).

La *reja* —el mundo de lo fragmentario— alude también a la propia cárcel de la vida de Getúlio, quien ya no podrá trascender en su ética del deber cumplido, sino en la

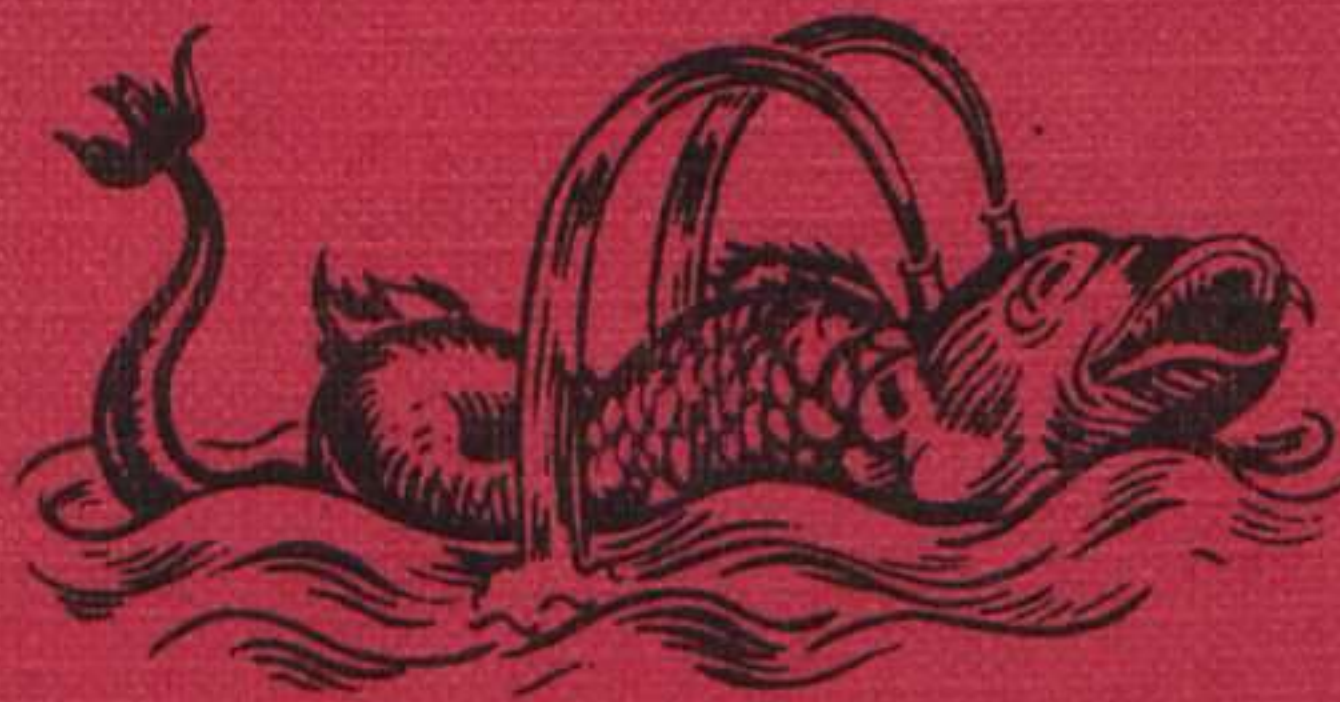
imaginación de quien crece o construye un futuro personal que es, valga la paradoja, la recuperación de sí mismo en el recurso, porque «no me gusta que el mundo cambie, me da una bronca, me quedo sin saber qué hacer» (página 100), y ser héroe, para Getúlio, es afirmar su propia asocialidad: «Mi mujer soy y mi hijo soy yo y yo soy yo» (pág. 45). La reja es, por fin, la imagen de un tiempo que sólo transcurre en el traslado o que, en el colmo del destino trágico, se queda quieto. Y Ribeiro ha sabido también captar las «revoluciones» de la conciencia del protagonista inmerso en un tiempo cristalizado y muerto, porque «quien está vivo está muerto, la verdad es esa» (pág. 143).

Por último, merece la pena destacar el rigor y el ritmo de la traducción de Mario Merlino, quien ha logrado «reescribir» el discurso de ese personaje del nordeste brasileño sin traicionar la atmósfera original, y permitiendo que la novela pueda leerse percibiendo la frescura de un lenguaje que es, también, reino de lo que se disuelve y fragmenta. En la traducción no se ha evitado la alteración ortográfica para dar una imagen lo más exacta posible de la «mala» dicción original del personaje.









**PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 350 PTAS.**